Francisco Pizarro
Biografía de una conquista

Francisco Pizarro. Biografía de una conquista

Bernard Lavallé

IFEA
INSTITUTO FRANCÉS DE ESTUDIOS ANDINOS

IEP Instituto de Estudios Peruanos

Liberté - Égalité - Fraternité
REPUBLIQUE FRANÇAISE
Embajada de Francia

Pontificia Universidad Católica del Perú
INSTITUTO RIVA-AGÜERO

Traducción Sandra Recarte

Edición original en francés
Bernard Lavallé: *Francisco Pizarro. Conquistador de l'extrême*
Éditions Payot & Rivages, 2004

Hecho el Depósito Legal N° 2005-6197
Ley 26905-Biblioteca Nacional del Perú
ISBN: 9972-623-36-X

Derechos de la primera edición, octubre de 2005:
© Instituto Francés de Estudios Andinos
Av. Arequipa 4595, Lima 18
Teléf.: (51 1) 702 60 70 Fax: (51 1) 702 60 73
E-mail: postmaster@ifea.org.pe
Pág. Web: http://www.ifeanet.org
Este volumen corresponde al **tomo 204** de la colección "**Travaux de l'Institut Français d'Études Andines**" (ISSN 0768-424X)

© Instituto de Estudios Peruanos (IEP)
Horacio Urteaga 694, Lima 11
Teléf.: (51 1) 332 61 94 Fax: (51 1) 332 61 73
E-mail: publicaciones@iep.org.pe
Pág. Web: http://www.iep.org.pe

© Embajada de Francia en el Perú
Av. Arequipa 3415, Lima 27
Teléf.: (51 1) 215 84 00 Fax: (51 1) 215 84 30
Pág. Web: http://www.ambafrance-pe.org

© Instituto Riva-Agüero
Pontificia Universidad Católica del Perú
Jr. Camaná 459, Lima 1
Teléf.: (51 1) 427 76 78 Fax: (51 1) 426 05 31
E-mail: ira@pucp.edu.pe
Pág. Web: http://www.pucp.edu.pe/ira
Publicación del Instituto Riva-Agüero, **n° 224**

Obra publicada con el apoyo del Ministerio de Asuntos Exteriores de Francia-DGCID-División del Libro y de las Mediatecas y del Servicio Cultural y de Cooperación de la Embajada de Francia en el Perú en el marco de su Programa de Ayuda a la Publicación «Ventura García Calderón»

Foto de la carátula: Iván Larco
Diseño de la carátula: Iván Larco
Cuidado de la edición: Anne-Marie Brougère

Índice

Introducción 13

Primera parte

Salir de la nada 17

1. La oscura infancia de un bastardo, 1478 [?]-1501 19

Trujillo en Extremadura 19
Un padre noble, una madre criada 21
La fratría de los Pizarro 24
Los inicios de la vida de soldado 26

2. Veinte años de aprendizaje americano, 1502-1522 29

El primer contacto antillano (Santo Domingo 1502-1509) 29
Hacia Tierra Firme: el golfo de Urabá (1509-1510) 33
Con Balboa en el descubrimiento del Mar del Sur (1511-1513) 37
El Istmo a sangre y fuego (1514-1522) 40
El regidor de Panamá 43

Segunda parte

El triunfo de una increíble voluntad 49

3. En busca del Perú: las dos primeras expediciones (1524-1528) 51

La Compañía del Levante 52
El fracaso del primer intento (noviembre 1524-julio 1525) 54
Las promesas tardías del segundo viaje (enero 1526-marzo 1528) 59

4. La larga preparación del asalto (1528-1532) 69

Las negociaciones de Panamá 70
Pizarro rumbo a España 72
Las capitulaciones de Toledo (26 de julio de 1529) 73
La organización del retorno a América (agosto de 1529-enero de 1530) 75
Tensiones y desconfianza entre los socios 77
La campaña equinoccial (enero-noviembre de 1531) 80
La isla de la Puná (diciembre de 1531- abril de 1532) 84

TERCERA PARTE

EL ORO, LA GLORIA… Y LA SANGRE 89

5. En el desierto del norte peruano (abril-noviembre de 1532) 91

Sorpresas y desilusiones en Tumbes (abril de 1532) 92
La fundación de Piura (agosto de 1532) 95
Los arenales de la costa (octubre-noviembre de 1532) 99
Al encuentro de Atahualpa 101
Las tensiones internas del Imperio inca 103

6. La trampa de Cajamarca (15-17 de noviembre de 1532) 109

La llegada a Cajamarca 109
Hernando de Soto en el campamento del Inca 111
El plan español 113
La captura de Atahualpa y la masacre 115
Los hombres de Cajamarca 120

7. El fin de Atahualpa 123

El rescate del Inca 123
La muerte de Huáscar 129
La llegada de Diego de Almagro 130
El reparto del botín 132
La muerte del Inca 135

8. Hacia el ombligo del mundo 141

Túpac Huallpa, el Inca fantoche 141
Benalcázar y Hernando Pizarro 143
Doscientas cincuenta leguas en los Andes (agosto-noviembre de 1533) 146

El ombligo del mundo 153

9. EL año de todas las esperanzas (abril de 1534-julio de1535) 159
La fundación de Jauja 160
El nacimiento de doña Francisca 163
La irrupción de Pedro de Alvarado 164
Lima, una nueva capital para el Perú 168
Se apaciguan las rivalidades entre conquistadores 170

CUARTA PARTE
LA CARRERA HACIA EL ABISMO 175
10. El año de todos los peligros (abril de 1536-abril de 1537) 177
Hernando Pizarro y Manco Inca 177
Cusco sitiado (abril-mayo de 1536) 181
El ataque a Lima (agosto de 1536) 185
El retorno de Almagro a la escena peruana (febrero de 1537) 187
La toma de Cusco (abril de 1537) 190

11. Del espectro de la guerra civil a sus tragedias 195
Hacia el punto de no retorno (julio-octubre de 1537) 196
La entrevista de la última oportunidad (Mala, 13 de noviembre de 1537) 198
La batalla de las Salinas (6 de abril de 1538) 202
La ejecución de Almagro (8 de julio de 1538) 205

12. El reinado exclusivo del clan Pizarro (abril de 1538-junio de 1541) 213
La nueva dinámica de la Conquista 214
Gonzalo hacia el país de la canela 217
La fortuna de los Pizarro 219
Francisco organiza el sur 222
El asesinato del Marqués 223

13. El fin de los conquistadores 231
El interregno de Diego de Almagro el Mozo (junio de 1541-setiembre de 1542) 231
La Corona reafirma su poder 236
Gonzalo Pizarro contra el Virrey (1544-1548) 241
El retorno de Hernando Pizarro a España 246

Conclusión 251

Cronología 255

Bibliografía 261

Índice de los mapas

Mapa de América del Sur 16

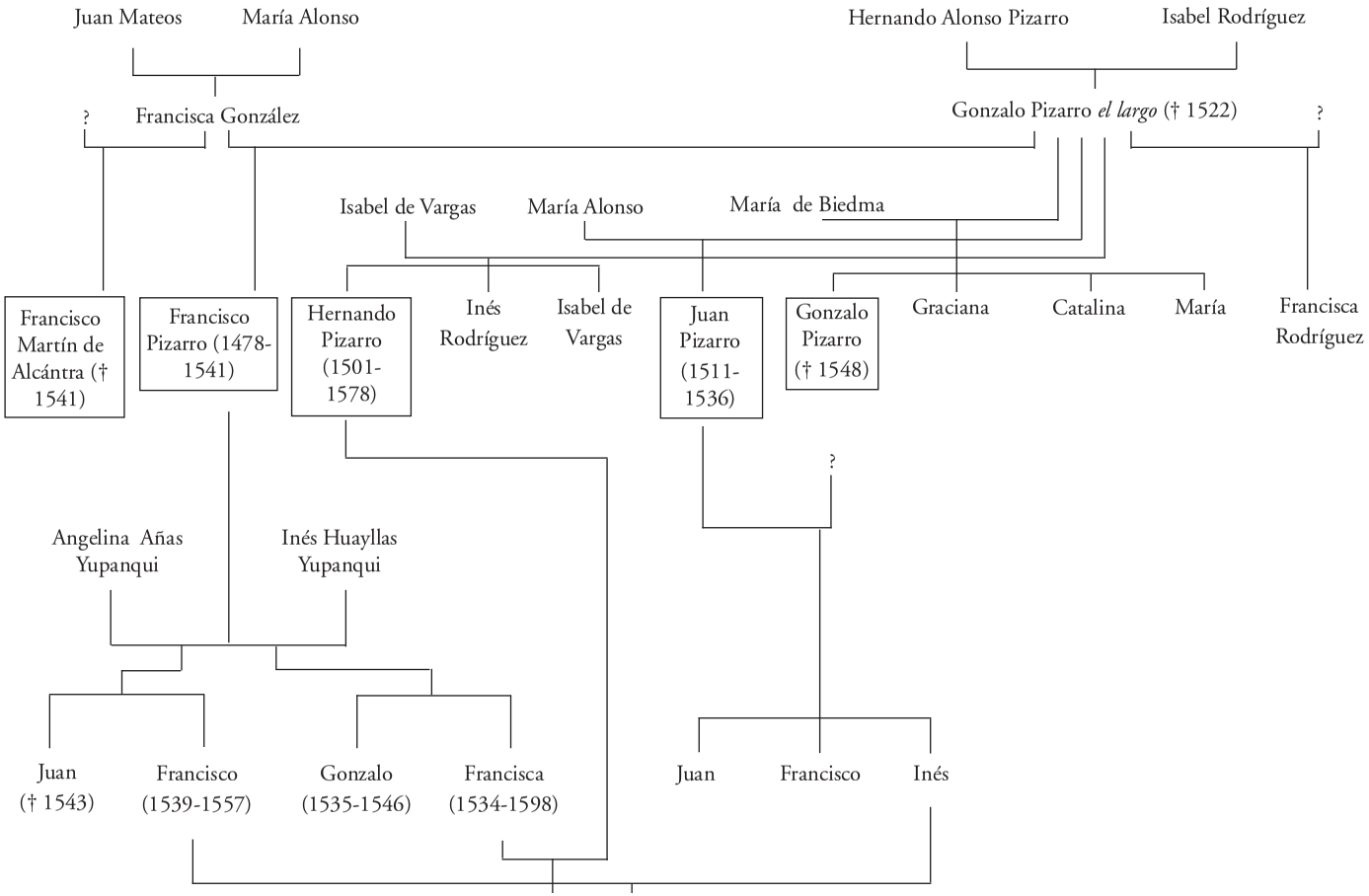
Descubriendo el mar del Sur 28

La expédición de 1532-1533 90

Cusco y el Sur peruano 176

Mapa de América del Sur

La familia Pizarro



Introducción

La biografía es una de las maneras más difíciles de escribir la Historia», afirmó un día Jacques Le Goff, recordando sin duda la larga elaboración de su magnífico *San Luis*. Durante mucho tiempo han sospechado de este género, y con buenas razones, los partidarios de una historiografía renovada. Lo encontraban demasiado marcado por los resortes de la literatura heroica, demasiado impregnado en muchos casos, aunque lo nieguen los autores, por la creencia implícita en los «destinos providenciales». Le reprochaban también conceder exagerada atención a un individuo en detrimento de conjuntos humanos más amplios y por esto mismo más significativos. Finalmente, no olvidemos las consecuencias multiformes de posibles deslices de los sentimientos empáticos del autor para con aquel cuyo retrato bosqueja y cuya vida describe. Afortunadamente, la biografía ha recuperado sus cartas de nobleza, utilizando con acierto los aportes de las nuevas vías de la investigación histórica. No pocos ejemplos ya clásicos han demostrado sobradamente que éstas podían vivificar el proyecto biográfico e integrarse en él sin ninguna dificultad.

Este ha sido nuestro afán en el libro que se va a leer. El recorrido vital del célebre conquistador será el hilo del relato. Constituye el ángulo bajo el cual este libro ha sido pensado, pero nos hemos empeñado en insertarlo siempre en su época, en presentarlo dentro de sus vínculos complejos y cambiantes con las redes de diversa naturaleza con las cuales estaba ligado, que utilizó para el éxito de su empresa, pero de las que no era a menudo sino la expresión más visible. Comprender a Francisco Pizarro y dar un sentido a su acción es imposible si no se toma en cuenta toda una serie de elementos que la determinaron. Indiquemos, sin orden de preferencia y para empezar, la inserción familiar y los años de juventud en

Extremadura, el duro y largo aprendizaje de la Conquista, primero en Santo Domingo, después en el Darién y en el istmo de Panamá. Recordemos después el trabajo de Almagro con los inversionistas, la autoridad lejana pero muy real de la Corona y sus exigencias cada vez más apremiantes, los tejemanejes con los funcionarios reales, las relaciones ambiguas con los hombres de la hueste, ese ejército, de tan particular organización, y luego las negociaciones implícitas con los refuerzos necesarios pero problemáticos venidos de Nicaragua. Hubo también el uso constante y decisivo de innumerables auxiliares indios, las alianzas de circunstancia o a largo plazo con jefes étnicos de todo nivel, desde los modestos caciques locales hasta los herederos del Imperio inca, las tensiones internas y silenciosas que se convirtieron en despiadadas rivalidades en el seno mismo del grupo conquistador. Se podrían citar otros muchos más.

Hemos escogido seguir a Francisco Pizarro cronológicamente. No se trata aquí de una facilidad aparentemente cómoda. La naturaleza y la concatenación de las etapas por las cuales pasó la vida del conquistador se revelan de muchas maneras ejemplares. Durante un período bastante largo para la época —se inicia en el último cuarto del siglo XV y acaba en la quinta década del siguiente—, Pizarro vivió prácticamente todas las fases y todas las situaciones que caracterizan los cincuenta primeros años de presencia española en América. Seguirlo en el transcurso del tiempo revela los problemas, las esperanzas, los titubeos, los éxitos, los horrores y los fracasos de una época determinante tanto para la península como para aquello que se comenzaba a llamar el Nuevo Mundo. Nos ha parecido pues útil insertarlo en la sucesión y la lógica interna de los resortes, del desarrollo, de las implicaciones y de las consecuencias de lo que vivió. Para nosotros, la biografía de Francisco Pizarro era también —que se nos perdone la inadecuación del término— la de su época y de los lugares adonde sus pasos lo llevaron.

Un personaje de una envergadura tan excepcional como Francisco Pizarro ya ha suscitado, claro está, varias biografías, escritas casi todas por autores del mundo hispanohablante. La mayoría, incluyendo a las mejores, como aquellas de Raúl Porras Barrenechea, Guillermo Lohmann Villena, y más recientemente de José Antonio del Busto Duthurburu, están destinadas a lectores prioritariamente peruanos, o latinoamericanos, por ende ya informado de los grandes rasgos de una historia que lo impregna desde su más tierna edad. Por otra parte, estos libros se han dedicado sobre todo a situar los hechos, a restituirlos con la mayor precisión posible, cosa después de todo a veces delicada y que da lugar, sobre ciertos puntos y sus respectivos alcances, a debates que van más allá de las habituales querellas de eruditos. En este plano factual, queremos insistir en que hemos seguido y utilizado a nuestros predecesores, sobere todo al último de los nombrados, a quien se le debe un lujo de detalles de extrema precisión en la última versión de una investigación en la que ha venido trabajando varias decenas de años.

Nuestra intención ha sido de otra naturaleza, pues este libro ha sido escrito originalmente para un público europeo no tan familiariazado con estas páginas de la Historia. Con el afán de no caer nunca en un didactismo fuera de lugar en una obra como ésta, hemos querido sin embargo esclarecer, explicar y poner en perspectiva peripecias, opciones, reacciones individuales o colectivas que, sin este esfuerzo, corren el riesgo de tener como único interés su evidente valor novelesco para lectores que están quizás apenas familiarizados con dicha época.

En toda su extensión, la existencia de Pizarro estuvo marcada por los contrastes más violentos. Nacido en el seno de una cierta marginalidad social por el hecho de su bastardía, entre un padre ocupado a lo lejos por su carrera militar, y una madre de origen muy humilde casada después con otro hombre, su infancia, su adolescencia y su primera juventud se desarrollaron en el anonimato más completo. Sus sucesivos biógrafos se han reducido a menudo a suponer más que a buscar las huellas problemáticas de este oscuro período. Un anonimato también presente durante los largos años de aprendizaje americano. Cuando la Fortuna parece modestamente sonreírle, la idea de la conquista del Sur, del mítico Perú, se concreta. Hacia ahí, sin flaquear nunca, por lo menos sin mostrarlo, en tres oportunidades Francisco Pizarro conducirá a sus hombres con una voluntad de acero, a pesar de las peores dificultades, varias veces al borde de la quiebra, rozando sin cesar la catástrofe, la muerte. Ahí también la búsqueda durará años.

Cuando finalmente el Perú es una realidad, nuevos extremos, pero esta vez son cumbres, las del éxito inaudito, de la riqueza fabulosa. En unos cuantos meses, Pizarro pasa a ser un jefe victorioso, indiscutido, el igual de los más grandes del naciente Nuevo Mundo, y junto con sus hombres escribe una epopeya continental con sangre y horror. Trata con Carlos V en persona. El bastardo de Trujillo termina a la cabeza de un inmenso imperio en que, junto con sus hermanos, se sirve la mejor parte. Ya es, en realidad, el sucesor del Inca bajo la autoridad lejana y sobre todo nominal del rey de España. Sin embargo, no hace más que acercarse a estas alturas que quizás ni siquiera imaginó en sus sueños más extravagantes. Las rivalidades, los odios, los celos y los errores de su entorno hacen su obra. Menos de diez años después de haber puesto definitivamente el pie en el Perú, Francisco Pizarro muere asesinado. Sus enemigos triunfan y emprenden inmediatamente la reorganización del país de la manera más ventajosa para ellos. El hijo de la criada convertido en gobernador, el marqués, analfabeto toda su vida, es inhumado a escondidas por una persona fiel, compasiva y valiente.

Primera parte

Salir de la nada

1
La oscura infancia de un bastardo (1478 [?]-1501)

Trujillo en Extremadura

Dos ciudades que se oponen en todo de manera casi caricatural porque representan, en muchos aspectos, casos extremos. Por un lado, la gran capital del Perú, Lima: hoy con más de siete millones de habitantes o sea un tercio de la población nacional con una explosión demográfica irresistible y continua desde hace más de medio siglo. Lugar y objetivo de todos los poderes, también espejo, laboratorio y crisol de los problemas como de las interrogantes de una sociedad en perpetua búsqueda de equilibrio y de identidad. Por el otro, en el corazón de la Extremadura española, Trujillo. Si no fuese por los restos arquitecturales del pasado que le dan actualmente cierto atractivo turístico, se la calificaría casi de pueblo, en franca decadencia durante mucho tiempo, pues a mediados del siglo XX pasó de quince mil a menos de diez mil habitantes en dos generaciones. No hay allí nada muy original en una región que, por el hecho de su enclave y del abanico restringido de sus recursos casi exclusivamente agrícolas, es la que menos ha aprovechado el extraordinario auge español de las últimas décadas.

Sin embargo, hasta el mes de abril de 2003, fecha de una decisión controvertida de la actual Municipalidad de Lima, había un punto en común en el paisaje urbano de las dos ciudades. En un ángulo de la Plaza de Armas de la primera, a un costado del palacio de gobierno, y en el lado norte de la Plaza Mayor de la

segunda, rodeada de soportales según la antigua tradición hispánica, se levantaba la misma estatua de bronce de impresionantes proporciones, obra del escultor C. C. Rumsey a fines de los años 1920. Encaramado sobre un alto pedestal de piedra, en una actitud que recuerda las representaciones de los príncipes italianos del Renacimiento o de los condottieri, y montando un caballo de batalla debidamente enjaezado, un guerrero armado de una coraza, con el casco elegantemente empenachado y la visera levantada, muestra un rostro barbudo de rasgos curtidos y tensos por la acción. Hoy en día, signo de los tiempos, después de haber estado confinado algún tiempo en la soledad de los depósitos de un museo, el ejemplar limeño ha sido reinstalado, pero en una plazoleta marginal y poco concurrida…

En efecto, el hombre que se trae así a la memoria colectiva, Francisco Pizarro, es el vínculo entre las dos ciudades. Nacido en Trujillo, fue el conquistador del Perú y el fundador de Lima.

En el momento del nacimiento de su hijo más ilustre, la pequeña ciudad de Extremadura, aunque bastante modesta y ya apartada de los grandes ejes comerciales que vivificaban al reino, no había entrado en el adormecimiento secular del que se ha hablado. Elevada por la Corona al rango de ciudad en 1430, con todos los privilegios y los honores que le correspondían, contaba con cerca de dos mil vecinos, o sea una decena de miles de habitantes. Entonces estaba de lejos más poblada que la actual capital provincial, Cáceres. Visitada a menudo por los reyes de Castilla y de León, que sus obligaciones militares y el difícil control de una nobleza impetuosa obligaban a efectuar frecuentes viajes, conservaba de su muy cercano pasado medieval muchos recuerdos del importante rol que había cumplido durante la larga Reconquista sobre los moros. La antigua Turgallium romana no fue retomada a los musulmanes de manera definitiva sino a finales del primer tercio del siglo XIII.

La ciudad está situada a poco más de doscientos cincuenta kilómetros al suroeste de Madrid, en el corazón de una región cuyo clima se caracteriza por contrastes bastante marcados. En sus alrededores se alternan las agrestes alturas de la sierra de Guadalupe al sureste, amplias alturas redondeadas, horizontes más ampliamente despejados al oeste y al norte, en los que predominan inmensas dehesas de encinares poco tupidos, que sirven de pasto a una ganadería extensiva de bovinos y sobre todo de cerdos, materia prima de renombrados jamones, sin duda alguna la especialidad más conocida de la provincia.

En la época que nos interesa, la pequeña ciudad estaba compuesta de tres elementos bien distintos. En la parte alta de la colina granítica que la domina, hasta hoy en día coronada por un castillo medieval de torres cuadradas bien conservadas, estaba establecida la villa. Las familias nobles e hidalgas tenían allí sus casas solariegas con pórticos blasonados —hoy en día es la única parte original de la casa de los

Pizarro— con patios interesantes a veces para el turismo actual. Muchas de ellas ostentan aún restos de torres de proporciones modestas, pero que son testimonio del orgullo nobiliario de los linajes que habitaban allí. Los sepulcros de las familias más conocidas se encuentran en la hermosa iglesia de Santa María la Mayor. Más abajo, al pie de la colina y alrededor de la Plaza Mayor, más reciente, por cierto, mucho menos señorial pero llamado a convertirse en el verdadero centro de Trujillo, estaba situado el barrio de los comerciantes y de las profesiones liberales. A partir de la segunda mitad del siglo XV, las familias nobles habían comenzado a descender hacia la Plaza y a establecerse en las calles circumvecinas. Finalmente, más abajo del casco urbano, y abriéndose hacia la campiña aledaña, se extendía la parte denominada, en ese entonces, arrabal. Ahí vivían y trabajaban los artesanos y sus obreros, agrupados por calles según la tradición medieval, los labradores que obtenían sus rentas de la tierra e incluso, como era a menudo el caso en la región, algunas familias judías en una pequeña judería, por lo menos hasta su expulsión en 1492[1].

Un padre noble, una madre criada

La tradición familiar hacía remontar la presencia de los Pizarro en Trujillo a la época de la reconquista de la ciudad, es decir a 1232, pero su presencia sólo está realmente confirmada a partir de comienzos del siglo siguiente, momento en el que un tal Gonzalo Sánchez Pizarro desposó a una hija de la familia Añasco. Esta familia era una de las más poderosas de la ciudad y, tradicionalmente, se disputaba con otras dos, los Altamiranos y los Bejaranos, el poder municipal en ese entonces tan importante. Los descendientes de Gonzalo Sánchez Pizarro estuvieron varias veces implicados en luchas de clanes sangrientas pero también fratricidas, dado el carácter a pesar de todo endogámico de la pequeña aristocracia local. A fuerza de matrimonios, con el paso de las generaciones, estas rivalidades terminaron por atenuarse y luego desaparecer. En resumen, no había allí nada muy original dentro del contexto español de la época.

El padre del conquistador, Gonzalo Pizarro y Rodríguez de Aguilar (vinculado a la vez con los Añascos, con los Bejaranos y con los Altamiranos...) había nacido a mediados del siglo XV. Luego de una infancia en su ciudad natal, abrazó muy temprano la carrera militar y participó en los tres conflictos en que se vio sucesivamente involucrada la corona de Castilla y León.

Primero contra el reino de Granada, último bastión de la presencia musulmana en la Península. Durante una década, Gonzalo participa en la guerra de desgaste

[1] Para una buena presentación de la ciudad, de sus monumentos y de su historia, véase Juan Tena Fernández, *Trujillo histórico y Monumental,* Trujillo, 1967.

hecha de operaciones puntuales que sirven para probar las defensas del adversario, cercenan poco a poco su territorio y preparan el golpe de gracia. Se tiene recuerdos de él particularmente en Loja, en Vélez Málaga y luego durante el asalto final conducido por los Reyes Católicos contra Granada misma, a finales del año 1491 e inicios del siguiente. Ascendido a alférez, primer grado de los oficiales subalternos, lo encontramos más tarde en Italia, como a muchos soldados españoles de su época. Permanece allí hasta comienzos del siglo siguiente por lo que a su retorno gana el apodo de *El Romano* que viene a añadirse al que, aludiendo a su alta estatura, ya se le conocía: *El Largo.*

Finalmente, con rango de capitán, participa en la guerra de Navarra suscitada por las pretensiones dinásticas de la casa de Albret, y que se saldará con la anexión definitiva de esta provincia a la corona de Castilla en 1515. Recordemos, de paso, que durante esta campaña iba a destacar un tal Iñigo López, sería herido y comenzaría durante su convalecencia el camino espiritual que, algunas décadas más tarde, lo llevaría a fundar, bajo el nombre de Ignacio de Loyola, la Compañía de Jesús. La crónica del conflicto, bastante bien conocida, muestra varias veces a Gonzalo Pizarro y Rodríguez de Aguilar en su mejor aspecto en los combates, en Logroño, en Pamplona y finalmente en Amaya, cerco durante el cual recibió un arcabuzazo que le iba a ser fatal.

Fue trasladado a Pamplona, pero pronto su estado empeoró. El 14 de septiembre de 1522 dictó un testamento, del que hablaremos más tarde, antes de fallecer algunos días después. Primero fue enterrado en la ciudad pero como era tradicional en el caso de un hombre de su calidad, su cuerpo fue trasladado posteriormente a su ciudad natal para reposar en la iglesia de San Francisco.

En suma, una trayectoria y una carrera honestas, ceñidas a lo que dejaba presagiar un nacimiento noble y provinciano pero sin ningún relieve particular. La calidad de los teatros de las operaciones y el azar de los combates en los que Gonzalo se vio envuelto no pudieron propulsarlo hacia las cumbres, y ni siquiera hacerlo avanzar verdaderamente en la vía que había escogido como tampoco en la jerarquía de su casta.

Francisca González, la madre del futuro conquistador, venía de un medio totalmente distinto. Sus padres, Juan Mateos y María Alonso, pertenecían a familias de labradores. Sin embargo como la rama paterna había comerciado a veces ropa usada, se había ganado el apodo de *Los Roperos*. Cristianos viejos, libres de cualquier parentesco con judíos, moros o personas convertidas a la fe católica, honestos y que vivían del trabajo de sus campos, se trataba en realidad de gente humilde (*personas llanas*). No sorprende, por lo tanto, que encontremos a Francisca destinada al servicio de una monja del convento de San Francisco el Real. Como sus pares, ella tenía que ocuparse en particular del vínculo entre

la clausura en la que vivía reclusa la religiosa y la familia de esta última pero también, de manera más general, con el mundo exterior. Esta era una solución de espera a la que se recurría a menudo para colocar a una joven sin fortuna, y además huérfana, porque el padre de Francisca no tardaría en morir y su madre en volverse a casar[2].

Según un historiador de Trujillo[3], en San Francisco el Real la joven criada estaba al servicio de doña Beatriz Pizarro de Hinojosa, que no era otra que la tía de Gonzalo Pizarro y Rodríguez de Aguilar. Se han construido muchas suposiciones —más novelescas que históricamente irrefutables— para explicar de qué manera el joven Gonzalo y Francisca entraron en relación. Tan sólo recordar el lazo de parentesco entre la religiosa, ama de la criada, y el militar basta para sugerir un guión aunque no exacto pero sí verosímil. La joven sirvienta, encinta, tuvo que abandonar el convento e irse a vivir a la ciudad donde un tal Juan Casco, antiguo patrón de su madre.

Si no hay duda alguna sobre el nacimiento de Francisco Pizarro en Trujillo, la fecha exacta, por el contrario, nos es desconocida. Él no la precisó nunca en ningún documento y no nos quedan más que suposiciones basadas en la edad que le atribuyen los cronistas de mayor credibilidad en algunos momentos cruciales de su existencia. Pedro Cieza de León le da sesenta y tres años en el momento de su muerte en 1541, y el biógrafo más preciso del conquistador, José Antonio del Busto Duthurburu escoge el año 1478. Sin embargo, a partir de otras fuentes, siempre indirectas, algunos biógrafos, como María Lourdes Díaz Trechuelo López Spínola[4], hablan de 1476, mientras que la mayoría de diccionarios, guías y otras enciclopedias sitúan el nacimiento del futuro conquistador del Perú en 1475…

Nacido fuera de matrimonio, de una criada y de un joven militar noble que partió a guerrear bajo otros cielos, el pequeño Francisco tuvo sin duda la infancia de los bastardos de su tiempo. Mucho después, una pariente, doña María de Carvajal, afirmó que tenía recuerdos de él en casa de su abuelo, Hernando Alonso Pizarro, lo que implica de hecho cierto reconocimiento. No obstante, Francisco vivía e iba a crecer en el medio de los labradores al que pertenecía su madre, medio que, de hecho, fue el suyo, con todo lo que ello implica en el plano de las definiciones sociológicas, de las mentalidades y de los comportamientos sociales. En particular, él no recibió la educación que en ese entonces se daba a

[2] El estudio más completo sobre la historia familiar de Francisco Pizarro es el de José Antonio del Busto Duthurburu, *La tierra y la sangre de Francisco Pizarro*, Lima, 1993, sintetizado en *Pizarro*, Lima, 2001, t. I, cap. 1.

[3] Véase Clodoaldo Naranjo Alonso, *Trujillo y su tierra, historia, monumentos e hijos ilustres*, Serradilla, 1929, t. I, 3ª parte, cap. 1, reeditado bajo el título *Trujillo, sus hijos y monumentos*, Madrid, 1983.

[4] María Lourdes Díaz Trechuelo López Spínola, *Francisco Pizarro, el conquistador del fabuloso Perú,* Madrid, 1988.

los jóvenes hidalgos. Permaneció analfabeto toda su vida, y por esta razón sin duda no le dio mayor importancia a lo escrito. He aquí una gran diferencia en relación a Hernán Cortés, antiguo estudiante de la universidad de Salamanca cuya abundante correspondencia se ha conservado, y quien, en sus maravillosas cartas de relación de la conquista de Nueva España, se revela tanto a sí mismo como al país que está descubriendo.

Un cronista que estimaba poco a Pizarro, Francisco López de Gómara, siempre ocupado en exaltar la figura de su patrón, Hernán Cortés, propenso a rebajar la de los otros conquistadores susceptibles de hacerle alguna sombra al vencedor de Tenochtitlán, propagó sobre la juventud del primero aquello que es dable llamar una leyenda que resistió al tiempo. A lo largo de toda su infancia, Pizarro habría estado marcado por haber frecuentado a los cerdos, animales cargados de la imagen negativa que les conocemos, pero principal riqueza de las dehesas de Extremadura. Primero, abandonado en la puerta de una iglesia, el joven Francisco habría sido alimentado por una cerda… Posteriormente, reconocido por su padre entre dos campañas, habría sido empleado por él para pastorear piaras de cerdos que la familia poseía en los alrededores de Trujillo en sus tierras de la Zarza. Un día, sin duda en 1492 ó 1493, habiendo perdido algunos animales y temiendo ser castigado, habría huido de Trujillo y partido hacia Sevilla en compañía de viajeros que se dirigían a la metrópoli andaluza[5]. Tenía catorce años, quizás apenas un poco más.

Daría la impresión de estar leyendo el primer capítulo de una novela picaresca. José Antonio del Busto Duthurburu ha destacado el carácter apócrifo e interesado, como se ha dicho, de esta leyenda. Sin embargo, ella ha atravesado los siglos. Libre de las intenciones solapadas del trasfondo favorable a Cortés quien la había provocado, no dejaba de tener cierto aire. Iba a seducir particularmente a todos aquellos que, después, querían insistir en el sorprendente contraste entre, por un lado, una infancia marginada y casi miserable, y por otro, el destino extraordinario de un hombre que iba a hacerse dueño del imperio de los incas. La literatura heroica abunda en ejemplos célebres del mismo tipo. ¿No fueron Rómulo y Remo amamantados por una loba?

Para resumirnos, el historiador debe reconocer, con pesar, que no se sabe casi nada de la infancia de Francisco Pizarro.

La fratría de los Pizarro

Hay un elemento, sin embargo, que merece ser señalado. Además de su importancia para la trayectoria ulterior del conquistador, puede servir de indicio

[5] Francisco López de Gómara. *Historia General de las Indias,* Madrid, 1954, t. 1, 1ª parte, cap. CXLIV.

en cuanto a la inserción familiar y a la naturaleza de los vínculos de Pizarro con la rama paterna.

En 1503 su padre se casó con una de sus primas, doña Isabel de Vargas y Rodríguez de Aguilar, de la que tuvo tres hijos, dos niñas, Inés Rodríguez de Aguilar e Isabel de Vargas, y un varón, Hernando. Paralelamente se le conocen otros bastardos: Juan y Gonzalo nacidos de María Alonso, la hija de un molinero de Trujillo, Francisca Rodríguez Pizarro y María Pizarro de madre desconocida, Graciana y Catalina Pizarro hijas de una de sus criadas, María de Biedma.

Aunque reconocido entre dos campañas por su padre, Francisco, el mayor de todos y con una gran diferencia de edad, contrariamente a los otros hijos ilegítimos, no figura en el testamento redactado en Pamplona por Gonzalo Pizarro y Rodríguez de Aguilar. Se podría encontrar ahí una nueva prueba de su marginalidad familiar. Sin embargo, un elemento capital viene a contradecirla. En efecto, tres de los hermanos o medio hermanos citados más arriba desempeñaron, cada uno a su manera, un rol primordial muy cerca de Francisco durante la conquista del Perú, lo que prueba las estrechas relaciones que, aunque fuese en el ocaso de la vida, iba a tener con ellos, a pesar de aquello que podía separarlos (legitimidad, diferencia de edad, incluso de medio), y del tiempo que había transcurrido desde su partida a Sevilla.

Juan fue el más apagado de los tres. Cabe mencionar que murió en 1536, o sea menos de cuatro años después de la llegada de los españoles al Cusco. Por el contrario, Hernando, el hijo legítimo, y Gonzalo, también bastardo él, fueron piezas esenciales del clan Pizarro en el Perú. Hernando tuvo a menudo a su cargo delicadas negociaciones políticas o económicas con el poder metropolitano y para ello atravesó varias veces el Atlántico. Sin adelantarnos, digamos que después de bastantes peripecias e incluso de rudas pruebas, fue él quien, mucho después, de regreso a Trujillo, tuvo que recoger y salvar lo que quedaba de la herencia dejada por Francisco. En cuanto a Gonzalo, muy presente durante las fases militares de la conquista del Perú en donde permaneció luego de la muerte de Francisco, el destino quiso que los antiguos soldados de su hermano lo designen para encabezar una gran revuelta contra las nuevas orientaciones que la Corona pensaba dar a su nueva política colonial. A finales de los años 1540, pagó con la vida este crimen de lesa majestad.

Esta evocación de la fratría que rodeó a Francisco Pizarro en su empresa estaría incompleta si no se mencionara a Francisco Martín de Alcántara, su hermano uterino, siempre muy cerca de él y quien, además, espada en mano, lo acompañó en la muerte un día de 1541.

Más allá del aspecto propiamente familiar, señalemos un rasgo que se tendrá ocasión de desarrollar más adelante. En el caso de la conquista del Perú y de los Pizarro, como en otras empresas del mismo tipo en la misma época, pero de manera

tal vez más marcada aún, se debe destacar el carácter regional, incluso local, del reclutamiento. La muy particular naturaleza de los vínculos que unían al jefe y a sus hombres lo explica en gran parte como lo veremos después. No es asombroso entonces que a lo largo de las campañas decisivas de Francisco Pizarro él estuviese rodeado de amigos, de conocidos, de parientes cercanos o lejanos, en su mayoría oriundos de Trujillo o en todo caso nacidos en Extremadura.

Los inicios de la vida de soldado

No se dispone de información sobre los primeros pasos de Francisco Pizarro en Sevilla adonde llegó de Trujillo hacia 1493, ni tampoco sobre su existencia en los años siguientes.

Un documento oficial posterior a la conquista del Perú, y que señala a grandes rasgos la carrera de Francisco Pizarro[6], menciona hojas de servicio militar en Italia. Allí, el conquistador, decididamente avaro en detalles sobre su pasado e insensible sin duda al poder de la huella escrita, no dio tampoco ninguna indicación sobre ese capítulo de su existencia. No entremos en el detalle de los razonamientos y de los cálculos gracias a los cuales los especialistas, y particularmente del Busto Duthurburu, han logrado reconstruir en su mayor parte y con el margen de error posible que se imagina estos tres años italianos (1495-1498). Un detalle proporcionado por Gómara, nuevamente él, hace pensar que Pizarro habría servido en Italia bajo las órdenes de Gonzalo Fernández de Córdoba, más conocido en la Historia como *El Gran Capitán.* Pizarro se habría encontrado entonces en el sur de la península, en Calabria y en Sicilia particularmente, antes de regresar a España, siempre como simple hombre de tropa. Debía tener entonces veinte años.

El periodo que sigue, hasta inicios del siglo XVI es todavía más enigmático. Del Busto Duthurburu lo califica por cierto de *años perdidos*, porque se ignora todo él. Una exégesis un poco aventurada del texto citado más arriba haría pensar que Pizarro continuó entonces durante algún tiempo en España una carrera de soldado seguramente bastante opaca, quizás aburrida, de todos modos sin perspectiva de futuro. De nuevo en Sevilla, no es para asombrarse entonces, que como muchos otros, haya soñado con América. Descubierta desde poco menos de diez años, era desde ese entonces el destino posible de todos aquellos a quienes tentaba lo desconocido, en esa Baja Andalucía llena de imágenes llegadas de ese otro mundo en formación, allende los mares.

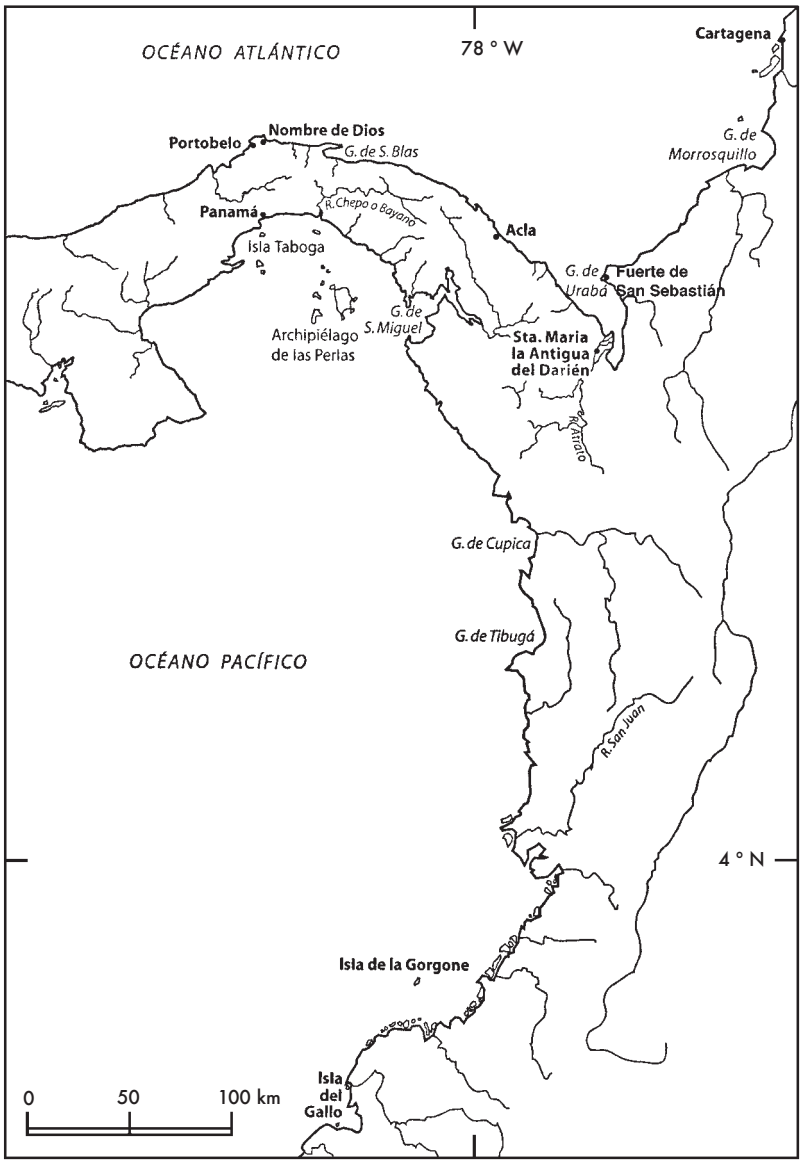
[6] Raúl Porras Barrenechea, *Cedulario del Perú,* Lima, 1944-1948, t. II, p. 393.

Bastardía, analfabetismo, relativa marginalidad social, vagabundeo militar sin perspectivas, todo convergía para hacer de Francisco Pizarro uno de los soldados anónimos de los que rebosaba ya España en vísperas de lo que iba a ser su Siglo de Oro, y a los que ella no ofrecía nada que infundiese entusiasmo.

La América de entonces es decir las islas de las grandes Antillas constituía más un terreno de aventuras, los riesgos de una apuesta, que la promesa no segura pero por lo menos probable de un futuro radiante. Para Francisco Pizarro, como para numerosos españoles que partían entonces hacia el Nuevo Mundo, el gran viaje era a menudo un hecho del azar, una huida hacia adelante más que el fruto de un proyecto de vida maduramente elaborado.

En una sociedad en la que el nacimiento y la pertenencia a sólidas redes clánicas eran los resortes esenciales de la organización social, el oscuro bastardo de Trujillo no podía esperar mucho de ella, a lo más la certeza de no tener en ella nada que perder.

Descubriendo el mar del Sur



2
Veinte años de aprendizaje americano (1502-1522)

La aventura de las Indias occidentales había partido de las orillas de la ría de Huelva, del convento de La Rábida en donde Colón había encontrado refugio después de los fracasos, incluso los dramas, de sus últimos años portugueses, pero también de los pequeños puertos de Palos y de Moguer de donde habían singlado las tres carabelas. Sin embargo, no tardó en trasladar su cabeza de puente a unos cien kilómetros más al este. La gran arteria fluvial del bajo Guadalquivir ofrecía ventajas muy superiores desde todo punto de vista: primero, con Cádiz y su bahía, un excepcional puerto de mar con salida al océano, buenas instalaciones bien protegidas y fácil acceso a Sanlúcar de Barrameda y, más tierra adentro, a Sevilla. En esta última, que ya era la gran metrópoli andaluza, existía un contexto político y administrativo así como una estructura comercial capaces a la vez de dar un marco apropiado a la reciente empresa americana y asegurar su desarrollo.

El primer contacto antillano (Santo Domingo 1502-1509)

Francisco Pizarro partió a América de Sanlúcar de Barrameda, a mediados del mes de febrero de 1502, por consiguiente, mucho antes que Hernán Cortés hiciese lo propio. Estaba enrolado en calidad de soldado raso bajo las órdenes de Nicolás de Ovando. La flota en la que se embarcó era por cierto la más importante que se había fletado hasta ese momento en dirección al Nuevo Mundo. Estaba compuesta por unos treinta navíos y unos dos mil quinientos pasajeros: muchos

soldados en busca de acción y tentados por lo desconocido, funcionarios enviados por la Corona para afirmar y consolidar su autoridad sobre esas nuevas tierras, religiosos movidos en principio por el ideal misionero, artesanos, e incluso, por primera vez, algunas familias decididas a establecerse del otro lado del Atlántico. Dentro del anonimato de esa heterogénea muchedumbre, se encontraba un joven sevillano de unos veinte años, proveniente del círculo comerciante y atraído también por el espejismo antillano. En ese entonces, «sin grado, al parecer, pero no sin esperanza de encontrar en el Nuevo Mundo algún beneficio eclesiástico al mismo tiempo que ganancias comerciales» tal como lo describe Marcel Bataillon[1], él iba a dejar años más tarde un sorprendente testimonio sobre esta expedición, pero también iba a permanecer en la Historia por otras muchas razones. Tenía por nombre Bartolomé de Las Casas.

Cinco meses antes, Ovando había sido nombrado por Isabel La Católica «gobernador de las islas y de la tierra firme de la Mar Océano», en realidad La Española —es decir de la isla de Santo Domingo— y de sus pequeños anexos cubanos en donde se encontraban entonces la totalidad de los establecimientos españoles de América. Las Instrucciones dadas a Ovando el 16 de setiembre de 1501 por la soberana que estaba en ese entonces en Granada, diseñaban en realidad las grandes líneas de un verdadero programa de gobierno para las Antillas, pero revelaban sobre todo los profundos problemas que conocía entonces la nueva colonia: la necesidad de asegurar una verdadera evangelización de las poblaciones indias, la obligación para todos los españoles de obedecer a las órdenes reales y a las personas encargadas de hacerlas aplicar, el respeto a los indígenas, a sus bienes y a sus personas, la organización del trabajo y del tributo que les serían impuestos, la búsqueda «de la paz, de la amistad y de la concordia» entre las comunidades, la prohibición de salir a descubrir nuevas tierras sin previa autorización de la Corona, el reagrupamiento obligatorio de los europeos en aglomeraciones en las que debían vivir según las reglas de la metrópoli y no según su buen parecer, la vigilancia fiscal de la producción de oro, etc.[2]

Al llegar a Santo Domingo en la segunda mitad del mes de abril de 1502, Ovando y sus hombres encontraron una colonia que tenía menos de 10 años. Sin duda distaba mucho de ser lo que habían podido soñar, lo que les habían descrito en España, e incluso lo que al fin de su viaje, antes de desembarcar, les habían gritado desde la orilla los españoles que los habían precedido, tal como lo refiere Las Casas. La isla contaba apenas con cuatro «ciudades», digamos cuatro aldeas, Bonao, La Concepción de la Vega, Santiago y Santo Domingo, la capital. En esta última habían apenas unas decenas de viviendas, siendo las de piedra una excepción.

[1] *Las Casas et la défense des Indiens,* presentación de Marcel Bataillon y André Saint-Lu, París 1971, p. 8.

[2] Véase *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de América y Oceanía,* Madrid, 1864-1884, v. XXXI, pp. 13-25.

Prácticamente todas estaban construidas con madera y techadas con paja. La inseguridad reinaba por doquier. Una vez que pasó la sorpresa, o el estupor, del primer contacto pacífico con los europeos, los indios no tardaron en mirar de otra manera a los recién llegados, y en resistir a las múltiples exacciones, a las faenas y a los desplazamientos forzados que se les imponían. Se habían multiplicado los ataques a los fortines españoles, las expediciones al interior de la isla eran cada vez más peligrosas y sus resultados aleatorios. Algunas regiones, bajo el mando de sus jefes tradicionales, los caciques, estaban incluso en abierta rebelión.

Si el simple contacto biológico con los europeos había comenzado a aquejar de muerte a las poblaciones indias víctimas de toda una serie de epidemias en general benignas en el Viejo Continente, los recién llegados no dejaban de ser menos diezmados también por las fiebres, las afecciones digestivas y las enfermedades entonces desconocidas. Producían estragos en los organismos debilitados a menudo también por una deficiente alimentación, incluso por el hambre, como había ocurrido tres años antes, en 1499. Hay un detalle elocuente a este respecto. Según Las Casas, un año después de la llegada de la flota comandada por Ovando, más de la mitad de los dos mil quinientos hombres que la conformaban ya habían muerto.

La situación económica no estaba tampoco a la altura de las esperanzas. Las arenas auríferas de las que se había hablado tanto durante los primeros años, y hacia las cuales se habían precipitado gran parte de los hombres que llegaron con Ovando, no cumplían sus promesas. Había que buscar otras nuevas incesantemente y, de todas maneras, sus propietarios se veían confrontados con un grave problema de mano de obra. Los trabajadores indios, los *naborías*, huían apenas podían. Cabe decir que los dueños los hacían servir en condiciones que recuerdan la peor de las esclavitudes, con rendimientos en general irrisorios. Además, cada vez era más difícil encontrar nuevos trabajadores, sobre todo porque a este respecto había una ruda competencia para conseguirlos y las autoridades coloniales, preocupadas por el descenso alarmante de la población india útil, habían decidido reglamentar las condiciones de trabajo de los indígenas.

Finalmente, para mayor complicación, los españoles estaban muy divididos entre ellos. Las tensiones salían a la luz entre los representantes de una Corona que, a veces de manera torpe, quería establecer su poder, y los colonos que no pensaban someterse a él, entre el clero dirigido por el obispo, seguro de sus prerrogativas, y los funcionarios enviados por el Rey. Las luchas de clanes, motivadas por el reparto de las riquezas potenciales de la isla, eran abiertas y a veces sangrientas, así como aquellas que enfrentaban a la facción liderada por Francisco Roldán, opuesta a Cristóbal Colón y a su familia quienes habían administrado primero la isla en virtud de unos acuerdos con la Corona. Lo habían hecho siguiendo casi

exclusivamente sus propios intereses, lo que había provocado su arresto y, dos años antes, su expulsión hacia España, cubiertos de cadenas[3].

Nuevamente, el historiador se ve obligado a confesar su impotencia. Ignoramos todo de lo que fueron los años dominicanos de Francisco Pizarro. A lo mucho, en la medida en que, según algunas fuentes, habría sido armígero del gobernador, podemos imaginar sin mayor riesgo que lo acompañó durante sus campañas al interior de la isla. En cuanto terminó de proceder a la reconstrucción de la capital, Santo Domingo, completamente destruida por un terrible huracán poco después de su llegada, Ovando partió en el otoño de 1503 hacia el suroeste de la isla con el objeto de acabar con un reino indígena que, a cambio de duras y constantes concesiones a los españoles, había logrado mantenerse en la región de Xaraguá. Aprovechando una fiesta ofrecida en su honor por los caciques indios reunidos, el gobernador dio la señal de la matanza. Más de ochenta jefes reunidos en la gran cabaña común en donde se desarrollaban las festividades fueron degollados y quemados. La «reina» Anacaona fue colgada, «por respeto a ella». Diego Velázquez, más tarde gobernador de Cuba, prosiguió con las masacres y el pillaje en toda la comarca que se vio desde entonces sometida a la autoridad española.

Algunos meses más tarde, en 1504, a la parte sureste de la isla, le tocó conocer la misma suerte, durante la campaña conocida como la «guerra de Higüey» durante la cual el cacique principal de la isla fue muerto por los soldados de Juan de Esquivel y de Juan Ponce de León. Ovando aprovechó la nueva correlación de fuerzas que se creó así para fundar, como se le solicitaba en las *Instrucciones* que había recibido, unas quince «ciudades» que al comienzo reunían cada una a lo mucho a algunas decenas de europeos, destinadas a servir de bases de apoyo para el mantenimiento del orden colonial y de centros para la puesta en valor de La Española tal como les parecía a los españoles. Por cierto, durante algún tiempo la producción aurífera tomó un nuevo impulso, a la vez gracias a la puesta en explotación de nuevos yacimientos ahora más accesibles en las regiones recientemente «pacificadas», pero también a las medidas administrativas tomadas por el gobernador. En particular, extendió y racionalizó el uso de la mano de obra indígena por medio de la encomienda, sistema del cual hablaremos después. Paralelamente, durante aquellos años, Ovando favoreció la ganadería que tuvo un auge inesperado. Vacas, caballos y cerdos, sobre todo, se multiplicaron sin tropiezos, y se pusieron a invadir el espacio insular. Una nueva fuente de ingresos importantes había nacido, sin mayor

[3] Sobre los confusos años que precedieron a la llegada del gobernador Ovando y sobre su acción, véanse Carl Ortwin Sauer, *Descubrimiento y dominación española del Caribe,* México, 1984, cap. I-VII y Frank Moya Pons, *Después de Colón, Trabajo, sociedad y política en la economía del oro,* Madrid, 1986, cap. I y II. Respecto al testimonio de Bartolomé de Las Casas, ampliamente utilizado por los dos autores precedentes, véase *Historia de las Indias* (Ed. A. Millares Carlo), México, 1951, 3 volúmenes, lib. II, cap. 1°

trabajo, porque se trataba de una ganadería extensiva que no tardó en provocar el acaparamiento de la tierra hasta ese entonces abandonada.

Todo esto, desde luego, se hizo en detrimento de los indios. Diezmados ya por las epidemias y por una violencia cotidiana multiforme, se aceleró la destructuración de su organización social tradicional. Su modo de vida se trastornó aún más, en particular por la extensión del trabajo obligatorio a actividades totalmente ajenas a las que estaban acostumbrados a practicar desde siempre. Finalmente, su espacio se redujo cada vez más ante las intrusiones del ganado y las nuevas exigencias de los ganaderos. Consecuencia inmediata de aquello fue la aceleración de la caída de la demografía aborigen y, por ende, en el momento en el que la economía parecía mejorar, el agravamiento de la crisis en la isla privada cada día más de la única mano de obra disponible.

Hacia Tierra Firme: el golfo de Urabá (1509-1510)

¿Qué perspectivas de futuro podía entonces imaginar en La Española un hombre como Francisco Pizarro? Había llegado bastante después del Descubrimiento y de las primeras operaciones militares de conquista de la isla que habían valido a sus participantes alguna notoriedad pero sobre todo la jugosa atribución de *naborías* forzados a trabajar inmediatamente en las arenas auríferas del interior. Sus hechos habían debido reducirse a participar en operaciones de limpieza, retomando el vocabulario de las guerras coloniales del siglo XX. Una situación no muy lucida, como hemos visto. En todo caso, en esta lucha anti-guerrilla antes de tiempo, era imposible ganar consideración, crédito y ventajas materiales. A ello se añadía el hecho que a Pizarro ni se le ocurría esperar que el apoyo, incluso los favores, de los poderosos de la colonia podrían compensar la escasez de su hoja de servicios. Por cierto, según algunas fuentes, él era armígero del gobernador, pero este título no debe crear ilusiones. De todos modos, la oscuridad de su nacimiento y su ausencia de cultura debían ser también obstáculos que únicamente hazañas verdaderamente fuera de lo común le habrían permitido hacer olvidar.

Además, al cuadro bastante sombrío de la situación de La Española que se ha bosquejado más arriba, es conveniente añadir un elemento que no podía jugar en favor de Pizarro. La llegada masiva de más de dos mil pasajeros en la flota comandada por Ovando había provocado desequilibrios adicionales a una sociedad española que no contaba más que con algunos centenares de individuos en toda la isla. En este pequeño mundo, ya bastante frágil, esto hizo nacer nuevas rivalidades, agudizó la competencia y aumentó el número de excluidos.

Para remediar este nuevo aspecto de las cosas, se imponía una solución, solución que por cierto sería una constante mientras durara la Conquista: enviar —o

dejar partir— en expedición hacia tierras todavía desconocidas a aquellos que no habían podido encontrar lugar y eran una amenaza con sus frustraciones o con sus rencores, para la tranquilidad del país. Al mismo tiempo, era una oportunidad para extender los territorios de la Corona, y se aliviaba a las colonias que recién nacían. Esta técnica posteriormente debía ser conocida con una expresión que la grafica muy bien: desaguar gente, es decir, deshacerse —en todos los sentidos del verbo— de estas gentes consideradas indeseables.

Ya en la época de Ovando, el horizonte americano de los primeros años se había ampliado. Primero gracias al mismo Colón. Durante un segundo viaje (1493-1496), él había bordeado las costas de Cuba, de Puerto Rico y del rosario de pequeñas Antillas bautizadas por él con nombres que la mayoría de ellas llevan aún hoy en día. Luego, durante un tercer periplo (1498-1500) llegó a tocar el sur del arco antillano (Trinidad), la costa este de la actual Venezuela y el delta del Orinoco. Éste lo había hecho soñar mucho, hasta el punto que creyó poder situar allí el paraíso terrenal. Finalmente, en 1502, Colón alcanzó América Central. Ulteriormente, o en paralelo, el conocimiento de este espacio caribeño que se estaba dibujando se completó con la serie de expediciones que la historiografía del Descubrimiento conoce —a causa de sus puntos de partida— bajo el nombre de «viajes andaluces»: en 1499 y 1500, Alonso de Ojeda, Juan de la Cosa y Amérigo Vespucci, desde el Puerto de Santa María, Alonso Niño y los hermanos Guerra (Luis y Cristóbal Antón) a partir de Palos, Vicente Yánez Pinzón y sus sobrinos que zarpan de Huelva, y Diego de Lepe, de Palos. En el transcurso de los años siguientes (1501-1502), cabe citar también a Rodrigo de Bastidas, y de nuevo a Juan de la Cosa, pero en todos los casos, sólo se trató de simples descubrimientos. Si a veces los jefes se atrevieron en las playas a tomar «oficialmente» posesión de esas nuevas tierras en nombre de la monarquía castellana, sólo se trató para ellos, muy frecuentemente, de actos simbólicos, con la esperanza de regresar después y servirse de los privilegios que la Corona les había otorgado antes de partir, si tenían éxito en su empresa.

Por su lado, Ovando, sobre todo en la segunda parte de sus años de gobierno, prestó una creciente atención al ambiente insular de La Española. Para él se trataba a la vez de emplear en otro lugar a los indeseables, de ocupar el territorio para impedir la creación de nuevos gobiernos autónomos al suyo, y de encontrar otras canteras de mano de obra india. Se había instaurado una verdadera trata entre las islas —sobre todo con las Lucayas, las actuales Bahamas— para paliar la caída de la demografía autóctona de la isla. El gobernador envió así a Sebastián de Ocampo con el fin de perfeccionar el conocimiento de las costas de Cuba, y Ponce de León partió a colonizar la isla de San Juan (Puerto Rico), obteniendo algunos éxitos en los primeros tiempos, los mismos que rápidamente se revelaron sin futuro.

La Corona pensaba, ella también, en la extensión de sus dominios americanos pero con perspectivas evidentemente bastante más amplias, en particular sobre

el continente que se anunciaba lleno de promesas. En 1503, la reina firmó un contrato con el navegante Juan de la Cosa para establecer una cabeza de puente en el golfo de Urabá, al oeste de la costa atlántica de la actual Colombia, cosa que hizo con grandes dificultades. En 1505, fue el turno de Alonso de Ojeda de salir hacia Tierra Firme. Más tarde, en 1508, la Junta de Burgos precisó la delimitación entre los territorios continentales atribuidos a los diferentes descubridores en trance de convertirse en colonizadores. Diego de Nicuesa obtuvo la zona occidental, llamada gobierno de Veragua, mientras que el este fue atribuido a Alonso de Ojeda y a Juan de la Cosa, constituyó el golfo de Urabá, que ambas partes querían anexarse, el límite de las concesiones. Hubo profundos disensos hasta que, gracias a la mediación de Juan de la Cosa, se decidió que el límite exacto entre las dos jurisdicciones sería las riberas del gran río que desemboca en el golfo.

Un poco antes de mediados de noviembre de 1509 —Ovando había regresado a España dos meses antes—, Ojeda abandonó La Española por el sur hacia las tierras que tenía que conquistar. Llevaba dos navíos, dos bergantines, trescientos hombres y doce yeguas. Los preparativos se efectuaron en un ambiente de tensión y de gran rivalidad con la expedición comandada por Nicuesa, quien disponía de muchos más medios que Ojeda. Francisco Pizarro iba en el viaje, una vez más, como soldado raso perdido en la masa.

La flota tocó tierra cerca del lugar en donde más tarde sería fundada la ciudad de Cartagena de Indias. Los contactos con los indios se revelaron inmediatamente muy difíciles, hasta imposibles. En el continente, por vez primera, los españoles leyeron a los autóctonos, en castellano, el famoso *requerimiento*, una declaración oficial mediante la cual el soberano español les requería someterse a su autoridad, abandonar los ídolos y abrazar la verdadera fe, en su defecto, serían tratados como enemigos de Dios y de la Corona.

Apenas desembarcaron, los españoles efectuaron brutales incursiones tierra adentro para conseguir cautivos. Según Bartolomé de Las Casas, la resistencia de los indígenas provocó verdaderas masacres. Durante uno de estos golpes de mano, en Turbaco, el piloto Juan de la Cosa, ayudante de Ojeda, cayó en una emboscada junto con sus hombres. Según palabras de fray Bartolomé, cuando fue encontrado, estaba amarrado a un árbol y parecía un erizo por las flechas y como, probablemente a causa de la hierba venenosa, estaba hinchado, deforme, con espantosas y horribles señales, los españoles cogieron tanto miedo que no hubo nadie que se atreviera a quedarse en el lugar esa noche.

La llegada inesperada de Nicuesa, al comienzo lleno de rencor hacia Ojeda y luego sensible a su aflicción, permitió preparar una expedición punitiva de una brutalidad extrema. Después, Ojeda prosiguió su periplo costero hacia el golfo de

Urabá e instaló un fortín de madera que protegía a unas treinta viviendas cerca de la punta Caribana, a la entrada del golfo, sobre la orilla oriental. Estábamos a comienzos de 1510. En recuerdo del santo mártir que murió traspasado por las flechas y de la masacre de Turbaco que muy bien podía repetirse, se puso el fortín bajo la protección de San Sebastián y se le dio su nombre. A partir de aquí, Ojeda inició con algún éxito razzias destinadas a encontrar oro y a conseguir esclavos, dos objetivos que se había fijado. Por cierto, Ojeda envió a Santo Domingo un barco cargado con su botín como prueba del «éxito» de su expedición. Tenía también que encontrar imperativamente víveres porque las provisiones estaban agotadas y solamente los pueblos indios podían ofrecerlos.

La situación no tardó en empeorar. Los soldados debilitados no se aventuraban fuera de los límites de su fortín. Uno de ellos que estaba de guardia una noche fue presa de una súbita locura, otros murieron de inanición. Felizmente, hizo su aparición, por la entrada del golfo, un barco perteneciente a genoveses y que había sido robado en Santo Domingo por un tal Bernardino de Talavera. Traía pan de mandioca y tocino. La guarnición estaba a salvo pero insistentemente le pidió a su jefe regresar a sus bases en La Española. Ojeda logró, con dificultad, convencer a sus hombres de esperar los refuerzos que estaban anunciados.

Un día, atraído fuera del fortín por los gritos de indios emboscados, Ojeda cayó en una trampa. Su muslo fue traspasado por una flecha. Temiendo que ésta estuviese como de costumbre envenenada, le pidió al cirujano de la expedición que cauterice sus heridas con dos placas de fierro calentadas al rojo vivo. Ante la negativa del médico que temía por el desenlace, Ojeda amenazó con ahorcarlo y recibió entonces el tratamiento exigido. Efectivamente estuvo a punto de morir pero, como se le envolvió en paños mojados en un tonel de vinagre, logró, cuenta Las Casas, compensar el veneno de la hierba con el ardor del fuego.

Como no aparecía ningún refuerzo en el horizonte, Ojeda aprovechó el barco que trajo Bernardino de Talavera para regresar a La Española en busca de ayuda. ¿A quién dejar entonces al mando del fortín de San Sebastián con una pequeña guarnición de apenas setenta soldados sobre los trescientos que habían partido algunos meses antes? Ojeda se decidió por Francisco Pizarro. Desde comienzos de la campaña, él había demostrado, en condiciones muy difíciles, sólidas cualidades de resistencia y de mando. Ojeda le encargó la misión de resistir cincuenta días en espera de refuerzos que le serían enviados de Santo Domingo. Cumplido este plazo, si no llegaba nada, Pizarro podría abandonar el fortín y regresar con los dos bergantines que se dejaban a su disposición.

Por primera vez, a los treinta y dos años de edad, por lo menos, y después de casi diez años en América, Francisco Pizarro dejaba finalmente el anonimato, pasaba a ser el protagonista de un episodio que, aunque marginal, no dejaba de tener importancia. Por primera vez la Historia conservaba su nombre.

Cumplió escrupulosamente su misión, a pesar de que las condiciones de supervivencia alcanzaban el límite de lo soportable, pues los hombres tuvieron incluso, como último recurso, que resolverse a comerse los caballos sin embargo tan valiosos. Viendo que no llegaba nada al término de la espera que le había sido fijada, Pizarro decidió reembarcar y volver a Santo Domingo. No obstante, se le planteó una cuestión de conciencia. No había suficiente lugar en los dos bergantines para los setenta hombres aún con vida. Pizarro optó entonces por esperar que el hambre, las enfermedades y los indios reduzcan a sus efectivos. Cuando sucedió, los soldados destruyeron el fortín y se amontonaron en los dos bergantines. Hacía seis meses largos que habían llegado a San Sebastián.

Para desgracia de los sobrevivientes sus sufrimientos no habían terminado. Poco después de la partida, tuvieron que soportar una terrible tempestad y, según su testimonio, un enorme pez —sin duda una ballena en realidad— rompió de un coletazo el timón de uno de los dos bergantines, el mismo que, ingobernable, zozobró poco después. Todos los hombres a bordo perecieron ahogados. Muertos de sed y desfallecientes, los treinta y cinco sobrevivientes se cruzaron por suerte frente a Cartagena con un navío español comandado por el bachiller Martín Fernández de Enciso. Éste se dirigía al golfo de Urabá llevando ciento cincuenta hombres, unos quince caballos, cerdas y verracos, armas y pólvora. Permaneció sordo a las súplicas de los sobrevivientes de San Sebastián e incluso al tintineo del oro que traían consigo. En vez de hacerse a la vela hacia Santo Domingo, como ellos se lo pedían encarecidamente, Enciso prosiguió su ruta hacia el golfo de Urabá, término de su viaje y sede de sus intereses en Tierra Firme, pues estaba asociado con Ojeda en la empresa de éste.

Con Balboa en el descubrimiento del Mar del Sur (1511-1513)

No bien llegado a su destino, el navío que transportaba los caballos, los cerdos y las provisiones encalló en la entrada del golfo con la consecuente pérdida de toda su valiosa carga. El fuerte de San Sebastián había sido completamente desmantelado por los indios quienes atacaron en varias ocasiones a los que llegaban y rechazaban obstinadamente el *requerimiento.* Como no tenían más remedio que alimentarse de la cacería y de palmitos, los españoles pasaron entonces a la orilla occidental del golfo, una inmensa extensión marina que penetra profundamente —más de ciento cincuenta kilómetros— en las tierras. En noviembre de 1510, en medio de grandes dificultades debidas al clima, a la insalubridad, a los obstáculos naturales y, desde luego, a la resistencia de los indios, los hombres de Enciso tomaron un pueblo indígena llamado Darién, situado en el interior y unido al mar por el brazo de un río. Considerando el lugar más seguro, y sobre todo que sería más fácil vivir allí, los españoles fundaron lo que, en su mente, estaba

llamado a convertirse en una ciudad pero que no fue durante mucho tiempo sino algunas cabañas de madera cubiertas de paja. Los conquistadores dieron primero a este campamento, de manera significativa, el nombre de La Guardia y luego lo rebautizaron Santa María la Antigua del Darién en recuerdo de la Virgen sevillana a la que los pasajeros en partencia para América tenían la costumbre de encomendarse[4].

El bachiller Martín Fernández de Enciso se encontraba muy naturalmente a la cabeza de la nueva colonia. Puntilloso y hasta formalista, no dudaba en hacer recordar sus años de estudios para asentar su autoridad frente a sus hombres quienes, en su mayoría incultos y provenientes de medios populares, habían conocido otro tipo de escuela. Les prohibía, en especial bajo pena de muerte, trocar oro con los indios, oficialmente para impedir los tráficos, pero según sus soldados, para que quien se beneficie sea él. Enciso no tardó en exasperarlos y pronto terminó prisionero en un navío a punto de partir hacia las islas y, después rumbo a España. Diego de Nicuesa también había puesto la mira sobre Santa María la Antigua. En efecto, él estimaba que la «ciudad» dependía de la gobernación de Veragua que le había sido confiada y cuyos límites, bastante imprecisos evidentemente, pasaban por esta región. En verdad, casi no tuvo tiempo de buscar pleitos. Sus soldados le hicieron correr la misma suerte que a Enciso pero con un detalle, y de importancia, puesto que el navío en el que fue despachado desapareció en el mar.

Estas querellas de autoridad y estas rivalidades eran ya una constante en el mundo de los conquistadores, aunque la situación fuese de lo más precaria y el campo de aplicación del poder en juego de lo más restringido. De todos modos había que tomar precauciones para el futuro que cada uno esperaba muy favorable para sí, aunque el presente podía parecer completamente incierto.

Vasco Núñez de Balboa había sido el alma de la conjura que había apartado a Enciso. Poco después fue elegido alcalde de Santa María. Hidalgo de baja alcurnia, nació también en Extremadura, en Jerez de los Caballeros, vino a América con Rodrigo de Bastidas y Juan de la Cosa durante uno de los «viajes andaluces», exploró con ellos la costa de la Tierra Firme situada al oeste del cabo de la Vela, es decir la costa atlántica de la actual Colombia. Al término de la expedición, cayó preso junto con el resto de la tripulación en Santo Domingo, porque Ovando los acusaba de haber incursionado sin autorización real en los

[4] Para este período de la vida de Pizarro, véanse Bartolomé de Las Casas, *Historia de las Indias, op. cit.,* lib. II, cap. LII y LXII-LXIII, Antonio de Herrera, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano*, Buenos Aires, 1944, Década I, lib. VII-VIII, Francisco López de Gómara, *Hispania Vitrix o Historia General de las Indias, op. cit.,* Barcelona, 1954, 1ª parte, cap. LVIII, Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias,* Asunción, 1944, 2ª parte, lib. VII y Pedro Cieza de León *Descubrimiento y conquista del Perú,* Roma, 1979, 1ª parte, cap. VI.

territorios sometidos a su autoridad. Una vez liberado, Vasco Núñez de Balboa se dedicó sin éxito a la agricultura. Huyendo de sus acreedores, se embarcó según la tradición clandestinamente —escondiéndose en una barrica— en el buque de Enciso, quien partía para socorrer a Alonso de Ojeda. Este último era uno de los que habían hallado, como hemos dicho, el bergantín en el cual se encontraban en peligro de naufragio los supervivientes de San Sebastián comandados por Francisco Pizarro.

Cuando se puso a la cabeza de los españoles de Santa María la Antigua, Balboa hizo de Pizarro su lugarteniente. Le encargó varias incursiones en territorio indio con fortunas diversas, y dirigió él mismo una expedición remontando el río Atrato —llamado San Juan por los españoles— que desemboca en el golfo. Parece que con ocasión de sus contactos con los indios, Balboa habría escuchado hablar de la existencia de un mar en dirección al poniente. Desde ese momento se fijó el objetivo de llegar a él. A comienzos del mes de setiembre de 1513, a la cabeza de ciento noventa hombres que le parecieron los más vigorosos y los más aptos para soportar las mayores dificultades, dice Las Casas, Balboa se embarcó en un bergantín acompañado de diez grandes botes. Bordeó primero la costa hacia el norte hasta el territorio de un cacique amigo que le había regalado a su hija. Luego, la expedición penetró tierra adentro. La marcha fue larga y particularmente penosa, unas veces en medio de indios solamente desconfiados, otras veces abriéndose paso a la fuerza, es decir sembrando el terror en los pueblos, según la técnica de la época, con la espada, perros y detonaciones de armas de fuego. En medio de la agobiante espesura y la humedad constante de una selva tropical hostil, encontrándose con indios desconocidos, había que atravesar, siguiendo en el mejor de los casos los senderos indígenas, el accidentado relieve de la cordillera del Darién.

Finalmente, después de varios meses de una caminata agotadora y llena de peligros, el 25 de setiembre de 1513, desde una cumbre, la tropa divisó, a lo lejos, el mar océano. En realidad, habiendo sido informado por los indios de la inminencia del panorama, Balboa había hecho sentar a los soldados y subió solo la última montaña para ser indiscutiblemente el primer europeo en descubrir, en todos los sentidos del término, el Mar del Sur. Sin esperar más, Balboa, en nombre de la corona de Castilla, tomó posesión de él a distancia así como de todo lo que contenía. Hizo levantar un acta, y según el ritual de la época, cortó ramas, erigió un montículo de piedras, y sobre dos árboles grandes hizo grabar con cuchillo el nombre de los reyes de Castilla. Sin embargo, él y sus hombres más válidos —ya no eran más que ochenta sobre los ciento noventa de la partida— tuvieron todavía que armarse de paciencia, es decir caminar cuatro días antes de llegar por fin a la playa tan deseada.

La imaginería española del siglo XIX ha representado muchas veces lo que sucedió entonces el 29 de setiembre. Se ve a Balboa, con el agua hasta media pierna,

con la cabeza cubierta con el inevitable morrión y portando coraza —equipo indispensable del conquistador en la imaginación popular—, levantando los brazos y blandiendo en una mano el estandarte español, en la otra, según el caso, una espada o una cruz.

Como lo demandaba la tradición, en esa playa se levantó el acta de este gran descubrimiento y el escribano de la expedición indicó el nombre de todos aquellos que habían participado en él. Prueba del papel eminente que desde ese momento era el suyo, el de Pizarro figura en tercera posición, después de Balboa, el jefe, y del capellán de la expedición, el dominico Andrés de Vera. En los días que siguieron, los españoles pudieron entrar en relación con los indios que vivían en las playas. Estos últimos les regalaron, para gran sorpresa suya, una gran cantidad de magníficas perlas que se encontraban en abundancia en las islas cercanas al litoral. A pesar de su alegría, los Descubridores no estaban sin embargo al final de sus padecimientos, ya muy largos y agotadores. Los más ligeros de piernas iban a poner aún tres meses y medio para regresar finalmente a Santa María la Antigua adonde llegaron el 19 de enero de 1514. Los habitantes de la ciudad, nos dice Las Casas, sintieron una alegría inenarrable, considerándose cada uno de ellos el más feliz de los hombres. Celebraron no tanto el descubrimiento hecho por la expedición, sino las grandes cantidades de oro y sobre todo de perlas que Balboa y sus hombres traían de su viaje. El limitado horizonte y las restringidas perspectivas económicas de Santa María la Antigua se ampliaban de un solo golpe y de manera considerable.

El Istmo a sangre y fuego (1514-1522)

Balboa ejercía interinamente su autoridad sobre el Darién y su región, la misma que por las esperanzas desde ese momento puestas en ella habían llevado a bautizarla como Castilla del Oro. En 1513, la Corona designó como es debido a un gobernador, el segoviano Pedrarias Dávila, un militar encanecido en el oficio. Llegó al lugar en junio del año siguiente a la cabeza de una flota muy importante: unos veinte navíos y más de dos mil pasajeros —mientras que Santa María la Antigua superaba apenas los quinientos habitantes—, entre los cuales el primer obispo nombrado para el Darién, funcionarios del fisco, eclesiásticos y cierto número de personajes que volveremos a encontrar más adelante[5].

Los refuerzos permitieron que Pedrarias diera una nueva importancia a las expediciones de reconocimiento lanzadas tierras adentro. Poco después de su

[5] Véase María del Carmen Mena García, *Sevilla y las flotas de Indias. La gran armada de Castilla del Oro (1513-1514),* Sevilla, 1998.

llegada, encontramos a Pizarro en calidad de lugarteniente en una columna comandada por un pariente del nuevo gobernador y cuyo objetivo era un archipiélago de evocador nombre, las islas de las Perlas, en la costa pacífica del Istmo. La aventura se convirtió rápidamente en una pesadilla para ambos lados: ataques e incendios de pueblos, raptos de mujeres indígenas, cuerpos despedazados por las mordidas del perro de guerra de la expedición, sublevación de los indios, huida de los conquistadores perdidos más de una semana en los pantanos con el agua hasta la cintura. Incluso uno de los españoles, agotado, y no pudiendo seguir a sus compañeros, decidió ahorcarse y lo hizo delante de ellos.

Si el botín de perlas que trajeron era de un gran valor, con piezas rarísimas, el balance de la expedición no era en sí brillante. Al final del relato que hace de ella, José Antonio del Busto Duthurburu no duda en escribir que ese fue indiscutiblemente uno de los episodios más crueles de la conquista de esta región.

Posteriormente, encontramos con regularidad a Pizarro, las más veces como lugarteniente, en toda una serie de expediciones con resultados desiguales pero todas sangrientas. Así, en 1515, asiste a Luis Carrillo en las regiones de Abrayme y de Teruy, al sureste de Santa María, en donde se alternaban espesos bosques tropicales difícilmente penetrables, pantanos y lagunas. La columna habría regresado a su base con varios centenares de indios cautivos destinados a ser vendidos.

A finales del mismo año, Pizarro había vuelto a partir, esta vez con Gaspar de Espinosa, hacia el noroeste. La expedición estaba fuertemente equipada: trescientos soldados, unos quince jinetes, jaurías de perros de guerra. Se ha glosado mucho sobre el pavor de los indios ante los caballos. En cambio, se ha destacado poco su pánico frente a los perros de guerra, terroríficos auxiliares de la Conquista desde sus inicios. Gonzalo Fernández de Oviedo cuenta que para excitar, y sobre todo orientar su ferocidad, los amos los alimentaban con carne de indios muertos. Algunos de estos molosos, en fe de sus «hojas de servicio» y considerando la agresividad de su progenitura, podían valer una fortuna. Si les creemos a los cronistas, con Gaspar de Espinosa la crueldad se hizo también presente. Cuerpos destrozados por los perros de guerra, narices y manos cortadas, sadismo de algunos «juegos» inventados por la soldadesca, centenares de indios reducidos a la esclavitud. A su retorno a Santa María la Antigua a mediados de abril de 1517, los conquistadores traían consigo a dos mil prisioneros sobrevivientes, encadenados, y destinados al «mercado» de Santo Domingo.

En setiembre del mismo año, Pizarro partió de nuevo en campaña. Esta vez era lugarteniente de Juan de Tavira para ir a descubrir la región del Dabaibe. Con tres pequeñas embarcaciones y unos botes en los que remaban esclavos indios, los españoles remontaron el río Atrato que desemboca en el golfo de Urabá.

Al cabo de algunos días, los indios los atacaron, haciendo imposible cualquier desembarco y, por ende, la búsqueda de alimentos. Como consecuencia de las lluvias torrenciales en las montañas, pronto sobrevino una terrible crecida que arrastraba árboles enteros. Cuando trataba de pasar de una embarcación a otra, Juan de Tavira cayó accidentalmente al agua y desapareció en ella junto con el tesorero de la expedición, Juan Navarro de Virués.

Pizarro se encontró pues a la cabeza de la expedición, en condiciones tan dramáticas como la primera vez (en San Sebastián) en la que había ejercido una jefatura. De acuerdo con sus hombres, agobiados, famélicos, y desmoralizados, decidió regresar, por lo menos con los sobrevivientes, pues cuando finalmente tocaron Santa María faltaba más de la mitad de los efectivos de partida.

El fracaso fue estrepitoso. No obstante, para Pedrarias Dávila, en tanto que gobernador, era esencial proseguir con las expediciones, traer oro y esclavos, los dos productos más cotizados en la primera edad americana y de los cuales el quinto del valor (el quinto real) correspondía a las Cajas Reales. Algunos meses más tarde, en 1518, decidió entonces montar una nueva operación, pero en una región que los españoles conocían, la de Abrayme, de donde algunos años antes Luis Carrillo había regresado con varios centenares de cautivos. Como Pizarro había sido su lugarteniente, el gobernador lo nombró esta vez capitán y jefe de la expedición compuesta de unos cincuenta hombres. Éste daba así un nuevo y decisivo paso en la jerarquía, y ya no debía su jefatura a la defección o a la desaparición de su superior.

Ese operativo, en realidad bastante restringido en relación a las precedentes, fue también un fracaso completo. No había oro, ni indios que capturar. Una vez más los soldados se vieron obligados a comer sus caballos, cosa que se hacía sólo en casos extremos.

Pizarro se había convertido en uno de los hombres de confianza del gobernador. Sin más tardar se tuvo una nueva prueba de ello. Vasco Núñez de Balboa, cuyo título oficial era *adelantado* del gobernador, es decir jefe de sus tropas, había partido a la costa del Istmo. Ahí había fundado una pequeña ciudad aún en devenir, Acla, y había emprendido la construcción de dos bergantines, con madera transportada durante largas distancias a ombros de indios, muriendo varios centenares de ellos. Su idea era ir por el Mar del Sur que había descubierto algunos años antes, llevando a Pizarro de lugarteniente. En realidad, Pedrarias tenía la sospecha de que Balboa abrigaba malas intenciones, en otros términos, que quería partir hacia tierras desconocidas sin autorización y librarse así del yugo de la autoridad del gobernador. Las tensiones entre los dos hombres no eran nuevas y, con la esperanza de aquietarlas, el obispo del Darién, fray Juan de

Quevedo, había concertado incluso el matrimonio de Balboa con doña Isabel de Bobadilla, hija de Pedrarias.

No se logró nada. El gobernador fue informado por unas almas compasivas de que su yerno pensaba sublevarse contra él. Le hizo saber entonces que tenía necesidad de verlo. Balboa pensaba que no tenía nada que reprocharse y se puso en camino, mientras tanto Pedrarias le encargó a un hombre de confianza, Pizarro, ir a buscarlo. Los dos hombres se encontraron cerca de Acla, y Pizarro en el acto tomó prisionero a Balboa. Según la tradición, llena de mordaz ironía, Balboa habría dicho a su nuevo carcelero —recordándole su pasado en común— que tenía remembranzas de haber recibido en el pasado una mejor acogida de su parte.

Después de un proceso sumario, Balboa fue condenado a muerte y ejecutado sin más tardar en la plaza central de Acla en enero de 1519.

Este episodio del que los cronistas han conservado un recuerdo contrastado, en particular en cuanto a la actitud de Pizarro hacia su antiguo jefe, no significó para él la detención de sus actividades de descubridor. En julio, lo encontramos en calidad de lugarteniente en una nueva expedición de Gaspar de Espinosa a quien conocía bien. El objetivo era esta vez la costa situada al oeste de Panamá, que bordearon hasta llegar a lo que es hoy en día Costa Rica. En algunos lugares, Pizarro comandaba a los soldados que desembarcaban tanto para traer alimentos indispensables como para efectuar misiones de exploración, a menudo arriesgadas. En el regreso, se le encargó incluso tomar represalias, sin piedad según la moda de esos tiempos, contra tal o cual cacique, por ejemplo contra el de Natá, que había roto la paz con los escasos españoles que quedaron en el lugar[6].

El regidor de Panamá

Pedrarias Dávila distaba mucho de tener la aprobación de todos sus administrados, y para empezar por su manera de gobernar. Eran numerosos los que le reprochaban en particular los graves excesos que había encubierto, y hasta aconsejado, durante las expediciones enviadas hacia el interior del país. Sus opositores no arguían razones humanitarias sino que insistían en que desde entonces el oro escaseaba y los esclavos también. Las poblaciones autóctonas habían sido diezmadas por las columnas precedentes, o habían huido a lo más profundo de la selva y a las montañas en previsión del muy probable retorno de los españoles. De todas maneras, hinterland de Santa María la Antigua era de muy difícil acceso y, por

[6] Para mayores detalles sobre estas expediciones que a veces son tratadas por los cronistas de manera confusa, incluso contradictoria, véase José Antonio del Busto Duthurburu, *Pizarro, op. cit.,* pp. 89-101. De manera más general, sobre Pedrarias Dávila y su gobierno, véase María del Carmen Mena García, *Pedrarias Dávila o la ira de Dios: una historia olvidada,* Sevilla, 1992.

decirlo así, no parecía conducir a ninguna parte, por lo menos dentro de la lógica colonial de la época. No asombra pues que Pedrarias se haya dado cuenta de que la reciente apertura hacia el Pacífico constituía una gran oportunidad que no podía dejar pasar. Partió para fundar una gran ciudad-puerto, en la costa del Mar del Sur, con la intención de establecerse, y en consecuencia de desplazar hacia allí el centro de gravedad de la joven colonia. Tuvo que enfrentar la abierta oposición de una parte de los habitantes de Santa María la Antigua, para los cuales la idea significaba en última instancia el languidecimiento de su ciudad y de los intereses que se habían creado allí. Pedrarias Dávila hizo caso omiso de ello. El 15 de agosto de 1519 fundó su nueva capital, y la bautizó, teniendo en cuenta el santoral, Nuestra Señora de la Asunción de Panamá.

Pizarro figura entre los primeros habitantes de la nueva ciudad. Muy cercano a Pedrarias, éste lo llevó consigo en 1522, durante una expedición de exploración marítima a lo largo de las costas, al término de la cual fundaron la ciudad de Natá, por segunda vez porque un primer intento se había saldado con un fracaso. Los indios sublevados habían desmantelado los establecimientos europeos antes de recibir una pronta y viva respuesta española dirigida con mano de hierro por Pizarro que conocía pues muy bien la región.

Al inicio de los años 1520, dos décadas después de su llegada a tierra americana, se podría considerar que Pizarro había tenido éxito finalmente. Él, el oscuro bastardo de Trujillo, olvidado en el testamento de su padre, el soldado sin hazañas de las guerras de Italia y de las campañas de «pacificación» de La Española, el defensor sacrificado del fortín de la punta Caribana, había alcanzado, finalmente, en la sociedad por cierto reducida del Istmo, una notoriedad y un lugar envidiables. Las numerosas expediciones en las que había participado desde hacía diez años, con resultados muy desiguales, le habían valido una reputación de valentía, de aguante, de espíritu de decisión, de eficacia contra los indios, con todo lo que aquello podía significar en esa época. Aparentemente sin estados de ánimo, siempre se mostró con una indefectible lealtad hacia sus jefes, cosa rara en su medio, y pese a lo que pudiese a veces haberle costado. Eso se notó muy bien durante el arresto de Vasco Núñez de Balboa.

Las recompensas se hicieron presentes. Pizarro tenía ahora el grado de lugarteniente del gobernador, era su brazo derecho para los asuntos militares que en ese entonces constituían el armazón de la joven sociedad americana. En reconocimiento a sus méritos, Pedrarias Dávila le había atribuido una encomienda de indios. La encomienda era un sistema heredado de la reconquista de Nueva Castilla y adaptado a la situación americana desde los primeros años del siglo XVI. Un español se veía «encomendar» —de ahí el nombre— un grupo de indígenas de variable tamaño según los méritos por retribuir pero también según las posibilidades demográficas de la región concernida. El encomendero tenía que tomar a su cargo y pagar la

evangelización y la catequesis de los indios en cuestión y estar siempre listo para asumir la defensa del país. A cambio, los indígenas estaban obligados a entregarle un tributo, en especies en los primeros años, dos veces al año, en Navidad y en el día de San Juan. También debían dedicarle cierto número de jornadas de trabajo en sus propiedades. Inmediatamente, este sistema sin control ni barreras había dado lugar a abusos terribles contra los que, con razón, Bartolomé de las Casas había de concentrar la mayor parte de sus ataques.

Pizarro formaba parte ahora de la pequeña aristocracia panameña. Era v*ecino* de la ciudad, es decir que gozaba de todos los derechos cívicos ligados a este estatuto y que no poseían las otras categorías, los *habitantes*, gente modesta por cierto establecida en la ciudad pero desprovista de cualquier derecho a ejercer rol alguno en ella, y los *estantes* que estaban sólo de paso. En el *cabildo,* consejo municipal que en esos tiempos fundadores desempeñaba todavía en América un papel esencial que la Corona se esforzaría en recortar posteriormente, Pizarro terminó siendo *regidor* e incluso, una vez fue elegido primer magistrado, *alcalde*, por un año, según la costumbre. Una verdadera consagración.

Sin embargo, no nos engañemos. Panamá, sin verdadero hinterland, no era entonces más que un teatro de operaciones bastante marginal en el tablero americano de esa época. Dada la debilidad de la demografía y de la economía indias de la región unidas a la sumisión muy relativa de los indígenas, el título de *encomendero* no debía dar ahí muy buenos resultados económicos. Incluso hasta podía no dar ningún beneficio. Así, cuando Pizarro recibió de Pedrarias Dávila la *encomienda* de Chochama en una región que acababa de explorar Pascual de Andagoya, su autoridad sólo fue nominal pues los indios de esta región aún no «pacificada» rechazaban obstinadamente todo contacto con los españoles.

Además, la ciudad de Panamá acababa de ser fundada. ¿Qué representaba entonces verdaderamente? Es difícil decirlo, pero recordemos la descripción que hizo de ella unos ochenta años más tarde el jerónimo Diego de Ocaña, cuando la ciudad desempeñaba un papel ineludible en el dispositivo español: playas fangosas infestadas de innumerables caimanes siempre al acecho, una humedad ambiental insoportable que hacía pudrir libros y lencería, una continua pestilencia y miasmas que muy pocos soportaban, casas hechas aún con tabiques mal ajustados que impedían cualquier intimidad, techos de paja en donde anidaban escorpiones venenosos que caían al suelo en época de lluvias diluvianas que anegaban las calles, toda suerte de enfermedades contra las cuales no resistían los organismos debilitados por la larga travesía transatlántica y la penosa caminata en el Istmo[7]. Todo aquello tenía que haber sido mucho peor en 1520-1522. Según Gonzalo Fernández de Oviedo que vivió allí, en 1509 la

[7] Diego de Ocaña, *A través de la América del Sur,* Madrid, 1987, cap. IV y V.

«ciudad» contaba apenas con setenta y cinco viviendas que él no llamaba casas sino *bohíos*, su nombre indígena[8].

En la actualidad es muy difícil decir, y sin duda imposible, hasta qué punto los españoles llegados a las Indias en esa época se daban cuenta del salto cualitativo que estaban dando, de qué manera experimentaban las dificultades que debían enfrentar, las comparaciones que establecían entre el rincón de España donde habían nacido y su nuevo anclaje americano.

¿Era capaz Pizarro, por sus orígenes, tal vez más que buen número de sus pares, de relativizar muchas de las incomodidades que imponía en ese entonces el Nuevo Mundo? No por ello debía estar menos decidido a tentar, hasta sus consecuencias más extremas, tal como ya lo había demostrado muchas veces, la suerte que estaba corriendo desde hacía tantos años. De todos modos, la dinámica de la Conquista reside primero en la búsqueda desenfrenada, en el sentido fuerte de este término, de perspectivas y de una fortuna más tentadoras, de condiciones siempre más favorables, de un futuro que se anuncie bajo mejores auspicios. En otros términos, la más hermosa de las conquistas era siempre la que estaba por hacerse, aquella hacia la cual se iría más tarde en las tierras que quedaban por descubrir.

Desde este punto de vista, en el momento del que estamos hablando, esto es inicios de los años 1520, un importante acontecimiento acababa de producirse que reforzaba a la vez lo que acabamos de decir, pero también cambiaba radicalmente todo el orden americano. El 10 de febrero de 1519, pasando por encima de los mandatos del gobernador de Cuba, Hernán Cortés, otro hijo de Extremadura, de Medellín, había partido hacia el norte del continente. El 8 de noviembre del mismo año, por las tierras altas, había llegado a Tenochtitlán, la capital azteca, y ahí, se produjo el deslumbramiento! Ya no se trataba de aldeas con chozas de paja dispersas en la gran selva ni de pueblos palafitos al borde de las lagunas, sino de ciudades populosas, una inmensa capital, con palacios, templos, esculturas, joyas a profusión, mercados, red de comunicaciones. Algunos osaron comparar todo aquello con lo mejor que habían visto en España y en Italia, y no dudaron en poner en paralelo su conquista con las más famosas epopeyas de la Antigüedad. No más caciques enemigos entre sí, sino un emperador y reyes acompañados de innumerables cortesanos, reinando sobre multitudes infinitas acostumbradas a obedecer, a servir y a producir. Unas perspectivas de dominación inauditas. Una oportunidad inimaginable para aquellos que, uniendo coraje, audacia y cálculo, supieron hacerse dueños de semejante imperio.

[8] Citado por María del Carmen Mena García, *La sociedad de Panamá en el siglo XVI*, Sevilla, 1984, p. 57. Sobre los inicios de la ciudad de Panamá, véase también, de la misma autora, *La ciudad en un cruce de caminos (Panamá y sus orígenes urbanos)*, Sevilla, 1992.

Frente a esto, Panamá sólo podía parecer más miserable. Aquello que había podido parecerse al éxito se encontraba relativizado y reducido a cantidad verdaderamente deleznable. ¿Contentarse con ello o concebir otras ambiciones? En vez de malcomer en el Istmo, pues el norte ya estaba tomado, ¿por qué no tentar fortuna hacia el sur esta vez, la única dirección todavía inexplorada?

Segunda parte

El triunfo de una increíble voluntad

3
En busca del Perú: las dos primeras expediciones (1524-1528)

1522. Pizarro tiene cuarenta y cinco años o un poco más, hoy en día la plenitud de la existencia, las inmediaciones de la vejez a comienzos del siglo XVI. El cronista Gonzalo Fernández de Oviedo, entonces empleado de la administración fiscal del Darién, lo conoció bien, en particular durante una estadía profesional de varios meses en Panamá. Pizarro era entonces un hombre de elevada estatura —sin duda heredada de su padre— robusto, de buena estampa, de rasgos agradables, de un comportamiento siempre medido (*lento o espacioso*), que hablaba poco (*de corta conversación*) y ya famoso por su merecida reputación de gran valentía[1].

Hace veinte años que lleva una vida aventurera sobre las márgenes de la América colonial en vías de formación, con éxitos muy desiguales y en suma muy mitigados si se tiene en cuenta lo que habían costado: esfuerzos, sufrimientos españoles pero también sangre indígena. En un mundo en el que nada está aún verdaderamente ganado, en el que todo está por hacerse, uno imagina a Pizarro abierto hacia el futuro. Él ignora que tendrá que esperar todavía una larga década la sonrisa decisiva de la Fortuna.

[1] Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias, op. cit.,* 3ª parte, lib. VIII, Proemio.

La Compañía del Levante

El documento notariado más antiguo de Pizarro, Diego de Almagro y Hernando de Luque se remonta precisamente a comienzos del año 1522. Se refiere a una cantidad de unos setecientos pesos enviada a Sevilla y proveniente sin duda del producto de una mina explotada en común con otro socio, un tal Diego de Mora. La colaboración de los dos primeros no era novedad. Desde hacía varios años ya, por lo menos desde 1519 con su participación en la expedición comandada por el licenciado Espinosa, estaban íntimamente asociados en negocios.

Diego de Almagro era un poco más joven que Pizarro. Nació hacia 1480 en Bolaños de Calatrava, pueblito situado a una legua al este de Almagro en Nueva Castilla. Él también era bastardo de un tal Juan de Montenegro, sin duda hidalgo, que pertenecía a la casa del maese de Calatrava, y de una jovencita del pueblo, nativa de Almagro, Elvira Gutiérrez. Luego de una infancia y una adolescencia oscuras —otro punto en común con Pizarro— de un lado para otro entre la familia de su padre y la de su madre, lo encontramos de criado en Toledo. Posteriormente habría fugado a Sevilla para escapar del castigo probable que iba a valerle un intercambio de navajazos, y se había embarcado en la flota de Pedrarias Dávila a punto de partir para el Darién. Estábamos en 1514. Como Pizarro, su amigo, Almagro participó en el Istmo en varias expediciones. Ahí ganó una excelente reputación de soldado, particularmente eficaz en las zonas de más difícil penetración. Empero, a pesar de sus cualidades, nunca escaló posiciones como hemos visto hacerlo a Francisco Pizarro con el correr de los años.

Hernando de Luque era un personaje diferente. Andaluz, de Morón de la Frontera en la provincia de Sevilla, no se dispone de información sobre sus orígenes ni sobre sus inicios en la existencia. Seguramente no era de baja extracción pues pudo realizar los estudios necesarios para acceder al sacerdocio. Él también vino a América en la flota de Pedrarias Dávila, acompañando al franciscano Juan de Quevedo, quien partió para dirigir el recién creado obispado del Darién y cuya sede se encontraba en Santa María la Antigua.

Poco después lo encontramos como miembro del capítulo de la nueva catedral. Ocupaba funciones de maestrescuela pero, como otros muchos españoles de la región, no iba a tardar en sufrir el tropismo del Istmo en donde en adelante todo parecía decidirse. A comienzos de los años 1520, primero de manera episódica y luego definitivamente, se fue a vivir en Panamá, anticipando así el traslado a esa ciudad de la sede episcopal de Santa María la Antigua que tendría lugar en 1527. Sacerdote aparentemente sin problemas —rasgo que en aquella época y en ese medio merece ser destacado—, Hernando de Luque tenía un sentido agudo de los negocios que había hecho de él uno de los hombres más ricos de la región, junto con el gobernador Pedrarias Dávila y el licenciado Espinosa.

En 1524, parece ser, porque ningún documento de esa época lo confirma, Pizarro, Almagro y Luque decidieron asociarse en una operación bastante precisa: el descubrimiento y la conquista del levante. Esta palabra merece un comentario. En la región del Istmo, la costa del Pacífico está orientada *grosso modo* este-oeste, lo que por cierto explica por qué el océano fue llamado al comienzo *Mar del Sur.* En los dos años precedentes, 1522 y 1523, se habían efectuado una serie de expediciones hacia el oeste, el poniente, teniendo por objetivo, más allá del Istmo, cuando la costa se orienta hacia el norte, Nicaragua, Honduras e incluso Guatemala. El inmenso éxito de la aventura mejicana, en ese entonces muy reciente, permite comprender esta atracción a la que sucumbió, en primer lugar, Pedrarias Dávila quien sería nombrado gobernador de Nicaragua en 1527.

La ruta del levante y, más allá, del sur, no había provocado tales ansias. Quedaba pues abierta a las ambiciones. En verdad, hasta entonces sólo había conocido un viaje exploratorio de alguna importancia, el del vasco Pascual de Andagoya quien, en 1523, había llegado a la desembocadura del río San Juan, del cual volveremos a hablar. Andagoya y sus hombres habían regresado trayendo un poco de oro. A pesar de los resultados bastante modestos de su empresa, según una costumbre muy arraigada en los Descubridores, éstos se habían deshecho en hipérboles sobre el país adonde habían partido de exploración, sobre lo que Andagoya llamaba "el viaje del Perú", cuando en realidad tan sólo había bordeado la costa noroeste de la actual Colombia. La palabra Perú (*Pirú o Perú*) provenía, parece ser, de *Birú*, nombre de un cacique rico en oro y en perlas que, según los indios, vivía por allá, en el sur, y de quien los españoles habían escuchado hablar durante sus primeras exploraciones en la costa del Pacífico[2].

¿Mito? ¿Realidad? ¿Tenían los indios un conocimiento confuso de este lejano Birú? O bien, como aquello ocurrió tantas veces durante la Conquista, ¿no era esta sino una manera de deshacerse de los españoles recién llegados? En todo caso, la vía estaba más despejada que la de Nicaragua, en ese entonces objeto de una competencia de intensas ambiciones.

Los cronistas del siglo XVI, en su mayoría, se han detenido complacientemente, con algunas variantes, en un episodio que estimaban significativo e incluso simbólico. En mayo de 1524, en la iglesia de Panamá en ese entonces bastante modesta, Pizarro y Almagro habrían asistido a una misa celebrada por Luque. Éste habría partido una hostia y los tres habrían comulgado entonces para dar fe, ante Dios y ante los hombres, de su lealtad y de su compromiso solidario en

[2] Miguel Maticorena Estrada, «El vasco Pascual de Andagoya, inventor del nombre del Perú», *Cielo abierto,* V, Lima, 1979.

la nueva empresa que se habían fijado[3]. Gómara precisa incluso que se habrían jurado fidelidad sobre las Santas Escrituras, pase lo que pase[4].

La escena impresionó las imaginaciones, más aún, evidentemente, cuando se conoce el desenlace. Hoy en día los historiadores son más circunspectos. Retomando una serie de argumentos desarrollados por especialistas reconocidos, Rafael Varón Gabai, a quien se debe un estudio profundizado de los aspectos económicos de la trayectoria de Pizarro en el Perú, emite serias dudas en cuanto a este episodio, así como sobre la implicancia financiera de Luque, a quien habitualmente se presenta como el financista de la empresa. Hace notar varias cosas. El único documento que ha llegado hasta nosotros sobre la constitución de la Compañía del Levante es una copia tardía de 1526, cuya autenticidad ha sido cuestionada de manera convincente. Además, apenas una década más tarde, los herederos de Luque, fallecido en 1534, no mencionaron nunca en sus trámites contrato alguno, cuando la existencia de tal documento habría podido valerles ventajas considerables. Rafael Varón Gabai insiste asimismo en el hecho de que el principal financista de la operación puede muy bien haber sido en realidad el licenciado Espinosa, uno de los hombres más conocidos y más ricos de Panamá en esa época, pero cuya posición en relación a Pedrarias Dávila, de quien era alcalde mayor, lo ponía en una situación delicada. No es pues imposible que Luque, quien de todos modos participaba en la empresa, le haya servido de pantalla. Para terminar, no olvidemos que el proyecto requería muchísimo dinero y que los intereses comprometidos en esta empresa iban de una manera o de otra, mucho más allá de los tres socios, Pizarro, Almagro y Luque[5].

El fracaso del primer intento (noviembre 1524-julio 1525)

A mediados de noviembre de 1524, Pizarro, por primera vez a la cabeza de una expedición que él había concebido, abandonó el puerto de Panamá. Ordenó hacerse a la vela con rumbo a la isla de Taboga, a unas quince millas mar adentro, en la que Luque era el principal encomendero, luego se dirigió al archipiélago de las Perlas que él conocía bastante. En vista del viaje, se aprovisionó allí en agua, madera y hierba para los caballos, pero tuvo que quedarse más tiempo de lo previsto, sin duda tres semanas. Los vientos del norte, absolutamente necesarios para una buena progresión, se hacían esperar. En efecto, la expedición se había

[3] Véase el relato que hace Antonio de Herrera, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano, op. cit., Década* III, lib. VI, cap. XIII.

[4] Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias,* tomo I, *op. cit.,* 1ª parte, cap. CVIII.

[5] Rafael Varón Gabai, *La ilusión del poder. Apogeo y decadencia de los Pizarro en la conquista del Perú,* Lima, 2ª edición, 1997, pp. 44-50. El autor se basa en particular en los estudios de Mellafe, Lockhart, Porras Barrenechea y Lohmann Villena.

anticipado a su llegada pues en esta región habitualmente soplan de enero a marzo. Pizarro contaba con poder utilizarlos al máximo durante el viaje venidero. A mediados de diciembre, aprovechando una apertura, dio la orden de partir pero los vientos tan esperados no habían cambiado completamente todavía. Tuvieron que bordear durante una semana larga, lo que provocó la pérdida de un tiempo valioso y de mucha energía.

La expedición se componía de dos barcos. El más grande, pomposamente bautizado *Santiago*, nombre del santo patrón de España y de sus ejércitos, había sido comprado a un mercader de Panamá. Llamado, según las fuentes, bergantín o pequeña carabela, tenía dimensiones modestas (se habla de unas cincuenta toneladas) pero debía ser también de factura bastante artesanal. Había salido de un taller rudimentario que Pedrarias Dávila había hecho instalar sobre la costa con le fin de construir allí las embarcaciones necesarias para las futuras expediciones. En cuanto al segundo barco, más pequeño aún, tenía algo en común con el primero, estaba en bastante mal estado.

Esta flotilla reducida a su más simple expresión llevaba sin embargo a unos ciento diez hombres en condiciones de extrema incomodidad, dada la exigüidad de los barcos y el de que se transportaban también dos esquifes con remos previstos para los desembarcos, los indispensables caballos —en número de cuatro, lo que era poco, en razón de su precio quizás o, con más seguridad, de la falta de espacio a bordo—, y un perro de guerra.

Enrumbando en dirección del sureste, los dos navíos se hicieron a la vela hacia la costa descubierta algún tiempo atrás por Pascual de Andagoya, hacia el país en donde se encontraba supuestamente el célebre y mítico Birú. Pizarro y sus hombres saltaron a tierra al cabo de unas doscientas millas de cabotaje en un lugar que fue bautizado *Puerto de Piñas*, porque estaba rodeado de espesos bosques de coníferas. Los españoles decidieron dirigirse al interior de las tierras, tanto para encontrarse con los indios como para buscar alimentos que necesitaban bastante, pero inmediatamente padecieron grandes dificultades. Caminaron tres días tierras adentro, en una zona constituida de montañas escarpadas que hacía extremadamente penosa la penetración a la selva, y también a lo largo de los ríos. Las continuas lluvias aumentaban el sufrimimiento de los hombres que no disponían de cargadores indígenas. Según la expresión de Cieza de León, los españoles tenían la impresión de que el infierno no podía ser peor. Poco después, además, uno de ellos, un tal Morales, murió de agotamiento. Y todo esto para nada. No había ningún cacique Birú ni ningún indio a la vista. A lo sumo, la expedición encontró un pueblo abandonado por sus habitantes, pero que le permitió felizmente comer un poco de maíz y algunos tubérculos.

De vuelta al barco, los hombres, agotados, cubiertos de barro y con los pies ensangrentados, tuvieron que hacer frente a un mar particularmente embravecido

y a vientos contrarios, con todas las consecuencias que se puede imaginar, en particular para los caballos, cuyo embarque, desembarque, alimentación y cohabitación con los hombres planteaban siempre problemas muy complicados. Los dos barcos no tardaron pues en anclar de nuevo en un puerto natural al que dieron el nombre, tan evocador, de *Puerto Deseado*. Aquí se acumularon más decepciones, y por las mismas razones que en *Puerto de Piñas*: no había indios y, sobre todo, algo que ya era angustiante para todos, nada que comer. Entonces, los hombres le pidieron a su jefe que dé media vuelta y regrese a Panamá, pero Pizarro, descubriéndose talentos de orador, supo convencerlos para no hacer nada de ello. Apelando a todo tipo de argumentos logró suscitar nuevamente en ellos la esperanza de la riqueza y encontró las palabras que supieron convencerlos que su honor podía ser mellado al volver lastimosamente al puerto con las manos vacías. La víspera de Navidad, habiéndolos reunido sobre el puente, repartió en partes iguales entre los hombres las escasas reservas de a bordo, para demostrar que todos, incluido él, eran iguales frente a la adversidad, hecho que produjo una fuerte impresión.

Sin embargo, entre la tropa la duda se había instalado de forma duradera. La falta de alimentos y la perspectiva de no encontrarlos la habían transformado en angustia. La navegación continuó. Todas las veces que la expedición tocaba tierra, se repetía el mismo guión: no había indios, no había qué comer… A bordo, las subsistencias eran ya de lo más sucintas y se reducían, por día y por persona, a dos mazorcas de maíz, que en esa época estaban lejos de tener sus dimensiones actuales. Hasta el agua estaba racionada. Todos los hombres ya eran melancólicos, cuenta Cieza de León, y algunos se maldecían incluso por haber dejado Panamá en donde, por lo menos, tenían qué comer.

El horizonte aparecía siempre muy desesperante. Los dos barcos volvieron hacia atrás buscando protección en la desembocadura de un río que la expedición había bautizado el río de los Mártires (¡!). Deliberaron. La única salida, para poder continuar, era que el *Santiago* vuelva a partir hacia el archipiélago de las Perlas, recoja provisiones y regrese enseguida, porque ni pensar, desde luego, en comer los caballos. Al fin de cuentas esta solución fue adoptada. Pizarro se encontraba de alguna manera en la situación que había conocido en la punta Caribana muchos años atrás.

En los primeros días de 1525, se le encargó esta misión a Hernando de Montenegro. Él puso casi un mes para hacer el trayecto de ida y vuelta, así que ya se puede imaginar las angustias de aquellos que esperaban allá, perdidos en la playa, en el sur, mal guarecidos en las chozas que habían construido intentando protegerse de las lluvias diluvianas. Cuando Montenegro por fin regresó, ya no quedaban más que unos cincuenta, ni siquiera la mitad de los efectivos que habían partido de Panamá. Para ser justos, cabe señalar que la tripulación de Montenegro había conocido también muchas dificultades. No habiendo llevado casi nada a bordo

para dejar lo más que podían a los hombres de Pizarro, ella se había visto reducida a comer el cuero de la bomba de bordo, previamente hervido.

Una vez que se olvidó el hambre y las fuerzas regresaron, Pizarro hizo una incursión hacia el interior, pero no encontró nada. Entonces dio la orden a sus hombres de reiniciar el avance hacia el sur. En recuerdo de los sufrimientos que pasaron, decidieron desbautizar el lugar. La desembocadura del río de los Mártires sería inscrita en adelante en la historia como *Puerto del Hambre*.

La continuación de la navegación no trajo ningún rayo de esperanza. La expedición sólo encontraba manglares, un interior montañoso, inhóspito y de difícil acceso, nubes de mosquitos que se abatían sobre los soldados y les daban apariencia de leprosos, todo esto bajo una incesante lluvia tropical que hacía pudrir la ropa y los sombreros. Algunos escasos signos de vida humana llevaban a veces a la vanguardia hacia el corazón de una selva tan espesa que los hombres caminaban en una suerte de penumbra. Los senderos indios no llevaban a ninguna parte, o sino hacia pueblos prácticamente abandonados. Excepcionalmente, la expedición encontraba joyas de oro fino, pero en una ocasión los españoles se toparon con comidas de carne humana en preparación. A veces, tenían lugar sangrientas escaramuzas, como cuando Montenegro se había adelantado en las tierras para capturar indios destinados a hacer trabajar la bomba en la cala del barco.

Además de esos tormentos, un nuevo peligro se hacía cada día más acuciante. El *Santiago*, cuyo casco estaba carcomido incluso desde antes de la partida, hacía agua por todas partes. Cada vez con mayor fuerza los hombres reclamaban el regreso. Pizarro transigió y decidió hacer descansar a la tropa en un puerto natural que habían explorado con alguna anterioridad y denominado el puerto de la *Candelaria*, porque habían atracado allí a comienzos de febrero, el día de la Candelaria.

Después de que la expedición descansó y que el *Santiago* recibió algunas reparaciones improvisadas, Pizarro y los suyos reiniciaron su avance hacia el sur hasta la desembocadura de un nuevo río situado a cinco grados de latitud norte y desde donde se veía, sobre una altura, un fortín indígena aparentemente abandonado. Ahí los españoles encontraron finalmente alimentos, así como en algunos pueblos, también abandonados y situados a una legua tierras adentro. Estando provisionalmente resuelto el problema más urgente, Pizarro optó por esperar en el lugar —razón por la cual el río fue llamado *el río de la Espera*— y enviar al *Santiago* hacia Panamá para hacerlo reparar y para que regrese trayendo los refuerzos necesarios.

Esta decisión significaba privar a la expedición de una parte de sus efectivos en sí ya bastante reducidos. Los jefes decidieron pues —siguiendo un método tantas veces experimentado desde el inicio de la conquista americana— efectuar *entradas* en los

pueblos del interior. El peligro estaba por todo lado. Durante un enfrentamiento en las inmediaciones del fortín, Pizarro se encontró aislado, cayó sobre el suelo en pendiente y recibió varias heridas, una de ellas en la cabeza que le hizo perder el conocimiento, al punto que los indios lo dieron por muerto. Sus soldados lo trajeron al fortín aunque ellos también creyeron en su deceso, pero poco a poco Pizarro recuperó el conocimiento a pesar de encontrarse muy debilitado.

Desde aquel momento le fue imposible resistir a la presión que, desde hacía mucho tiempo ya, los hombres ejercían sobre él para regresar. Entonces dio la orden tan esperada de partir hacia al norte, pero exigió que no lo llevaran a él hasta Panamá. Sin duda no quería reaparecer en tan lastimoso estado, habiendo fracasado, y teniendo que rendir cuentas a sus financistas que habían invertido en el negocio más de diez mil ducados de Castilla.

Pizarro ignoraba que entretanto su socio y amigo Almagro había fletado un nuevo navío, el *San Cristóbal*, con unos sesenta soldados, con el objetivo de partir en su búsqueda, porque nadie sabía en Panamá lo que le había sucedido a la expedición. Sin mayor dificultad encontraron las huellas del paso de los hombres del *Santiago* pero no vieron a ningún español, y llegaron así hasta el fortín del *río de la Espera* que Cieza llama *Pueblo quemado*. Diego de Almagro trató de tomarlo por asalto, llevando consigo a unos cincuenta hombres, muchos de los cuales terminaron retrocediendo ante los clamores de los indios y sus feroces pinturas. Almagro, igual que Pizarro estuvo a punto de perder la vida en el mismo sitio. Cuando llegó a la empalizada, un indio le dio con un flechazo que lo hirió gravemente en un ojo y, si no hubiese sido por la sangre fría de un esclavo negro que lo acompañaba, muy probablemente habría sido muerto.

Su estado de salud y el resultado infructuoso de sus búsquedas llevaron a Almagro a regresar a Panamá, él también presionado por sus hombres quienes, en el momento de reembarcar, dice Cieza de León, no paraban de maldecir a ese país que parecía hecho más para los demonios que para la habitación humana. En cuanto llegaron al archipiélago de las Perlas, Almagro supo del retorno del *Santiago* y de sus sobrevivientes quienes, junto con su jefe, esperaban en Chochama. Era mediados del año 1525. Hacía más de seis meses que Pizarro y los suyos habían dejado Panamá. Almagro se dirigió a Chochama y se reencontró efusivamente con su compañero que estaba en bastante mal estado. A pesar de todo, éste no quiso quedarse ahí. Convenció a Almagro para que regrese a Panamá, repare el *Santiago* y el *San Cristóbal*, reclute nuevos soldados que, con los refuerzos traídos por Almagro y los veteranos del primer viaje, constituirían la tropa de un nuevo intento[6].

[6] Para mayores detalles sobre el primer viaje, véanse *Crónica rimada o relación de la conquista y descubrimiento que hizo el governador don Francisco Piçarro en demanda de las provincias que agora llamamos Nueva Castilla*,

Las promesas tardías del segundo viaje (enero 1526-marzo 1528)

Mientras que el tesorero real de la expedición, Nicolás de Ribera, iba a Panamá para depositar allí la parte de oro correspondiente a la Corona, Pizarro permaneció algunos meses en Chochama con sus hombres. Aprovechó la estancia para tratar, sin mayor éxito, de someter a los indios de la comarca de quienes, en principio, él era su encomendero desde hacía varios años. Almagro, por su lado, cumplía en Panamá la misión que se le había encargado.

Lo más difícil fue convencer a Pedrarias Dávila. Este tenía en la mente otras preocupaciones, particularmente en Nicaragua, en donde sus negocios amenazaban con terminar mal. Estaba entonces montando una expedición punitiva contra su ayudante Francisco Hernández que lo había traicionado. Pedrarias Dávila estimaba que Pizarro ya había costado demasiado en hombres y en dinero, y escuchó «secamente» los alegatos que Almagro le presentó. Finalmente se dejó forzar la mano, sobre todo porque sabía ya muy próximo su reemplazo en tanto que gobernador. No obstante, tomó una decisión muy controvertida, la de nombrar a Almagro segundo capitán para el viaje venidero. ¿Cuáles fueron sus razones? ¿La voluntad de poner un freno a la influencia de Pizarro sobre la expedición? ¿Una oscura venganza contra él? Difícil decirlo, sobre todo porque las versiones son divergentes. Algunos afirmaron que, frente a la voluntad de Pedrarias Dávila de nombrar a un tercero al lado de Pizarro, Luque y Almagro se habrían arreglado para que este último fuera en definitiva nombrado, con el fin de que no se le escapara nada a la Compañía del Levante. Otros hasta sospechaban que Almagro, a pesar de sus negativas cuando la cosa le fue anunciada, tenía que ver secretamente con el origen de este nombramiento bastante sorprendente, y contrario a los usos de la época, pues correspondía al jefe, y sólo a él, designar, eventualmente, un lugarteniente.

Diego de Almagro volvió a partir hacia Chochama a fines del año 1525 con los dos mismos barcos, el *Santiago* y el *San Cristóbal* y dos botes de desembarco servidos por veinte remeros —sin duda esclavos indios —, ciento diez soldados, algunos caballos y, algo nuevo en relación al primer viaje, varios arcabuces.

El reencuentro de Almagro y de sus refuerzos, por un lado, de Pizarro y de los cincuenta hombres que le quedaban, por otro, dio lugar a emotivas escenas, sobre todo entre los dos jefes que se abrazaron efusivamente. ¿Qué pensó Pizarro del inesperado nombramiento de su socio como segundo capitán? No se sabe. Corrió el rumor de que estuvo notablemente afectado por ello, y escondió su furia pero no lo

Lima, 1968; Gonzalo Fernández de Oviedo, *op. cit.,* 3ª parte, lib. I-V; Francisco de Jerez, *Verdadera relación de la conquista del Perú y provincia del Cuzco llamada Nueva Castilla,* Madrid, 1947; Antonio de Herrera, *op. cit, Década* III; Pedro Cieza de León, *Descubrimiento y conquista del Perú, op. cit.,* cap. I-VIII; Raúl Porras Barrenechea, *Cartas del Perú (1524-1543)*, Lima, 1959, pp. 13-18.

olvidó para nada. En todo caso no dejó traslucir cosa alguna cuando se hizo pública ante la tropa la decisión del gobernador. Según toda verosimilitud, Pizarro no estuvo convencido de la buena fe de su socio, y se dedicó en los hechos a demostrar que seguía siendo el único patrón de la empresa.

Esta vez, la expedición tuvo como primer objetivo el Río de la Espera, el punto más adelantado del primer viaje y de siniestro recuerdo para Pizarro y Almagro. Los indios habían vuelto a tomar el fortín y daba la impresión de que los estaban esperando allí a los españoles. En realidad estos querían a la vez vengar su desventura pasada, reducir un bolsón de resistencia que podía plantearles problemas en el futuro y convencer a los indígenas de la región de la naturaleza de su determinación. Después de algunos días de duros combates no quedó ni un solo indio y, poco antes de la partida de los españoles, el fortín fue incendiado, razón por la cual el lugar fue llamado desde entonces *Pueblo quemado*.

La navegación enrumbó hacia el sur. Los españoles encontraron algunos pueblos indios en donde se reaprovisionaron y sufrieron varias emboscadas duramente reprimidas. Siempre avanzando, cruzaron las desembocaduras de tres ríos que fueron bautizados como el San Nicolás, el Río de los Egipcianos, porque terminaba, como el Nilo, en un delta infestado de caimanes, y el Cartagena. Esta parte ya había sido explorada por Almagro durante su expedición de auxilio. Más allá venía lo desconocido. Pronto los dos navíos tuvieron a la vista un nuevo río, más imponente que los anteriores, el San Juan. A diferencia de las otras escalas, allí encontraron indios, les quitaron el oro —de un valor de quince mil ducados de Castilla— y se hicieron de cautivos destinados al mercado de Panamá. No obstante, la esperanza fue de corta duración. Las poblaciones locales no tardaron en abandonar sus pueblos y las incursiones de los españoles río arriba provocaron sangrientas escaramuzas.

Entonces Pizarro decidió establecer un campamento sobre una isla desierta y fácil de defender, situada en la desembocadura, la isla de la Magdalena. De ahí, la expedición avanzó hacia el sur y, para sorpresa suya, descubrió un extraño país en el que los indios vivían en los árboles de la selva. Para desalojarlos, las ballestas fueron de una temible eficacia, pero los soldados españoles tuvieron que trepar a menudo de rama en rama y combatir ahí en condiciones de extrema dificultad para ellos. Era el precio a pagar para conseguir las indispensables reservas de maíz que los indios almacenaban en sus chozas encaramadas ahí arriba.

A pesar de ciertos éxitos, la expedición marcaba el paso. Requería más medios, más hombres y más provisiones. Pizarro pensó entonces en enviar a Almagro a Panamá, en el *Santiago*, para buscar refuerzos. Mientras tanto, el piloto Bartolomé Ruiz de Estrada proseguiría con el *San Cristóbal* una navegación de reconocimiento hacia el sur. Pizarro, a la cabeza de los hombres que le quedaban,

pensaba consolidar su dominio en el valle bajo del río San Juan y continuar buscando oro en los pueblos. La empresa se reveló arriesgada.

Diego de Almagro se dirigió primero hacia la isla de Taboga en setiembre de 1526, es decir unos nueve meses después de su partida para el sur. En mejor posición que nadie para conocer la actitud ambigua de Pedrarias Dávila frente a la expedición, indudablemente no le causó molestia saber que éste había sido remplazado en sus funciones de gobernador por un tal Pedro de los Ríos de quien no sabía nada. Un intercambio de cartas con Hernando de Luque le confirmó que el nuevo gobernador era uno de sus amigos. Además, cuando Almagro tocó finalmente Panamá, Pedro de los Ríos vino a recibirlo a la playa, lo alentó en su misión y, sobre todo, confirmó los títulos otorgados por Pedrarias a los dos capitanes. El lugarteniente de Pizarro pudo pues reclutar sin problemas a unos cuarenta hombres recién llegados de España. Compró seis caballos adicionales, diversos equipos, medicamentos, cargó el barco con alimentos y, en los primeros días de 1527, volvió a partir hacia la desembocadura del San Juan.

Entretanto, Bartolomé Ruiz de Estrada había bogado hacia el sur. En dos meses de navegación, había alcanzado y dejado atrás la bahía de San Mateo, el *Río de las Esmeraldas*, al noroeste de la actual república del Ecuador y, por primera vez en la Historia, un barco español había cruzado en el Pacífico al sur de la línea equinoccial.

Sin embargo, el hecho más notable de este viaje de reconocimiento no se produjo en tierra. Un día, en alta mar, los marinos divisaron una gran vela latina que tomaron primero, para gran sorpresa suya, por la de una carabela. En realidad, se trataba de una balsa de gran tamaño bien habilitada, con un pequeño castillo, un timón y una tripulación de diez indios. Los españoles apresaron la embarcación y estuvieron completamente maravillados al descubrir, y en gran cantidad, un verdadero cargamento de productos muy diversos: objetos y adornos de oro, de plata, mantas, ropa de lana y de algodón delicadamente trabajada, collares de perlas realzados de esmeraldas y de piedras finas, una especie de balanza para pesar el oro y muchas conchas rojas. Bartolomé Ruiz de Estrada y los suyos acababan de encontrar, por azar, a mercaderes provenientes del sur, e ignoraban, evidentemente, que dichas conchas rojas, los spondylus, llamadas *mullu* por los indios, constituían en esa región la moneda habitual para tal tipo de transacciones.

Desde luego, el botín y la tripulación fueron llevados a la desembocadura del San Juan en donde, a pesar de las dificultades de la barrera de los idiomas, Pizarro y los suyos comprendieron que tenían por fin presente un signo manifiesto de la existencia, más al sur, de un mundo muy diferente y cuán prometedor. Seguramente no debía parecerse en nada a las orillas inhóspitas y apenas pobladas de indios «bárbaros» sobre las cuales, desde hacía meses, batallaban por muy

escasos resultados. Ahora, el objetivo estaba sin duda próximo. En todo caso, el sueño tomaba las formas concretas de la realidad.

Cuando Bartolomé Ruiz de Estrada retornó a las orillas del río San Juan, la buena nueva sirvió como un poco de bálsamo para el corazón de los hombres que se habían quedado con Pizarro. Durante estos dos meses, las cosas casi no habían mejorado para ellos. En cierta ocasión, un bote en donde se encontraban catorce españoles fue sorprendido en marea baja por los indios y no quedó ningún sobreviviente. El agotamiento, las fiebres y el desaliento eran cosa común. Muchos soldados murieron de enfermedades o devorados por los caimanes al momento de pasar los ríos. En cuanto a los sobrevivientes, «odiaban la vida y desearían más bien morir que verse en el estado en el que estaban». En sus conversaciones, acusaban a Pizarro de retenerlos contra su voluntad en tan inhóspitas comarcas y habrían querido regresar a Panamá pero no se atrevían a hacerlo, tanto por miedo como por vergüenza de regresar miserables a su punto de partida. Pizarro lo sabía, pero se hacía el que no veía nada.

El retorno de Almagro con víveres y refuerzos volvió a dar algún aliento que Pizarro aprovechó para ordenar la prosecución del viaje. Los dos barcos tocaron sucesivamente la isla del Gallo en la bahía de Tumaco, al sur de la actual Colombia, la desembocadura del Santiago y luego el noroeste del Ecuador de hoy. Un día se encontraron con una verdadera flotilla de balsas semejantes a la que había traído Bartolomé Ruiz de Estrada. Aquello vino a confirmar sus esperanzas, pero las condiciones del viaje seguían siendo siempre duras. Cuando ponían pie en tierra y pasaban la noche allí, los hombres se veían obligados a enterrarse bajo la arena para tratar de escapar de los mosquitos.

Los españoles llegaron enseguida frente a una aldea, Atacames. Tuvieron que batallar duro, atacar con los caballos y disparar los arcabuces para propiciar en los indios mejores sentimientos hacia ellos. Si la tropa pudo alimentarse a saciedad, cosa que no hacía desde mucho tiempo atrás, el botín, una vez más, era irrisorio. La esperanza suscitada por el retorno de Bartolomé Ruiz de Estrada no desembocaba en nada concreto y el descontento que se incubaba en los hombres se hacía cada vez más profundo. Recordemos que hacía casi año y medio que habían partido. Su decepción debía estar a la medida de sus sacrificios, de las esperanzas que había hecho nacer Bartolomé Ruiz de Estrada, pero también proporcional a los hipérboles que, sin escatimar, debieron usar los jefes en sus discursos para convencer a la tropa de volver al trabajo una vez más, la última antes de ir finalmente al encuentro de la fortuna y de la gloria. Los hombres, en su mayoría, eran de opinión de regresar a Panamá y retornar con refuerzos.

La situación se puso muy tensa. Los nervios estaban a flor de piel. Almagro se mostró excesivo con aquellos que querían volverse. Les expuso que allá se

verían reducidos a pedir limosna o acabarían en prisión por deudores. Sin llegar a defenderlos públicamente, Pizarro, exasperado, hizo notar a su segundo que hablaba con facilidad pues había pasado la mayor parte de los dos años precedentes en Panamá o en barcos de enlace. Almagro se sintió insultado, le dijo en su cara a Pizarro que fuese él a buscar los refuerzos mientras que él se quedaría de buena gana junto con los hombres. El tono subió. Los dos socios terminaron por meter mano a la espada. Bartolomé Ruiz de Estrada y Nicolás de Ribera les impidieron pasar a mayores, y los dos capitanes finalmente aceptaron reconciliarse. Aunque en los hechos no ocurrió lo irreparable, en las mentes sí fue diferente. Pizarro consideró, por muchas razones, que más valía que Almagro retorne a Panamá en la primera oportunidad, mientras que él se quedaría con la tropa, fiel en ello al comportamiento que ya había demostrado varias veces.

En un primer momento, la expedición volvió sobre sus pasos por tierra siguiendo la costa en dirección al norte, luego, para mayor seguridad y para dar un respiro a sus hombres —apenas quedaban ochenta—, Pizarro los hizo pasar a la isla del Gallo explorada a la ida y en donde tuvieron que permanecer en definitiva tres meses, de junio a agosto de 1527. Tal como estaba previsto, envió a Almagro para Panamá a traer víveres, municiones y refuerzos. Le encargó también una carta para el gobernador, en la que, extrapolando sobre el cargamento de la balsa interceptada por Bartolomé Ruiz de Estrada, describía de la mejor manera las tierras, según él llenas de promesas, que acababa de explorar junto con sus hombres.

A inicios del mes de agosto, le tocó al segundo barco partir a Panamá. De manera más o menos clandestina, llevaba varias cartas escritas por miembros de la expedición destinadas a sus allegados en el Istmo. En términos elocuentes, toda esta correspondencia, que ha sido encontrada y publicada por Raúl Porras Barrenechea, evoca el agotamiento y el deterioro físico de los hombres, su desesperanza, el hambre que los atormentaba desde hacía meses. Insisten también a veces sobre el hecho de que algunos, embarcados a la fuerza, estaban allá contra su voluntad, que los jefes les impedían regresar, lo que era su más caro deseo. De todas maneras, los firmantes comparan la suerte común de los soldados con un verdadero cautiverio pues los capitanes los tenían a su merced sin escuchar sus quejas[7]. Con el objeto de poner al gobernador al corriente de lo que estaba sucediendo en el sur, se colocó un mensaje inequívoco en forma de epigrama en los ovillos de algodón que llevaba el barco y que habían de ser regalados a su esposa, doña Catalina de Saavedra.

El bergantín enviado a Panamá regresó felizmente con los tan esperados alimentos y equipos. Para sorpresa de los hombres, y sobre todo para su gran alegría, lo siguieron algunos días después otros dos barcos, comandados por el capitán Juan

[7] Para sus biografías, véase José Antonio del Busto Duthurburu, *Los trece de la Fama*, Lima, 1989.

Tafur. Este era mandado por el gobernador Pedro de los Ríos alarmado por el contenido de las misivas que habían debido entregarle y más aún por el costo en hombres de estos viajes, hasta el punto que Hernando de Luque, a pesar de todos sus esfuerzos, no lograba hacerlo cambiar de opinión. En realidad, Juan Tafur tenía efectivamente por expresa misión regresar con los hombres que quisieran seguirlo. Según toda verosimilitud, Pizarro no compartió de manera alguna el entusiasmo de sus soldados, que lloraban de alegría y bendecían al gobernador cuando vieron llegar el barco de Tafur que, además, traía un cargamento de maíz. ¿Por qué intervenía el gobernador en un asunto en el cual él, Pizarro, era el único jefe ? ¿Otra vez Almagro había urdido algo? ¿Buscaban el fracaso de su empresa o privarlo de una conquista en la que, a pesar de todo, él creía todavía?

Aquí se sitúa uno de los episodios más célebres de la Conquista americana, que los cronistas, durante unos ochenta años, y los historiadores, durante siglos, se han complacido en repetir, incluso si su veracidad es bastante dudosa. No tiene importancia pues impresiona la imaginación e inscribe, con cierta teatralidad, el carácter de los hombres en el linaje de los más grandes momentos de una epopeya digna de la Edad Antigua. Al término de una discusión tensa sin duda durante la cual, en una playa de la isla, Juan Tafur le había notificado que deje regresar a Panamá a los hombres que lo soliciten, Pizarro se habría dirigido a los soldados reunidos y les habría dicho que los dejaba en libertad de regresar. Por su parte, fiel a su línea de conducta, a él le parecía peor que la muerte volver pobre a Panamá en donde no los esperaba nada. Si bien les concedía que habían soportado hambre y miserias bajo sus órdenes, forzosamente tendrían que reconocer que él nunca se había puesto a salvo y siempre había sido el primero en padecerlos. Luego, en un hermoso arranque oratorio, recordando las promesas de la balsa que encontró Bartolomé Ruiz de Estrada, Pizarro habría invitado a los presentes a continuar secundándolo.

Desenvainando la espada, habría marcado una línea sobre la arena, y había propuesto pasarla a aquellos que, en vez de la oscuridad y de la miseria seguras de Panamá, preferían el oro y la gloria venidera del Perú. A pesar de este discurso, la tropa no quiso saber nada y presionó a Tafur para partir. Según la tradición, trece hombres atravesaron la línea trazada por su jefe. La historia de la Conquista los conoce bajo el nombre de *Los Trece de la Fama*: cinco andaluces (Nicolás de Ribera el Viejo, Cristóbal de Peralta, Pedro de Halcón, García de Jarén, Alonso de Molina), dos castellanos (Antón de Carrión, Francisco de Cuéllar), dos de Extremadura (Juan de la Torre, Gonzalo Martín de Trujillo), un leonés (Alonso Briceño), un griego (Pedro de Candia), un vasco (Domingo de Soraluce), y un soldado de origen desconocido (Martín de Paz)[8].

[8] Para mayores detalles sobre el segundo viaje, véanse las crónicas citadas en la nota 6 y al Inca Garcilaso de la Vega, *Historia general del Perú,* lib. I, cap. X-XIII.

Que la escena haya tenido lugar exactamente como la tradición la ha conservado, y sin duda adornado, o bien que haya sido menos teatral, el hecho es que Pizarro se encontró de pronto solo con trece soldados decididos a seguirlo y a compartir su suerte. Solicitó a Tafur que le deje uno de sus navíos, pero éste se negó. Pizarro optó entonces por esperar mejores tiempos y tomar un barco, para la isla de la Gorgona. Situada un poco más al norte, ésta no era nada agradable. Para Cieza de León, que la conocía, esta isla tenía la apariencia del infierno, pero Pizarro consideró que correspondía a la situación del momento: los indios no solían atracar ahí, en consecuencia no había peligro por ese lado, se hallaba agua en abundancia y tanto la caza como la pesca permitían encontrar alimentos, por lo menos de qué hacerlos vivir, a él, a sus hombres y a algunos indios cautivos.

Tafur y sus hombres tenían tanta prisa por dejar la isla de la Gorgona que, más que desembarcar, arrojaron a la playa, el cargamento de maíz contenido en su barco, de tal modo que casi todo se echó a perder. Pizarro y sus compañeros improvisaron unas chozas para protegerse, con un hacha vaciaron un tronco de árbol para hacer una piragua y, como unos Robinsones antes de tiempo, lograron sobrevivir como pudieron. Después de una espera de dos meses sin ninguna otra salida más que un hipotético auxilio proveniente de Panamá, el puñado de irreductibles que rodeaban a Pizarro vio que asomaba una vela en el horizonte. Bartolomé Ruiz de Estrada estaba de regreso. Aunque parece ser que había escogido permanecer con su jefe en la playa de la isla del Gallo, el piloto había partido con Juan Tafur, quizás a iniciativa de Pizarro mismo.

Almagro, luego Tafur y los que lo acompañaban habían llegado a Panamá en un contexto muy particular. Pedrarias Dávila había regresado algún tiempo atrás a la capital de Castilla del Oro en una posición bastante difícil. Su gestión en Nicaragua y en Panamá era cuestionada por la misma Corona, y el desenlace de su juicio de residencia, a saber la investigación realizada sobre el comportamiento de los funcionarios reales al término de su mandato, se anunciaba para él bastante arriesgada. Como estaba indudablemente preocupado por otros muchos problemas más urgentes, Almagro y Luque supieron convencerlo, por medio de un acuerdo financiero, de desentenderse de la Compañía del Levante. Desde el comienzo fue uno de sus miembros pero, ocupado por otros proyectos, casi no le había prestado atención hasta entonces y debía incluso mucho dinero a sus socios.

Libres de toda preocupación en cuanto a este tema, Almagro y Luque tuvieron también que defender su causa ante el gobernador Pedro de los Ríos quien, como es sabido, les era favorable y lo había demostrado, pero la expedición de Pizarro se dilataba, sin resultados probatorios. Su costo ya era preocupante, no sólo en dinero y en productos escasos, y por ende caros, en el mercado del Istmo que no estaba casi provisto, pero era un problema que concernía en primer lugar a los

financistas. Lo más grave era el precio a pagar en hombres, y en eso, el gobernador de Castilla del Oro se encontraba directamente involucrado. La población española de Panamá, poco después de la fundación de la ciudad, había llegado a cuatrocientos hombres, y muy pronto se había reducido de manera inquietante, sobre todo con las partidas ocasionadas por la conquista de Nicaragua que para Pedrarias Dávila era prioritaria. Ahora bien, la expedición del Levante también había venido a sangrar peligrosamente unas filas ya raleadas. Desde su inicio, ella había costado cerca de doscientas vidas humanas, y ¿qué resultados había dado?

Pedro de los Ríos se mostró al comienzo inflexible. Negó a Luque y a Almagro el envío del barco que le solicitaban, después terminó aceptando que la expedición prosiga, pero con una condición. Les daba seis meses más a Pizarro, Almagro y Luque. Cumplido este plazo, los tres socios deberían presentarle un balance de la operación, y él tomaría entonces una decisión definitiva en cuanto al futuro de un proyecto que tardaba tanto en concretarse.

Cuando Bartolomé Ruiz de Estrada se reunió con Pizarro y sus trece soldados ya en la isla de la Gorgona, éstos estaban al borde de la desesperación. Al no ver llegar nada, estaban a punto de construir unas balsas para tratar de regresar a Panamá por sus propios medios. Bartolomé Ruiz, sin duda, le dio a conocer a Pizarro las últimas noticias. Venía en su busca para conducirlo junto con sus hombres a Panamá, pero Pizarro tuvo entonces otra idea. Pedro de los Ríos le había otorgado seis meses para tener éxito, ahora bien, como apenas había transcurrido la mitad de este plazo, y puesto que Bartolomé Ruiz de Estrada traía un barco y víveres, decidió avanzar primero hacia el sur antes de volver. Decididamente, este hombre tenía ilación en las ideas.

Dejaron en la Gorgona a los indios y a las indias "de servicio" bajo el cuidado de tres españoles, los más debilitados, y partieron con los únicos intérpretes oriundos de Tumbes. Al cabo de unos veinte días de navegación, Pizarro y sus hombres tocaron una isla desierta, que los indios exploraron y los españoles bautizaron como isla de Santa Clara. Manteniendo el rumbo al sur, encontraron una gran balsa a la que pronto se le unieron otras cuatro. Gracias a los intérpretes que los acompañaban, los españoles comprendieron que venían de Tumbes y partían hacia el norte para guerrear contra los indios de la isla de la Puná. Conducidos hasta Tumbes, en el límite de la costa hoy peruana, Pizarro y sus hombres fueron muy bien recibidos, abundantemente alimentados por los habitantes y sus jefes locales, evidentemente muy sorprendidos por la llegada de esos hombres tan diferentes de aquellos que habían visto hasta entonces.

Algunos españoles tuvieron incluso todo el tiempo que quisieron para conocer mejor la tierra y, a su regreso, le contaron en detalle a su jefe lo que habían visto. Ese fue el caso de Alonso de Molina, a quien se le encargó ir, junto con

un esclavo negro, a regalarle al jefe local una pareja de cerdos, un gallo y algunas gallinas. Molina habló a su regreso, de una fortaleza llena de riquezas y rodeada de seis o siete muros de defensa, Pizarro mandó desembarcar, para asegurarse, al griego Pedro de Candia, el artillero de la expedición en quien tenía plena confianza. Éste, con casco y revestido de su cota de mallas, fue enviado para hacer a los indios una demostración de sus talentos de arcabucero, demostración bastante exitosa ya que espantó a los espectadores. Traspasó de una sola bala un grueso tabique de madera, y más tarde logró casi un milagro. El ruido de un nuevo estampido lanzó a los indios al suelo, pero sobre todo detuvo de inmediato la acometida de un puma y de un jaguar que habían sido soltados contra él. Fuertemente impresionados, los indios acompañaron a Pedro de Candia a bordo con numerosos presentes para su jefe y sus compañeros.

El viaje hacia el sur prosiguió sin dificultad. De tarde en tarde, los soldados desembarcaban y el hombre encargado del estandarte real, Antón de Carrión, tomaba posesión de esas nuevas tierras en nombre del emperador, rey de Castilla. Tocaron así los alrededores de Paita, la isla Foca, rodearon el desierto de Sechura, llegaron a la isla de Lobos de Tierra para después descender a lo largo de la costa hasta la desembocadura del río Santa, esperando encontrar una ciudad llamada Chincha que había sido objeto de grandes elogios por parte de los indios de Tumbes. No habiéndola encontrado, Pizarro resolvió no avanzar más de momento. Por primera vez desde la partida de la isla de la Gorgona, el navío se hizo a la vela rumbo al norte.

Diversos episodios tuvieron lugar durante el viaje de retorno. Recogieron a Alonso de Molina a quien habían tenido que dejar en tierra durante una escala porque como el viento se había levantado, no fue posible subirlo a bordo. Más tarde la expedición fue suntuosamente recibida por una cacique, la Capullana. En honor de los recién llegados ella ofreció una recepción que los dejó deslumbrados. Un soldado, Pedro de Halcón, se enamoró perdidamente de ella y, parece ser que fue recíproco. Le pidió incluso a su jefe que lo deje con los indios hasta el próximo viaje que no dejaría de realizarse, pero su petición fue rechazada. Más lejos, en Paita, hubo nuevamente una nueva recepción muy amistosa por parte de los caciques locales, con intercambio de regalos y grandes banquetes. Un marino, de nombre Ginés, se quedó en Paita a su solicitud. Alonso de Molina quiso permanecer en Tumbes, y Pizarro aceptó, con la idea de que aprendería la lengua y los usos de los indios, muy útiles en la perspectiva de la futura expedición que, ahora sí era seguro que se llevaría a cabo. Por cierto, con esta idea Pizarro se llevó consigo a varios jóvenes indios que le habían regalado y de quienes pensó hacer sus intérpretes para el futuro.

El retorno se efectuó sin tropiezos, aunque Pizarro casi se ahoga un día porque zozobró el bote en el que iba para tomar posesión de una playa. A la altura del

ecuador, los españoles encontraron varias balsas de indios, a veces otros, desde tierra, vinieron a ofrecerles suntuosos presentes. Pizarro había visto ya bastante sin duda, y pidió a sus hombres enrumbar a la isla de la Gorgona en donde encontraron sólo a dos de los tres compañeros que habían dejado. El tercero había muerto en el intervalo, y luego se hicieron a la vela, finalmente, hacia Panamá.

El barco tocó sus orillas en el mes de marzo de 1528, casi al cabo de los seis meses fijados por el gobernador. Como había partido para su primera expedición en noviembre de 1524, hacía más de tres años que Pizarro había dejado la capital de Castilla del Oro. Para sus hombres, el hambre, el sufrimiento, la muerte y la desesperación habían estado presentes a menudo, pero él no había cedido nunca. ¿Por qué estaba convencido de un desenlace favorable? ¿Simplemente por terquedad o por orgullo de no regresar miserable y derrotado a Panamá?

Pizarro fue recibido con honores. Pedro de los Ríos, en particular, le testimonió su admiración. Fiel a sí mismo, mientras que en la ciudad todos hablaban de sus hazañas y querían festejarlo, Pizarro permaneció recluido y silencioso durante una semana. Poco le importaba ahora la vanidad de tal agitación. Las adversidades, los muertos y los sufrimientos quedaban atrás. Había triunfado la tenacidad. Aunque parezca imposible, existía el Perú. El camino estaba abierto ahora pero todo quedaba por hacerse. Se acabaron los banquetes, los intercambios de regalos con los caciques y la navegación de exploración a lo largo de las costas, ahora había que pensar en la otra etapa: la de la Conquista.

4
La larga preparación del asalto (1528-1532)

El retorno a Panamá de la segunda expedición comandada por Pizarro, de la cual se había estado sin noticias durante mucho tiempo, había sido precedido por el de Tafur y de Almagro. Si no fue propiamente hablando, una sorpresa, sin embargo suscitó mucho entusiasmo, pues desde que se separaron en la isla del Gallo, Pizarro, y sobre todo sus hombres, tenían mucho que contar. Los objetos preciosos, las telas delicadamente tejidas y de magníficos colores, las cerámicas, los indios destinados a ser intérpretes, los extraños «carneros», mucho más altos de patas que los de España, de largos cuellos y grandes orejas —las llamas—, todo lo que había sido traído no podía sino alimentar las conversaciones. Cieza de León, por ejemplo, cuenta que en la ciudad «no se hablaba más que del Perú». No se cansaban todos de elogiar a Pizarro y su indomable voluntad frente a las más terribles adversidades y en el más increíble abandono.

Aunque sin duda se deba moderar la importancia de ese triunfo panameño, recordando las dimensiones bastante modestas de la ciudad en esa época, no por ello deja de ser cierto que las últimas noticias provenientes del Sur cambiaban radicalmente muchas cosas. La confirmación de la existencia del Perú y de sus riquezas —evidentemente amplificadas por el relato de los hombres y luego por el rumor— equivalía prácticamente a la apertura de un nuevo mundo. Era un descubrimiento que para todos, en Panamá, representaba sin duda el equivalente de lo que había ocurrido diez años antes cuando Cortés y los suyos pusieron el pie en Nueva España.

Las negociaciones de Panamá

Para los tres socios de la Compañía del Levante se abrían las perspectivas más extraordinarias. Sin embargo, no se había preparado nada. Ahora se requerirían más hombres, más navíos, más armas, más caballos. Todo aquello significaba encontrar más dinero, desde luego, pero significaba también succionarle la sangre al frágil microcosmos panameño. Cuantas veces ya, en un pasado reciente, se había visto que el descubrimiento de nuevas tierras llevaba al abandono y a la ruina a los asentamientos desde donde habían partido las expediciones, con resultados, tal vez, quiméricos. El ejemplo de Hispaniola y de Cuba, exangües desde el ingreso de Nueva España a la órbita española era una muestra de ello.

Se entablaron, pues, discusiones entre Pizarro, Almagro y Luque, por un lado, y el gobernador Pedro de los Ríos, por el otro. Éste, hasta entonces muy favorable al proyecto de los tres hombres, fijó de entrada los límites que pensaba darle a su apoyo. Comprendía los esfuerzos y las esperanzas de la Compañía del Levante, se declaró dispuesto para apoyarlos, pero afirmó también que no podía, y no quería, hacer nada mientras no le hubiesen llegado las órdenes reales al respecto. El rey le había confiado la comarca, ni pensar en dejarla «despoblarse». Según Cieza de León, ese fue el término que empleó. La búsqueda del Perú había costado ya demasiado en hombres y caballos, movilizado demasiadas energías, suscitado sin duda también demasiados sueños en perjuicio de Panamá, una ciudad que, muy a pesar de aquellos que la tenían a su cargo, no llegaba a despegar y ya había sufrido mucho por la conquista de Nicaragua. El retorno de Pizarro y sus proyectos iban a agravar más la situación. Siempre según Cieza de León, los socios salieron bastante entristecidos de su entrevista con el gobernador.

Ya que Pedro de los Ríos decía que quería esperar las órdenes de la Corona, la solución era pues ir a España a la Corte, a defender la causa del Perú. Este viaje era muy necesario en la medida en que, según toda verosimilitud, la conquista de ese país y su previsible importancia iban a plantear problemas que hasta la fecha se habían ahorrado. Las expediciones, no lo olvidemos, dependían de la empresa privada. La Compañía del Levante es prueba manifiesta de ello. Por cierto, como escribió Gonzalo Fernández de Oviedo, «en estos nuevos descubrimientos, Sus Majestades no comprometen casi nunca dinero, sino papel y buenas palabras», pero eso no quita que las exploraciones y las conquistas tenían que recibir el aval de la Corona o de sus representantes autorizados, y que se hacían de todas maneras, en nombre del rey de Castilla.

Para garantizarse frente a él y al Estado, pero también para asegurar los espacios de poder, los honores y las repercusiones económicas que esperaban sacar de sus esfuerzos, descubridores y conquistadores tenían la costumbre de firmar con la Corona una suerte de contrato cuyas cláusulas, o capitulaciones, estipulaban

diferentes puntos con precisión totalmente notarial. Había pues que tratar con el rey y su entorno.

Hernando de Luque, acostumbrado al mundo de los negocios, opinó que era necesario enviar a la Corte a una persona con experiencia. Pensó en Diego del Corral quien pronto iba a regresar a España. Del Corral era licenciado en derecho y desde hacía muchos años, había estado encargado en el Istmo de diversas, y a veces muy delicadas, negociaciones. Además, era un viejo conocido y un amigo de Pizarro. Se habían visto por primera vez en el barco de Martín Fernández de Enciso que Pizarro había encontrado por gran azar después de que junto con sus compañeros, hubo abandonado, en el estado en que se sabe, el fortín de San Sebastián. Después, los dos hombres se conocieron mejor en Santa María la Antigua.

El interés de esta elección radicaba también en que con del Corral, que pertenecía a la Compañía del Levante, se podía esperar que no buscase aventajar ni perjudicar a nadie. Diego de Almagro tuvo una opinión diferente. Considerando que Pizarro había sido el gestor del asunto, el jefe de las sucesivas expediciones y, en suma, el elemento determinante del éxito, estimó que era él quien debía ir a España, además de que así se ahorraría la retribución evidentemente elevada que se habría tenido que entregar a Diego del Corral.

Hernando de Luque no estuvo a gusto. Tenía todo el derecho de dudar de las capacidades jurídicas y de negociación de Pizarro, guerrero consumado pero sin cultura y poco conocedor de la sutilezas de la retórica. Además, ¿era correcto que el negociador fuese de alguna manera juez y parte en la distribución de lo que les tocaría a los tres socios? Luque, además, veía más allá y quería impedir que eventualmente, al retorno de España, surgiese entre los socios un sentimiento de injusticia, hasta el de haber habido engaño. Entonces sugirió a Pizarro y Almagro partir juntos a negociar. No logró nada. Cieza de León quizás influenciado por lo que iba a suceder después, pretende que Luque habría pronunciado entonces un discurso retrospectivamente premonitorio a los dos hombres. Les dijo que su deseo más caro era no verlos destrozarse entre ellos más tarde («Quiera Dios, hijos míos, que no lleguen a negarse una mutua bendición...»). Por su parte, fiel a su costumbre, Pizarro fue parco en palabras y se contentó con afirmar que actuaría conforme a lo que había sido decidido en común. Algún tiempo más tarde, los tres socios redactaron un contrato en virtud del cual Pizarro se comprometía a negociar como previsto, «lo que haría sin malicia, sin engaño ni astucia alguna». Pediría para sí mismo el título de gobernador del Perú, para Almagro el de adelantado, es decir de jefe de los ejércitos en la nueva frontera, y para Hernando de Luque, la mitra episcopal del primer obispado fundado en el Perú[1].

[1] Pedro Cieza de León, *Descubrimiento y conquista del Perú, op. cit.,* capítulo XXV.

Pizarro rumbo a España

Almagro se impuso como tarea encontrar los fondos necesarios para el viaje. Afectado por una grave infección sifilítica —cosa muy frecuente en esa época entre los españoles de América—, tenía pues dificultades para caminar y sobre una silla cargada por esclavos, visitó uno a uno a sus amigos hasta reunir mil quinientos ducados de Castilla. Esta cantidad era lo mínimo para efectuar el largo periplo, los trámites delicados que se preveían y para los apoyos que habría que conseguir y sin duda retribuir. Pizarro y del Corral iban a viajar en compañía de Pedro de Candia, el artillero de la última expedición, de cinco a seis indios del Perú que habían venido con él, y algunas llamas[2].

A mediados del año 1528, después de haber atravesado el Istmo, llegaron al puerto de Nombre de Dios, el equivalente atlántico de Panamá, y tomaron el barco hacia Hispaniola que Pizarro no había vuelto a ver desde hacía casi veinte años. No se dispone de ninguna información sobre el resto del viaje, a no ser que la llegada a Sevilla reservó a del Corral y a Pizarro una sorpresa muy desagradable. En efecto, Martín Fernández de Enciso esperaba a los viajeros que regresaban de América y, cuando reconocía entre ellos a una persona, que había vivido en Santa María la Antigua en la época en que él ejercía allí sus funciones, inmediatamente ponía un alguacil tras ella para hacerse pagar las cantidades que una decisión de justicia le autorizaba a exigir a sus antiguos administrados. Pizarro y del Corral no fueron excepción y pronto se encontraron tras las rejas por deudas.

Diversos trámites lograron sacar a Pizarro de este mal momento. A inicios del mes de febrero de 1529, una decisión del emperador ordenó liberarlo, devolverle una parte de sus fondos y enviar el resto al Consejo de Indias quien tomaría una decisión al respecto. Acompañado siempre de sus indios, de sus llamas, y llevando en su equipaje diferentes objetos traídos del Perú, Pizarro partió pues a Toledo en donde se encontraba entonces Carlos V. No debe asombrar semejante acompañamiento. Era una tradición desde el retorno del primer viaje de Cristóbal Colón. Los descubridores y otros conquistadores que venían a solicitar cualquier favor ante el soberano, o que simplemente deseaban rendirle un homenaje interesado, aprovechaban la ocasión para exponer ante los ojos deslumbrados de la Corte algunas muestras exóticas venidas directamente del Nuevo Mundo.

Carlos V estuvo favorablemente impresionado pero por sus obligaciones imperiales abandonó pronto Toledo por Italia. Las cosas se demoraron más de tres meses que parecieron ciertamente muy largos a Pizarro cuyos recursos corrían peligro de agotarse. Junto con Pedro de Candia tuvo que comparecer

[2] *Ibid.,* cap. XXVI.

ante los consejeros para exponerles el interés de ese Perú convertido en realidad y, al término de puntillosas discusiones, las tan esperadas capitulaciones estuvieron finalmente listas para ser firmadas[3].

Las capitulaciones de Toledo (26 de julio de 1529)

Las diferentes disposiciones aceptadas por la Corona eran muy favorables a Francisco Pizarro. Se le autorizaba a proseguir el descubrimiento y conquista del Perú sobre doscientas leguas castellanas de costa, o sea mil de nuestros kilómetros, del río Santiago —digamos de la frontera ecuatoriano-colombiana— hasta la región de Chincha —al sur de la actual capital peruana—, cuya ubicación era todavía muy imprecisa en la mente de los españoles y a la que sólo conocían de oídas. Pizarro era también, y sobre todo, nombrado gobernador y capitán general del Perú, de manera vitalicia, con una renta anual de setecientos veinticinco mil maravedíes pagaderos en base a las rentas reales del Perú. Con esta cantidad, el nuevo gobernador debería asalariar un alcalde mayor, diez escuderos, treinta peones, un médico y un boticario.

Pizarro, siempre con título vitalicio, era igualmente nombrado adelantado —cuando al comienzo se había previsto que esto recaiga en Almagro— y alguacil mayor, función sobre todo honorífica pero muy importante desde el punto de vista jerárquico. Tendría la posibilidad de hacer construir cuatro fortalezas en los lugares de su elección y de ser su alcaide. La Corona le aseguraría hasta su muerte un salario de mil ducados al año, también pagaderos con las rentas reales del país.

Pizarro se vio además confiar atribuciones muy importantes en un campo decisivo. Podría conceder a los españoles tierras y terrenos de construcción en las ciudades, siguiendo las normas aplicadas en Santo Domingo, pero más que nada, recibía la posibilidad de asignar a los indios en encomiendas, es decir en los hechos, de recompensar a su gusto a los hombres que lo secundasen.

Hernando de Luque sería propuesto a la Santa Sede como obispo de Tumbes, con mil ducados de renta que serían tomados de los diezmos futuros. En espera de la decisión papal, se lo hizo «protector universal de todos los indios de la dicha provincia».

En cuanto a Diego de Almagro, su parte era mucho más pequeña de lo que la había considerado el acuerdo inicial de Panamá entre los tres socios. No sería

[3] Hernán Cortés se encontraba también en Toledo durante las semanas precedentes y allí recibió el título de marqués del Valle de Oaxaca. Es muy probable que los dos hombres se encontraron. J. A. Del Busto Duthurburu ha demostrado que estaban emparentados de manera muy lejana. Véase *La tierra y la sangre de Francisco Pizarro, op. cit.,* cap. II.

pues adelantado. Las capitulaciones lo hacían simplemente gobernador de la plaza de Tumbes, con una renta anual de trescientos mil maravedíes, ni siquiera la mitad de lo que recibiría Pizarro. La misma proporción fue respetada en lo referente a los *pechos*, el impuesto que pagarían los españoles no nobles instalados en el Perú. Los dos socios recibirían a lo sumo un veintavo de ello. Pizarro podría recibir hasta mil ducados y Almagro solamente quinientos. Este último también fue hecho hidalgo, pero en realidad era una bien pobre compensación, pues en las Indias la mayor parte de los españoles se consideraban entonces como tales, sea cual fuera su origen.

Los otros protagonistas de la expedición anterior también fueron recompensados. Bartolomé Ruiz fue hecho piloto mayor del Mar del Sur y regidor de Tumbes con un salario de setenta y cinco mil maravedíes anuales; Pedro de Candia recibió el título de gran artillero del Perú, de capitán de artillería de la futura expedición de Pizarro y de regidor de Tumbes, con una salario anual de sesenta mil maravedíes, más la autorización de fabricar cañones. Los Trece de la Isla del Gallo no fueron olvidados. Los que eran plebeyos fueron hechos hidalgos, los hidalgos elevados al rango de caballeros de la espuela de oro y cinco de ellos pasaron anticipadamente a ser regidores de Tumbes.

Por lo demás, la Corona, deseosa de atraer españoles hacia allá anunciaba reducciones fiscales significativas, porque estaba bien precisado que el objetivo de la operación no era solamente descubrir y conquistar el Perú sino también poblarlo. El oro de las minas sería gravado con un impuesto de sólo un 10% durante seis años y no llegaría al 20% habitual sino un lustro más tarde. El Perú estaría dispensado durante seis años del viejo almojerifazgo medieval de Castilla a los productos importados y exportados. Sería igual para la alcabala sobre los intercambios durante diez años.

Después de haber pasado revista a diversas disposiciones, como la prohibición de dejar pasar al Perú a las personas a las que las Indias les estaban habitualmente cerradas (moriscos, nuevos cristianos, gitanos, extranjeros y… hombres de ley), las capitulaciones tocaban el tema de la expedición de conquista propiamente dicha. Pizarro tenía seis meses para prepararla. Podía abandonar España a la cabeza de 150 hombres y reclutar otros cien en las islas y sobre el continente americano. Una vez llegado al Perú, se le concedía un nuevo plazo de seis meses para llevar la empresa a buen término. Tendría que llevar, desde luego, agentes del Tesoro (*oficiales reales*) y pagar con su propio peculio el viaje de los religiosos encargados de la primera evangelización.

A lo largo de estas capitulaciones, Pizarro era el interlocutor de la Corona. Ella trataba con él, y solamente con él. Sus socios, Luque, y sobre todo Almagro, se encontraban relegados a rangos subalternos ¿Fue a propósito? ¿Hizo todo lo necesario para obtenerlo? ¿O bien la Corona, por facilidad, lo entronizó así?

Nada permite inclinarse por una o por otra respuesta pero esto mostraba que los temores de Luque, algunos meses atrás en Panamá, eran fundados[4].

La organización del retorno a América (agosto de 1529-enero de 1530)

Antes de volver a Sevilla para preparar su viaje, Pizarro pasó por Trujillo, que por cierto no está muy alejado. En aquel verano de 1529, hacía pues más de treinta y cinco años que la había dejado. El oscuro bastardo, que parece ser se había visto obligado a huir de su ciudad y de lo que le quedaba de familia, regresaba aureolado por sus hazañas americanas, por la confianza que acababan de otorgarle el emperador y la Corte, pero también por el brillante porvenir que perfilaban las capitulaciones.

Pizarro, sin embargo, no permaneció mucho tiempo en Trujillo. Cieza de León da dos razones para ello: la falta de dinero y la prisa por volver a ver la tierra que había descubierto. La historia personal de Pizarro y su carácter no lo predisponían sin duda a las efusiones familiares. Además, dada la lentitud de las comunicaciones de entonces, los plazos fijados por las capitulaciones de Toledo se revelaban bastante cortos. Este breve paso por Trujillo iba a ser sin embargo muy importante. Para Pizarro fue la ocasión de ver a los demás hijos que su padre había tenido. Más allá del aspecto puramente familiar de estos encuentros, dada la naturaleza a menudo compleja y frágil de los vínculos que unían a los soldados con su jefe en las expediciones americanas de esa época, el hecho de tener cerca de sí a hombres unidos por la sangre de manera indefectible podía convertirse en un elemento decisivo. Para Pizarro, como para tantos otros, la pobreza y la oscuridad habían ido hasta ahora a la par con la soledad. Camino de las cumbres, necesitaba ahora una familia, una casa en el sentido nobiliario del término, una parentela con quien contar sean cuales fueran las circunstancias.

Hernando Pizarro —quien tal vez se había encontrado en Toledo durante las negociaciones—, en ese entonces el único hijo legítimo vivo de su genitor común, era considerado jefe de fratría, privilegio debido a su edad pero también a su alta estatura heredada (como Francisco) de su padre, y a una naciente pero ya bien afirmada personalidad. Aunque muy joven aún —tenía entonces veinticinco años—, Hernando ya tenía experiencia militar adquirida, a comienzos de la década, a la sombra de Gonzalo Pizarro y Rodríguez de Aguilar durante la guerra de Navarra, en la cual fue hecho capitán de infantería con apenas diez y siete años

[4] Para el texto de estas capitulaciones y las cédulas reales de confirmación, véase Alfonso García Gallo, *Manual de historia del derecho,* Madrid, 1959, tomo II (*Antología del antiguo derecho*), pp.743-746 y Raúl Porras Barrenechea, *Cedulario del Perú, op. cit.,* t. I, pp. 24-58.

de edad. Hernando había tomado bajo su protección a sus dos medio hermanos más jóvenes, Juan y Gonzalo, y se había encargado de su educación, posiblemente a solicitud de su padre. Por el lado materno Francisco Pizarro encontró, o descubrió otro hermano, Francisco Martín de Alcántara, nacido del matrimonio de su madre con un hombre oriundo del pueblo de Alcántara en Extremadura, de ahí su nombre. Unos vínculos particularmente estrechos iban a unir a estos dos hombres, hasta en la muerte.

El otoño de 1529 fue empleado para organizar en Sevilla el viaje de retorno y el reclutamiento de los ciento cincuenta hombre previstos por las capitulaciones. Pronto la empresa se reveló difícil. Cieza de León explica que los candidatos potenciales se quedaban perplejos frente a la falta manifiesta de medios de Pizarro[5]. ¿Puede ser también que ellos pensaran que, aunque los años dorados de la conquista de Nueva España habían pasado, más valía partir allí para probar suerte, ahora sin gran peligro, en vez de ir a correr en pos de un Perú que seguía siendo aún muy quimérico y sin duda lleno de peligros?

Después de varios meses de negociaciones y de transacciones financieras, Pizarro logró finalmente reunir una flotilla de cuatro barcos, y por este motivo se dirigió pues a Sanlúcar de Barrameda, pueblo situado a medio camino entre Sevilla y el mar y que servía de antepuerto de la capital andaluza. Cada uno de los barcos fue entregado a un hombre de confianza, a Hernando y Juan Pizarro y al viejo compañero Pedro de Candia, Francisco evidentemente estaría al mando del conjunto. Una vez que se los cargó con las armas y los víveres necesarios, los barcos esperaron la señal de partida que, según las capitulaciones debía tener lugar antes del 26 de enero del año entrante. Los trámites se dilataban. Los oficiales reales que habían de acompañar a la expedición no llegaban. El reclutamiento se eternizaba. Las inspecciones oficiales que normalmente precedían la partida no se habían hecho todavía.

Para evitar algunos controles cuyo resultado podía revelarse contrario a los reglamentos oficiales, y para cumplir con el plazo de seis meses que le fue impartido, Francisco Pizarro decidió pues abandonar Sanlúcar de Barrameda, aunque no clandestinamente pero sí sin avisar a las autoridades como debía haber hecho. Dejó las orillas del Guadalquivir la noche del 26 de enero, en el plazo exacto que le había sido fijado.

Cuando finalmente se presentó el funcionario encargado de la inspección, Pizarro había partido y sólo pudo subir a bordo de los tres navíos restantes, el *Santiago*, el *Trinidad* y el *San Antonio*. Allí encontró respectivamente a 59, 46 y 15 soldados, y se le manifestó que Pizarro por su parte, había embarcado 65 hombres, cifra

[5] Pedro Cieza de León, *Descubrimiento y conquista del Perú, op. cit.,* cap. XXVIII.

altamente improbable. El total anunciado, 185, era pues superior a los 150 previstos y Pizarro estaba en regla frente a sus compromisos.Es muy probable que la realidad era diferente. Pizarro no había esperado la inspección porque se había encontrado en la imposibilidad de reunir el contingente anunciado. Es lo que afirma claramente el cronista Pedro Pizarro que formaba parte de la expedición[6].

Puesto que ya más nada se oponía al viaje, los tres navíos pudieron partir sin dificultad, llevando junto con los soldados a seis religiosos dominicos destinados a fundar en el Perú la futura provincia de su orden. Los frailes predicadores, esta vez, estaban resueltos a no dejarse ganar la delantera por los franciscanos como había ocurrido en el caso de Nueva España.

Luego de algunos días de navegación, los navíos se acercaron al barco de Pizarro quien los esperaba frente a la Gomera, una de las islas más occidentales del archipiélago de las Canarias, y que en ese entonces era etapa obligada antes de la gran travesía atlántica, en particular para aprovisionarse en productos frescos. Cuando todo estuvo listo, la flotilla se volvió a hacer a la mar y enrumbó hacia el Nuevo Mundo. Tocaron tierra en Santa Marta, pequeño puerto situado en la costa atlántica de la actual Colombia. Ahí esperaba a los jefes de la expedición una gran decepción. Según Pedro Pizarro, el gobernador local, un tal Pedro de Lerma, se dedicó a hacer correr el rumor de que no había nada que comer en el Perú fuera de serpientes, lagartijas y perros, de tal modo que varios hombres desertaron y fueron a esconderse en la ciudad.

Valiéndose de esta experiencia que no contribuía para subir la moral de la tropa y amenazaba además con hacer reducir los efectivos ya insuficientes, Francisco Pizarro decidió no detenerse un poco más al sur, en Cartagena de Indias, tal como había sido su primera intención. Sin esperar más hizo enrumbar hacia Nombre de Dios, el puerto atlántico del Istmo adonde llegaron en marzo o en abril.

Tensiones y desconfianza entre los socios

La noticia del retorno de Pizarro y sobre todo del contenido de las capitulaciones negociadas con la Corona había precedido la llegada de los navíos, o bien porque Pizarro envió algunos hombres para preparar el terreno, como cree poderlo afirmar Cieza de León[7], o bien porque la información, conocida de todos en Sevilla, haya sido suficientemente importante como para propagarse como reguero de pólvora. Cuando Almagro supo lo que le tocaba, y que el acuerdo

[6] Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista del Perú*, Lima, 1978, cap. II.

[7] Pedro Cieza de León, *Descubrimiento y conquista del Perú, op. cit.,* cap. XIX.

inicial entre los tres socios no había sido respetado, prorrumpió en quejas, en la ciudad, contra Pizarro. Afirmaba que no lo recibiría, como tampoco a los que venían con él, y que no pondría un ochavo más en el negocio. Hernando de Luque le hizo ver que él era el primer responsable de esta situación y a quien tenía que culpar era a sí mismo por su ingenuidad contra la que él mismo le había prevenido. No escuchaba nada. Según Cieza de León, estaba tan mortificado que ninguna palabra amable lograba calmarlo y se fue a esperar a Pizarro a pie firme en Nombre de Dios. Almagro no era el único en este estado. El piloto Bartolomé Ruiz, particularmente, estaba con mucha cólera. Le recordaba a quien quería escucharlo su papel decisivo en varios momentos muy críticos, así como el haber descubierto la balsa indígena cargada de mercaderías que había permitido reactivar el proyecto.

Hernando de Luque escribió varias veces a Almagro, le recomendó calmarse, ver con Pizarro en persona de qué se trataba exactamente. Le demostró que de todas maneras el negocio estaba hecho en compañía lo que le permitiría sin duda resolver ciertos puntos ya que Pizarro era un hombre de honor. Luque envió incluso a Nombre de Dios a Nicolás de Ribera, conocido por su cordura, quien formaba parte desde el inicio de la expedición precedente. Los dos juntos lograron que Almagro cambiara de opinión pues este regresó a Panamá en donde comenzó a reclutar hombres y a reunir material.

Cuando efectivamente Pizarro tocó tierra en Nombre de Dios con tres barcos y ciento veinticinco hombres, Almagro partió inmediatamente para verle. Este encuentro no dio lugar primero a ningún incidente, al contrario. Intercambiaron en público amables palabras, pero tuvieron en privado una conversación muy tensa durante la cual, siempre según Cieza de León, Almagro reprochó severamente a su socio haberlo recompensado tan mal por todo lo que había hecho, por todo lo que le había costado en esfuerzos, en dinero, y hasta en su cuerpo, su apoyo indefectible. En particular, le pidió ver en qué términos había sido presentada la solicitud hecha a la Corona. Pizarro le respondió algo indignado que no era necesario traerle a la memoria el pasado ya que él lo conocía muy bien, pero que en España nadie conocía a Almagro. De todas maneras, allá se habían opuesto a dividir la autoridad suprema de lo que sería el Perú. En este aspecto todo reparto no podía ser sino nefasto. El Perú era bastante grande como para que se hagan en el futuro varias gobernaciones más, para ellos dos pero también para otros.

Con el tiempo, Almagro vino a tener mejores disposiciones aunque en el fondo persistía su resentimiento. Los dos hombres volvieron a tener relaciones más serenas y los habitantes de Panamá pudieron constatar que comenzaron a hablarse «como antes». Hay que decir que en ese momento todos —no sólo los tres socios sino también sus numerosos financistas— tenían interés en que los viejos rencores, por fundados que fuesen, no vengan a obstaculizar la marcha hacia adelante. Desde

ya, todo estaba reunido para el éxito de la expedición venidera que presentían iba a ser decisiva.

Sin embargo, un hecho nuevo vino a complicar otra vez una situación que no lo necesitaba. Los cronistas unánimes destacan el papel negativo de los hermanos de Francisco Pizarro en el microcosmos panameño de esa época. Su parentesco con el jefe, su inexperiencia juvenil, su ignorancia de los usos americanos, del pasado y de los méritos de cada uno, todo ello unido a un comportamiento personal a menudo inadecuado, les hizo cometer numerosas torpezas. En general, las críticas no se ocupan de Francisco Martín de Alcántara y protegen a Juan Pizarro. Cabe decir que este último murió poco tiempo después y no debió de acumular contra él rencores ni prejuicios que son los que habitualmente llenan las crónicas. Sucede todo lo contrario en el caso de Hernando y de Gonzalo. Al primero se le dice imbuido de sí mismo y presuntuoso según Antonio de Herrera. Gonzalo Fernández de Oviedo lo acusa de haber sido el principal responsable de las tensiones con Almagro y de haber empujado a sus otros hermanos en este sentido. En cuanto a Gonzalo, tenía la insolencia y la inmadurez de los jóvenes. El hecho de ser el hermano del jefe de la expedición, del futuro gobernador del Perú, no había hecho sino acentuar más su insoportable fatuidad. Se les podía poner un solo punto en su favor a los tres hermanos: su coraje, su valor guerrero sin fallas, y en el caso de Hernando, su don de mando.

Partiendo de esto, no sorprende que las relaciones entre los dos principales socios hayan conocido momentos muy difíciles. Almagro quiso un día retirarse de todo y guardar para otros fines las cantidades que había juntado. Amenazó con montar una expedición competidora con otros socios, siendo disuadido por Hernando de Luque, e incluso por su viejo amigo común Gaspar de Espinosa, entonces en su puesto de Santo Domingo y que vino expresamente a Panamá. La única solución era evidentemente redactar un nuevo contrato que fue establecido gracias a la intervención de personas sin duda interesadas, en todos los sentidos del término, por el éxito del proyecto peruano.

Pizarro fue obligado a aceptar condiciones mucho más ventajosas y precisas para su socio. Le cedió su encomienda de la Isla de Taboga, se comprometió en nombre de sus hermanos y de él a no pedir nada más que no estuviese previsto en las capitulaciones, a solicitar para Almagro una gobernación que comenzaría en los límites de la que se le había dado a él. Todo lo que se ganase durante la conquista: metales preciosos, pedrería, esclavos, y otro tipo de bienes, se repartirían, únicamente y en partes iguales entre Pizarro, Almagro y Luque, después cada uno se encargaría de recompensar a los suyos.

Por su lado, Pizarro no permaneció inactivo. Lejos de remitirse a Almagro en todo lo que tenía que ver con la intendencia —como habría debido ser el caso—,

negoció directamente un aspecto esencial, el de los barcos necesarios para el transporte de la tropa. No había ninguno disponible en Panamá cuya actividad giraba en ese entonces completamente en torno a Nicaragua. El problema encontró una solución gracias a la intervención del piloto Bartolomé Ruiz y de Nicolás de Rivera que habían ido a esa región mientras Pizarro se encontraba en España. Cuando dos grandes navíos cargados de esclavos indios llegaron al puerto procedentes del norte, Pizarro pudo negociar con sus propietarios, Hernando de Soto y Ponce de León, dos hombres de mucha experiencia en la aventura americana. Les compró los barcos y prometió al primero el título de capitán y de gobernador adjunto de la ciudad más grande del Perú, al segundo, una buena encomienda. Una vez más, Pizarro demostraba a todos, incluyendo a Almagro, que él era el dueño del juego, aún cuando su socio estaba encargado desde hacía meses de las oscuras e ingratas tareas de encontrar dinero y pertrechos, tarea que había cumplido de manera bastante honorable.

Ya nada se oponía a la partida tanto más porque el entrenamiento militar de los hombres que llegaron con Pizarro no había cesado durante los últimos ocho meses. El 27 de diciembre de 1530, se bendijeron las banderas en la iglesia de Panamá durante una ceremonia solemne y, al día siguiente toda la tropa, con los jefes a la cabeza, comulgó con el mismo entusiasmo.

La campaña equinoccial (enero-noviembre de 1531)

La expedición dejó el puerto de Panamá el 20 de enero de 1531. Llevaba más de ciento ochenta hombres y unos treinta caballos. Este último punto merece ser destacado. Además de la importancia de los medios empleados, conociendo la importancia militar que tenían en ese entonces estos animales en los combates contra los indios, es una prueba manifiesta que esta vez el objetivo ya no era explorar el Perú, sino más bien conquistarlo militarmente, tanto más cuando la artillería, bajo las órdenes de Pedro de Candia, había sido también considerablemente reforzada. Después de la escala habitual en el archipiélago de las Perlas, Pizarro partió con sus dos navíos, sin esperar al tercero al mando de Cristóbal de Mena, quien debía unírsele algunas semanas más tarde. En lo referente a la navegación, se la dejó bajo las órdenes de Bartolomé Ruiz, gran conocedor del mar en esos parajes.

Las experiencias acumuladas durante los viajes anteriores los llevaron a no detenerse en la costa hoy colombiana. Les había dejado demasiados recuerdos mortificantes, no tenía ningún interés y, sobre todo, ahora había que ir directamente al objetivo, sin perder tiempo ni desperdiciar valiosas fuerzas para el futuro. Luego de una navegación muy rápida para esa época, unos diez días, la expedición ancló en la bahía de San Mateo, cerca de la desembocadura del río Esmeraldas, en la costa

norte del actual Ecuador. Desembarcaron hombres, caballos y material. Durante dos semanas Pizarro se encargó de acostumbrar a su tropa al nuevo terreno en el que iba a tener que adentrarse, y una de sus primeras decisiones fue designar un lugarteniente en la persona de su hermano Hernando. Juan, su otro hermano era uno de los capitanes junto con Juan de Escobar y Cristóbal de Mena. La familia tenía pues bien controlado el proyecto.

A mediados del mes de febrero, la tropa se puso en camino siguiendo la costa que en esta región, corre hacia el suroeste. El cronista Herrera precisa que, en su equipaje, los hombres llevaban numerosas barricas de vino consideradas necesarias para la guerra que se anunciaba y durante la cual habría que tener el brazo firme.

Primero llegaron a Atacames encontrándolo desierto. No tenía importancia porque la zona ofrecía bastantes recursos en alimentos frescos, pescados y particularmente frutas. Los únicos problemas eran, como siempre, los mosquitos y el agua potable que los hombres tenían que extraer de pozos muy profundos por medio de grandes conchas vacías amarradas con cuerdas. La próxima etapa fue Cancebí, en donde los habitantes opusieron, al parecer, alguna resistencia, pues este fue el primer pueblo «pacificado». En fin de cuentas los indios se avasallaron «más por cálculo que por simpatía».

Cinco días después, la tropa reinició su avance y llegó poco después a la región de los Cojimíes en donde los hombres tuvieron mucha dificultad en construir balsas y en hacer pasar a los caballos cuando les tocó atravesar en tres oportunidades brazos de mar y desembocaduras. La comida ordinaria estaba basada en «productos de la tierra», con efectos a veces desastrosos para sus intestinos, como cierta sopa de cangrejo que les dejó un ingrato recuerdo. Felizmente, el navío de Bartolomé Ruiz proveniente de Panamá apareció en el horizonte, cargado con alimentos frescos.

La tropa retomó su camino, sosteniendo los válidos a los enfermos, y llegó frente a Coaque, una «ciudad» bastante importante —sin duda algunos centenares de viviendas—, situada en la línea equinoccial. La población, sorprendida por la llegada de los europeos, huyó tierras adentro dejando en el lugar una gran cantidad de oro y de esmeraldas, en vista de lo cual Pizarro se cuidó —bajo pena de muerte—, de que nada fuese distraído por sus hombres antes del reparto oficial. En efecto los oficiales reales encargados de retener la parte del rey —un quinto del botín—, no habían llegado todavía. El primer contacto con los indios fue difícil. El jefe del lugar logró por un momento hacer regresar a sus vasallos, pero, al comportarse los españoles como en país conquistado —en todo el sentido del término—, los indígenas prefirieron desparramarse de nuevo en los alrededores y escapar así de sus exacciones.

Durante varios meses, de febrero a comienzos de octubre, Coaque sirvió de campamento de base a los españoles. Sin duda Pizarro quería a la vez esperar los refuerzos y dar un descanso a sus hombres. La estadía, sin embargo no fue muy fácil. La huída de los indios no tardó en plantear graves problemas de subsistencia a la tropa acostumbrada, como todas las de su época, a vivir en gran parte del país donde estaba. Por otro lado, las enfermedades se abatieron sobre los hombres. Hubo fiebres malignas, diarreas, accesos de debilidad general, etc., pero también una epidemia hasta entonces desconocida que sembró el terror. Unas verrugas, del tamaño de una avellana pero que podían llegar hasta el de un huevo de gallina, desfiguraban a los hombres, enrojecían y supuraban antes de romperse soltando un olor pestilente, y cuyo desenlace era a menudo la muerte. A todo esto se vino a sumar una revuelta —duramente reprimida— de los indios quienes, al mando de su cacique, quemaron Coaque y huyeron enseguida a las montañas en donde los españoles renunciaron finalmente a seguirlos.

Sin embargo, todo no fue negativo. En dos ocasiones llegaron de Panamá refuerzos en hombres, en caballos y en material, y los oficiales reales por fin se unieron a la expedición. Pizarro tuvo una idea, la de enviar uno de los barcos a Nicaragua —cargado de algunos hermosos objetos de oro tomados durante la campaña—, con el objetivo de atraer hacia sí a los hombres que no habían logrado hacerse un lugar allá, por lo menos en la medida de sus ambiciones y de sus sueños, y estarían quizás tentados por la aventura peruana.

Se reinició la marcha, siempre hacia el sur, suscitando las mismas sorpresas durante los encuentros con indios desconocidos, alegrías y penas según los logros o las dificultades del momento, pero sin encontrar una verdadera resistencia armada. Al cabo de un mes, aproximadamente, un barco procedente de Panamá trajo una gran noticia: unos refuerzos importantes (treinta hombres y doce caballos) provenientes de Nicaragua y al mando de Sebastián de Benalcázar acababan de llegar a Coaque. Benalcázar no era un desconocido para Pizarro con quien compartía numerosos puntos en común. Su verdadero nombre era Sebastián Moyano, hijo analfabeto de campesinos pobres de Belalcázar, en el norte de la provincia de Córdoba, quien habría dejado su pueblo después de haber matado accidentalmente a una mula que le había sido confiada, episodio que hace recordar al del joven Pizarro que partió a Sevilla después de haber perdido unos puercos. Vino a América muy temprano, hacia 1513, tal vez antes incluso. Ahí, su valentía y su generosidad no tardaron en hacerlo muy popular. Gonzalo Fernández de Oviedo cuenta que se convirtió en amigo íntimo de Pizarro y de Almagro. El cronista Juan de Castellanos afirma incluso —pero es el único en decirlo— que Benalcázar habría sido junto con Pizarro el padrino del hijo que

Almagro había tenido con una india de la región. Después, Moyano quien pasó a ser Belalcázar, y luego Benalcázar, y aunque era encomendero en el Istmo, se fue a Nicaragua primero en 1522, y a Honduras después, en donde siempre apostó por Pedrarías Dávila durante numerosos y graves conflictos que habían estallado entre españoles. Allá había ganado una posición bastante envidiable hasta el punto de ser incluso, según ciertas fuentes, alcalde de León, la capital, en el año de su fundación.

El encuentro de Pizarro y sus hombres con Benalcázar y los suyos dio lugar a una reveladora escena. Viendo el estado en el que se encontraban los primeros, los segundos, temiendo el contagio, no quisieron apearse del caballo y se fueron a acampar separadamente. Sin embargo, lo importante no es esto. Pizarro, sin duda alguna, no estaba descontento de recibir estos apreciables refuerzos de parte de un hombre a quien lo unía, además una larga e íntima amistad. Sin embargo, esta llegada modificaba muchas cosas. Benalcázar tenía una personalidad fuerte, era un jefe aguerrido, aureolado por un verdadero prestigio. Sus hombres, según el viejo principio de la hueste medieval, sólo le obedecían a él. Consciente de la ayuda que traía, ¿no intentaría cobrarla? Finalmente, llegado el momento ¿no trataría de jugar su propio juego? Eran interrogantes que podían transformarse en hipotecas para el futuro. Pizarro tenía demasiada experiencia para no ser consciente de ello.

La llegada inopinada de Benalcázar no tardó además en provocar una reorganización y, de hecho, un nuevo reparto de los poderes que Pizarro no debió de aceptar sin pestañear. En Mataglán en donde la expedición hacía etapa, Benalcázar fue nombrado capitán de la caballería, así como también uno de sus fieles, Juan Mogrovejo de Quiñónez, mientras que otros cuatro de su entorno eran designados en puestos claves: Rodrigo Núñez de Prado pasaba a ser maestro de campo, Juan de Porras, alcalde mayor, administraría la justicia entre la tropa y Alonso Romero sería el alférez, encargado de llevar el estandarte real.

La expedición bordeaba una costa particularmente árida, que hacía difícil el avance de la columna, muy poco poblada, sin agua ni alimentos suficientes para los hombres. A finales del mes de noviembre, llegaron al cabo llamado hoy en día de Santa Elena, la punta más occidental de la república del Ecuador en el continente. Los esperaba una sorpresa a los españoles. Prevenidos de su llegada, los indios habían abandonado su pueblo, pero en lugar de adentrarse en las tierras, como solían hacerlo, desapareciendo con mujeres, niños y equipajes, se habían hecho a la mar sobre sus balsas y esperaban, a cierta distancia de la playa, la partida de los intrusos. A pesar de todos sus esfuerzos, los españoles no pudieron convencerlos de regresar, y pasaron cerca del cabo algunos días muy difíciles, sobre todo a causa de la ausencia de alimentos que los obligó a cazar a los perros, que habían dejado los indígenas, para comérselos.

La isla de la Puná
(diciembre de 1531 - abril de 1532)

El agotamiento ganaba a los hombres. Muchos de ellos, frente a la inutilidad de los esfuerzos prestados en el transcurso de los últimos meses, pedían con insistencia a su jefe volver atrás y establecer una ciudad en la comarca más hospitalaria en que habían desembarcado. Fiel a sí mismo, Pizarro quería seguir adelante y no cambiaba de parecer, pues desde algún tiempo atrás, los escasos indios que encontraron habían hablado de una gran isla, más al sur y la habían pintado con colores muy atractivos. Pizarro decidió entonces llegar hasta allá y envió por delante a cinco jinetes quienes, efectivamente, llegaron frente a dicha isla, llamada isla de la Puná.

Muy extensa, ocupa la mayor parte del golfo hoy llamado de Guayaquil. No se atrevieron a entrar por temor a que los indios les jueguen una mala pasada, pero pudieron constatar que el medio ambiente se había modificado completamente en relación a la región que acababan de atravesar. La costa cambiaba bruscamente de dirección, ahora estaba orientada este-sureste, todo era más verde, más húmedo, y los indios de los pueblos por los que atravesaron no parecían carecer de nada para su subsistencia, muy al contrario.

En los últimos días de noviembre, Pizarro y sus hombres llegaron por fin frente a la isla de la Puná. Fueron recibidos por un jefe local, Cotoir, quien se ofreció a hacerles pasar el brazo de mar que los separaba de la isla. Advertido por un intérprete que algo se tramaba, que los indios habían decidido ahogar a los españoles y a sus caballos durante la corta travesía, Pizarro hizo saber a Cotoir que quería conocer primero al rey de la isla, un tal Tumbalá del cual le habían hablado. El 30 de noviembre, éste se presentó a los españoles con toda su pompa, sobre una gran balsa decorada con magníficos paños de vivos colores, con sus cantantes, sus músicos y acompañado de unas veinte embarcaciones en las que se encontraba su séquito. La recepción de los indios estuvo llena de amenidad y, para decirlo todo, Pizarro la encontró demasiado buena para ser honesta. Después de haber conversado con Tumbalá por intermedio de un intérprete, consiguió que primero pasen sus hombres y sus caballos mientras que él esperaría con su guardia personal en la orilla en compañía del rey de la Puná convertido por decirlo así en rehén, después de lo cual ambos atravesarían juntos. De hecho, no sucedió nada. Los españoles, y luego su jefe, pusieron pie en la isla sin ningún problema.

Los hombres de Pizarro pudieron recorrerla por todo lado. Entre las numerosas sorpresas, no fue la menor encontrar un día en un pueblo una gran cruz clavada en el suelo y otra pintada en una choza de paja. Gracias a sus intérpretes indios, les fue posible comprender que se trataba de las huellas dejadas por Alonso de Molina, uno de los trece de la isla del Gallo, quien, durante el retorno del segundo viaje, había pedido quedarse en Tumbes. Hecho enseguida prisionero por los

indios de la Puná, había tratado de evangelizarlos pero murió poco después durante una batalla contra otros indígenas.

Después de sus duras semanas de avance sobre una costa árida, los soldados españoles no podían creer lo que veían: agua, maíz, pescado, todo en abundancia y, además, indios que los festejaban y buscaban por todos los medios hacerles la estadía agradable, por lo menos en apariencia. En efecto, las frecuentes visitas de Tumbalá y de su séquito al campamento español eran fingidas. Por lo menos eso creyeron descubrir los intérpretes indios. Felizmente, un desencuentro entre Tumbalá y el jefe de los indios de Tumbes, Chilimasa, pudo ser aprovechado por Pizarro, pero algún tiempo después Tumbalá quiso pasar a la acción. Prevenido, Pizarro decidió adelantársele. Lo hizo detener así como a tres de sus hijos y a una decena de miembros de su corte, entregándolos a los indios de Tumbes. Estos no tuvieron piedad. Sin esperar, los decapitaron a todos, lo que provocó la sublevación de los habitantes de la isla contra los españoles y sus aliados de Tumbes. Hubo rudos enfrentamientos. Hernando Pizarro fue herido y su caballo murió debajo de él. Finalmente vencedores, Pizarro y sus hombres liberaron y enviaron de vuelta a casa a más de trescientos cautivos oriundos de Tumbes que los indios de la Puná retenían a su servicio, lo que explica sin duda la antigua animadversión entre ambas etnias. Este episodio iba a dejar una huella duradera en la mente de Pizarro y confirmarlo en la vía a seguir, la de dividir a los indios y enfrentar a unos contra otros. No iba a olvidar la lección.

También en la época de la sublevación india, el 1 de diciembre de 1531, llegaron frente a la Puná dos navíos procedentes de Nicaragua trayendo a Hernando de Soto, a un centenar de soldados, veinticinco caballos, armas, alimentos, e incluso, parece ser, en su equipaje a una prostituta española. Pizarro había pagado en parte el viaje. Recordemos que había hecho llegar desde Coaque tres mil pesos de oro a Hernando de Soto. Los refuerzos eran muy importantes, triplicaban a los de Benalcázar y, en vísperas del desembarco propiamente dicho en el Perú, se iban a revelar decisivos. Empero, como en el caso de Benalcázar, se planteaban las mismas interrogantes, e incluso con más agudeza, porque entre Pizarro y Hernando de Soto no existía la misma antigüedad ni la misma estrechez de lazos en la amistad.

Todavía muy joven, apenas unos treinta años, Hernando de Soto tenía ya una larga experiencia americana. Nacido él también en Extremadura, en Villanueva de la Serena, siendo aún un adolescente había llegado a América con Pedrarias Dávila. Había participado, en particular, junto con Pizarro en la expedición que comandó Gaspar de Espinosa en el oeste del Istmo. Con un pequeño contingente había logrado incluso revertir una situación bastante comprometida cuando Pizarro, a la cabeza del grueso de la tropa, pasaba por serias dificultades. Posteriormente,

Hernando de Soto había sido uno de los primeros capitanes de la conquista de Nicaragua en donde había desempeñado un papel eminente, y había sido recompensado con una encomienda de gran rendimiento y funciones municipales de primer plano en León. De carácter a menudo fogoso en extremo, Hernando de Soto había sido también parte integrante de diversas conspiraciones y de todas las luchas de facciones que habían marcado los primeros años de Nicaragua. Es significativo, además, que al unirse a Pizarro no haya juntado sus fuerzas con las de Sebastián de Benalcázar. En realidad, las relaciones de negocios de Pizarro y Almagro con Soto eran antiguas. A través de intermediarios, habían mantenido un estrecho contacto en los meses que precedieron la partida del tercer viaje y en el transcurso de las transacciones que permitieron su realización. Basta con recordar el episodio de la compra de los dos barcos cargados de esclavos indios. No olvidemos tampoco los tres mil pesos de oro enviados desde Coaque.

Consciente de su valía y de su aura, del peso determinante de los refuerzos que le traía a Pizarro y, aunque no había llegado aún a la cima de la gloria pero sí a un rango que muchos podían envidiarle, Hernando de Soto no se había lanzado a la aventura peruana para desempeñar en ella un papel de simple comparsa. Indudablemente esperaba ser el número dos de la expedición, pero el lugar ya estaba tomado por Hernando Pizarro cuyo clan no tenía la intención de soltar nada, de ninguna manera. Tuvo que contentarse de momento con ser uno de los capitanes, y sin duda también con las promesas que le hizo Francisco Pizarro. Si en ese momento no mostró su despecho, los acontecimientos posteriores iban a probar que siempre mantuvo una posición tan autónoma como se lo permitían las circunstancias. Apenas pudo, sin crear incidentes, junto con los hombres que habían venido con él y sobre quienes ejerció siempre una autoridad particular durante toda la expedición, había de dejar al Perú y fue a probar suerte de nuevo en otras latitudes, en la Florida.

Regresemos a la isla de la Puná y a los proyectos inmediatos de Pizarro. Ahora todo parecía estar listo para pasar al continente y emprender la conquista del Perú. La alianza con los habitantes de Tumbes abría la vía, y por cierto Pizarro negoció con su jefe, Chilimasa, la organización de una flotilla de balsas en donde se colocaría el material. No hacía falta nada más entonces para la gran partida cuando sobrevino un contratiempo inesperado que desagradó bastante a Francisco Pizarro, en la medida en que podía acabar con todos sus proyectos. El tesorero Alonso de Riquelme, uno de los tres oficiales reales, tuvo un grave altercado con Hernando Pizarro y decidió entonces tomar uno de los barcos para regresar inmediatamente a España e informar al soberano de la situación, y sobre todo de las libertades que se tomaban con los intereses de la Corona. Cabe decir que, desde su llegada a Coaque, las relaciones entre los oficiales reales y los jefes de la expedición habían sido muy tensas sobre este tema. En cuanto Pizarro se

enteró de la partida de Riquelme percibió inmediatamente la gravedad de sus consecuencias que, a largo plazo, amenazaban con ser bastante desastrosas para el futuro. Él también tomó un barco y partió tras el tesorero a quien encontró frente a la punta de Santa Elena. Allí, hizo apresar su embarcación cuidándose al mismo tiempo de no intervenir personalmente en lo que obviamente tenía toda la apariencia de ser el arresto de Riquelme. Después, lo trajo a la isla de la Puná para que acompañe a la expedición en su campaña peruana y cumpla en ella su papel de tesorero real.

Entonces, sólo quedaba partir y poner pie de manera decisiva en el Perú. Se dio la orden para hacerlo a inicios del mes de abril de 1532[8].

El largo año que acababa de terminar había sido una suerte de aprendizaje despiadado tanto para los hombres como para sus jefes. No habían logrado todavía poner un pie en el Perú, las riquezas fabulosas que se les había anunciado o que habían prometido no se hacían presentes, pero eso sí, no se habían salvado de pasar por todo tipo de infortunios para conseguir un botín en suma muy módico. Como la confrontación con los indios se revelaba también llena de trampas y subterfugios los conquistadores eran más propensos a solucionarla a fuego y a sangre y no por la vía de las negociaciones, salvo cuando se trataba de levantar a unas etnias contra otras, o de aprovechar sus disensiones.

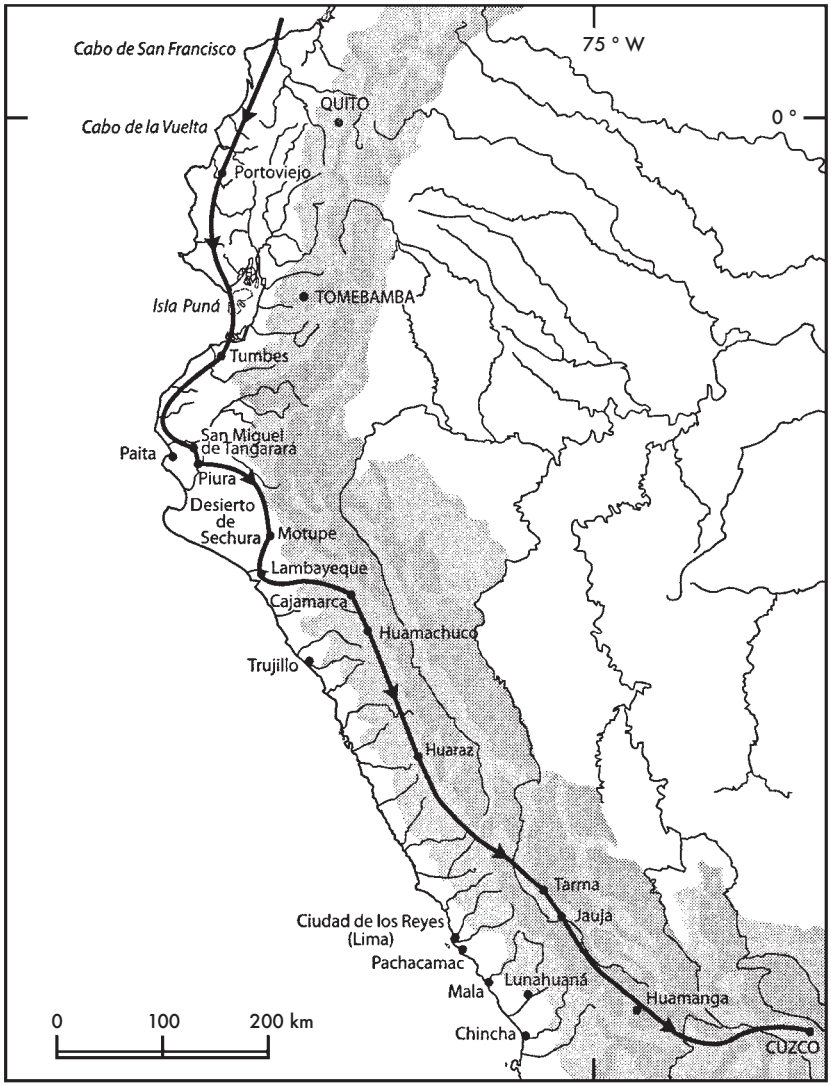
Para terminar, el ejército de la Conquista crecía hasta el punto de convertirse en una terrible máquina de guerra. Atraídos por el espejismo del oro, unos capitanes y sus respectivas huestes habían venido a unirse a la empresa. Sin embargo, aunque reforzaban las tropas de Pizarro, al mismo tiempo hacían aumentar las tensiones potenciales de este ejército heteróclito en el que los soldados no reconocían sino la autoridad —y los intereses— de su jefe directo.

[8] *Ibid.,* cap. XXX-XXXV; Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista del Perú, op. cit.,* cap. V; Francisco López de Gómara, *Historial general de las indias, op. cit.,* 1ª parte, cap. CX-CXII.

Tercera parte

El oro, la gloria ... y la sangre

La expedición de 1532-1533



5
En el desierto del norte peruano (abril-noviembre de 1532)

Para salir de la isla de la Puná, Pizarro tuvo que pedir ayuda a aquellos que se habían convertido en sus aliados, Chilimasa y los indios de Tumbes. No había suficiente lugar en sus barcos para transportar a la vez a sus hombres, los refuerzos que había recibido de Benalcázar y luego de Hernando de Soto, los caballos así como todo el material y las provisiones indispensables. En razón de las buenas relaciones mantenidas con los tumbesinos, aquello no planteó problemas dado que Pizarro permitía también la repatriación de los trescientos cautivos mantenidos hasta entonces como esclavos en la Puná, y llevaba de vuelta a Tumbes tres ídolos de oro, cada uno del tamaño de un niño de tres años, según el cronista Diego de Trujillo.

Los indios proporcionaron pues cuatro balsas grandes y su tripulación. Hernando de Soto tomó el mando de una de ellas, la que transportaba su propio equipaje, Cristóbal de Mena hizo lo propio con la que llevaba las cosas de Hernando Pizarro, mientras que Francisco Martín de Alcántara y un tal Hurtado, tenían a su cargo las dos balsas en donde se había amontonado las pertenencias de Francisco Pizarro y de los oficiales reales, particularmente el valioso quinto real retenido sobre el oro tomado a los indios desde el inicio de la campaña. Francisco Pizarro partió con los soldados y sus caballos en los barcos, cuyo número era de dos o tres según las fuentes. A pesar de todo no pudo embarcar a Benalcázar, a sus hombres y sus monturas, por lo que se acordó que esperarían en la isla el retorno de los navíos para unirse a la expedición.

La navegación iba a durar tres días, pero las balsas indígenas, mucho más ligeras y sobre todo más manejables, no tardaron en distanciarse de los navíos españoles. Ellas fueron pues las primeras en atracar en la zona prevista para este efecto, a saber cerca del lugar en el que el pequeño río de Tumbes desemboca en el océano.

Sorpresas y desilusiones en Tumbes (abril de 1532)

Desde su llegada, las balsas, y sobre todo los españoles que habían embarcado en ellas, conocieron diversas fortunas. El cronista Pedro Pizarro cuenta que la suya ancló cerca de una pequeña isla cercana a la costa. Francisco Martín de Alcántara que la comandaba y él mismo descendieron a tierra para dormir, mientras que Alonso de Mesa permanecía a bordo porque tenía dificultades en restablecerse de un terrible ataque de verruga, esta tan extraña como nueva enfermedad. En medio de la noche, Mesa cuya enfermedad le impedía dormir, se dio cuenta que los indios de la tripulación, con el mayor sigilo, estaban levando el ancla para marcharse por su lado dejando a los dos españoles en tierra y jugarles, más tarde sin duda, una mala pasada. Pedro Pizarro y Francisco Martín de Alcántara despertaron sobresaltados a los gritos de su compañero, amarraron a tres de los indios para impedirles partir y, con las armas en la mano, pasaron el resto de la noche vigilando.

La balsa retomó su ruta hacia Tumbes al día siguiente. Está demás decir que los dos españoles y los indios se miraban con la mayor desconfianza. Cuando estuvieron a punto de llegar al término de su viaje, en el momento más delicado, es decir cuando había que sortear las olas particularmente fuertes en el océano en aquel lugar, los indios se lanzaron repentinamente al agua, dejando la balsa desamparada. La embarcación terminó arrastrada a la playa adonde los españoles llegaron mal que bien, empapados y medio ahogados, dice Pedro Pizarro. Una vez a salvo, cuál no sería su sorpresa, y su rabia, al ver a los indios —que se habían quedado en el mar hasta ese momento— subirse a la balsa y alejarse de la costa, evidentemente, con toda su valiosa carga, el equipaje de Francisco Pizarro y de numerosos otros soldados que les habían dado su confianza[1].

Hurtado y los dos soldados que lo acompañaban en su balsa conocieron una suerte mucho más funesta. Según Cieza de León, cuando llegaron a tierra, un gran número de indios los recibieron con demostraciones amables, y fingieron proponerles un alojamiento para la noche, que los españoles aceptaron sin desconfianza. En realidad, los tumbesinos los cogieron por sorpresa y los

[1] Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú, op. cit.,* cap. VI.

mataron con horribles detalles[2]. Por su lado, Hernando de Soto tuvo más suerte. Habiendo notado la gran alegría de los indios que lo acompañaban en el momento de desembarcar, le pareció sospechosa y se mantuvo prudentemente sobre aviso toda la noche junto con sus compañeros. De hecho, salvaron la vida porque los indios esperaban sin duda que todos los españoles hayan llegado para atacarlos. Al día siguiente en la mañana, en cuanto hubo desembarcado, y al tomar conocimiento de lo que había pasado con las otras balsas, Pizarro, envió a dos jinetes para prevenir a Hernando de Soto quien, según Agustín de Zarate, subió prestamente a bordo de su balsa, se alejó de la orilla y pudo así ponerse a salvo en espera de refuerzos[3].

Francisco Pizarro había estado, con sus hermanos, entre los primeros en desembarcar, operación después de todo siempre difícil cuando se trataba también de llevar a tierra los caballos. Los jinetes se pusieron a correr en la orilla con el fin de asustar a los indios quienes, de lejos, burlándose, mostraban a los españoles lo que les habían robado en las balsas. Esa actitud volvió particularmente furioso a Hernando Pizarro quien arremetió contra ellos en varias ocasiones.

Cuando todos estuvieron en tierra, Francisco Pizarro, muy decidido a vengar la traición de la que habían sido —o habían estado a punto de ser— víctimas los hombres de las balsas, pero temiendo también un ataque en regla, decidió primero parapetarse dentro de dos fortalezas indias de las inmediaciones. Enseguida envió a los jinetes por delante, pero estos no encontraron resistencia pues casi todos los indígenas se habían retirado tierra adentro. Los soldados españoles capturaron a algunos y regresaron al campamento trayendo unas llamas. Hernando de Soto fue encargado de avanzar un poco. Se hizo de algunos cautivos, pero no encontró más que pantanos y lagunas de las que se alejó por temor a las fiebres. Más tarde, en cuanto le fue posible, toda la tropa se puso en camino hacia Tumbes situada un poco más al interior de las tierras. Pizarro y los suyos seguían con el recuerdo de lo que había dicho de ella Pedro de Candia enviado hasta allá al final del segundo viaje, y que a su retorno la había descrito con mucho entusiasmo. En realidad la ciudad estaba en ese momento prácticamente abandonada. Los monumentos y la mayor parte de las casas no eran más que ruinas.

Este primer contacto causó una impresión deplorable entre la tropa, sobre todo en los soldados que habían dejado a Nicaragua para venir a tentar suerte en el Perú. El cronista Pedro Pizarro habla de sus quejas, cuenta que se pusieron a maldecir al gobernador (Pizarro) por haberlos llevado a un país tan lejano y tan poco poblado. Se reprochaban de haber confiado en él, de haber creído en sus

[2] Pedro Cieza de León, *Descubrimiento y conquista del Perú, op. cit.,* cap. XXXVI.

[3] Agustín de Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista del Perú,* Lima, 1944, lib. I, cap. III.

palabras y en las "pruebas" de la riqueza de la región que les habían mostrado cuando se unieron a la expedición en Coaque. Cieza de León habla de su tristeza ante el espectáculo que se ofrecía e insiste sobre su falta de confianza en cuanto a los acontecimientos venideros. Algunos soldados pidieron volver a Nicaragua o a Panamá. Pizarro aceptó, a condición de que dejen sus armas y sobre todo sus caballos. La exasperación de algunos hombres era tal que quisieron incluso jugarle una mala pasada a Pedro de Candia a quien le reprochaban haberlos engañado.

Cabe decir que los exploradores regresaron con no muy gratas noticias. En los alrededores, una vez más, no habían encontrado más que arena y lagunas. Ni siquiera un pastizal para los caballos que debían contentarse con cardos y hojas de algarrobo, abundantes en algunos sitios. Sin transición, Pizarro y sus hombres habían pasado de una frondosidad permanente, de las lluvias, del pesado y omnipresente verdor del Golfo de Guayaquil a una región —la costa peruana— en donde, a causa de una corriente fría que sube hacia el norte, el paisaje tropical tal como se lo imagina habitualmente cede su lugar a un verdadero desierto, salpicado de oasis alejados unos de otros por varios días de camino y pegados a los valles de los ríos que descienden de los Andes, se pierden en las arenas y, a menudo, ni siquiera llegan al océano.

Se le encargó a Hernando de Soto la dirección de una misión de exploración en el valle. A la cabeza de una tropa de cuarenta jinetes y ochenta peones para evitar cualquier mala sorpresa, atravesó el río y avanzó hacia el interior sin encontrar obstáculos, hasta que se topó con un campamento indio cuyos defensores fueron pasados a cuchillo. Luego, Chilimasa, que había desaparecido, se manifestó de nuevo. A cambio de la promesa de salvar la vida, se dirigió al campamento de Pizarro. Ahí, hizo grandes demostraciones, juró que no tenía nada que ver con lo que había pasado, y que no podía entregarles a los responsables del ataque de las balsas porque estos habían desparecido. Pizarro no le creyó nada, pero consideró más hábil aparentar lo contrario. La alianza de Chilimasa y de sus vasallos le era más que nunca necesaria en la perspectiva de la continuación de las operaciones. Tumbes no era sino una etapa, por cierto, pero debía constituir la cabeza de puente de los españoles pues pronto iba a ser necesario dejar la región. Ni pensar entonces en abandonar la retaguardia a enemigos potenciales. En verdad, la apuesta de Pizarro fue un éxito, pues Chilimasa y los suyos debían, posteriormenete, mostrarse fieles aliados.

En la perspectiva de la partida, después de haber deliberado con los demás jefes, particularmente con su hermano Hernando, Cristóbal de Mena y Hernando de Soto, Pizarro decidió dejar en la fortaleza de Tumbes, en donde hizo cavar un pozo, a los enfermos y una parte del equipaje por la dificultad para transportarlos sobre largas distancias. Francisco Martín de Alcántara había regresado de una cabalgata con una excelente noticia: había encontrado un verdadero camino que

se adentraba hacia el interior e iba a ser de gran utilidad. Se trataba evidentemente de uno de esos famosos caminos del Inca que surcaban el país.

Cerca de veinticinco españoles, entre los cuales los oficiales reales Alonso de Riquelme y García de Salcedo, permanecieron en Tumbes bajo las órdenes de Francisco Martín de Alcántara y del tesorero real Antonio Navarro. Otros cuatro pidieron volver a Panamá en el primer barco porque no querían terminar sus días en medio de los pantanos y de la miseria, solicitud a la que Pizarro accedió, insistiendo sobre el hecho de que él sólo quería llevar consigo voluntarios, aunque tenga que terminar sólo con sus hermanos. Dos religiosos, a quienes, según Cieza de León, les parecía que los doblones tardaban en llegar, hicieron el mismo pedido y pretextaron su preferencia por las misiones de Nicaragua.

Siempre según Cieza de León, el Inca Atahualpa, prevenido del desembarco de Pizarro y de sus hombres, había logrado introducir un espía entre los indios que se habían puesto al servicio de los españoles.

La fundación de Piura (agosto de 1532)

La expedición se encontraba en Tumbes y en sus alrededores desde hacía cerca de un mes y medio cuando se puso en camino el 16 de mayo de 1532. Primero tomó la dirección del sur, paralelamente a la costa, y tuvo que avanzar en condiciones muy difíciles. Francisco Pizarro comandaba la vanguardia compuesta por la caballería, su hermano Hernando tenía a su cargo el resto de la tropa, es decir los peones, los perros de guerra y los rezagados . El suelo no era más que arena. Cansaba mucho a hombres y caballos. No había agua fuera de la transportada en calabazas, ninguna sombra para calmar las quemaduras del sol. Felizmente, al cabo de algunos días de camino, los españoles —eran cerca de doscientos— terminaron encontrando una gran "residencia real", en realidad sin duda uno de esos albergues que punteaban los caminos incásicos, un tambo, tal vez el de Silán. Aunque abandonado, tenía agua así que hombres y animales pudieron apagar la sed a su gusto. Después de descansar, la tropa retomó su camino, y varios días más tarde, desembocó en un valle mucho más agradable, el del río Chira y, sobre todo, en un camino bien señalado que evidentemente facilitó la progresión.

A lo largo del viaje, los españoles encontraron de vez en cuando pueblos indios. Sin duda instruidos por lo que había sucedido, los jefes locales venían al encuentro de los españoles para hablar con Pizarro. Éste los recibía de manera honrosa. Dio la orden a sus hombres de no importunar a los indios que venían a someterse y de respetar sus cultivos. A cambio, para evitar cualquier tentación en sus soldados, solicitó a los jefes indígenas proveerlos en alimentos, lo que los indios hicieron aparentemente sin hacerse demasiado de rogar, en particular en Poechos, en el

valle del Chira. El jefe local le entregó incluso uno de sus sobrinos a Pizarro quien pronto hizo de él uno de sus intérpretes favoritos y lo bautizó cristianamente con el nombre de Martinillo.

Pizarro y sus hombres acampaban un poco fuera del pueblo, en una fortaleza india abandonada, con la intención de fundar una ciudad que serviría de base para la instalación española y de punto de apoyo para la penetración cuando finalmente hubiese que partir en reconocimiento hacia la cordillera, en la que según todas las informaciones se encontraba la mayor parte de lo que había que conquistar. Paralelamente a esta ciudad, donde el valle desemboca en el mar, habría que encontrar un lugar que pueda servir de puerto con el fin de asegurar los indispensables enlaces con Panamá.

En cuanto al primer objetivo, Pizarro hizo examinar la configuración del valle del Chira. El del río Piura muy cercano a este lugar y mucho más amplio le pareció adecuado, tanto por la disposición general de los lugares como por sus riquezas potenciales, pero también por la existencia de una población india más numerosa que podría servir a los españoles sin tener que efectuar largos trayectos y por este mismo hecho, sería más fácil de vigilar e incluso someter. Pizarro se hizo aconsejar por los oficiales reales, Navarro, Riquelme y Salcedo y por el dominico Vicente de Valverde que acompañaba a la expedición. Finalmente puso la mirada sobre las tierras del cacique de Tangarará situadas en las orillas del río, a unos veinte kilómetros del mar en donde sería establecido el futuro puerto de Paita. La fundación tuvo lugar el 15 de agosto de 1532, siguiendo un ceremonial muy preciso que era habitual en los españoles desde que estaban en América. La ciudad fue puesta bajo la protección de San Miguel y tomó el nombre del santo arcángel. Cuarenta y seis españoles se inscribieron como vecinos, título que les daba derecho a un terreno para edificar su vivienda, a la posibilidad de votar y de ser elegidos en las futuras elecciones municipales, a algunas tierras en los alrededores y, desde luego, al servicio —a tiempo parcial diríamos hoy— de los indios de la comarca, en número variable según los méritos de cada uno durante la campaña. Otros miembros de la expedición, unos doce, sin duda oscuros peones, pidieron figurar también entre los fundadores de la ciudad pero no les atribuyeron servidores indígenas. En virtud de los poderes que le había conferido la Corona en las capitulaciones, Pizarro nombró finalmente a los dos alcaldes del año en curso, Gonzalo Farfán de los Godos y Blas de Atienza, el tesorero Antonio Navarro, por su parte, fue hecho teniente del gobernador, es decir representante directo de Pizarro.

Para que esta ceremonia de tan particular importancia no fuese perturbada, Francisco Pizarro había enviado a patrullar el valle a unos cincuenta jinetes bajo las órdenes de su hermano Hernando, porque las informaciones recogidas daban cuenta de movimientos indios en la sierra.

La sierra era pues un gran misterio para los españoles. Ya en la región de Tumbes, Pizarro había enviado para allá en calidad de exploradores a unos jinetes al mando de Hernando de Soto. El cronista Pedro Pizarro, que no le tenía mucha estima a este último, insinúa incluso que en aquella ocasión a de Soto le habría faltado poco para romper el vínculo de subordinación y de solidaridad que lo ligaba a Pizarro y a la expedición. Habría estado a punto de sucumbir a la tentación de proseguir solo la aventura, es decir junto con los hombres que vinieron de Nicaragua. Falta probarlo. Evidentemente, Francisco Pizarro no tenía confianza en Hernando de Soto, y sin duda tenía buenas razones para ello. Sin embargo, un argumento bastante sólido parece infirmar la versión del cronista. Cuando los españoles estuvieron instalados en el valle del Piura, el gobernador confió precisamente a de Soto la misión decisiva de marchar hacia el este y de ir a ver lo que había en las tierras altas, mientras que él mismo, con el grueso de la tropa, continuaba avanzando por la costa, hacia el sur.

A comienzos de octubre, a la cabeza de unos cincuenta hombres, Hernando de Soto partió pues en dirección de los Andes. Empezó subiendo por el valle del río Piura. Al cabo de tres días de camino, llegó a Cajas, una aldea en parte vacía de sus habitantes, algunos de los cuales estaban aún colgados por los pies. El jefe local, el *curaca*, explicó que aquello era consecuencia del paso de las tropas del Inca Atahualpa. En Cajas, de Soto y sus hombres hallaron sin embargo bellos edificios, grandes rebaños de llamas —que los españoles llamaban entonces muy sencillamente los carneros de la tierra —, e incluso lingotes de oro fino, lo que, según Cieza de León, los regocijó mucho más.

A medida que su estadía se prolongaba, los españoles descubrían cada día un poco mejor los efectos y la importancia de un problema mayor: una lucha fratricida sin piedad enfrentaba en la cumbre del Estado a Atahualpa y a Huáscar, dos hijos que el precedente emperador había tenido en diferentes esposas. La ruina que constataron en Tumbes poco después del desembarco era en gran parte, resultado de esta guerra.

Si le creemos al cronista Diego de Trujillo, de Soto halló, sin embargo, en Cajas bellos tejidos, vestimenta, maíz en abundancia, y sobre todo una suerte de "convento" en el que estaban encerradas quinientas vírgenes destinadas al culto del sol. Las habría sacado de su clausura para distribuirlas entre sus hombres. Este último detalle, por lo menos en lo que se refiere a la importancia del "botín", hay que ponerlo en tela de juicio y sin duda debe ser más bien del dominio de la imaginación. Siempre según Cieza de León, la cabalgata de los hombres de Hernando de Soto no fue, por otra parte, una mera diversión. Sucedió que fueron atacados por los indios, pero éstos, impresionados por las armas españolas, se desbandaban fácilmente y a menudo eran capturados.

Mientras que se hallaba en Cajas, de Soto fue interpelado primero por un espía que Atahualpa había enviado a la costa para conocer los actos y los gestos de los españoles, y que los seguía a escondidas desde un comienzo. Allí, él se descubrió y amenazó a de Soto y sus hombres revelándoles que el Inca Atahualpa y su poderoso ejército se encontraban muy cerca. Esta proximidad le fue confirmada a Hernando de Soto poco después, cuando recibió a un embajador de Atahualpa quien le declaró tener el encargo de entregar unos presentes al jefe de los españoles. De Soto lo detuvo, en espera de conocer la decisión de Pizarro a quien un correo fue a prevenir.

De Soto prosiguió su marcha y llegó a Huancabamba, una aldea mucho más importante que Cajas, por donde pasaba el camino del Inca que unía Cusco, centro político y religioso del imperio, con el norte del imperio, en el actual Ecuador. Deslumbrados por lo que vieron, y sin duda más aún por lo que imaginaron o creyeron comprender de sus intérpretes, de Soto y sus hombres regresaron sobre sus pasos, y se fueron donde Pizarro. Éste, para tener todas sus fuerzas a su disposición, había enviado a buscar a los hombres que se quedaron en Tumbes, y esperaba, como acordado, en Serrán con ciento sesenta soldados. Por la misma época, había despachado un navío a Panamá para informar a Diego de Almagro sobre el giro de los acontecimientos y los refuerzos que tenía que traerle.

El embajador de Atahualpa se encontraba en el séquito de Hernando de Soto. Para impresionarlo, Pizarro hizo disparar una salva de artillería en el momento de su ingreso en el campamento. Se llevó a cabo un intercambio de obsequios entre el jefe de los españoles y el mensajero del Inca. El primero regaló objetos de Castilla, el segundo una suerte de bandeja decorada con lo que los españoles tomaron por unas fortalecillas en miniatura y dos paquetes de patos secos que, una vez reducidos a polvo, estaban destinados a ser quemados en unos perfumadores. Hernando de Soto, por su parte, traía finos tejidos de lana bordados y objetos de oro.

El mensajero de Atahualpa, cuyo nombre era Ciquinchara, fue autorizado a permanecer en el campamento español con los demás indios nobles que lo acompañaban. Los conquistadores se dieron muy bien cuenta de que, con aire falsamente inocente, ellos medían su número, sus fuerzas, la calidad y la eficacia de sus armas. Ciquinchara se sorprendió por la barba de los soldados y se atrevió incluso, al parecer, a tirar violentamente una de ellas, lo que le valió un rudo empellón por parte de su propietario, reacción que Pizarro condenó inmediatamente. Algunos días después, el gobernador hizo llamar a Ciquinchara y le preguntó sobre sus intenciones. Gracias a los intérpretes, se comprendió que quería regresar donde Atahualpa para darle cuenta de su misión. Pizarro, como prueba de amistad y de respeto, le entregó entonces bonitos regalos para

su soberano: una camisa fina, vasos, cuchillos, peines, espejos y tijeras, objetos hasta entonces desconocidos en los Andes. Le participó también todo el interés que tendría en encontrarse con Atahualpa.

Los arenales de la costa (octubre-noviembre de 1532)

Después de algunos días de descanso, toda la columna española retomó su camino hacia el sur[4]. La marcha se hizo particularmente penosa para los hombres y sobre todo, como anteriormente, para los caballos, no tanto por la arena, porque la tropa avanzaba por un amplio camino inca en perfecto estado, sino en razón de la falta de agua. El trayecto tomado se hallaba al borde del desierto de Sechura, el más vasto de toda la costa peruana, obligando el camino inca a efectuar un gran desvío hacia el interior, y a alargar de manera considerable el trayecto hacia el siguiente oasis. En el transcurso de la segunda mitad de octubre, cuando se anunciaban los calores del verano austral, Pizarro y sus hombres llegaron sucesivamente a las regiones donde están situadas las actuales ciudades de Olmos, Motupe y luego Jayanca, que eran ya centros de asentamiento indígena. En esta última, fueron muy bien acogidos por Caxusoli, el cacique del lugar, pero no tuvieron la posibilidad de encontrarse con aquel que ejercía su autoridad en todo el valle de Lambayeque. En efecto, murió cuando se dirigía al campamento español. Según Cabello de Balboa, habría sido misteriosamente asesinado por otros indios cuando se dirigía a ver a Pizarro, aparentemente con buenas intenciones.

De hecho, durante su avance, era cada día vez más evidente para los españoles que el país que atravesaban era presa de una verdadera guerra civil: pueblos abandonados por sus habitantes, fortalezas destruidas, relatos de grandes masacres, caciques ausentes porque habían partido donde el Inca para avasallarse, o que se habían escabullido para evitar las represalias del soberano. Según Cieza de León, Pizarro y sus lugartenientes incluso habrían hablado largamente del problema, a través de intérpretes, con Ciquinchara y los notables que lo acompañaban.

Los españoles habían notado que, a menudo, tan sólo escuchar el nombre de Atahualpa inspiraba verdadero terror a las poblaciones con que se encontraban. Todo lo que se conocía hasta ese momento confirmaba que el Inca se hallaba bastante cerca, en las montañas del interior del país, a la cabeza de un sólido ejército de varias decenas de miles de hombres, según se decía. Pizarro propuso entonces a un jefe local que le sirva de espía ante Atahualpa —quien desde

[4] Desde mucho tiempo atrás, los especialistas han tratado de reconstituir con la mayor precisión posible el recorrido de Pizarro y de sus hombres en el norte peruano. Para el mejor trabajo al respecto, véase Anne Marie Hoquenghem, *Para vencer la muerte*, Lima, 1998, pp. 233-261.

algún tiempo se encontraba en la región de Cajamarca—, tanto para tratar de conocer de cuántas fuerzas disponía así como para saber también cuáles eran sus intenciones respecto de los españoles. El cacique rechazó esta arriesgada misión, pero aceptó ser el mensajero oficial de Pizarro. Fue donde el Inca llevándole nuevos regalos, le aseguró que las disposiciones de los españoles eran amistosas hacia todos aquellos que lo quisiesen, e incluso que su jefe estaba dispuesto a ayudarlo en la guerra en la que estaba comprometido[5].

Continuando su camino hacia el sur, la columna española llegó a comienzos del mes de noviembre al valle siguiente, el de Saña, en donde encontró hermosas construcciones, una importante población y muchos alimentos (esencialmente maíz) almacenados en silos que la administración inca había instalado en todo el país en previsión de posibles hambrunas y también para la subsistencia de la administración.

Hacía ya más de siete meses que la expedición había puesto el pie en el Perú. Había recorrido centenares de leguas, atravesado alternativamente desiertos y oasis, empero sin encontrar nunca hermosas ciudades ni sobre todo las fabulosas riquezas que esperaba. Chincha, de la que los indios habían hablado maravillas durante el precedente viaje, permanecía obstinadamente más allá del horizonte. Pero, a algunas etapas de camino apenas, al este, en las montañas, el Inca Atahualpa encabezaba un inmenso ejército. ¿Cuáles eran sus verdaderas intenciones respecto de los españoles? Las destrucciones y las masacres de las cuales habían sido testigos, o que les habían relatado, no dejaban presagiar nada bueno en cuanto a lo que era capaz. Finalmente, conforme la expedición avanzaba siguiendo por la costa, sin gran provecho y con grandes dificultades, se aislaba más de sus bases y de eventuales auxilios.

Pizarro deliberó con sus lugartenientes. Decidieron cambiar el curso de su marcha, es decir no descender más hacia al sur siguiendo la costa sino subir hacia los Andes e ir, pues, al encuentro de Atahualpa. ¿Tenía Pizarro una idea clara de la continuación de las operaciones? ¿Pensaba ya en capturar al Inca como lo afirmaron *a posteriori* varios cronistas no muy preocupados por la exactitud histórica sino por trenzar su corona y exaltar los dones de visionario del capitán? Si consideramos el discurso que dirigió a sus hombres en el momento de partir, por lo menos tal como le llegó a Gonzalo Fernández de Oviedo quien lo relata[6], dos cosas aparecen con claridad. Por muchas razones, Pizarro habría temido que de proseguir en dirección al sur hacia Chincha aquello sea tomado, en opinión

[5] Miguel Cabello de Balboa, *Miscelánea antártica,* Lima, 1951, 3ª parte, cap. XXXII y Francisco de Jerez, *Verdadera relación de la conquista y provincia del Perú llamada Nueva Castilla, op. cit.,* p. 326.

[6] Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias, op.cit.,* 3ª parte, lib. VIII, cap. IV.

del Inca y de sus consejeros, como una confesión de debilidad de parte de los españoles, incluso como una prueba de que le temían. Semejante deducción no podía sino acentuar más las ventajas del adversario, darle más confianza y empujarlo, quizás, a querer terminar de una vez con esta amenaza latente, y este ultraje que significaba para él la irrupción de un ejército extranjero en sus reinos.

En la segunda parte de su discurso, Pizarro no habría anunciado claramente que el objetivo fuese apoderarse del Inca, pero habría dejado saber a sus hombres que debían estar listos para cualquier eventualidad. Poco importaba su pequeño número frente a la "multitud de gentes" que rodeaban al Inca. Pizarro esperaba que todos den muestra de coraje como tenían costumbre como buenos españoles que eran. De todas maneras, la ayuda de Dios sería más fuerte que el ejército enemigo, porque en las peores necesidades, ella viene a socorrer a los suyos, los favorece para vencer y rebajar la soberbia de los infieles, y llevarlos al conocimiento de la santa fe católica. ¿No se había visto a Nuestro Señor hacer a menudo semejante milagro, e incluso otros más grandes todavía? La intención de Pizarro era pues atraer a "estos bárbaros" a la unión de la república cristiana, sin hacerles daño ni perjuicio, a menos que quieran oponerse a ello y tomen las armas.

Evidentemente, nada garantiza la exactitud de estas palabras, pero ellas corresponden bien con la suerte de casuística en ese entonces vigente en los conquistadores. Gonzalo Fernández de Oviedo, tal vez inconscientemente, destaca su ambigüedad cuando concluyó escribiendo que todos los hombres estuvieron de acuerdo con la propuesta de su jefe, y le aseguraron que tendría la oportunidad de constatar lo que cada uno de ellos haría para servicio de Dios, de Su Majestad, y de sí mismo, los objetivos de estas tres partes no eran, por supuesto, de idéntica naturaleza, como tampoco los móviles y los intereses personales de los soldados.

Al encuentro de Atahualpa

Parece que Pizarro y sus hombres permanecieron poco tiempo en Saña, prueba, sin duda, de que la decisión ya estaba tomada desde mucho tiempo atrás. La deliberación con sus lugartenientes y sobre todo el discurso del que se acaba de hablar son, evidentemente, un paso obligado por la naturaleza épica del relato de la campaña, pero cabe preguntarse si ocurrieron, por lo menos en la forma relatada por el cronista.

La partida hacia Cajamarca se hizo por el valle del río Saña arriba, y para los soldados acostumbrados, desde hacía siete meses, a los de arenales de la costa, el paisaje así como los esfuerzos cambiaron pronto totalmente. En particular, el calor bajó mucho a medida del avance. Los caballos más que los hombres

sufrieron de sus consecuencias, aunque las altitudes de la cordillera en esta región están muy alejadas de aquellas que los esperaban más al sur.

Gonzalo Fernández de Oviedo insiste sobre este cambio climático y sus consecuencias sobre los animales. Indica que Francisco Pizarro comandaba la vanguardia compuesta de unos cincuenta jinetes y de un número de peones del mismo orden. Habiendo abandonado el *capac ñan,* el camino del Inca que habían seguido durante semanas, su progresión se hizo más difícil y penosa, tanto más cuanto que llevaban consigo un pesado equipaje. La columna encontró diversas fortalezas indias, sin guarnición, pero construidas de piedra —mientras que las de la costa eran de adobe—, cuyo tamaño y calidad de la disposición suscitaron la admiración de los soldados. Luego de haber pasado la noche en una de ellas, la vanguardia reinició su marcha cuando unos informantes indios le anunciaron el retorno del Inca a Cajamarca.

Después de dos días de marcha, Pizarro llegó al punto más alto de la travesía de la cordillera en esta zona y decidió agrupar sus fuerzas, por consiguiente, esperar a la retaguardia al mando de Juan de Salcedo. Francisco de Jérez, que estaba en el viaje, cuenta que las ligeras carpas de algodón de los españoles no les fueron de mucha ayuda. Compara el frío afrontado aquella noche con los inviernos más rigurosos que había conocido en la meseta castellana, cerca de Palencia[7].

En los siguientes días, alternando marcha y reposo, Pizarro continuó avanzando sobre Cajamarca. En varias oportunidades recibió embajadas del Inca, prueba que estaba bien informado del lugar en el que se hallaban los españoles y de su avance. La primera vez les hizo enviar una decena de llamas. Pizarro y sus lugartenientes, gracias a sus intérpretes, pudieron conversar largamente con el embajador que parece que no se hizo de rogar para hablar. Insistió, según Francisco de Jérez, sobre el poderío del Inca, la fuerza de su ejército pero también sus intenciones pacíficas respecto de los recién llegados, y propuso acompañarlos hasta donde su soberano. Invitó a los jefes españoles a beber con él chicha en grandes vasos de oro que impresionaron mucho a los invitados.

Tres días después, vieron volver al mensajero que Pizarro había enviado ante Atahualpa y cuyo nombre era Guachapuro. En cuanto éste vio en el campamento al mensajero de Atahualpa, se lanzó sobre él y lo agarró de las orejas, parte de su cuerpo particularmente sensible porque, como todos los dignatarios incásicos, sus lóbulos estaban distendidos por unos discos, de ahí el nombre de orejones que les dieron los españoles. Guachapuro tuvo enseguida un encendido altercado con el supuesto embajador oficial del Inca y dio una versión diferente a la de éste. Acusó

[7] Francisco de Jerez, *Verdadera relación de la conquista del Perú y provincia del Cuzco llamada Nueva Castilla, op.cit.,*pp. 328-330.

al mensajero de ser un mentiroso empedernido, entregado a Atahualpa. Según él, el Inca estaba en pie de guerra en las inmediaciones de Cajamarca. Los consejeros del emperador le habían impedido verlo, y se habían mostrado interesados sobre todo por la naturaleza exacta de las fuerzas españolas. Habrían declarado no temerles pues la tropa de Pizarro era ridículamente reducida. En cuanto a sus capacidades militares, los allegados al Inca sabían ahora que los caballos no estaban armados, que los cañones eran muy pocos, y se comprometieron en matar a todos los españoles que se presentasen.

Guachapuro le aconsejó a Pizarro ser muy prudente, en particular no consumir nada de lo que el Inca pudiese enviarle de obsequio. De hecho, al día siguiente, una caravana de llamas enviadas por Atahualpa llegó al campamento español. Los animales estaban cargados de alimentos destinados a la tropa: carne seca de llama, tortitas de maíz, chicha, etc. Por precaución, se entregó todo a los cargadores indios que acompañaban a la columna española. En general estos ayudantes no son mencionados por los cronistas, pero su colaboración, indudablemente forzada, fue esencial desde la llegada al norte del Perú, y continuaría siéndolo después. Sin ellos nada era posible, y cuando se piensa en las campañas de los conquistadores españoles, cabe tener siempre en la memoria la naturaleza y la importancia decisiva de este acompañamiento.

La columna no encontró ninguna resistencia y llegó así delante de Cajamarca. La última noche, el 14 de noviembre, procedente del noroeste, acampó a aproximadamente una legua de la ciudad situada en el corazón de los Andes, a 2700 metros de altura, en una hermosa y muy verde depresión, y con un clima templado, caracteres que, para los españoles, hacían un agradable contraste con la rudeza de la cordillera que acababan de atravesar.

Las tensiones internas del Imperio inca

En varias oportunidades ya hemos señalado que a lo largo de su peregrinaje por el norte peruano los españoles se habían encontrado muchas veces frente a las consecuencias de la guerra que desgarraba al país. Es muy probable además que el conflicto en el que se vieron mezclados en la isla de la Puná entre los habitantes de ésta y los de Tumbes iba más allá del simple enfrentamiento entre etnias y tenía que ver también con esta guerra.

¿De qué se trataba, en el fondo, puesto que ya hemos mencionado las ambiciones rivales de los dos pretendientes, Huáscar y Atahualpa, que se enfrentaban en una guerra sin merced? Ellos eran dos de los numerosos hijos —hablábase de más de cuatrocientos— que había tenido el Inca Huayna Capac, fallecido en 1528 durante una epidemia, aparentemente, de viruela que habría sido traída por los

españoles durante su segundo viaje, pues esta enfermedad era hasta entonces desconocida en América. Al mismo tiempo que él, y en las mismas condiciones, había muerto el joven Ninan Cuichi quien por decisión del emperador iba a ser su heredero. Con bastante rapidez había sido designado un sucesor, Huáscar, con el apoyo de numerosos descendientes de los dos Incas precedentes, Túpac Yupanqui y Pachacuti, pero también de manera general gracias al aparato estatal de Cusco, la capital política, religiosa y simbólica del imperio. Huáscar, nacido en Cusco hacia 1502, tenía en su contra, sin embargo, el no ser hijo de una princesa imperial, una *coya.* La tradición indígena relata incluso que, para reforzar la legitimidad de quien iba a ser hecho Inca, habían casado en forma precipitada a su madre, Rahua Ocllo, con la momia de Huayna Capac recién fallecido.

La designación de Huáscar estuvo lejos de crear unanimidad entre sus numerosos hermanos. Indudablemente todos se estimaban con igual derecho que él en estos imbricados linajes incas de una extrema complejidad. Además, desde un inicio el nuevo soberano se hizo impopular, incluso entre los que lo habían colocado sobre la *tiana,* el trono de los Incas. Envuelto en una suerte de fiebre obsidional, pero tal vez con razón, comenzó a sospechar de todos los de su entorno, y llegó incluso hasta a enfadarse con el clero del culto solar al que sin embargo le debía mucho.

Frente a semejantes descontentos y tales torpezas políticas, no asombra que Atahualpa haya buscado, él también, hacer valer sus derechos. Huayna Capac lo tuvo a fines del siglo XV, algunos años antes que Huáscar, de una princesa oriunda del norte de la actual república del Ecuador. Particularmente querido por su padre, muy joven había participado en las guerras que éste libraba en el norte de su imperio, y en ellas se había dado a conocer por los jefes militares. Estos pertenecían con frecuencia, en aquella época, a la casta servil de los *yanas.* A pesar de la tara de su origen, algunos habían llegado hasta los puestos más altos. Esta situación puede explicar por qué apoyaron a Atahualpa en sus esfuerzos, sin duda esperaban obtener una mejora de su suerte en el imperio tanto para ellos como para sus semejantes. Huáscar, representante de la ortodoxia de Cusco que lo había puesto en el trono, no debía de ser tan sensible a sus aspiraciones y a las eventuales modificaciones sociales que habrían implicado.

Otro factor permite comprender de qué manera la corriente que lo apoyaba se pudo congregar en torno a Atahualpa. Desde la época del Inca Tupac Yupanqui, la extensión del imperio hacia el norte había llevado a construir en esa zona una suerte de capital regional, Tomebamba, porque Cusco se encontraba a más de dos mil kilómetros. Tomebamba estaba situada al sur de la actual república del Ecuador, en la región de Cuenca. Allá, el Inca instaló colonos provenientes de Cusco (mitimaes) cuya fidelidad le estaba asegurada. Con el tiempo, la mayor parte de la panaca de Huayna Capac había echado raíces, hasta el punto

de identificarse plenamente con la región que consideraba a la vez como una suerte de feudo y el lugar simbólico de su origen. Había pues en la "rebelión" de Atahualpa una dimensión que sería anacrónico calificar de autonomista o de regionalista. No obstante, era una manifestación evidente de las tensiones en el interior mismo de la casta inca, entre sus elementos provenientes de Cusco, la capital histórica, y que vivían allí, y aquellos que, en la órbita de Tomebamba, tenían vínculos particularmente muy estrechos a menudo y de diversa naturaleza con las noblezas regionales del norte del imperio. Estas mismas aspiraban, también, a un mayor reconocimiento, a un papel más marcado que el que les había concedido hasta ahora la aristocracia tradicional de Cusco preocupada por mantener su poder con la entronización de Huáscar.

No es necesario aquí pormenorizar una guerra iniciada en 1529 y que en consecuencia, de manera episódica, duraba ya cerca de tres años cuando llegaron los españoles[8]. Precisemos simplemente que cuando la columna de Pizarro atravesaba el valle de Lambayeque, en el sur del Perú tenían lugar varias batallas decisivas que decidieron el desenlace del enfrentamiento entre los dos Incas. A orillas del río Apurímac primero, las tropas cusqueñas vencieron claramente a las de Atahualpa, provenientes del norte y masacradas en Tahuaray. En gran parte los sobrevivientes fueron quemados vivos después, durante un gigantesco incendio provocado de manera intencional en una sabana en donde se habían refugiado, en la región de Cotabambas. Huáscar cometió entonces el error de no acabar con el adversario, de no impedirle rehacerse. Por el contrario, celebró su victoria con gran pompa junto con la aristocracia de Cusco mientras que los restos del ejército que había venido de Tomebamaba, una parte de sus mejores elementos que habían escapado de la derrota, se reconstituían bajo el mando de generales *yanas* de gran calidad como Quizquiz y Challco Chima.

La suerte de la guerra se decidió en Chontacaxas. El ejército de Huáscar fue sorprendido pero, confiado en su superioridad numérica, no tuvo tiempo de instalar su orden de batalla habitual. Fue arrollado por el ímpetu del ataque enemigo que pronto tocó el corazón del dispositivo cusqueño, es decir el lugar donde se encontraba el Inca instalado sobre la litera que servía para transportarlo a hombros en todos sus desplazamientos. Lo agarraron y, señal de su ruina, lo lanzaron violentamente al suelo. Esta captura fue la señal de la desbandada.

¿Tenían conocimiento los españoles de todos esos sucesos? La respuesta es sin duda alguna afirmativa, muchos indicios convergentes están ahí para probarlo. A inicios del siglo XVII, Antonio de Herrera escribió incluso que tales

[8] Para mayores detalles sobre este enfrentamiento y su contexto, véase Juan José Vega, *Los Incas frente a España, las guerras de la resistencia (1531-1544)*, Lima, 1992, cap. I, y Franklin Pease, *Los últimos Incas del Cuzco*, Madrid, 1991.

desgarramientos fueron la razón esencial de la decisión que tomó Pizarro de abandonar bruscamente la ruta de la costa e ir al encuentro de Atahualpa[9]. Los cronistas contemporáneos de los hechos no son tan tajantes, pero la mayoría de ellos, Pedro Pizarro, Pedro Sancho de la Hoz, Agustín de Zárate, insisten sobre el hecho que la discordia en el enemigo fue un elemento decisivo, sin el cual la victoria española habría sido mucho más difícil, hasta sin duda imposible. Cieza de León llega incluso a distinguir en la guerra fratricida de los Incas la mano de la divina providencia deseosa de favorecer la suerte de las armas cristianas.

En este orden de ideas, cabe tomar en cuenta también otro aspecto de la situación que vivía entonces el Imperio inca. En el transcurso de los siete meses que había durado su travesía de los desiertos y de los oasis del norte peruano, Pizarro y los suyos habían tenido también todo el tiempo de comprender que otro tipo de tensiones afectaban profundamente al país. Durante su mayor período de expansión, es decir bajo el reinado de los tres soberanos precedentes, tanto en la costa como en la cordillera, el imperio había congregado un amplio abanico de etnias hasta entonces independientes, autónomas o federadas. Esta conquista se había efectuado de acuerdo a variados procesos que iban desde la sumisión pacífica, en consideración del desequilibrio de las fuerzas en presencia, hasta la guerra más cruel, con masacres, destrucciones y hambrunas organizadas, como cuando los ejércitos del Inca destruyeron los complejos sistemas de irrigación en la costa norte para tener a su merced a esas poblaciones. Como resultado de ello, el imperio fue bastante abigarrado, mucho menos uniforme que las realidades cubiertas por esta palabra en la historia europea podrían dejarlo entender. A veces con importantes matices según el carácter local o regional de la conquista inca, las poblaciones vencidas podían conservar cierta identidad, por no hablar de autonomía, lo que sería indudablemente excesivo. Para que ello ocurra era necesario que acepten una fidelidad total al soberano de Cusco y a su tan omnipresente como altiva administración, que adopten, además pero sobre todo por encima de sus propios dioses, el culto al sol y a la luna, y que se sometan a una cierta racionalización imperial de la economía.

En particular, las aristocracias étnicas permanecieron a menudo en sus lugares, con la condición de servir de dóciles correas de transmisión para las órdenes que venían de Cusco. Si no tuvieron otra solución que plegarse a las nuevas exigencias impuestas a sus pueblos, sin embargo, guardaron con frecuencia en la memoria un pasado algunas veces aún inmediato. Abreviando, digamos que no querían a los incas y los consideraban, como lo que efectivamente eran, conquistadores sin ningún escrúpulo y cuya benevolencia, a veces, no era sino un mero cálculo

[9] Antonio de Herrera, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano, op. cit.,* Década V, lib. I, cap. II.

político. Estos sentimientos, al menos en parte, eran vividos también por los respectivos pueblos de estas elites regionales. Pizarro y sus hombres tenían que haberse dado cuenta de ello durante los meses que pasaron recorriendo la costa norte del Perú. Ahí estaba la fibra sensible que se podía tocar. Tal era el caso de los tallanes de Tumbes recién sometidos por Cusco, más al sur el de los llanpayecs de la región de Lambayeque. Después, en el transcurso de su avance, los españoles debieron tener todo el tiempo de constatar que sucedía lo mismo con los huambos, los huayacuntus, los huamachucos, los huailas, y sobre todo, en el Perú central, con los huancas de los que hablaremos más adelante.

Las incertidumbres de estos largos meses, la acumulación de fatigas por muy escasas ganancias iban a tener un desenlace. Aunque nadie lo conocía, era evidente para todos que el encuentro con el Inca y su corte en Cajamarca iba a marcar una nueva etapa, pues los españoles tocaban ahora el corazón del imperio. Cajamarca les develaría sus esplendores y sus riquezas que hasta ahora les habían sido esquivos.

A pesar del extraordinario desequilibrio de fuerzas entre el Inca Atahualpa y Pizarro, la situación era mucho más compleja de lo que decían la sequedad y la fría lógica de las cifras. La inteligencia a la vez política y militar de Pizarro y de sus lugartenientes radica en haber comprendido que debía ser posible jugar con este abanico de tensiones y de rencores, con la condición de demostrar audacia y de hacerse dueños del juego.

6
La trampa de Cajamarca (15-17 de noviembre de 1532)

La columna española tuvo ante sus ojos Cajamarca, objetivo de su viaje, el viernes 15 de noviembre de 1532 hacia el medio día. Los españoles estuvieron maravillados, nos dice Cieza de León, por el hermoso aspecto de los campos del valle y de las laderas, alusión sin duda a los andenes tan característicos del ordenamiento del espacio serrano en los Andes centrales. Aproximadamente a una legua al norte de la ciudad, Pizarro, a la cabeza de una vanguardia que marchaba desde el amanecer, decidió detenerse y esperar al grueso de la tropa. Cuando todos los hombres estuvieron reunidos, les dio la orden de armarse y, habiendo organizado la columna en tres elementos, partió para hacer su ingreso a la ciudad, el que tuvo lugar, nos dice Francisco de Jerez, a la hora de las vísperas.

La llegada a Cajamarca

Desde las alturas por donde habían desembocado sobre la planicie, la ciudad se ofrecía a los ojos de los españoles, una capital regional del Imperio inca de cierta importancia, indudablemente con varios miles de habitantes, construcciones civiles y religiosas. También pudieron darse cuenta de que el Inca no se hospedaba en la ciudad. A cerca de una legua, Atahualpa había instalado un campamento compuesto en su mayor parte por tiendas de tela blanca que impresionó mucho a los españoles por sus dimensiones pues, en opinión general, se extendía por

lo menos sobre una legua cuadrada. Era otra ciudad, según Ruiz de Arce. Allí se encontraban reunidos innumerables servidores, una muchedumbre de cortesanos, un sinfín de cargadores, un verdadero ejército de varios miles de soldados, y grandes rebaños de llamas. Varios testigos, que después fueron cronistas de la campaña, no esconden los sentimientos que experimentaron entonces. Miguel de Estete evoca el gran temor que sintió con sus compañeros al ver este espectáculo y al pensar en los combates que los esperaban, a ellos que no eran ni siquiera doscientos. Cristóbal de Mena habla de manera más prosaica y más neutral de su gran miedo. Sin embargo, los soldados se esforzaron por no demostrar nada, porque eso hubiese significado firmar su sentencia de muerte. Miguel de Estete precisa que si hubiesen dejado asomar la menor manifestación de su desconcierto, los primeros en atacarlos habrían sido los indios que los acompañaban desde la costa. En caso de derrota probable de los españoles frente al Inca, aquellos tenían desde luego toda razón de creer que se ejercería contra ellos una venganza implacable, y la tentación de tomar la delantera para enmendarse ante los ojos del emperador debía de ser grande entre ellos.

Atraídos por la curiosidad, los indios, gente del pueblo en su mayoría pero también algunos guerreros, terminaron por acercarse a los españoles para verlos penetrar a la ciudad en orden de batalla. Pasaron frente al templo del sol y sin duda también frente al cercano *acllahuasi* en donde estaban confinadas varios centenares de vírgenes destinadas al servicio del culto solar y lunar. Bajo una fuerte lluvia pronto acompañada de granizo, los jinetes, a órdenes de Hernando Pizarro, recorrieron las calles con gran estruendo, seguramente para asustar a los habitantes que no conocían todavía los caballos y les tendrían mucho miedo, como sucedió con todos los indios que fueron encontrando desde Tumbes.

La tropa, presta para cualquier eventualidad, se reunió en la plaza central de forma triangular. Sin embargo, no pasó nada, pues la ciudad había sido abandonada por la casi totalidad de sus habitantes, lo que intrigó y sobre todo preocupó aún más a los españoles. Mientras tanto, como para acentuar el carácter angustioso y casi lúgubre de este ingreso casi al anochecer, los numerosos cargadores indígenas que acompañaban a los españoles se pusieron a llorar y a lamentarse dando grandes alaridos. Conociendo las prácticas del Inca, anunciaron que Atahualpa no iba a tardar en dar la orden de hacer masacrar hasta el último de los intrusos.

Sin pérdida de tiempo y para poder hacer frente a cualquier eventualidad, Pizarro dio la orden a sus hombres de acuartelarse en los edificios que rodeaban a la plaza. Luego envió en reconocimiento a un pequeño grupo para ver si no había un mejor lugar para atrincherarse, pero en vano. En aquel momento se presentó un mensajero de Atahualpa ante el jefe de los españoles. Le hizo saber que el Inca los autorizaba a acampar en la ciudad, a condición, sin embargo, de no ocupar aquello que ellos habían tomado por una fortaleza que dominaba la plaza central, y seguramente era un lugar de culto. Atahualpa indicó también que no

podía, de momento, entrevistarse con los recién llegados porque efectuaba un ayuno ritual.

Anochecía. Cristóbal de Mena, más tarde, no dudó en escribir que todos los soldados eran presa del miedo, con la sola idea que se hacían del número de indios que habían visto a lo lejos en el campamento del Inca. Algunos soldados comenzaron a bromear, sin duda para exorcizar su angustia. Se comprometieron a superar las hazañas de Rolando en Roncesvalles, pues todos estaban convencidos que la hora del enfrentamiento decisivo esta vez sí era inminente.

Hernando de Soto en el campamento del Inca

Pizarro quiso tener un conocimiento cabal. Para saber más sobre las fuerzas reales de Atahualpa, tal vez incluso con la idea de ir a atacarlo a su campamento pues aquel no parecía decidido a venir a la ciudad, el jefe español envió ante el Inca a un grupo de veinticuatro jinetes bajo las órdenes de Hernando de Soto acompañado de Felipillo, uno de los intérpretes indios. Después de su partida, y cuando se acercaban al campamento del Inca, Francisco Pizarro juzgó que eran demasiado poco numerosos si acaso les tendiesen alguna trampa, por lo que envió de refuerzo otro contingente de hombres a caballo comandados por su hermano Hernando. Los españoles se acercaron al lugar donde se encontraba Atahualpa, entre un doble cerco de escuadrones de indios en armas. El Inca había escogido descansar en las termas de Cúnoc, que hasta ahora existen. A pesar del ruido que hicieron los jinetes españoles, y aunque de Soto solicitó encarecidamente ver al emperador, este no se dignó salir hasta que hizo preguntar al jefe de los intrusos, por intermedio de sus cargadores, qué era lo que quería. De Soto le hizo informar de su embajada y el Inca consintió finalmente en presentarse ante los españoles.

Apareció, con aire muy digno, sin manifestar ninguna sorpresa al tener ante sus ojos a los blancos y a sus caballos. Atahualpa (o Atabalipa, como lo llamaban los españoles) era un hombre de unos treinta años. Los cronistas Francisco de Jerez y Pedro Pizarro que lo conocieron bien, lo confirman. Ambos dicen que era apuesto y tenía rasgos regulares. De buena facha, Atahualpa era más bien grueso, tenía, al parecer, un aire cruel, y sus ojos estaban inyectados de sangre, detalle que impresionó a muchos de los conquistadores. Hablaba lentamente y siempre con aire grave, incluso con dureza, «como un gran señor».

Al llegar frente a Hernando de Soto, Atahualpa se sentó sobre un asiento magníficamente decorado y, en voz baja, hizo interrogar al capitán español sobre lo que tenía que decir. Desde lo alto de su cabalgadura, porque ni él ni sus hombresse apearon —actitud inconcebible para los indios que no se atrevían

siquiera a mirar de frente a su emperador—, de Soto respondió que venía de parte de su jefe, quien tenía muchos deseos de conocerlo, y quien lamentaba bastante no haber podido verlo en la ciudad. Lo invitaba a venir a comer con él esa misma tarde o al día siguiente. El Inca, según el protocolo vigente en la Corte, no se dirigía nunca directamente a su interlocutor sino por intermedio de un noble de su séquito. Le hizo responder que para ese día ya era muy tarde, pero que vendría al día siguiente al campamento de Pizarro acompañado de sus soldados. Insistió además sobre este punto y precisó que no debería ser mal interpretado por los españoles. En ese momento, llegó Hernando Pizarro e intercambió, él también, algunas palabras con el Inca quien, al ser informado de su vínculo de parentesco con el jefe español, inició una conversación más larga. En particular, le hizo saber que Ciquinchara había afirmado que ellos no eran guerreros valientes. Hernando Pizarro, herido en carne viva, respondió con furia y se dijo presto a demostrar lo contrario enviando a algunos hombres con el Inca en su guerra contra sus enemigos. Esta propuesta, según el mismo Hernando Pizarro, hizo sonreír desdeñosamente al soberano.

Los jefes españoles y el Inca bebieron antes de separarse y éste reiteró su proyecto de encuentro en la ciudad al día siguiente. Todo parecía ir de lo mejor, cuando el tono de las palabras del emperador se mostró repentinamente más amenazante. Les hizo conocer su voluntad de castigar los saqueos y los pillajes cometidos por los españoles en la costa desde su llegada al Perú.

En el momento de partir, de Soto, con Felipillo en la grupa, hizo caracolear su caballo ante Atahualpa. Algunos cronistas afirman incluso que hizo el ademán de lanzarlo contra él. Parece ser que esto ocurrió a causa de un anillo que de Soto había querido ofrecer al soberano y que éste había rechazado. En todo caso, el animal estuvo tan cerca del Inca que su soplido levantó la borla —uno de los signos de la dignidad imperial— que adornaba la frente de Atahualpa, pero este, una vez más permaneció impasible mientras que una parte de su séquito, asustada, se empujaba y caía al suelo.

Es bastante difícil conocer las reacciones del Inca y de su entorno frente a esta primera entrevista. Cieza de León consagra un largo capítulo a las discusiones que habrían tenido lugar en el campamento indio sin que se sepa bien si le llegó a los oídos después o si, al contrario, se las imagina según lo que él creía entender de la sicología de los incas, siendo esta segunda posibilidad más verosímil. Atahualpa, lleno de soberbia y de desprecio por el adversario, habría arengado a sus tenientes, exaltado la fuerza, el número y el valor de sus miles de guerreros, recordado la gloria de las grandes victorias de sus ancestros, destacado la debilidad del enemigo cuyos caballos —ya estaba probado ahora— no se comían a los hombres.

Su plan era sencillo, él iría ante los españoles aparentemente sin mala intención, pero muy decidido a tomarlos por sorpresa, a matarlos junto con sus monturas

y a reducir a la esclavitud a quienes se salven. Para esta emboscada, ordenó a sus soldados cubrir sus vestiduras hechas de hojas de palma con amplios vestidos de lana y esconder sus hondas y sus porras. Doce mil hombres constituirían el primer grupo alrededor de su persona, cinco mil o un poco más hacia atrás tendrían por objetivo los caballos. Finalmente, setenta mil guerreros y treinta mil servidores formarían el grueso del ejército y seguirían un poco más lejos.

Este discurso y el plan de batalla anunciado, así como el número, indudablemente muy exagerado, de los soldados indígenas pertenecen, sobre todo en este caso, en Cieza de León, a la gran tradición literaria. Sin embargo, no dejan de tener fundamento. Parece ser que Atahualpa había echado las bases de semejante operación. En particular, habría encargado al general *yana* Rumi Ñahui tomar de revés a los españoles, para el caso en que algunos hubiesen escapado del choque inicial y quisieran huir. Rumi Ñahui se habría inclinado ante la decisión del Inca, pero no era favorable a esta táctica. Habría preferido una operación más clásica, es decir frontal y directa en la cual la aplastante superioridad del ejército indio no habría dejado ninguna posibilidad a los españoles. Para no ser sorprendido, y estar informado de los actos e intenciones de los españoles, Atahualpa habría decidido también enviar a Ciquinchara, un viejo conocido, a pasar la noche en el campamento de ellos.

El plan español

Por su lado Pizarro y sus hombres no permanecieron inactivos. Las informaciones que trajeron de Soto y Hernando Pizarro luego de su entrevista en Cúnoc confirmaron la imposibilidad de un ataque al campamento del Inca. Había demasiada gente y, sobre todo, la topografía de los baños con sus canales y sus múltiples estanques, hacían prácticamente imposible el despliegue del arma esencial de los españoles, la caballería. Puesto que Atahualpa había anunciado su venida para el día siguiente, después de haber conferenciado con sus hermanos y sus principales lugartenientes, Pizarro decidió esperarlo tomando todas sus disposiciones. Primero, contrariamente a las órdenes del Inca, decidió parapetarse en los edificios que rodeaban la plaza. En efecto, la configuración de los lugares era la más favorable. Permitía a los españoles permanecer agrupados, lo que no habría sido posible si hubiesen tenido que dispersarse en la ciudad, como quería el Inca, desde luego con segundas intenciones. Por cierto, la plaza, único espacio abierto al que Atahualpa y su séquito podrían venir dado su número, no tenía más que dos puertas fáciles de controlar, y estaba rodeada de un muro de aproximadamente tres metros de alto: una verdadera ratonera.

Temiendo un ataque sorpresivo, los hombres pasaron la noche armados de pies a cabeza, con los caballos ensillados. Pizarro los exhortó a sacar de su mente, dice Cieza de León el miedo que les inspiraba la muchedumbre que rodeaba a

Atahualpa, mientras que los indios que los acompañaban llenaban la noche con sus lamentos.

Al día siguiente, Atahualpa se hizo esperar. Pizarro le envió un mensajero indio para recordarle su promesa de venir. El Inca respondió que tardaba porque su gente tenía mucho miedo a los caballos y a los perros. Le pedía pues a Pizarro que los hiciese amarrar y reúna a sus hombres en un solo lugar en donde escaparían de su vista durante su entrevista con él. Al retornar el mensajero, Pizarro y los suyos juzgaron que el Espíritu Santo había inspirado las palabras del Inca quien revelaba así sus intenciones. Se dieron las últimas órdenes: los soldados se esconderían en los edificios y, a una señal, atacarían por sorpresa al séquito del emperador. Era la única manera de proceder pues, en cualquier otra circunstancia, el desequilibrio de las fuerzas en presencia era demasiado desfavorable para los españoles.

Atahualpa no llegaba. Las horas pasaban, el día comenzaba a caer y los españoles, ignorantes de las costumbres guerreras de los incas, empezaron a imaginar que sus adversarios esperaban la noche para atacarlos. Finalmente Atahualpa llegó pero, para gran estupor de los españoles, hizo detener la marcha de su gente en los alrededores inmediatos a la ciudad, y ordenó levantar la gran carpa que lo albergaba durante sus desplazamientos. Era un signo manifiesto que no tenía la intención de ir más adelante y echaba pues por tierra todo el plan preparado.

Pizarro quiso enviar un mensajero a Atahualpa para recordarle su invitación y decirle que se hacía tarde. Un tal Hernando de Aldana, que sabía un poco la lengua india, se propuso y se fue ante Atahualpa, mientras que todos los españoles, armas en mano, esperaban en cualquier momento un ataque. Aldana llegó hasta la carpa de Atahualpa. Le dio parte de su mensaje, pero el Inca no respondió nada. De bastante mal humor, éste quiso incluso arrancarle su espada al español quien se opuso y estuvo a punto de encontrarse en muy mala postura porque al ver su resistencia —y en consecuencia, la afrenta al emperador— el entorno inmediato de este último quiso jugarle una mala pasada a Aldana. Salvó la vida gracias a una intervención de Atahualpa en persona. El español retornó a la plaza y no le quedó sino confirmar a su jefe las extraordinarias riquezas que rodeaban al Inca en sus desplazamientos, pero también en estas circunstancias lo que juzgó como sus malas disposiciones y su inmenso orgullo.

Por su lado, Pizarro y sus lugartenientes, su hermano Hernando, de Soto, Benalcázar y Mena, habían tomado las últimas disposiciones. Todo estaba listo. Los jinetes y los peones, escondidos de la vista del Inca, esperarían para lanzarse una señal dada por Pedro de Candia, quien estaba sobre una altura visible por todos y agitaría unas cintas. Además, controlando las dos puertas de la plaza, los españoles no dejarían entrar más que a algunos escuadrones indios e impedirían la penetración de otros a su interior. Según Cieza de León, también

hubo una discusión sobre la manera de portarse en caso de que el Inca viniese con intenciones verdaderamente pacíficas. Se habría acordado que entonces los españoles harían lo mismo.

Esta última afirmación *a posteriori* tiene por objeto, indudablemente, librar a Pizarro y a sus hombres de la posible acusación de haber estado determinados a acabar con él de todas maneras. Francisco de Jerez, aunque secretario oficial de la expedición, no dice nada al respecto. Al contrario, recuerda con mucha precisión de qué manera los jefes encargaron a los artilleros que tengan sus piezas dirigidas hacia el campo enemigo y no disparar antes de la señal acordada. Francisco Pizarro distribuyó a los hombres en seis grupos, insistió en el hecho de que jinetes y peones debían permanecer bien escondidos y no atacar antes de escuchar: «¡Santiago!» —viejo grito de guerra de los españoles durante la Reconquista sobre los moros— y cuando los cañones comenzarían a tronar.

En una de las habitaciones que daba a la plaza Pizarro conservaría consigo a unos veinte hombres quienes estaban encargados de asegurarse de la persona de Atahualpa, y se les precisó bien que el Inca tenía que permanecer vivo. El único español visible era un vigía colocado para anunciar la llegada del Inca. Mientras tanto, Pizarro y su hermano Hernando inspeccionaban los diferentes destacamentos, los exhortaban a reunir todo su valor, a recordar que tendrían por único apoyo la ayuda de Dios, quien, en las peores necesidades, viene a socorrer a aquellos que trabajan para su servicio. Francisco de Jerez relata sus palabras. Cuenta de qué manera los dos hermanos insistían en el hecho que cada cristiano tendría que hacer frente a quinientos indios, pero se empeñaría en mostrar la valentía que los hombres de valía tienen en semejantes circunstancias con la esperanza que Dios combata a su lado. No olvidaron tampoco los consejos tácticos y recomendaron un ataque lleno de furia, pero sin perder la cabeza, teniendo cuidado sobre todo de que los jinetes durante la refriega, no se estorben los unos a los otros. Una de las preocupaciones mayores de los hermanos Pizarro era también convencer a los hombres para que permanezcan agachados. Por efecto de la tensión debida a la larga espera, la mayoría de ellos sólo tenía un deseo, salir e ir finalmente a pelear con los indios.

Todo estaba en su lugar. Solo faltaba Atahualpa. La tarde estaba ya bien avanzada. El emperador seguía sin mostrarse y hecho mucho más preocupante, un número incesantemente creciente de indios venía a engrosar las filas de aquellos que ya rodeaban su tienda. Francisco Pizarro decidió entonces enviarle un mensajero español. Este, una vez en presencia del emperador, le pidió con señas ir a ver a los españoles antes que se haga de noche. Poco después, el cortejo dominado por Atahualpa, transportado sobre su trono encaramado sobre una litera, se puso en movimiento con dirección a la plaza de Cajamarca. El mensajero regresó a su campo sin más tardar. Anunció a sus jefes que los indios que abrían la

marcha tenían armas y corazas escondidas bajo su vestimenta y transportaban bolsas llenas de piedra para sus hondas, pruebas evidentes que venían con malas intenciones.

La captura de Atahualpa y la masacre

La cabeza del cortejo pronto hizo su ingreso a la plaza. Estaba compuesto por cuatro «escuadrones», dice Francisco de Jerez, cada cual vestido con una librea especial. Los primeros llevaban túnicas adornadas con flecos y dibujos de vivos colores inscritos dentro de cuadrados, los *tocapu,* y barrían el camino por donde pasaría el emperador. Los siguientes cantaban y bailaban. Enseguida venía un séquito de indios llevando lo que los españoles tomaron por armaduras, pero que en realidad eran pectorales y coronas de oro y de plata, porque los guerreros se habían quedado cerca de la plaza. El Inca reinaba sentado sobre unas andas adornadas con placas de metales preciosos y cubiertas de plumas de papagayo. Detrás de él otras dos literas y dos hamacas transportaban a altos dignatarios de la corte. Para terminar, venían de nuevo «escuadrones» de «guerreros».

Los acompañantes más cercanos al Inca se apartaron para permitir que se acerquen los siguientes, de tal modo que la plaza pronto estuvo llena de gente. Al llegar al centro, Atahualpa, dominando a su escolta desde lo alto de su asiento, exigió silencio y el «capitán» de uno de los primeros escuadrones subió a la fortaleza que dominaba la plaza. Allí agitó dos veces su lanza, señal que los españoles no pudieron interpretar pero que los preocupó mucho.

Pizarro consideró que había llegado el momento de actuar. Le preguntó al dominico fray Vicente de Valverde si quería ir a hablar con el Inca gracias a un intérprete. El religioso respondió afirmativamente y se abrió paso entre la muchedumbre con un crucifijo en una mano y una Biblia en la otra. Al llegar a los pies del emperador, dijo, siempre según Francisco de Jerez, que era sacerdote de Dios, y enseñaba a los cristianos las cosas de Dios, y asimismo venía a enseñar a los indios. Lo que predicaba era lo que Dios había hablado, que estaba en el libro; y por tanto, de parte de Dios y de los cristianos le rogaba que fuera su amigo, porque así lo quería Dios.

Atahualpa se hizo entregar el libro para mirarlo. Como el religioso se lo había entregado cerrado, el Inca, que evidentemente nunca había visto uno, no supo qué hacer y, en particular, no logró abrirlo. El dominico tendió entonces la mano para ayudarlo pero el Inca, altivo, lo golpeó en el brazo y logró finalmente lo que quería, sin mostrar, como de costumbre, el menor sentimiento y sobre todo sin parecer sorprendido, como había sucedido con otros indios la primera vez que vieron un libro. Finalmente, Atahualpa lleno de desprecio, lanzó la Biblia a lo lejos, y se puso a interpelar al religioso. Le reprochó los robos cometidos por

los españoles desde su llegada al Perú y declaró que no partiría en tanto éstos no hubiesen restituido sus rapiñas. Vicente de Valverde refutó tales alegaciones, echó la culpa de lo que se había tomado a los indios de la escolta que actuaban a espaldas de los jefes españoles y regresó trayendo a Pizarro la respuesta del Inca. Mientras tanto, este último ahora de pie, arengaba a su séquito y le ordenaba estar listo. El testimonio de Francisco de Jerez, sobre este punto tiene la apariencia de ser tenue. Según otros testigos Valverde habría dirigido palabras muy duras al emperador, lo habría tratado de «perro rabioso», de «Lucifer», y habría pedido venganza a gritos por lo que acababa de suceder.

Pizarro reaccionó inmediatamente. Como no se había armado para recibir al Inca, se puso una coraza de algodón, tomó su espada, un escudo y, en compañía de unos veinte soldados, «con gran valentía» se abrió paso entre la muchedumbre india. Sólo cuatro hombres pudieron seguirlo hasta el lugar en donde se hallaba Atahualpa. Ahí, Pizarro —el gobernador, como lo llamaban sus hombres— quiso tomar al Inca por el brazo y se puso a gritar: «¡Santiago!». Inmediatamente sonaron las detonaciones de las piezas de artillería cuyo blanco eran las salidas de la plaza. Las trompetas tocaron el paso de carga. Peones y jinetes salieron precipitadamente de sus escondites y se lanzaron sobre la muchedumbre, buscando alcanzar en prioridad, como había sido acordado, a los altos dignatarios colocados sobre las literas y las hamacas.

Los indios, estupefactos por el brusco asalto de los caballos se pusieron a correr en todos los sentidos, pero dada la densidad de la muchedumbre se produjo inmediatamente un gigantesco atropellamiento. Por la presión, cedió un pedazo del muro que rodeaba la plaza. Los indios, desesperados, caían unos sobre otros. Los jinetes, comandados por Hernando de Soto, los pisaban, mataban y herían a todos aquellos a quienes podían alcanzar. En cuanto a los peones, dice Francisco de Jerez, actuaron con tanta diligencia contra los indios que quedaban en la plaza, que pronto la mayor parte de ellos fueron acuchillados, un gran número de jefes murieron también pero no se los tomó en cuenta porque eran una multitud. Hernando Pizarro tuvo que reconocer más tarde que como los indios estaban desarmados, fueron aplastados sin el menor peligro para ningún cristiano. Es de añadir que, detrás de la soldadesca, los auxiliares indios que desde la costa venían acompañando a los españoles no se quedaron a la zaga.

Pizarro continuaba sosteniendo fuertemente por el brazo a Atahualpa, pero no podía sacarlo de sus andas que estaba en alto. Sobre este punto, como sobre otros muchos, los testimonios divergen. Según Cieza de León, el primer español en haber agarrado al emperador habría sido el peón Miguel de Estete seguido luego por Alonso de Mesa. Los cargadores del Inca, todos pertenecientes a la aristocracia, trataron de protegerle con sus cuerpos, pero fueron despedazados. Igual sucedió con la totalidad de la escolta imperial. En su furia, los españoles habrían hecho lo mismo con el Inca si el gobernador en persona no lo hubiese

defendido. Hasta llegó a recibir una herida en la mano. Los dignatarios que acompañaban a Atahualpa en las otras literas y en las hamacas fueron masacrados, así como el cacique principal de Cajamarca. Aterrorizados por los caballos y los cañones, petrificados por la enormidad del sacrilegio —para ellos inimaginable— cometido sobre la persona del emperador, ninguno de los indios presentes había opuesto resistencia, ni los de la plaza ni los demás que no pudieron ingresar y permanecieron en los alrededores.

Finalmente, las andas de Atahualpa sufrieron la arremetida de varios españoles. Uno de ellos llegó a tomar al Inca por los cabellos mientras que los otros volcaban el asiento imperial. El Inca cayó al suelo con las vestimentas hechas jirones, y ahora prisionero, fue rodeado por los soldados.

Tan sólo había discurrido media hora desde que se escuchó el grito de guerra lanzado por Pizarro. Hasta la noche los jinetes masacraron con sus lanzas a los indios que huían a los alrededores de la ciudad. La llanura estaba cubierta por una infinidad de cadáveres. Finalmente, las trompetas y los cañonazos llamaron a formación, y los españoles regresaron al centro de Cajamarca para festejar su victoria.

Pizarro hizo llevar a Atahualpa a uno de los edificios de la plaza y le dio vestimenta indígena ordinaria para reemplazar sus ornamentos imperiales lacerados pero también, seguramente, para notificarle simbólicamente que desde ese momento estaba desprovisto de todo poder. Según Francisco de Jerez, los dos jefes, el vencido y su vencedor, se habrían hablado. Pizarro habría buscado calmar la ira y la confusión de Atahualpa, mientras que este habría estigmatizado la actitud de sus capitanes a quienes les reprochaba en particular el haberle asegurado que los españoles serían vencidos sin problemas.

Los peones y los jinetes que habían partido en persecución de los indios que estaban fuera de la plaza regresaron con un gran número de cautivos, tres mil según Jerez. Por su lado, el capitán de la caballería señaló en su informe únicamente una herida ligera en un caballo. Pizarro se felicitó por este desenlace y vio allí una señal manifiesta de la ayuda divina. Agradeció al Señor por este «milagro» y por el «auxilio particular» ofrecidos a las armas españolas. Sin embargo, exhortó a los soldados a tener mucho cuidado, porque temía una reacción de los indios a quienes todos les conocían «la bajeza y la astucia» que no dejarían de ejercer para liberar a Atahualpa, su señor «temido y obedecido». Durante toda la noche, por cierto, se apostaron centinelas en los lugares estratégicos. A continuación, Pizarro se fue a cenar en compañía del Inca a quien otorgó el servicio de varias de sus mujeres que habían sido capturadas. Le hizo hacer una cama en su propia habitación en donde el soberano estuvo libre de sus movimientos, sólo la puerta estaba vigilada por la guardia habitual del gobernador.

Es bastante difícil hacer un balance de esta jornada. Francisco de Jerez estima que el número de indios que vinieron a la plaza y a los alrededores era de treinta o cuarenta mil, de los cuales dos mil habrían encontrado la muerte, sin contar desde luego una infinidad de heridos. Precisa que el número de las víctimas no fue más elevado porque, como caía la noche, la acción propiamente militar había sido de corta duración. Terminaba uno de los episodios más famosos y más espectaculares de la Conquista del Nuevo Mundo por los españoles[1].

Al día siguiente, al amanecer, mientras los prisioneros eran obligados a levantar los cadáveres que atestaban la plaza, Pizarro hizo enviar unos treinta hombres bajo las órdenes de Hernando de Soto para que recorra la llanura con la orden de destruir las armas indígenas que encontrasen, y más que nada de ir al campamento de Atahualpa para traer el botín. Cada jinete llevaba en la grupa de su caballo a un esclavo negro o a un indio de Nicaragua encargado de las tareas más bajas y, en particular, al llegar a los baños de Cúnoc, de recoger lo que había que rescatar en el campamento de Atahualpa. El saqueo fue total, con increíbles resultados, hasta tal punto que los españoles tuvieron que contentarse con tomar sobre todo el oro y la plata, y dejar en el lugar grandes cantidades de magníficas telas imposibles de llevar. Los esclavos no bastaron para traer este enorme botín hasta Cajamarca, por lo que de Soto requisó cargadores indios en la plaza. Estos, por cierto, se plegaron de buena gana a lo que se les imponía en la medida en que, al parecer, se trataba de partidarios de Huáscar hechos prisioneros por las tropas de Atahualpa.

De Soto regresó al campamento un poco antes del mediodía. Retornó trayendo a otros cautivos de ambos sexos, un gran número de llamas, de vestimentas y sobre todo algo que sus hombres habían encontrado en el cuartel general del emperador, grandes piezas de oro y de plata, bandejas de diversos tamaños, jarras, ollas, braceros, grandes cálices y otras piezas diversas. Había el equivalente, dice Francisco de Jerez, a ochenta mil pesos de oro, siete mil marcos (más de una tonelada) de plata y catorce marcos (cerca de diez kilogramos) de esmeraldas.

[1] Esta jornada ha sido objeto de numerosos relatos, primero por parte de aquellos que fueron sus testigos y sus actores. Entre los principales véanse Francisco de Jerez, *Verdadera relación de la conquista del Perú, op. cit.,* pp. 330-331; Hernando Pizarro, *Carta relación de Hernando Pizarro a los oidores de la Audiencia de Santo Domingo sobre la conquista del Perú* [1553], Lima, 1969, pp. 50-55; Cristóbal de Mena, *La conquista del Perú,* en *Relaciones primitivas de la conquista del Perú* [1534], Lima, 1967, pp. 81-87; Juan Ruiz de Arce, *Advertencias que hizo el fundador del vínculo y mayorazgo a los sucesores de él* [1545], Madrid, 1964, pp. 89-96; Diego de Trujillo, *Relación del descubrimiento del Perú* [1571], Madrid, 1964, pp. 132-135; Miguel de Estete, *Noticia del Perú* [1550], Lima, 1968, p. 378 *sq.*; Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista del Perú* [1571], Lima, 1978, cap. VIII-XII. También se pueden consultar a Pedro Cieza de León, *Descubrimiento y conquista del Perú, op. cit.* [1554], 3ª parte, cap. XLIII-XLV y Agustín de Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de la provincia del Perú* [1555], Lima, 1968, lib. II, cap. IV-VIII.

En cuanto a los historiadores contemporáneos, la presentación más completa es la de Juan José Vega, *Los Incas frente a España, las guerras de la resistencia (1531-1544), op. cit.,* cap. II.

Atahualpa habría declarado a Pizarro que los indios sobrevivientes debían haberse llevado por lo menos una cantidad semejante. Se tuvo que soltar las llamas porque estorbaban en la plaza. Los españoles las sacrificaron en los días sucesivos a medida de sus necesidades. En lo que respecta a los indios e indias prisioneros, el gobernador los hizo reunir y propuso a sus hombres que tomen a su servicio a aquellas y a aquellos que les serían útiles, los demás fueron liberados. Algunos allegados le aconsejaron a Pizarro matar a los soldados de Atahualpa, o, por lo menos hacerles cortar las manos, pero se negó a hacerlo arguyendo, dice Francisco de Jerez, que no era bueno ser tan cruel.

El pillaje se extendió, desde luego, hasta la ciudad, en particular a los depósitos del Estado que se encontraban allí. Estaban repletos, hasta el techo, siempre según Francisco de Jerez, de bultos bien preparados con tejidos y vestimentas destinadas al ejército del Inca, la mayor parte de lana, de magnífica hechura y calidad.

No hubo ninguna resistencia india. El ejército que rodeaba al Inca y del cual, manifiestamente, sólo una pequeña parte había sido derrotada, había desaparecido de la noche a la mañana. Rumi Ñahui a quien, al parecer, se le había encargado contra su voluntad tomar a los españoles de revés no había intentado nada y estaba huyendo hacia Quito con gran parte del tesoro del Inca. De todas maneras, el grueso de las tropas del emperador, con sus mejores generales a la cabeza, Challco Chima, Quizquiz, Chaicari y Yucra Huallpa, se encontraba a varios cientos de kilómetros al sur, guerreando contra los partidarios cusqueños de Huáscar.

Los hombres de Cajamarca

El historiador norteamericano James Lockhart ha efectuado un interesante estudio prosopográfico de estos «hombres de Cajamarca» tal como los denomina en el título de la obra que les ha consagrado[2]. En lo que se refiere a sus orígenes en España, el grupo más importante de los ciento treinta y uno de los que pudo determinar su proveniencia era de Extremadura (36), y de ellos casi la mitad (17) de Trujillo y alrededores. Eso no tendría por qué sorprender, habida cuenta de los vínculos familiares de los Pizarro. Después venían los andaluces, casi igual de numerosos (34), los viejos castellanos (17), los neo-castellanos (15), los leoneses (15 también), los vascos y los navarros (10). En otros términos, solamente cuatro, por su nacimiento, no eran sujetos de la corona de Castilla y de León, de la que dependían las Indias occidentales.

[2] James Lockhart, *Los de Cajamarca, un estudio social y biográfico de los primeros conquistadores del Perú,* Lima, 1986, v. I, 1ª parte, cap. III-VI.

En lo que se refiere al estatuto social que ha podido ser precisado en el caso de ciento treinta y cinco de ellos, no había ningún noble verdaderamente declarado. Treinta y ocho (de los cuales doce de Extremadura) pertenecían al grupo intermedio y de estatuto ambiguo de los hidalgos. Había seis a quienes difícilmente se podía considerar como hidalgos o como plebeyos, caso, como es sabido, bastante frecuente en la España de aquella época. Noventa y uno, de lejos los más numerosos pues, eran de origen popular, e incluso unos veinte de baja extracción incluyendo a un negro y a un mulato libertos nacidos en España, que no se debe confundir con el pequeño grupo de esclavos de origen africano que formaban parte de la expedición.

Estos hombres eran jóvenes en general, el 90% en una edad comprendida entre veinte y treinta y cinco años. Un poco más del 40% tenía una experiencia en el Nuevo Mundo que iba de cinco a diez años, sobre todo en el Istmo y en América central; un 12% tenían menos de cinco años allí y 37% no tenían antecedentes americanos. James Lockhart ha podido establecer las profesiones de un pequeño grupo de cuarenta participantes, menos de un cuarto del total: once escribanos, notarios, secretarios y contadores, trece mercaderes, administradores de bienes o empresarios, diecinueve artesanos y dos marinos. Para la gran mayoría de los demás, el oficio de las armas y la aventura bajo formas diversas habrían sido el denominador común hasta que partieron para América.

Durante mucho tiempo se ha pretendido que, a imagen de su jefe, el analfabetismo era regla general entre los soldados de la conquista peruana. Las investigaciones de Lockhart infirman de manera sensible esta aserción. En el caso de 141 soldados presentes en Cajamarca, él tiene la certeza que 51 sabían leer y escribir y otros 25 según toda verosimilitud, sabrían hacerlo también. Tiene dudas en el caso de 23 de ellos y sólo está seguro del analfabetismo de 42. En suma, si se comparan estas cifras con lo que se sabe del analfabetismo en España en esa época, se está muy por encima de los porcentajes habitualmente calculados por los especialistas.

Aunque todavía quedan zonas de sombra, son escasos los estudios que permiten un conocimiento tan preciso de estos primeros conquistadores. Se conoce a los de Panamá gracias a Mario Góngora[3], a los de Chile por los análisis de Tomás Thayer Ojeda[4], y a los de Méjico, más recientemente, pero sobre un período más largo y en una perspectiva más amplia, con el meticuloso estudio de Bernard Grunberg[5]. De hecho, a pesar de las cualidades de cada uno, es bastante difícil

[3] Mario Góngora, *Los grupos de los conquistadores en Tierra Firme (1509-1530),* Santiago de Chile, 1962.

[4] Tomás Thayer Ojeada, *Valdivia y sus compañeros,* Santiago de Chile, 1950.

[5] Bernard Grunberg, *L'Univers des conquistadors, les hommes et leur conquête dans le Mexique du XVIe siècle,* París, 1993, en particular cap. I-III.

comparar los resultados de estos diferentes estudios en la medida en que esos grupos presentan, a pesar de las apariencias y por muy variadas razones, diferencias de corpus bastante notables que dificultan un verdadero examen de contraste, en el fondo poco significante.

James Lockhart ha tratado también de saber qué fue de estos "hombres de Cajamarca", por lo menos de aquellos que escogieron quedarse en el Perú. Ya no eran más que 58 en 1536, es decir cuatro años más tarde, 41 en 1540, 18 en 1550, 11 en 1560. Desde luego, en aquellas épocas en que el promedio de vida era breve, las muertes naturales fueron numerosas (21), pero unos quince hombres murieron durante los combates de la Conquista que, en Cajamarca, no hacía sino comenzar. Otros quince más desaparecieron en las guerras civiles que desgarrarían al país de manera episódica hasta comienzos de los años 1550.

A la mayor parte de los sobrevivientes, por lo menos a aquellos de cierto rango, los encontramos después en las municipalidades creadas por los españoles en las ciudades que fundaron, o en las que se instalaron en las antiguas ciudades indias. Así en Cusco, el antiguo centro del Imperio inca, había 44 de ellos, en Lima, la nueva capital colonial, 26, pero también en grado menor en Arequipa, Huamanga y Trujillo, las capitales regionales. El sistema de elecciones anuales les permitió en ciertos casos llegar a ser alcaldes, y con mayor frecuencia regidores. Desempeñaron así un papel importante en esa aristocracia de origen militar nacida de la Conquista que marcó poderosamente con su huella las primeras décadas de la vida colonial. Este rol fue por cierto mucho más claro, y sobre todo más duradero en Cusco, más marcado por el pasado, que en Lima, ciudad abierta a todas las influencias provenientes del exterior, en particular a través de la administración y del comercio.

Que haya sido un bluff insensato o tan sólo una solución militar que tal vez tenía alguna posibilidad de lograr un resultado, la trampa de Cajamarca ha sido presentada a menudo en la historiografía como el ejemplo mayor de la increíble audacia de los conquistadores. Es sobre todo una prueba de algo que los dignatarios incas provenientes de un mundo diferente, impregnados de otra mentalidad, que juzgaban de acuerdo a otros parámetros, no podían siquiera imaginar.

Por cierto, Atahualpa estaba ahora prisionero. Había perdido a varios miles de hombres. Su corte había sido capturada, sus equipajes saqueados, pero en el resto del país su ejército estaba intacto con sus mejores generales a la cabeza. Además, quedaban todavía casi mil quinientos kilómetros de montaña por recorrer para llegar a Cusco, la capital del imperio.

Pizarro y sus hombres habían marcado un punto muy importante, pero, sólo el futuro podría decir si sería decisivo.

7
El fin de Atahualpa

¿Qué hacer con el Inca ahora que estaba prisionero? No era un pequeño problema. ¿Cuál iba a ser la reacción de sus partidarios, de su ejército y hasta de su pueblo? De alguna manera la presencia del ilustre cautivo bloqueaba a los españoles en Cajamarca, sobre todo porque la sorpresa con que habían jugado tan bien para capturarlo ya no podría repetirse. Sus fuerzas eran demasiado insuficientes para ir hacia delante, adentrarse en los Andes sin garantía alguna y pasar a otra fase, la de la conquista propiamente dicha, es decir el control del inmenso Perú. Sin embargo, el emperador destituido, en manos de Pizarro y de sus hombres, esto es a su merced, constituía una carta de primer orden. Muy probalemente, mientras Atahualpa estuviera prisionero, los indios no intentarían nada contra los españoles. Por lo menos en un primer tiempo, a éstos últimos pues no les quedaba sino sacar provecho al máximo de la situación nacida de su golpe de audacia.

El rescate del Inca

Los cronistas han glosado largamente sobre las discusiones que tuvieron —o habrían tenido— lugar entre Pizarro y Atahualpa. Siguiendo en esto una tradición muy conocida de la gran literatura antigua, ellos las presentan en general como dignas conversaciones entre dos jefes, uno, vencedor, magnánimo y generoso, lleno de atenciones para el vencido a quien albergaba en sus aposentos y a quien había dejado un séquito importante, el otro, sereno en la desgracia, siempre

grande a pesar de su ruina, y sin manifestar enemistad sino con fray Vicente de Valverde. Garcilaso de la Vega, cuya madre pertenecía a la aristocracia inca, tiene una opinión más matizada. Él afirma que Atahualpa cargaba pesadas cadenas de hierro, versión empero poco probable en la medida que se sabe que el Inca destituido gozaba de una relativa libertad de movimientos en la residencia en la que estaba confinado.

Sea como fuese, y sea cuales hayan sido verdaderamente las relaciones entre el conquistador y el Inca, el hecho es que terminaron por hablar de rescate. Parece ser que la propuesta emanó de Atahualpa. A cambio de su libertad, él habría propuesto a Pizarro llenar con oro la habitación en la que se encontraba. Levantando el brazo y tocando la pared con la mano, habría hecho trazar una línea roja indicando la altura por alcanzar. Se haría lo mismo con las otras dos habitaciones contiguas pero éstas se llenarían con objetos de plata. El Inca habría precisado incluso que éstos no habían de ser martillados para ocupar menos volumen y aumentar así el rescate. Los españoles, atraídos solamente por el peso del oro contenido en los objetos que encontraban y de ninguna manera interesados por su valor estético, tenían en efecto la costumbre de triturar platos, jarrones, pectorales, revestimientos de templos, objetos de culto, etc., para transportarlos más fácilmente en forma de gruesos lingotes en espera de fundirlos. La habitación en la que sería almacenado el oro del rescate —y que tiene grandes posibilidades de no ser aquella que se muestra hoy a los turistas en Cajamarca— medía, según los testigos, más de ocho metros de largo por casi cinco de ancho. Ante la incredulidad de Pizarro, Atahualpa se había dado cuarenta días para llenarla.

Los caciques, con los que Atahualpa estaba siempre en relación, comenzaron a traer el oro tan esperado a la vez por el ilustre prisionero como por sus carceleros españoles. Al poco tiempo, los allegados del Inca conducidos por uno de sus hermanos llegaron de Cusco. Traían, dice Francisco de Jerez, una gran cantidad de vajilla de oro, cubos, jarrones, otros objetos y mucha plata. Sin embargo, a los españoles les parecía que las cantidades prometidas demoraban en llegar. Con el paso de los días, cierta impaciencia, por no decir un verdadero descontento, comenzó a manifestarse en la tropa. Pizarro habló al Inca. Entonces éste habría propuesto a los españoles enviar a varios de ellos como emisarios con el fin de ir a buscar el precioso metal en el gran templo de Pachacamac y hasta el mismo Cusco.

El templo de Pachacamac se encontraba en la costa, casi al borde del océano, al sur del oasis que ocuparía la ciudad de Lima que no existía todavía. Se trataba de uno de los principales centros de culto del imperio, y las ruinas que se pueden ver todavía hoy, aunque muy imponentes, no pueden dar una idea del papel que desempeñaba entonces como tampoco de su importancia en el Imperio inca.

En realidad, ese templo cuyo nombre venía del dios al que se veneraba allí, era muy anterior a la constitución del imperio de los incas. Estaba dedicado a una de las divinidades mayores de las poblaciones de la costa, y su oráculo gozaba de gran prestigio. Hacia el año mil después de Jesucristo, se había convertido en el centro de un gran conjunto de santuarios que estaban ligados a él, en la costa pero también en los Andes. A falta de haber podido someter totalmente esta divinidad «extraña» a su sistema religioso —como tenían costumbre de hacerlo, en cada una de sus conquistas—, los emperadores de Cusco, sobre todo el gran Pachacutec, terminaron identificando a Pachacamac, «el que hace el mundo», con Viracocha que, en el sistema inca, era la divinidad creadora por excelencia. Su gran templo había llegado a ser casi el equivalente del de Cusco, razón por la cual se encontraban acumuladas allí inmensas riquezas.

Después de haber deliberado con sus lugartenientes, Pizarro decidió enviar a Cusco a su hermano Hernando quien, poco tiempo antes, había conducido una pequeña expedición de exploración en la región de Huamachuco, al sur de Cajamarca. El destacamento español dejó la ciudad en los primeros días de enero de 1533. Estaba constituido por unos veinte jinetes y algunos arcabuceros guiados por indios nobles y sacerdotes que entonces vivían cerca del Inca, pero habitualmente estaban al servicio de ese gran templo. Partieron hacia el sur por los Andes, llegaron al callejón de Huaylas, el gran valle longitudinal que les permitió avanzar sin demasiadas dificultades, voltearon hacia la costa a la altura de Paramonga y llegaron después a Pachacamac. Garcilaso de la Vega cuenta que en el transcurso de su viaje, súbitamente Hernando Pizarro y sus hombres habrían visto una colina de oro que brillaba al sol. Habiéndose acercado, se dieron cuenta de la realidad. No era un fenómeno de la naturaleza, sino el montón de objetos que unos cargadores conducidos por el príncipe Quilliscacha, un hermano de Atahualpa, traían a Cajamarca y habían juntado mientras duraba su pausa.

En Pachacamac, el domingo 30 de enero los sacerdotes recibieron con honores a los jinetes españoles, siguiendo en esto las instrucciones que había enviado Atahualpa. De manera general, los indios del lugar, como aquellos de las regiones por las que pasaron, los miraban sin agresividad y con mucha curiosidad. Al ver los caballos morder su freno, creían que estos animales comían metal y los españoles inducían a los indios a darles oro y plata mezclados con su hierba. Hernando Pizarro, dice Garcilaso de la Vega, tomó del templo todo el oro que podía llevar y ordenó que el resto sea llevado hacia Cajamarca. En realidad, el hermano del gobernador no encontró lo que verdaderamente esperaba. Los sacerdotes y los caciques de Pachacamac le habían asegurado que le darían todo lo que quisiese, pero parece que en realidad ocultaron todo lo que pudieron y buscaron ganar tiempo, esperando que los españoles se vean obligados a regresar. A pesar de todo, Hernando Pizarro habría regresado a Cajamarca con unos noventa mil pesos de oro.

Antes de partir, quiso acabar con el ídolo de madera colocado en el centro de una oscura habitación, tan venerado por los indios en Pachacamac. Trató de convencerlos del grave error en el que estaban, y que el ser que hablaba en este ídolo era el diablo que los engañaba, como relata Francisco de Jerez. Según éste, ante la inanidad de su discurso, el hermano del gobernador mandó derribar la oscura sala y romper el ídolo delante de todos los naturales. Trató de hacerles comprender muchas cosas relacionadas con la santa religión católica, y les enseñó el signo de la cruz para que se defendiesen del demonio.

No le fue posible a Hernando regresar directamente al cuartel general. Un correo de su hermano Francisco le informó que en la sierra central, en Jauja, se encontraba Challco Chima, uno de los mejores generales del Inca. A pesar de las órdenes de Atahualpa, Challco Chima se negaba a entregar las armas. Hernando estaba encargado de ir a tomar contacto con él y negociar si no su rendición por lo menos su regreso ante Atahualpa, para escuchar las órdenes de la propia boca del emperador destituido.

Challco Chima, un general *yana* que había luchado antes contra los tropas de Huáscar, junto con su ejército, se dirigía hacia el norte con la idea de liberar al soberano. Se había retrasado en su avance debido a una revuelta de la etnia que poblaba los Andes centrales, los huancas. Éstos no habían aceptado nunca el yugo de los incas, y lo habían demostrado ya en varias oportunidades al costo de terribles represiones. No asombra pues que ellos fueron después los mejores aliados de los españoles. Cuando Hernando Pizarro entró en Jauja para encontrarse con Challco Chima, la plaza mayor estaba decorada con una multitud de lanzas en las que estaban clavadas las cabezas, manos y lenguas de los huancas vencidos. Durante la entrevista con el jefe de los españoles, un noble de Cusco le reprochó enérgicamente a Challco Chima estas crueldades inútiles y los dos hombres se fueron a las manos ante el estupor de la asistencia. Challco Chima no estaba muy animado en seguir a Hernando Pizarro para ir a ver al Inca, pues aquello significaba hacer de él un prisionero más. Varios emisarios de alto nivel de Atahualpa tuvieron que utilizar todo su poder de convencimiento para finalmente hacerlo cambiar de actitud. Esta etapa en Jauja fue beneficiosa también en otro sentido. Los españoles encontraron treinta cargas de oro de baja ley y los indios les trajeron unas treinta cargas de plata.

Hernando Pizarro, Challco Chima y su séquito partieron hacia Cajamarca el 20 de marzo. En camino, según López de Gómara, los caballos de los españoles tuvieron necesidad de cambiar sus herraduras. A falta de otro metal se las fabricó con barras de plata e incluso de oro. El 14 de abril, el hermano del gobernador y el general *yana* hicieron su ingreso a Cajamarca. Challco Chima fue recibido por el emperador prisionero. Se vio entonces, relata Miguel de Estete, algo inaudito desde el descubrimiento de las Indias. Antes de ser admitido ante su presencia,

Challco Chima se descalzó, tomó de un cargador de su séquito una carga mediana y se la cargó a hombros, en señal de su total sumisión pues, por más general que era, no dejaba de ser un *yana,* es decir un siervo. Gran número de los principales jefes que lo acompañaban siguieron su ejemplo. Luego, acercándose al soberano con mucha ternura y llorando, Challco Chima le besó el rostro, las manos y los pies. Atahualpa mostró tanto orgullo, que aunque no hubiese en sus estados nadie que lo quisiese más, ni siquiera lo miró y no le prestó más atención que al último de los indios presentes[1].

Como ya lo mencionamos líneas más arriba, otros emisarios españoles habían sido enviados a Cusco, la capital inca, con el fin de traer, ellos también, oro para el rescate. Esta misión en el corazón mismo del imperio era evidentemente de una naturaleza diferente de la de Hernando Pizarro en Pachacamac, tanto por la distancia del recorrido —más de mil quinientos kilómetros— como por los riesgos que comportaba. El imperio estaba desgarrado. ¿Cómo reaccionarían los habitantes de Cusco al ver a unos extranjeros? Tan lejos de Cajamarca, ¿serían respetadas escrupulosamente las instrucciones de Atahualpa que servían de salvoconducto, tanto más cuanto que los españoles estaban perfectamente al corriente de la guerra entre los partidarios de los dos Incas enemigos? El hecho es que ningún candidato se presentó. En verdad, los cronistas divergen sobre este punto. Garcilaso de la Vega afirma que se habrían propuesto dos voluntarios, un tal Pedro del Barco, y sobre todo Hernando de Soto a quien el Inca prisionero habría visto partir con mucha pena porque había establecido buenas relaciones con él[2]. Otros cronistas aseguran que tres soldados de baja extracción habrían terminado aceptando ir, y esta es la versión generalmente aceptada por los historiadores. Los tres voluntarios se llamaban Pedro Martín de Moguer, Pero Martín Bueno, marino de profesión y Juan de Zárate, de dudosa reputación. Los tres hombres partieron de Cajamarca a mediados de febrero.

Acompañados, desde luego, por guías indios que les servían también de garantes, los tres españoles partieron a Cusco. Durante todo su viaje fueron tratados muy bien por las poblaciones y por los caciques con los que se encontraron. Su mayor sorpresa tuvo lugar en las montañas de la región de Huánuco, cuando habían efectuado aproximadamente un cuarto de su trayecto. Se encontraron con un grupo de guerreros que rodeaban a varios prisioneros de importancia, de los cuales el principal no era otro que Huáscar, el otro Inca vencido, a quien llevaban hacia

[1] Fuera de los testimonios citados en el texto y que remiten a las notas del capítulo precedente, véanse también los de Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias, op. cit.,* cap. CXIV; Miguel Cabello de Balboa, *Miscelánea antártica, op. cit.,* capítulo XXXII; Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú, op. cit.,* cap. XI.

[2] Garcilaso de la Vega, *Historia General del Perú, op. cit.,* lib. I, cap. XXIX.

el norte, después de su derrota, para ser entregado a la venganza de Atahualpa, pero la captura de éste por los españoles había cambiado evidentemente todos los planes.

Huáscar estaba en un estado calamitoso. Ya nada recordaba el esplendor de su pasado. Descalzo, mal vestido y con las manos atadas en la espalda, sus guardianes lo conducían por una cuerda que, por la fuerza, había comenzado a abrirle las carnes a la altura de los hombros. Los otros prisioneros que eran traídos con él, su madre Mama Rahua, varias de sus esposas, altos dignatarios de Cusco que habían tomado partido por él en la guerra fratricida —en particular el gran sacerdote del templo del sol de la capital—, no recibían mejor trato.

Según la mayoría de los cronistas, los tres españoles habrían podido conversar con el Inca destituido. Le habrían ofrecido hacerle justicia y sobre todo habrían escuchado sus quejas, después de lo cual prosiguieron su camino hacia Cusco. Cuando llegaron, las riquezas de los palacios y sobre todo de los templos, los deslumbraron. Garcilaso de la Vega que tiene una visión muy cusqueña del enfrentamiento entre Huáscar y Atahualpa, relata (aunque según él los emisarios españoles eran Pedro del Barco y Hernando de Soto) que fueron muy bien recibidos, con séquitos y grandes fiestas, bailes y calles decoradas con arcos de triunfo. Fueron albergados en una de las mejores residencias nobles de la ciudad, *Amarucancha*, dice Garcilaso, incluso tal vez, según otras fuentes, en el *Acllahuasi*, la casa de las vírgenes del Sol, algo que puede parecer sorprendente, pero que puede justificarse también en la medida en que, dicen los cronistas, los indios consideraban a los tres hombres como los enviados del dios Viracocha y les manifestaban una profunda deferencia.

Si la buena gente de Cusco les hizo fiesta, sin duda de una manera más modesta que la que cuenta Garcilaso de la Vega, por el contrario, el general Quizquiz que comandaba la plaza en nombre de Atahualpa se mostró mucho más circunspecto. Los consideró con desprecio y, durante una entrevista, uno de los españoles, sintiéndose ultrajado por su comportamiento, estuvo a punto de meter mano a la espada. En lo que se refiere al objetivo principal de su misión, traer oro para el rescate de Atahualpa, fue un gran éxito. Ya en el camino de retorno, en la región Jauja, Hernando Pizarro se había encontrado con uno de los esclavos negros del séquito de los tres españoles y que regresaba a Cajamarca con unas cien cargas de oro y de plata. Juan de Zárate regresó a Cajamarca a fines de abril, sus dos compañeros a mediados del mes siguiente. Venían acompañados por cerca de doscientos cargadores indios que transportaban el oro y la plata extraídos de los palacios y de los templos de Cusco.

La muerte de Huáscar

El encuentro entre Huáscar y los tres españoles que habían partido como exploradores a Cusco tuvo una consecuencia imprevista. Como se sabe Pedro Martín de Moguer, Pero Martín Bueno y Juan de Zárate pudieron hablar con el cautivo, escuchar sus lamentos, pero quizás también sus propuestas. En general, los cronistas coinciden en afirmar que él habría ofrecido a los tres hombres, y por ende a su jefe, mucho más oro que Atahualpa si lo hacían liberar y sobre todo su alianza y la de sus partidarios. Aunque momentáneamente derrotados, estos seguían siendo bastante numerosos en el sur del país y, habría dicho él, estaban prestos a recibir a los recién llegados si él daba la orden.

Atahualpa habría estado al corriente de este encuentro. Como se sabe, el Inca prisionero mantenía estrecha relación con los caciques que se quedaron en Cajamarca o que vinieron al anuncio de su captura. Aunque confinado en sus habitaciones y bajo constante vigilancia, tenía enlace directo con ellos, los veía frecuentemente, recibía noticias, daba órdenes, y, al parecer, continuaba teniendo una eficaz red de informadores, incluso de espías. Apoyado sin duda por sus consejeros, Atahualpa tomó entonces la decisión de hacer matar a Huáscar quien, dadas las circunstancias, se había vuelto muy peligroso para él. Los españoles sabían dónde se encontraba el prisionero, estaba ahora en la región de Huamachuco, en consecuencia bastante cerca de Cajamarca. A pesar de las buenas relaciones que mantenían con Atahualpa, Pizarro y sus consejeros podían tener la tentación de jugar de una manera o de otra la carta de Huáscar. Después de todo, en la guerra civil que lo oponía a su hermano, éste representaba la legitimidad cusqueña. Una alianza con él les habría abierto a los españoles la ruta del sur, y podía darles la seguridad de convertirse, sin pegar un tiro, en amos y señores de la mitad del imperio. No eran pues pocas las ventajas que ofrecía semejante alianza.

Los cronistas, como siempre con algunas variantes, cuentan que un día Pizarro —que cenaba todas las noches con el Inca— lo habría encontrado desconsolado y abatido. Habiéndole preguntado la razón de ello, Atahualpa habría respondido que acababa de ser informado de la muerte de Huáscar. Uno de sus guardianes, sin informar a nadie, lo había asesinado. Pizarro habría consolado entonces a su prisionero, le habría dicho que después de todo la muerte era algo natural y que, de todas maneras, ya que Atahualpa no tenía nada que ver con esta muerte no podía sentirse ni responsable ni culpable de ello.

Se trataba de un ardid. En realidad, Atahualpa quería sondear a su carcelero y conocer cuáles serían sus reacciones ante el anuncio de la desaparición de Huáscar que, efectivamente podía hacer cambiar los planes españoles. Como a Pizarro aquello no parecía afectarle mucho y sobre todo no le guardaba rencor a

Atahualpa por ello, éste decidió pasar a la acción. Dio la orden de hacer desaparecer a Huáscar y fue obedecido sin demora. Las versiones sobre las circunstancias de esta muerte varían. Garcilaso de la Vega, según una creencia india, afirma que los asesinos habrían hecho pedazos el cuerpo de su víctima y se habrían comido una parte de él, pero cita igualmente al padre José de Acosta, el que cree saber que se habría quemado el cuerpo. Otras fuentes pretenden que el prisionero habría sido lanzado desde lo alto de un barranco y habría desaparecido en las aguas del río Andamarca.

Sea como fuese, Atahualpa se había deshecho de un adversario incómodo. Él seguía siendo el único interlocutor de los españoles y podía esperar proseguir sus negociaciones con ellos. El riesgo era que sepan la verdad y consideren que, a falta de tener que jugar entre dos Incas, lo mejor para ellos consistía en eliminar al que quedaba.

La llegada de Diego de Almagro

Dos días antes del retorno de Hernando Pizarro, la víspera de la fiesta de Pascua de Resurrección de 1533, es decir el 12 de abril, se produjo un acontecimiento de importancia en Cajamarca. Diego de Almagro acababa de llegar de Panamá desde donde, como acordado, él se encargaba de enviar al Perú armas, provisiones y municiones. Manifestaba la intención de unirse a la campaña y de participar en las operaciones. Diego de Almagro no venía solo. Lo acompañaba una tropa tan grande como aquella que conducía hasta entonces Pizarro, de Soto y Benálcazar juntos. Las fuentes varían en cuanto a los efectivos. Las más confiables hablan de ciento veinte hombres reclutados por el mismo Almagro y de ochenta y cuatro caballos. Pese a su frágil estado de salud, el socio de Pizarro se había mostrado diligente. Cabe decir que el oro que Pizarro le envió desde Coaque le había permitido cubrir los primeros gastos y había debido convencerlo que, después de años de dudas y dificultades, por fin estaba abierta la vía hacia el éxito.

Almagro puso en marcha la construcción de un gran navío para embarcar a los soldados y, con éste y los barcos que regresaron de Coaque, había decidido pues ir a reunirse con Pizarro. Durante el viaje, cuando la flotilla dirigida por el piloto Bartolomé Ruiz estaba anclada en la bahía de San Mateo, vio llegar tres carabelas provenientes de Nicaragua y a su bordo al capitán Francisco de Godoy junto con unos treinta hombres que, siguiendo el ejemplo de De Soto y de Benalcázar, venían a participar en la aventura peruana. Después de largas búsquedas por el sur, uno de los barcos enviados por delante logró encontrar las huellas de Pizarro y de sus hombres a la altura de Tumbes, y se pudo establecer contacto con algunos españoles que se habían quedado en San Miguel de Piura quienes les informaron sobre los acontecimientos de Cajamarca.

Desde el punto de vista militar, estos refuerzos eran evidentemente bienvenidos, iban a permitir planear verdaderamente la conquista del país que, de hecho, todavía no había comenzado. Sin embargo, la llegada de Almagro —acontecimiento imprevisto— hacía correr el riesgo de suscitar bastantes problemas. Convencido de que el momento decisivo había llegado, Almagro no quería verse excluido de lo que ocurriría en el Perú. Como es sabido, ya en el pasado su colaboración con Pizarro no había estado exenta de una rivalidad latente, de sospechas y de celos. En fe del testimonio de sobrevivientes de aquella época, Cieza de León recuerda que corrió el rumor en ese entonces de que Almagro y sus hombres no venían al Perú para aportar su concurso a Pizarro, sino con el objetivo de partir en campaña hacia el norte, es decir en dirección opuesta a la marcha de Pizarro. Uno de los secretarios personales de Almagro, un tal Rodrigo Pérez, incluso habría escrito secretamente al gobernador para informarle sobre las intenciones reales de su patrón. Pizarro se habría conmovido con justificada razón y entonces, para tratar de conocer sus proyectos, envió ante Almagro a dos emisarios, Pedro Sancho y Diego de Agüero. A estos dos hombres también les entregó unas cartas zalameras y muy amistosas destinadas a ganarse al entorno de aquel.

Por el otro lado, tampoco faltaban los sembradores de discordia. Algunos le susurraron a Almagro que desconfie de Pizarro, que quería matarlo y quedarse con sus hombres. Rápidamente, cuando se convenció de la traición de Rodrigo Pérez, Diego de Almagro le hizo confesar con la ayuda de los medios que son fáciles de adivinar, y luego ordenó ahorcarlo, sin más ni más, en la antena de uno de sus navíos. Finalmente, Almagro y sus hombres se pusieron en camino hacia Cajamarca adonde llegaron sin ninguna dificultad, porque los indios, a sabiendas de lo que había pasado en la ciudad, les manifestaron mucha deferencia en el camino.

Pizarro y sus capitanes —informados de la llegada de estos refuerzos desde finales de diciembre— fueron al encuentro de Almagro para recibirlo con honores. En la tropa, este encuentro dio lugar a efusiones, de una como de otra parte. Los dos jefes se abrazaron como los dos viejos amigos que eran, unidos por tantos recuerdos, infortunios compartidos e intereses cruzados. ¿Los emisarios del gobernador habían disipado las nubes y los malentendidos? ¿Simplemente por el momento estaban ocultos los rencores y las sospechas nacidos de una secreta enemistad, como dice Cieza de León? El cronista no se pronuncia y dice que, deja sólo a Dios el cuidado de sondear los pensamientos de los hombres.

Otro problema amenazaba con complicar muchas cosas. Los soldados que llegaron con Almagro no tenían la intención de dejar escapar una parte del botín que, día a día, se iba acumulando en Cajamarca, y, con el retorno de Hernando Pizarro, de Juan de Zárate y de sus compañeros, tomaba proporciones nunca vistas. Los recién llegados estimaban que ellos también tenían derecho, en

particular en la medida en que su llegada disuadía a los indios de todo intento de reacción. Los hombres de Pizarro, de Soto y de Benalcázar tenían, quién lo habría dudado, una opinión totalmente contraria. Ellos habían combatido solos desde Coaque, sufrido solos en la arena de los desiertos del norte peruano, vencido solos a Atahualpa. Tenían pues que ser los únicos en repartirse el rescate del Inca. La situación amenazaba con caldearse. Hubo, nos dice Cieza de León, debates acalorados, hasta que se encontrase un *modus vivendi*. Antes de hacer el reparto entre los soldados presentes el día de la captura del Inca, se retendrían del conjunto cien mil ducados destinados a los soldados de Almagro quienes, siempre según la misma fuente, «se contentaron poco más o menos». De hecho, cuando se piensa en la suerte que iban a tener los «hombres de Cajamarca», los de Almagro debían lamentar mucho el no haber partido antes hacia Perú. Su amargura iba a crear entre los conquistadores una brecha que no dejaría de profundizarse y de caldearse[3].

El reparto del botín

Un problema quedaba en suspenso. ¿Cuándo tendría lugar el reparto del botín recogido durante la toma del campamento de Atahualpa y de los metales preciosos del rescate del Inca? El proceso era largo y complejo pues debía efectuarse en presencia y bajo la vigilancia de los oficiales reales. No siendo soldados sino funcionarios reales, éstos no habían participado en la campaña y habían permanecido en San Miguel de Piura. La fundición del metal precioso —para transformar los objetos acumulados en barras— había comenzado desde algún tiempo atrás, desde inicios de marzo según Francisco de Jerez, a mediados del mes de mayo según otras fuentes. El tiempo, es verdad, comenzaba a apremiar. Los capitanes y los marinos de los seis navíos que había traído Diego de Almagro y Francisco de Godoy estaban cansados de esperar su paga y querían emprender el retorno a su puerto de partida. El 17 de junio se levantó el acta oficial del reparto y este tuvo lugar al día siguiente. Si la mayor parte estaba constituida, y de lejos, por lo que había sido encontrado en Cajamarca, también se tomó en cuenta todo lo que se había saqueado desde la fundación de San Miguel de Piura, algunos meses antes. Gracias a la minucia administrativa de los funcionarios encargados, antes de cualquier operación de este tipo, de retener el 20 % correspondiente al soberano, se conoce de manera muy precisa este reparto del botín[4].

[3] Pedro Cieza de León, *Descubrimiento y conquista del Perú, op. cit.,* cap. XLVII y L-LI.

[4] Véase James Lockhart, *Los de Cajamarca, un estudio social y biográfico de los primeros conquistadores del Perú, op. cit.,* v. I, 1ª parte cap. III-VI.

Sin entrar demasiado en los detalles, una vez que se retiró lo que correspondía al rey, a los marinos y a los soldados que permanecieron en San Miguel de Piura, se dividió en 217 partes iguales, cada una de un valor de 4 400 pesos de oro (a 4,55 gramos el peso, 20 kilos 20 gramos de oro) y de 181 marcos de plata (cerca de 42 kilos, pues el marco valía 230,70 gramos) o sea un valor total de 5 345 pesos. Estas 217 partes fueron distribuidas entre 168 personas, de manera ponderada en función del grado, de la participación en la campaña y del rango social de cada uno, pero también como se verá, según criterios indudablemente mucho menos objetivos. Francisco Pizarro, por supuesto el más beneficiado, recibió trece partes, es decir 57 220 pesos de oro y 2 350 marcos de plata y, según la tradición y fuera de reparto, el objeto del botín que más le gustase tener. Escogió nada menos que el asiento cubierto de oro de Atahualpa, estimado en aproximadamente siete partes (30 080 pesos de oro y 1 267 marcos de plata). Hernando Pizarro, verdadero jefe segundo de la expedición recibió siete partes (1 267 marcos de plata y 31 080 pesos de oro), Juan Pizarro tuvo dos partes y media (11 100 pesos de oro y 407 marcos 2/8 de plata), Gonzalo Pizarro dos partes y cuarto (9 909 pesos de oro y 384 marcos 5/8 de plata). En otras palabras, los cuatro hermanos Pizarro se atribuyeron el 11 % del botín. Francisco Martín de Alcántara quien se quedaba rezagado desde hacía varios meses y estuvo ausente durante la toma de Cajamarca, no figuraba entre los felices beneficiarios. Hernando de Soto y Sebastián de Benalcázar, los demás jefes de la expedición, cuya acción era sin embargo decisiva desde hacía muchos meses, recibieron —y solamente, se podría decir— cuatro partes (17 740 pesos de oro y 724 marcos de plata) y dos partes y media, respectivamente. Se ignora cuáles fueron las bases para establecer la ponderación pero, evidentemente, la familia Pizarro desempeñó un rol determinante a la hora de fijar lo que correspondería a cada uno, y en primer lugar a sus miembros.

Esta actitud no dejó de reavivar las tensiones, incluso los rencores ya existentes. Tal vez se calmaron por el hecho que, sin duda alguna, en el transcurso de la larga marcha hacia Cajamarca algunos jefes, en particular de Soto —enviado en varias ocasiones como explorador— y Benalcázar, habían conservado en su poder una buena parte de lo que les habían quitado a los indios. Así, éste habría ganado en realidad en el transcurso de toda la campaña más de dos veces y media de lo que finalmente le había sido atribuido en Cajamarca. En diferentes grados, debió de ser así para todos, sobre todo porque, como se ha dicho, los oficiales reales, garantes habituales de la ortodoxia fiscal se habían quedado prudentemente en San Miguel de Piura, y por este mismo hecho, no habían podido ejercer ningún control. De todas maneras, como lo hace notar Cieza de León, era de notoriedad pública que una gran cantidad de oro había sido robada en el transcurso de la campaña, y los capitanes no habían sido los últimos en servirse.

Todos los jinetes recibieron dos partes, una para el hombre y otra para el caballo, en reconocimiento de su papel esencial. En términos generales, sobre los 1 160 000 pesos del botín, los jinetes se repartieron 724 000 y los peones 436 000. Además de los lazos con el clan de los Pizarro, se tuvo en cuenta también, manifiestamente, la antigüedad de los soldados en la conquista. Según los cálculos efectuados por James Lockhart, fuera de los jefes de quienes ya se habló, 40 hombres recibieron entre dos partes y dos partes y media, 47 entre una parte y una parte y media. Finalmente, 77 peones de origen humilde tuvieron que contentarse con menos de una parte, a veces incluso (14 de ellos) con menos de una media parte.

Desde luego, las cantidades de que hemos hablado no dicen gran cosa al lector de hoy. A título de comparación y para dar una idea de su valor, cabe precisar que unos diez años antes, durante la conquista de Nicaragua de donde venía, como se sabe, una parte de los soldados, el total por repartir se había elevado finalmente a tan sólo 33 000 pesos de los cuales 28 000 habían sido para el gobernador y sus capitanes. Es obvio que en el Perú se había dado un salto cuantitativo gigantesco.

Los desequilibrios y los prejuicios que se transparentaban en el reparto de Cajamarca son el resultado de una organización interna muy jerarquizada de la hueste de la conquista, de la naturaleza de las relaciones personales existentes entre los jefes y sus hombres, de las relaciones de fuerza establecidas entre los diferentes capitanes. Si, de manera general, la historiografía tradicional ha insistido ante todo sobre las cantidades atribuidas a cada uno, sobre su carácter inaudito en el contexto de la conquista americana, James Lockhart tiene razón al insistir sobre el hecho de que este reparto tenía que provocar, o avivar, tensiones a veces agudas y tenaces dentro del grupo español. El clan Pizarro acentuaba, o mostraba abiertamente, su dominio sobre «la empresa» peruana pues consideraba que le pertenecía. De Soto y Benalcázar, pero también sus hombres, podían sentirse poco favorecidos y en consecuencia querer, aún más que en el pasado, jugar su propio juego en el Perú o en otro sitio. No hablemos de Almagro y de los hombres que llegaron con él, que asistieron prácticamente como meros espectadores, desde luego despechados, a toda esta exposición de riquezas.

Quedaba otra opción, la de regresar a España, por decirlo así, después de haber hecho fortuna. Un riesgo importante que corrían todas las expediciones de conquista era ver que los soldados, en cuanto recibían su parte, las abandonaban, estimando haber logrado su objetivo. Habida cuenta de las cantidades repartidas en Cajamarca la tentación tuvo que ser fuerte en algunos, en los más viejos, los enfermos o los menos ambiciosos. Francisco Pizarro, cuya fuerza en hombres era limitada, veló porque no sucediese así. En el transcurso de los meses de julio y de agosto de 1533 autorizó finalmente el regreso a Europa a unos veinte hombres, no con el objetivo de satisfacer su deseo de volver a la tierra natal, sino con el

fin de que acompañasen a su hermano Hernando a España. A este se le encargó importantes misiones ante la Corona, así como impresionar favorablemente a aquellos que podrían sentirse atraídos por el Perú ante el espectáculo de las riquezas mostradas. Entre los personajes más conocidos de la expedición, dos recibieron el permiso de regresar, Mena y Salcedo. Tanto uno como el otro se sentían cada vez más marginados en la campaña y sentían un vivo despecho. Su partida era pues para Pizarro la solución ideal para un problema espinoso.

Finalmente, un año más tarde, a mediados de 1534, cuando la primera fase de las operaciones militares había terminado en su mayor parte y los refuerzos, deslumbrados por el éxito, llegaban al Perú de todas partes, Pizarro autorizó un nuevo retorno, más importante esta vez, de sus veteranos. James Lockhart estima que a comienzos del año 1535 unos sesenta hombres que estuvieron presentes en Cajamarca —o sea cerca de un tercio—, habían regresado al Viejo Continente.

La muerte del Inca

La atribución de las partes del botín a los hombres presentes durante la captura de Atahualpa vino, por decirlo así, a colmar sus esperanzas y recompensar sus esfuerzos y sus sufrimientos, que para algunos, ya duraban desde hacía años. Sin embargo, no trajo al campo español la calma que se habría podido esperar. Los soldados de Almagro estaban furiosos. De Soto, Benalcázar y su tropa se consideraban con razón muy mal recompensados. Incluso en las huestes de Pizarro la desigualdad de las partes y los criterios flotantes tomados en cuenta, unidos a la tendencia natural de todos y cada uno de sobrevaluar sus propios méritos y de desestimar los del otro, alimentaban y reavivaban las tensiones y los descontentos.

A todo esto vino a añadirse un elemento nuevo. Las informaciones, cada vez más numerosas, precisas y concordantes, daban cuenta de una grave amenaza: varios miles de indios en armas se escondían en los cerros de los alrededores de Cajamarca. Sólo esperaban refuerzos y una señal —que sin duda daría el entorno del Inca prisionero— para precipitarse sobre la ciudad, matar a los españoles y liberar a Atahualpa. En verdad, los primeros síntomas de este peligro se habían presentado incluso antes del reparto del botín. Por cierto, Challco Chima, el general *yana* que regresó a Cajamarca con Hernando Pizarro, había sido su primera víctima importante. Para hacerle confesar posibles complicidades, un grupo de españoles conducidos por Almagro y de Soto se habían apoderado de él, lo habían torturado, pero en vano, quemándole los pies. Salvó su vida por la intervención, no de Atahualpa, lo que habría sido natural, sino de Hernando Pizarro, quien, por decirlo así, se sentía responsable de su venida al campo español. Una precisión: más adelante, en cuanto Hernando Pizarro dejó Cajamarca para ir a España, Challco Chima fue detenido y sometido a una estrecha vigilancia.

Después del reparto del botín se duplicaron los centinelas. Los hombres vivían en estado de alerta continua y creían ver espías por todo lado. Los nervios estaban a flor de piel. Para saber a qué atenerse Pizarro pensó en enviar una cabalgata hacia Huamachuco, al sur, de donde podía venir el peligro, porque estaba claro que elementos del ejército de Atahualpa que hasta entonces luchaban contra Huáscar venían hacia Cajamarca. Cuando interrogó a su prisionero sobre estos rumores, o preparativos, el gobernador sólo obtuvo negativas. Sin embargo, los temores españoles no eran infundados. La tropa enemiga, sí que existía. Uno de los más sólidos apoyos de Atahualpa en la aristocracia inca, Cusi Yupanqui, había logrado incluso penetrar en Cajamarca y vivir escondido allí. Habiendo logrado entrar en contacto con el Inca prisionero, Cusi Yupanqui se esforzaba por tejer en el mayor secreto los hilos de una conspiración destinada a liberarlo, pero en vano. Por debilidad de carácter o exceso de confianza, Atahualpa no quería intentar nada, lo que seguramente no dejaría indiferentes a sus más ardientes partidarios.

Entretanto, el príncipe indígena Túpac Huallpa, que era uno de los hijos del Inca Huayna Capac —en consecuencia hermano de Atahualpa y de Huáscar, y partidario de este último—, llegó, al parecer de incógnito, al campamento español. Este jovencito representaba a la aristocracia cusqueña. Se puso bajo la protección de Pizarro quien lo alojó en sus aposentos. Túpac Huallpa explicó al gobernador las fechorías y los crímenes del Inca destituido, le precisó seguramente que éste no gozaba del apoyo de los jefes tradicionales fuera de su región de origen, es decir el norte del imperio. Los caciques presentes en Cajamarca no pudieron sino confirmarlo, así como también la amenaza de las tropas que se decía estaban escondidas en los cerros. Túpac Huallpa habría podido desempeñar un papel importante en razón de la muerte de Huáscar y del cautiverio de Atahualpa. Quizás lo pensó, o bien la aristocracia de Cusco lo hizo por él, porque se trataba de un hombre muy joven aparentemente sin mucho carácter ni experiencia. El hecho es que él no pesó de manera alguna en la continuación de los acontecimientos.

A partir de aquel momento, la posición de Atahualpa se hizo cada vez más precaria. La tropa española comenzó a reclamar abiertamente la muerte del Inca. No era la única. Cieza de León destaca que los partidarios de Huáscar pero también los *yanas*, los siervos de los Incas que pasaron al servicio de los españoles, trabajaban en este sentido ante sus nuevos amos. Los *yanas* no eran, por cierto, los últimos en querer la muerte de Atahualpa. Para ellos sería, así pensaban, una justa compensación después de siglos de servidumbre, y les abriría posibilidades hasta entonces prohibidas. Los testigos acusan también el juego turbio, las traducciones voluntariamente falseadas, las insinuaciones intencionales de Felipillo, el traductor principal de Francisco Pizarro, quien lo había llevado a España. Proveniente de una etnia de la costa norte del Perú que

había sufrido mucho con Atahualpa, se le había entregado, durante el reparto de mujeres indias la noche de la emboscada de Cajamarca, a una cautiva que resultó ser una de las hermanas del Inca. Por este motivo éste sintió un despecho muy profundo debido al origen humilde del intérprete e hizo nacer una muy fuerte enemistad entre los dos hombres.

Algunos cronistas explican que los conquistadores más favorables a la muerte de Atahualpa fueron los hombres de Almagro, pero esta afirmación es tal vez una manera de disculpar a Pizarro. De Soto tenía también su opinión sobre el tema. Él no estaba entre aquellos que querían eliminar al Inca, pero en ese momento se encontraba de exploración por Huamachuco. Desde hacía mucho tiempo ya, él había propuesto enviar al prisionero a España, o por lo menos a Panamá. La partida de Hernando Pizarro hacia la Península con la parte del botín que correspondía a la Corona le pareció una buena ocasión para hacerlo, pero no lo escucharon. Cieza de León piensa que la partida de Hernando Pizarro no fue buena tampoco para Atahualpa. Llega incluso a escribir que si el hermano del gobernador no hubiese retornado a España, el Inca no habría muerto. Sea como fuere, en esos momentos críticos, la cabalgata de Hernando de Soto por Huamachuco privaba en realidad a Atahualpa aunque no de su último apoyo, por lo menos de una voz que le era claramente favorable, y tenía el mérito de poder hacerse escuchar y de pesar, a la hora de la decisión. Juan José Vega escribe incluso que la cabalgata por Huamachuco fue una astucia de Pizarro para alejar a su incómodo socio cuyas ideas conocía bien en cuanto al futuro de Atahualpa.

Uno de los lugartenientes de Hernando de Soto que se quedó en Cajamarca, Pedro Cataño, intervino entonces ante el gobernador pidiéndole que no intente nada contra el Inca. Lo hizo públicamente y con un tono que les pareció a muchos excesivo, y por consiguiente inadmisible. Pizarro, quien sin duda opinó de la misma manera, hizo apresar a Cataño inmediatamente. Almagro, cuya opinión sobre el problema ya conocemos, pero a quien le importaba el buen entendimiento entre los grupos españoles, intervino para reconciliar a los dos hombres. Pizarro se mostró magnánimo. Otorgó su perdón, pero como llegaron noticias muy alarmantes, Almagro le habría reprochado severamente al gobernador no hacer nada y poner en peligro al conjunto de la hueste.

Los acontecimientos se aceleraron. El 26 de julio, Pizarro reunió a sus lugartenientes en una suerte de consejo de guerra y se decidió la muerte de Atahualpa. El Inca fue informado por boca del notario de la expedición, Pedro Sancho, quien le leyó al prisionero los considerandos de la sentencia, es decir los cargos retenidos contra él, particularmente la muerte de Huáscar y las traiciones para con los españoles. Aunque Atahualpa no comprendió seguramente los detalles de la traducción que se le hizo, captó lo esencial y solicitó ver al gobernador quien se negó a ello.

Los españoles en armas fueron reunidos en la plaza de Cajamarca, tanto para rendir los últimos honores al soberano destituido como en previsión de una reacción desesperada de los indios. El Inca apareció con las manos atadas a la espalda, con una cadena en el cuello, rodeado por fray Vicente de Valverde quien abría la marcha, el tesorero Riquelme, el capitán Juan de Salcedo, el alcalde mayor Juan de Porras, y desde luego por hombres armados. Atahualpa parecía no creer lo que le estaba sucediendo e interrogaba en este sentido a los hombres que lo llevaban. Propuso incluso reunir un nuevo rescate más importante que el primero.

Al llegar al centro de la plaza, el Inca fue amarrado a un tronco y se colocaron a sus pies haces de leña, pues se había tomado la decisión de quemarlo vivo por idólatra. Vicente de Valverde no cesaba de exhortarlo a morir habiendo recibido los santos sacramentos. Atahualpa habría preguntado adónde iban los cristianos después de su muerte. Frente a la respuesta que eran enterrados en una iglesia, el Inca habría entonces declarado su voluntad de ser cristiano. Fray Vicente lo bautizó inmediatamente con el nombre de Juan o de Francisco, las fuentes varían. En vista de este cambio súbito, Pizarro decidió inmediatamente conmutar no la pena sino las condiciones de su ejecución. Atahualpa no moriría quemado vivo sino estrangulado y con la nuca rota por el garrote, de manos de esclavos encargados de este tipo de tareas. Los numerosos indios que asistieron a la ejecución se dejaron caer al suelo y permanecieron postrados, como si estuviesen borrachos, dice Pedro Pizarro.

El cuerpo del ajusticiado, cuya cabellera fue quemada, permaneció toda la noche amarrado al tronco sin que nadie se acerque. Al día siguiente, un domingo, fue llevado hacia el edificio que servía de iglesia provisional. En la puerta, Pizarro, vestido de negro y con el sombrero en la mano, lo esperaba junto con sus lugartenientes y los oficiales reales que representaban al Rey. El cadáver fue depositado en un catafalco. Los españoles presentes oraron por el descanso del alma del difunto. Parece incluso que se vio entre los asistentes a numerosos hombres con lágrimas, que se escucharon suspiros y gemidos. Almagro estaba impasible, Pizarro también, pero circuló un rumor según el cual, se le había visto llorar en el momento de ordenar la muerte del Inca.

Cuando estaba finalizando la misa, varias mujeres del séquito de Atahualpa, esposas y allegadas, vinieron a interrumpir el oficio pidiendo morir con él. Devueltas al aposento del Inca difunto, se abandonaron ruidosamente a su dolor y algunas se suicidaron con sus sirvientas. Cieza de León destaca con cierto asco este desorden, y cuenta que los españoles comenzando por el mismo Pizarro, se repartieron sin tardar las esposas y las parientes del Inca difunto.

A menudo presentada como una reacción brutal y cruel —casi un reflejo condicionado— de la soldadesca, la muerte de Atahualpa estuvo, muy por

el contrario, en el centro de un juego sutil y complejo de tensiones entre los jefes y las facciones que ellos conducían. Las divergencias sobre qué posición adoptar respecto al Inca destituido implicaban en cada uno de ellos muchas otras realidades: el reparto del poder y de sus beneficios en el seno de la hueste de la Conquista, el enfrentamiento de personalidades excepcionales y contrastadas, pero en un plano más prospectivo, el sentido de la política a llevar en el país que se iba a conquistar. Durante sus meses de cautiverio, la actitud de Atahualpa parece haber sido también indecisa, en cuanto a su comportamiento frente a los españoles y a los apoyos con los cuales le era posible jugar en el mundo indígena. No podía ser de otra manera, si se toma en cuenta el extraordinario choque de culturas y de mentalidades que significó para él este giro inesperado de su destino.

Para los españoles, la supervivencia del Inca significaba, de una o de otra manera, una sociedad de colaboración con las elites indígenas, con todas las dificultades y los riesgos que aquello representaba. Los meses de cautiverio de Atahualpa en Cajamarca lo habían demostrado en varios planos. Su desaparición significaba, por el contrario, una ruptura definitiva. Indicaba claramente a todos, y en primer lugar a los indios, que los españoles pensaban ser los únicos dueños del juego y construir un mundo en el que serían tomados en cuenta solo sus intereses.

Frente a esta alternativa, Francisco Pizarro parece haber adoptado durante mucho tiempo una posición intermedia, resultado de sus interrogantes y de sus dudas. A excepción de Cristóbal de Mena que tenía algunas razones personales para tenerle rencor al gobernador,

8
Hacia el ombligo del mundo

Los dos Incas rivales habían muerto asesinados, se había alejado aparentemente la amenaza del ejército de Atahualpa, buena parte de la aristocracia indígena se había rendido, importantes refuerzos habían llegado de Panamá, se había repartido un botín que superaba, y con mucho, las esperanzas más excesivas. Todos estos elementos eran muy alentadores para poder continuar y permitían a los españoles pensar que el resto de su campaña iba por buen camino. Sin embargo, todo o casi todo quedaba por hacer. La hueste de Pizarro no controlaba más que una pequeña parte del Imperio Inca, cuya capital se encontraba todavía a más de mil quinientos kilómetros, al cabo de un viaje que tenía que atravesar regiones en principio favorables a Huáscar. Aún no había sido instalada ninguna estructura verdaderamente colonial en el país. No había todavía establecimiento europeo estable en el Perú, excepto en San Miguel de Piura.

Ahora que estaba a la cabeza de unos cuatrocientos soldados españoles, y con una coyuntura favorable en todos sus aspectos, había llegado el momento para Pizarro de adentrarse en los Andes y de marchar hacia el sur.

Túpac Huallpa, el Inca fantoche

El problema dinástico de los incas había ocupado hasta ese momento el centro de la política española, y la actitud de Atahualpa les había facilitado muchas cosas. En vista de que los dos candidatos enemigos al trono de Cusco habían desaparecido, tanto para tratar con consideración a la aristocracia indígena

como para poder apoyarse en el aparato de Estado del Imperio cusqueño, Pizarro pensó en darle a este último de nuevo un Inca. Esta era también una manera de parar en seco el gran descontento que manifestó Hernando de Soto cuando, a su regreso de Huamachuco, se encontró frente al hecho consumado y le reprochó severamente a Pizarro y a Almagro la ejecución de Atahualpa.

Después de haber hablado de ello con los orejones presentes en Cajamarca, el gobernador decidió poner sobre el trono, e investir en calidad de Inca, al joven Túpac Huallpa. A los españoles les parecía que él reunía todas las cualidades del candidato ideal. Era hijo de Huayna Cápac, como Huáscar y Atahualpa, representaba la legitimidad cusqueña, y la desaparición de Huáscar hacía de él «un señor natural del país» totalmente aceptable para los indios como para el formalismo jurídico español. Por otro lado, para Pizarro y los suyos, Túpac Huallpa ofrecía otra importante ventaja. Muy joven, obviamente sin experiencia política, desde su llegada a Cajamarca en donde vivió bajo la estrecha protección del gobernador, nunca mostró cualquier veleidad de independencia, ni la menor capacidad de decisión. ¿Qué más se podía pedir?

Se decidió pues que Túpac Huallpa (llamado Toparpa o Tobalipa por los españoles) sería Inca. Como, de momento, era impensable entronizarlo en Cusco, se organizó una ceremonia en la misma Cajamarca. Los conquistadores reunidos y los orejones presentes lo reconocieron como emperador, siguiendo el mismo ceremonial que para sus ancestros, dice Cieza de León. Su trono, la *tiana* de los Incas, fue colocado frente a la residencia ocupada por Pizarro. Uno tras otro, los jefes indígenas con tocados de coronas de plumas vinieron a saludarlo y a rendirle homenaje. De acuerdo con la tradición de Cusco, se sacrificó una llama de color blanco inmaculado. Luego, el Inca se retiró para el ayuno tradicional en esta circunstancia y que se supone marcaba el duelo del precedente soberano. Otras festividades, con bailes y cantos acompañaron esta suerte de coronación. Los caciques fueron invitados a un gran banquete al que le hicieron honor.

Los españoles, Pizarro y sus capitanes a la cabeza, asistieron a todo. Para dar más solemnidad al acontecimiento que estaban creando, se vistieron con sus trajes más bellos. El alférez estaba ahí con el estandarte real. Túpac Huallpa, reconocido, manifestó su profundo deseo de ponerse bajo la protección del emperador Carlos V, rey de Castilla y de León. Hubo un intercambio de regalos. El nuevo Inca entregó a Pizarro magníficos objetos de plumas blancas que le habían regalado los caciques. Después, antes de separarse los dos hombres se abrazaron efusivamente.

Al día siguiente tuvo lugar una nueva ceremonia, más política. Pizarro hizo un discurso a los caciques para convencerlos de sus deberes para con el soberano español. Luego, tomó el estandarte de Castilla y de León y lo blandió «una,

dos y tres veces" según la fórmula consagrada. A su solicitud, el Inca y los jefes presentes lo imitaron de buena gana, y luego le dieron un abrazo. Para dejar una huella oficial de la ceremonia, el gobernador hizo levantar un acta al notario de la expedición.

Las apariencias —pero solo las apariencias— se habían salvado. Todo esto no era más que un pálido reflejo, digamos más bien una mala parodia, de las ceremonias que solían acompañar el advenimiento de un Inca en Cusco. No hubo nada de ello, ni el lujo ni la abigarrada multitud de los caciques representantes de los cuatro *suyus* del imperio, ni el fervor del pueblo, ni el significado religioso de las ceremonias en las partes altas de una ciudad, Cusco, cuya organización del espacio, así como la de sus alrededores, estaba impregnada de cargas simbólicas muy fuertes y antiguas[1].

¿Durante cuánto tiempo Túpac Huallpa, con la inexperiencia y la inocuidad mostradas, sería un Inca fantoche entre las manos de Pizarro? ¿Cuál iba a ser su futuro dentro de la larga lista de soberanos coronados, o que regresaron a su país, gracias a las armas del ejército extranjero que lo ocupaba?

Benalcázar y Hernando Pizarro

Antes de emprender su largo periplo hacia Cusco, Francisco Pizarro tomó una decisión de primerísima importancia. Designó a Sebastián de Benalcázar lugarteniente del gobernador, es decir de él mismo, para la ciudad de San Miguel de Piura. Este nombramiento beneficiaba a Pizarro. Apartaba del triunfo que se esperaba de la marcha hacia la capital inca a un aliado ciertamente siempre eficaz, pero de trato difícil, en general insatisfecho de la suerte y de las partes que se le habían reservado. Sin embargo, no se trataba de ofrecerle un exilio algo dorado. San Miguel de Piura, única ciudad fundada hasta ahora por los españoles, era esencial en el aún flojo dispositivo de los conquistadores. Como éstos se habían adentrado en la cordillera y, recorriéndola, pensaban llegar hasta Cusco, el puerto de San Miguel de Piura, Paita, era el único por donde llegaban el material, los refuerzos y las noticias provenientes de Panamá y desde donde volvían a partir los navíos hacia el Istmo. La ciudad tenía que estar pues en manos confiables, sobre todo porque la noticia de la muerte de Atahualpa agitaba a las poblaciones indias del norte en donde el Inca difunto sólo tenía ardientes partidarios.

Pero no nos alejemos del objeto de estas páginas. Sin entrar demasiado en detalles pero sí destacando un conjunto de comportamientos y de cálculos

[1] Para esta organización, véanse Tom Zuidema, *La Civilisation inca au Cuzco,* París, 1986, en particular las lecciones IV y V, pp. 67-99, y Matti Pärssinen, *Tawantinsuyu, el Estado inca y su organización,* Lima, 2003, cap. V.

muy reveladores, digamos que Benalcázar iba a dar pronto un giro inesperado a su misión. El gobernador había sido informado, o temía, que vengan otras expediciones españolas atraídas por el éxito, y busquen conquistar tierras aún inexploradas. Según Pedro Pizarro, le habría encargado a Benalcázar que se les adelante y se adueñe del norte del imperio de los incas. En términos más retorcidos, Cieza de León presenta otra versión preferida en general por los historiadores. Benalcázar, desde hacía mucho tiempo, estaba deseoso de lanzarse por su cuenta. Cuando supo que una nueva expedición procedente de Nicaragua llegaría pronto al Perú, pensó que seguramente ésta no intentaría seguir de lejos las huellas —en consecuencia sin esperanza de beneficio— de la hueste de Pizarro que caminaba hacia Cusco. La única región en donde podría ejercer sus ambiciones sería el norte del imperio del que los conquistadores habían escuchado que era una región casi mítica y en la que se podía contar con un botín mayor al conseguido en Cajamarca. Ahí era también en donde se había replegado Rumi Ñahui, el célebre general *yana* cuyos consejos no había querido escuchar Atahualpa la víspera de su captura.

La ocasión era demasiado buena. Sebastián de Benalcázar no la dejó pasar. Se hizo dar un poder por el concejo municipal de Piura —que no podía negarle nada— para ir a la conquista del norte del imperio Inca, con el pretexto de que alejaría así las amenazas que pesaban sobre la ciudad. Él pensaba que de esta manera se cubría frente a Pizarro pues abandonaba, ni más ni menos, el puesto que el gobernador le había confiado. Durante este tiempo, Benalcázar invirtió su parte del botín de Cajamarca en comprar caballos y en equipar hombres y, apenas pudo, se fue a conquistar Quito. Pero esta es ya otra historia[2].

Otros personajes hasta ese entonces importantes en la expedición de conquista no tomaron tampoco la dirección de Cusco, pero por otras razones. Vimos en el capítulo anterior que en el mes de julio los capitanes Cristóbal de Mena y Juan de Salcedo, cada vez más descontentos del papel subalterno en que estaban confinados, habían pedido volver a España así como también unos veinte soldados, en general de edad avanzada, con largas hojas de servicio en América y deseosos de retornar al país después de haber hecho fortuna. No obstante, la partida más notable fue la de Hernando Pizarro. Desde su llegada a las Indias, el mayor de los hermanos del gobernador había ejercido un gran ascendiente en la conducción de los acontecimientos. Algunos historiadores han llegado incluso a decir que manipulaba a Francisco, cosa que parece completamente exagerada. Sin embargo, había desempeñado un papel central en el dispositivo español en

[2] Para la primera campaña de Sebastián de Benalcázar, véase Pedro Cieza de León, *Descubrimiento y conquista del Perú, op. cit.,* cap. LVII-LX.

el Perú, en tanto que consejero de su hermano, pero también en el plano militar en su calidad de capitán de la caballería y sobre todo de teniente general. Este lugar preponderante, añadido a su fuerte carácter fácilmente excesivo, no le había ganado solo amigos en la expedición, en particular entre los cuadros. Sin embargo, su partida a España no se parecía en nada a un exilio, muy al contrario. Les pareció a los Pizarro que había llegado el momento de ir a la Corte para dar cuenta al soberano del éxito de la expedición, hacerle saber todo lo que se podía esperar todavía de ella, neutralizar eventuales críticas que no dejarían de ser formuladas y negociar nuevas ventajas, nuevos favores, tanto para su clan como para él. En este último punto Hernando iba a ser particularmente eficaz. A su retorno al Perú, su posición se vería de nuevo singularmente reforzada.

La escala en el Istmo del hermano del gobernador y de los hombres que le acompañaban suscitó, ni dudarlo, una enorme curiosidad. Por vez primera, se podía ver a los actores de la increíble aventura peruana, escuchar de su boca testimonios precisos sobre lo que había ocurrido allí, sobre este lejano país tan diferente del resto de la América hasta entonces conocida. Se podían ver también las riquezas que estaban llevando a España que superaban todo lo que se había visto e incluso podido imaginar hasta entonces, aún cuando, como relata Francisco de Jerez, una parte del metal precioso de algunos soldados se había volatilizado en el camino entre Cajamarca y San Miguel de Piura. Unos indios que conducían las llamas sobre cuyo lomo se había colocado la carga se escabulleron con su precioso cargamento. El cronista estima las pérdidas en veinticinco mil pesos de Castilla.

El paso de Hernando Pizarro y de sus hombres por Panamá y por Nombre de Dios suscitó, evidentemente, muchas vocaciones en el Istmo entonces en plena crisis, pero también en Nicaragua donde los beneficios de la Conquista eran cada vez más escasos. Francisco de Jerez, secretario de Francisco Pizarro, hace cuentas precisas de las cantidades que se llevaron a España. En cuatro navíos que llegaron a Sevilla entre el inicio del mes de diciembre de 1533 y junio de 1534, y que contenían tanto el metal de los soldados que regresaban como el quinto real, se cuenta 708 580 pesos de oro, es decir más de tres toneladas, y 49 008 marcos de plata, más de once toneladas. Solamente en lo que respecta al quinto real transportado por Hernando Pizarro, Francisco de Jerez está, por cierto, netamente por debajo de la verdad. Los documentos oficiales de la Casa de Contratación, organismo encargado de la contabilidad fiscal entre la metrópoli y América, registraron 150 000 pesos de oro (682 kilogramos) y 5 000 marcos de plata (1,15 toneladas). Según una crónica francesa anónima bien informada, Hernando Pizarro no había podido llevar más, por falta de navíos. Esta misma fuente presenta a continuación una larga lista de objetos de oro que se trajo de regalo al soberano, lista conforme, en su mayor parte, con la Relación oficial

que por cierto se posee. Allí se encuentran particularmente, unos veinte jarrones grandes de medio dedo de espesor y que podían contener siete baldes de agua cada uno, una docena de tableros destinados a decorar puertas y bancos, cerca de un centenar de bandejas grandes y chicas, diecisiete paquetes y dos bolsas grandes de piezas variadas, cajas de metal precioso, una escribanía, representaciones de pájaros, de saurios, de mazorcas de maíz, tambores de guerra, estatuas de mujeres y de hombres —de las cuales una era del tamaño de un niño de diez años—, carcajes, espejos de metal pulido, calderos, tapas de ánforas, medallas, recipientes diversos. Había también numerosos objetos de la misma naturaleza pero de plata, veintidós camisas bordadas con oro y plata realzadas de plumas «a la moda del país», y veintisiete abrigos «del corte más extraño que se haya podido ver»[3].

Doscientas cincuenta leguas en los Andes (agosto-noviembre de 1533)

La columna comandada por Francisco Pizarro partió el 11 de agosto de 1533 es decir unos nueve meses después de su llegada a Cajamarca. No estaba enterada de que tenía por delante aún tres meses de camino antes de llegar a Cusco, la capital de los incas.

La lentitud del avance se explica de múltiples maneras. El trayecto escogido fue aquel que tomaba el gran camino de los incas que unía Cusco con el norte del imperio. Estaba pues bien señalado y era relativamente cómodo, pero a diferencia de lo que había sucedido entre Tumbes y Cajamarca, los hombres de Pizarro ya no constituían solamente una tropa ligera en cuanto a sus efectivos y esencialmente militar. Ahora, había cerca de cuatrocientos soldados españoles, un gran número de auxiliares indígenas reclutados en el camino pero también traídos de Nicaragua, esclavos negros (los negros de guerra) cuyo aspecto aterrorizaba a los indios, un número incalculable de cargadores y de llamas que transportaban los equipajes y los bienes personales de los soldados, servidores, concubinas, y, claro está, además, el nuevo Inca, su familia y su «corte». Todo aquello debía alargarse sobre kilómetros, y obligaba a ritmar la marcha en base a los más lentos. Según una técnica ya empleada durante la primera parte de la campaña, a la cabeza iban los jinetes, comandados en general por Almagro. Su movilidad y su rapidez de intervención servían para explorar al país y expulsar y perseguir a eventuales enemigos. En el centro, se encontraba el grueso de la tropa de los peones y, detrás, la infinita columna de los servidores y de los cargadores.

[3] *Nouvelles certaines des isles du Perú,* Lyon, 1534.

El comienzo del viaje se desarrolló sin mayores problemas. El camino era conocido por los españoles hasta Huamachuco, visitada algunos meses antes por de Soto y Hernando Pizarro. Allí la hueste fue bien recibida. El gobernador, dice Cieza de León, dio la orden a sus hombres de no importunar a la población. No era visible señal alguna de resistencia verdadera de parte de los restos del ejército de Atahualpa aún presentes en la región, pero que aparentemente trataban de regresar a sus bases de Quito. De vez en cuando, en las alturas y fuera del alcance de los españoles, algunos guerreros insultaban a los invasores, pero huían muy rápido en cuanto veían venir a su encuentro a los soldados. Un príncipe imperial Huari Tito, fiel aliado de los españoles y a quien Pizarro había enviado por delante para supervisar el despeje del camino y la reparación de los puentes colgantes, cayó en una emboscada y fue muerto por los hombres del general Quizquiz, quien dirigía a las tropas aún en pie de guerra. Pizarro y sus capitanes, empujados por algunos de sus consejeros indígenas, presintieron que el general Challco Chima, aunque era su prisionero, permanecía en contacto con sus antiguos soldados, y seguía siendo en realidad el alma de la resistencia india. Se decidió pues someter al general *yana* a una vigilancia aún más estrecha.

La progresión se hizo alternando pasos relativamente fáciles y otros mucho más problemáticos. Un ejemplo del primer tipo fue el Callejón de Huaylas, ese largo valle longitudinal bordeado al este por la magnifica Cordillera Blanca donde se encuentran las cumbres más altas del Perú con más de 6 500 metros de altura. Pertenece al segundo tipo el trayecto que tomó la hueste cuando dejó el callejón y se internó por un camino de paisajes extraordinariamente escarpados que parecían llegar hasta las nubes y luego perderse en las profundidades de valles sin fondo, dice Cieza de León. Hubo incluso que atravesar pasos nevados que, según la misma fuente, produjeron angustia a los españoles aun cuando el camino de los incas estaba tan bien trazado y construido sobre las pendientes que no se sentía casi lo atormentado del relieve. De manera general, las etnias indígenas con que se encontraron se mostraban favorables, como los huaylas que espontáneamente se pusieron al servicio de los españoles y les proveyeron los cargadores necesarios. Incluso un cacique huanca, Huacrapáucar, vino del sur junto con sus hombres para someterse a los españoles.

A veces, los soldados tenían gratas sorpresas. Así, en Chocamarca, en un tambo del camino de los incas, encontraron una buena cantidad de oro destinada al rescate de Atahualpa pero que, por razones desconocidas, no había llegado a Cajamarca y había sido abandonada en el camino. A pesar de todo, una angustia lancinante debido al peligro enemigo asaltaba a los españoles. Cerca de Tarma, la hueste fue informada de la llegada inminente de un gran número de escuadrones enemigos. Después de deliberar rápidamente con sus capitanes Pizarro decidió abandonar precipitadamente el campamento e hizo formar a sus hombres

en orden de batalla sobre una llanura alta muy fría donde pasaron la noche esperando en vano el asalto enemigo. Los españoles sospecharon después que los indios del lugar habían dado esta falsa noticia para obligarlos a dejar su pueblo. A la entrada de Tarma, un jefe militar fiel a Atahualpa, Yucra Huallpa, a la cabeza de soldados oriundos del norte, trató de detener la columna española, pero los caciques locales, opuestos desde siempre a la hegemonía de los incas, se negaron. El proyecto ni siquiera llegó a conocer un inicio de realización y Yucra Huallpa se replegó hacia el sur.

Consciente de que había que mostrarse aún más prudente, Pizarro envió por delante un fuerte elemento de caballería bajo las órdenes de Almagro secundado por Pedro de Candia, Juan Pizarro y Hernando de Soto. Poco después desembocaron estos en un nuevo valle longitudinal, el del río Mantaro, el granero de los Andes centrales, cuya belleza y riqueza los deslumbraron después de la ruda travesía de las desoladas alturas de la cordillera. Los jinetes entraron efectivamente en contacto con escuadrones enemigos que, pese a insultarlos a distancia, según su costumbre, buscaban sobre todo evitarlos. Se creyeron a salvo pasando a la otra orilla del río. Aunque éste se encontraba en época de crecida, Hernando de Soto y algunos hombres lograron pasar y cortarles la retirada. Atenazados entre de Soto, Almagro que les pisaba los talones y Juan Pizarro quien, al seguir por la orilla, les impedía pasar a la otra banda, los indios fueron despedazados. Había sangre y cadáveres por todo lado, nos dice Cieza de León. Al final, los españoles cansados de pelear, regresaron donde el grueso de la hueste que estaba llegando al valle.

El botín no estuvo a la altura de sus esperanzas. Los españoles sospecharon que los caciques se habían llevado o escondido muchas cosas. El incendio de la principal aglomeración del valle, Jauja, ordenada por Yucra Huallpa, causó también grandes pérdidas. Hubo algunos sangrientos combates callejeros en la ciudad con los últimos defensores. Sin embargo, la tropa pudo encontrar alimentos en abundancia y cientos de fardos de tejidos que fueron los bienvenidos. El templo del sol proporcionó un poco de oro y de plata, pero también las vírgenes que lo servían, mientras tanto los jinetes recorrían los alrededores y aterrorizaban a las poblaciones ahora indefensas.

Pizarro permaneció aproximadamente unos quince días en Jauja. Su estancia fue marcada por dos acontecimientos de naturaleza muy diferente. Desde mucho tiempo atrás, se le había informado al gobernador de que las comarcas al sur de Jauja y por las que iba a tener que pasar, estaban pobladas por etnias tradicionalmente enemigas de los incas desde que éstos las sojuzgaron. Entonces, se esmeró en ganar su alianza, sobre todo la de los huancas, la más importante. Los jefes tradicionales, reticentes al principio, terminaron encontrándose con Pizarro y sellaron con él una suerte de alianza, cuya solidez atempera Cieza de

León al precisar que dichos caciques respondieron a Pizarro lo que, a su parecer convenía para estar tranquilos. Sean cuales fueran realmente sus sentimientos al respecto, esta suerte de pacto facilitó enormemente la empresa de los españoles en la segunda mitad de su trayecto hacia Cusco.

Si, por un lado, los asuntos referentes a los indios se arreglaban para Pizarro de la manera más ventajosa para él, un segundo acontecimiento vino a complicarlos y a darles un giro inesperado. Durante la estancia en Jauja, Tupac Huallpa, el Inca fantoche, cayó enfermo y murió. Cieza de León afirma que Pizarro se sintió muy afligido por ello porque el difunto le había demostrado una buena amistad. Sin duda, más que la pérdida de un «amigo», el gobernador lamentó la desaparición de un símbolo político cuya docilidad le era muy útil y a quien tenía pensado utilizar en su ingreso en Cusco, objetivo de su viaje. En cierta medida, en lo de la legitimidad que Tupac Huallpa supuestamente debía representar al lado de los españoles, había que empezar todo de nuevo. Los ánimos se caldearon, por cierto, en torno a esta muerte. Desde mucho antes, sospechoso de confabularse con los enemigos de los españoles, de tenerlos informados y quizás hasta de comandarlos en secreto, Challco Chima fue acusado abiertamente de haber asesinado al Inca. Algunos recordaban haberlo visto dando de beber a Tupac Huallpa poco antes de su sospechosa muerte. Otros hicieron remontar más atrás las malas intenciones del general *yana*. Afirmaban que Challco Chima, ya desde Cajamarca, había envenenado poco a poco al soberano para castigarlo por su alianza con Pizarro y privar al gobernador del apoyo decisivo que él representaba.

Muy consciente de la gran utilidad, para los fines que perseguía, de tener un soberano indígena a su lado, el gobernador optó por buscarle sin demora un sustituto al Inca difunto. A este efecto reunió a los miembros de la aristocracia indígena presentes en Jauja. Se produjo entonces una discusión muy acalorada. Los orejones de Cusco apoyaron enérgicamente a un candidato perteneciente a las *panacas* de la capital. Propusieron a un hermano de Tupac Huallpa, llamado Manco. Challco Chima participaba en el debate a pesar de las sospechas que pesaban sobre él. Como era previsible, adelantó la candidatura de un hijo de Atahualpa que residía entonces en Quito, Atítoc. El general *yana* gozaba de un estatuto que podría parecer sorprendente. De hecho, según parece, Pizarro le tenía siempre consideración. El gobernador seguía convencido de su capacidad de hacer daño y del poder que tenía aún sobre los restos del ejército de Atahualpa con el que un día u otro los españoles tendrían que enfrentarse antes de llegar a Cusco. ¿Tal vez terminaría el general *yana* convenciendo a sus partidarios de entregar las armas o de escabullirse? A solicitud de Challco Chima, Pizarro le hizo incluso retirar la cadena que llevaba al cuello desde Cajamarca. Según el ex general, la cadena hacía pensar a los indios que él no era libre de sus movimientos y que sólo era uno de otros tantos prisioneros de los españoles.

Frente a este nuevo avatar dinástico, el gobernador terminó adoptando una posición no carente de duplicidad. Simuló inclinarse por el candidato cusqueño y pidió a los orejones que hagan venir ante él al príncipe de su elección mientras que, a espaldas suyas, decía a Challco Chima que haga lo mismo con Atítoc. Pedro Sancho, secretario de Pizarro, revela esta actitud para decir lo menos, retorcida. En todo caso, muestra el juego que el gobernador pensaba hacer con los diferentes linajes imperiales, controlándolos y utilizando sus rivalidades asesinas, un juego que le había servido tanto durante el enfrentamiento entre Huáscar y Atahualpa.

El tiempo apremiaba. Cusco estaba todavía lejos, pero en el norte las cosas no andaban bien. Se supo que Cusi Yupanqui había retomado Cajamarca, la había destruido y se había llevado el cadáver de Atahualpa hacia Tomebamba. Pizarro tomó entonces varias decisiones importantes en cuanto a las acciones futuras. Convencido de la necesidad de un segundo polo español, pensó en fundar una ciudad en Jauja. El único centro colonial que existía entonces, San Miguel de Piura, se hallaba ahora a cerca de doscientas leguas al norte. Sin duda obligado por la urgencia, el gobernador no procedió a fundar oficialmente la ciudad, cosa que había hecho en San Miguel, pero dejó allí un buen contingente, unos ochenta soldados entre los cuales cuarenta jinetes, bajo las órdenes del tesorero Riquelme. Los hombres que continuaban hacia Cusco dejaron sus equipajes, en particular el oro que les correspondía del rescate de Atahualpa, porque ahora era necesario ir rápido y ya no entorpecerse de manera desconsiderada.

Por otro lado, Pizarro despachó hacia la costa, hacia Pachacamac, a un grupo de hombres a caballo para que exploren los oasis cercanos, juzguen las posibilidades de instalación futura de un puerto cuya necesidad se hacía sentir cada vez más, y así se evite el largo y penoso trayecto cordillerano desde Paita. Los jinetes plantaron cruces a su paso, tanto para tomar posesión de esa zona en nombre de Dios y del rey de Castilla, como también para señalar su paso a otros españoles que habían partido en busca de una vía alternativa a la de los Andes para unirse con la columna de Pizarro. Remontaron hacia el norte, seguramente hasta el valle de Chancay. Entretanto, los exploradores encontraron por azar a un pelotón de jinetes españoles, comandados por Gabriel de Rojas y que descendían por la costa desde San Miguel de Piura hacia el sur para establecer el contacto del que hablamos. Poco después, cinco o seis jinetes partieron hacia el sur y fueron hasta Chincha, a solicitud de los indios de este valle que acababan de ser atacados por soldados del general *yana* Quizquiz, siempre fiel a Atahualpa, y que comandaba los restos de su ejército en la mitad meridional del país.

Finalmente, en el plano militar, el 23 de octubre, Pizarro envió por delante de su tropa a un fuerte escuadrón de caballería dirigido por Hernando de Soto, con la orden formal, al cabo de su viaje, de no ingresar en la capital de los incas y esperar si fuese necesario tres o cuatro días.

Pizarro y el grueso de sus hombres dejaron Jauja el 27 de octubre. De Soto avanzó sin dificultad. Las etnias cuyos territorios atravesaba, soras, ancaraes y pocras, eran también enemigas juradas de los incas quienes, en el siglo anterior, las habían sometido sin ninguna consideración. No obstante, Pizarro supo pronto que Hernando de Soto, a pesar de la ayuda de sus auxiliares indígenas, había encontrado fuerte resistencia en Vilcashuamán. Sus hombres, al verse en dificultades, tuvieron que refugiarse en la fortaleza inca. Hubo varios asaltos de una y otra parte, con mucha sangre india. Finalmente, los españoles consiguieron salvarse cuando liberaron a las mujeres del lugar que habían capturado, algo que calmó el ardor del enemigo y lo llevó a desaparecer.

Mientras más se acercaban a Cusco los españoles, los partidarios de Atahualpa se mostraban más eficaces y numerosos, aunque, como las etnias anteriores —y por las mismas razones— los chancas de la región de Andahuaylas se aliaron con los invasores. Pizarro envió a de Soto un refuerzo de treinta jinetes con Diego de Almagro a la cabeza, pero pronto recibió un nuevo mensaje de su capitán informándolo no ya de dificultades sino de un verdadero revés en Vilconga, el 9 de noviembre. Hernando de Soto fue, una vez más, presumido en demasía. Él quería, a cualquier precio y pese a las órdenes recibidas, ser el primero en ingresar en Cusco, incluso a riesgo de graves imprudencias. Pedro Pizarro afirma que, habiéndose enterado de la cercanía de Almagro, en lugar de esperarlo, de Soto había corrido las etapas. Había llegado frente a los indios con una caballería extenuada que tuvo que atacar en una fuerte pendiente cuya cima estaba en manos de aquellos, por ende, en las peores condiciones. Murieron cinco españoles y quedaron heridos diecisiete. Perdieron unos quince caballos, algo que ocurría por primera vez. Aparentemente los indios ya no tenían miedo y combatían cuerpo a cuerpo entre los soldados y sus monturas. Luego de una noche de angustia para los españoles, los salvó el anuncio de la llegada de Almagro que hizo salir corriendo a los hombres de Quizquiz. A continuación, Pizarro, aconsejado por su socio, evitó sancionar a de Soto, un capitán valioso a pesar de todo.

Ignorando si los refuerzos habían conseguido unirse a de Soto, el gobernador y sus hombres trataron a marcha forzada de ir a prestarles ayuda. El avance era muy difícil. En esta región, los Andes no presentan, como en el norte, grandes valles longitudinales para facilitar la penetración. La cordillera, de manera general, es también más alta y los valles son particularmente encajonados. El enemigo había incendiado los puentes colgantes de cuerdas. No quedaba sino bajar hasta los ríos, buscar balsas, hacer pasar los caballos a nado, a veces agarrándose de ellos y después subir las interminables pendientes.

Exasperada, seguramente muy tensa también por la cercanía del descubrimiento de Cusco del que esperaba tanto pero ignoraba qué recibimiento tendría, la tropa española veía en todas sus desgracias la mano de Challco Chima. Pizarro

lo amenazó con el peor castigo y le hizo poner de nuevo las cadenas. Algunos días después, los españoles llegaron a Jaquijaguana, casi en vistas de Cusco. Ahí, a Pizarro y a sus hombres les esperaba una sorpresa. Manco Inca Yupanqui, el heredero del imperio que habían propuesto los orejones de Cusco reunidos en Jauja, se presentó ante Pizarro, para ponerse por decirlo así bajo su protección y hacerse reconocer por él. Era un jovencito, casi un adolescente, como su predecesor, Tupac Huallpa, sin ninguna experiencia política, manipulado por su entorno. Challco Chima fue la primera víctima de este acercamiento. Como en el caso de Atahualpa, los cronistas insisten en el hecho de que su muerte fue solicitada por Almagro a Pizarro. El general *yana* polarizaba, con razón seguramente, el odio de los soldados y de sus aliados indios. Además, si los españoles se apoyaban tan abiertamente en la aristocracia de Cusco, Challco Chima ya no servía para nada, su muerte se convertía incluso en una buena garantía que se daba a los orejones de Cusco. Challco Chima fue pues conducido a la hoguera para ser quemado vivo. A diferencia de Atahualpa, se negó a convertirse como se lo sugirió fray Vicente de Valverde y pereció en las llamas.

En Jaquijuagana, en medio de una bella comarca muy poblada y cubierta de cultivos, la hueste española encontró unos depósitos estatales abundantemente abastecidos. También capturó a doscientas vírgenes del sol. Pizarro dio la orden de no cargar con semejante séquito. Dejándolo al cuidado de algunos soldados y de auxiliares indios, reunió sus fuerzas, Almagro, de Soto y Juan Pizarro por delante con la caballería, él a la cabeza del grueso de la tropa. Cerca del pueblo de Anta tuvieron otro sangriento enfrentamiento con los soldados de Quizquiz, pero éstas fueron aniquiladas. Los españoles tenían numerosísimos aliados indígenas mientras que, al mismo tiempo, las filas de Quizquiz estaban cada vez más ralas en razón de la defección de varios grupos étnicos.

De ahora en adelante ya nada se oponía al ingreso de los españoles en Cusco. Hubo todavía escaramuzas. Pronto se elevaron humaredas por encima de la ciudad. Algunas fuentes acusan a los hombres del general *yana* Quizquiz de haber incendiado la capital. Otros afirman lo contrario, el incendio habría sido causado por partidarios de Manco Inca Yupanqui despechados al ver la ciudad totalmente en manos de los invasores.

Sea como fuere, el tiempo apremiaba, había que entrar sin demora en Cusco para evitar su destrucción y su pérdida. El 14 de noviembre por la mañana, los jinetes de Juan Pizarro y de Hernando de Soto recibieron la orden de hacerlo, seguidos de cerca por los hombres de a pie de Francisco Pizarro. Un año atrás, estaban a punto de llegar a Cajamarca[4].

[4] Para el relato del trayecto Cajamarca-Cusco, seguiremos, cruzándolas y completándolas, las versiones de José Antonio del Busto Duthurburu, muy precisa en detalles (*Pizarro, op. cit.,* t. II, cap. VI) y la de Juan José Vega, centrada en la resistencia india (*Los Incas frente a España, Las guerras de la resistencia, 1531-1544, op. cit.,* cap. III).

El ombligo del mundo

Los españoles y sus aliados indígenas ingresaron en una ciudad abierta, abandonada por sus últimos defensores. Eran pues los dueños del corazón del imperio, del ombligo del mundo, pues tal era el sentido de la palabra Cusco en quechua, la lengua general del Tahuantinsuyu. El espectáculo que se ofrecía ante sus ojos no se podía comparar con lo que habían visto en las capitales regionales del imperio como Cajamarca o Jauja. En Cusco, dominado por la imponente fortaleza de Sacsayhuamán con tres líneas de defensa ciclópeas, se encontraban reunidos el gran templo del sol, el *Coricancha*, verdadero centro del imperio que acababa de desmoronarse, otros muchos lugares de culto a los que el Inca, su corte y los diferentes linajes rendían honores siguiendo un calendario muy preciso, un gran número de palacios magníficamente construidos, con piedras unidas con tanta precisión, sin argamasa, que albergaban a los emperadores y a las principales familias, los locales de la alta administración, depósitos estatales repletos de granos, tejidos, plumas de todos los colores, coca, calzado, y sobre todo una población difícil de evaluar pero que, a juicio de los primeros testigos españoles, podía ser comparada con aquella de las grandes ciudades de la península ibérica.

Después de una rápida inspección que confirmó la ausencia total de defensores, por consiguiente de riesgos, los soldados españoles se esparcieron por la ciudad. Garcilaso de la Vega, por la raíz indígena de sus orígenes cusqueños, es mucho más confiable sobre este momento de la Conquista que sobre aquellos que lo precedieron. Describe a los soldados españoles entrando en los palacios y en los templos para llevarse el metal precioso de los ornamentos, en particular en el Coricancha cuyos muros estaban cubiertos de grandes placas de oro y de plata. López de Gómara precisa que la soldadesca no respetó nada. Las momias de los ancestros que las familias conservaban religiosamente, incluso las de los emperadores incas, fueron profanadas. Los españoles tomaron sus joyas y las vasijas con las cuales estaban envueltas en sus atavíos funerarios. Se buscaba por todas partes, pero en vano, el tesoro del Inca Huayna Capac. Pedro Pizarro, uno de los primeros en entrar a la ciudad, cuenta que en una cueva se encontraron doce estatuas de llamas, de tamaño natural, de oro y plata, y en otra, una infinidad de representaciones de diversos animales.

Las leyendas más excesivas, pero también tenaces, comenzaron a circular. Los dignatarios incas habrían escondido inmensos tesoros para sustraerlos a la codicia española. Se asignaron indios para cavar en posibles escondites, se sondeó en los lagos aledaños, en vano. Los auxiliares indígenas de los conquistadores participaron, ellos también, en el saqueo. Pizarro ordenó juntar todo el oro y toda la plata en una residencia principesca, sin contar, desde luego, lo que los soldados guardaron en su poder. Había tanto, nos dice Cieza de León, que muy

pronto los hombres dejaron de recoger la plata y se dedicaron solamente a tomar el oro. Algunos incluso, viendo tanto metal amarillo, sintieron pronto una suerte de empacho. Los españoles manifestaban en su búsqueda una especie de frenesí pero, al mismo tiempo, el metal tan deseado, por su misma abundancia, perdía gran parte de su atractivo y de su valor. Se cita así el caso de un tal Mancio Sierra de Leguízamo quien, habiéndose adueñado del gran disco solar que señalaba el centro del Coricancha, lo perdió la misma noche jugando naipes, sin mostrarse afectado en lo más mínimo por ello.

Pizarro mandó instalar a sus hombres alrededor de la plaza central. Los capitanes ocuparon los palacios principescos más hermosos. Simbólicamente, Pizarro tomó para sí el que había pertenecido a Huayna Capac. La embriaguez del oro no debía hacer olvidar que si bien el enemigo había desaparecido sin combatir, seguía estando siempre en los alrededores. El gobernador decidió entonces permanecer en Cusco junto con un centenar de hombres mientras que los otros, y en particular los jinetes comandados por Diego de Almagro y Hernando de Soto, buscaban a las tropas de Quizquiz, ayudados por indios reclutados por Manco Inca. La campaña se reveló más dura de lo previsto y tuvieron que librar varias batallas, sobre todo en Capi, pero sin que Quizquiz ataque Cusco como temían con razón los españoles, pues algunas de sus tropas se encontraban en las inmediaciones mismas de la ciudad. Por cierto, la situación se puso cada vez más difícil para el general *yana.* Perseguido por un ejército de guerreros de Cusco bajo las órdenes de un príncipe inca, decidió alejarse hacia el norte, sin duda abrigando la esperanza de unir sus fuerzas con las que permanecían fieles a Atahualpa.

Como la capital dejó de estar atenazada, Pizarro hizo proceder a la coronación —término europeo muy poco apropiado— del nuevo Inca, Manco. La ceremonia no se pareció en nada al simulacro que se había visto en Cajamarca durante la entronización del fantoche Tupac Huallpa. Esta vez se desarrolló con gran pompa, en los lugares sagrados del imperio, según los ritos habituales, en presencia de las momias de los ancestros y de la aristocracia indígena de Cusco. Esta última estaba totalmente feliz de reanudar con las mejores tradiciones del imperio que se habían visto interrumpidas por la guerra fratricida entre Atahualpa y Huáscar y después por la irrupción de los españoles. Desde luego, todo se desarrolló bajo la presión de los conquistadores para quienes el protectorado sobre el poder «legítimo» de Cusco seguía siendo un importante elemento de su política.

El 22 de febrero, sin demorarse tanto como en Cajamarca, Pizarro tomó primero la decisión de proceder a la fundición del metal recogido, y luego al reparto del botín que se desarrolló entre el 5 y el 19 de marzo. Cuenta Pedro Pizarro, quien estuvo entre los beneficiarios, que se constituyeron partes de 3 000 pesos de oro

para los peones y de 6 000 para los jinetes, con toda una gama de bonificaciones y deducciones, según un sistema comparable al de Cajamarca. Si comparamos estas cifras con las del rescate de Atahualpa —en el que las partes fueron, oro y plata confundidos, de 5 345 pesos—, se constata que cada español recibió menos que la primera vez, pero cabe recordar varios puntos. En Cusco los soldados eran por lo menos el doble que en Cajamarca. Según Cieza de León, se tuvo que hacer 480 partes, en vez de las 217 del rescate de Atahualpa. Por cierto, el metal precioso recogido solamente en la capital fue reunido en algunas semanas, mientras que se necesitó mucho más tiempo para hacer venir el rescate de Atahualpa desde la mayor parte de las regiones del imperio. De todos modos, observa Garcilaso de la Vega, como fue el segundo reparto de este tipo en el espacio de algunos meses, no tuvo para los españoles la misma resonancia que el primero. No obstante, si hacemos el cálculo en base a lo arriba indicado, nos damos cuenta que de el botín total de Cusco fue superior al de Cajamarca en cerca de 20%.

Algún tiempo después, es decir en la segunda mitad del año 1535, la Corona despachó al lugar a un inspector encargado de verificar que los procedimientos seguidos en el Perú estaban conformes a las leyes vigentes y a los intereses reales. El nuevo obispo de Panamá, Tomás de Berlanga, fue encargado de esta misión de control. No le faltaron informantes para decir abiertamente entonces que tanto en Cajamarca como en Cusco Pizarro y sus allegados, pero también los funcionarios del fisco, se habían tomado algunas libertades. Pizarro, en particular, fue acusado de no haber actuado de manera muy clara durante la fundición del oro y de la plata, de haber jugado sin duda con la ley de diversas piezas y también de haber privilegiado a algunos de sus allegados. En Cusco, se le reprochó además, pero sin pruebas concretas, de haberse servido de cuadrillas de siervos indígenas, los *yanaconas*, para buscar tesoros enterrados. Cuando se los halló, evidentemente no se había hecho ninguna declaración y no tomaron el camino del palacio en donde estaba amontonado el botín destinado al quinto real y al reparto entre los hombres. Pizarro no fue el único en proceder así, como es sabido, y estas acusaciones no son en absoluto sorprendentes. Por cierto, no fue amonestado ni sancionado por la Corona[5].

El gobernador decidió también fundar una ciudad española en Cusco, sobre el mismo emplazamiento de la antigua capital. Esta fundación tuvo lugar el 23 de marzo de 1534 en presencia del nuevo Inca y de sus dignatarios. Pizarro hizo anunciar a sus soldados que aquellos que lo deseasen podrían inscribirse como vecinos de la nueva ciudad. Tal como señala Pedro Pizarro, el jefe de los conquistadores estaba muy empeñado en fijar allí a una parte de sus tropas, y

[5] Ver Rafael Varón Gabai, *La ilusión del poder, apogeo y decadencia de los Pizarro en la conquista del Perú, op. cit.,* pp. 95-96.

por cierto, al mayor número posible. Por muchas razones a la vez simbólicas, económicas y, como se diría hoy en día, geoestratégicas, le parecía absolutamente necesario establecer en Cusco una fuerte base española que podría irradiar y señalar su presencia en todo el sur peruano. Según la misma fuente, para incitar a los hombres a quedarse, algunos días después el gobernador atribuyó también muy generosamente repartimientos, es decir derechos de prestaciones y de tributo sobre los indios de las regiones aledañas. Empero, tuvo el cuidado de no otorgarlos sino a título provisional con el fin de poder, después, retirárselos a los beneficiarios, o en todo caso proceder a los ajustes que le parecerían necesarios. La composición del primer concejo municipal de la nueva capital es por cierto reveladora del control que el clan Pizarro ejercía allí. Pedro de Candia, quien formaba parte de la aventura desde su inicio, fue uno de los dos alcaldes. Los dos hermanos del gobernador en ese entonces presentes en el Perú, Juan y Gonzalo, figuran entre los regidores, así como los fieles Pedro del Barco y Francisco Mejía.

Desde su llegada, Pizarro también había limpiado la ciudad de la suciedad de los ídolos, como escribe Cieza de León. Había señalado una construcción que sería la iglesia, un lugar decente para decir misa, para que se predique el Evangelio y se alabe el nombre de Jesucristo. Hizo clavar cruces en los caminos, algo que, dice el mismo cronista, causó el terror de los demonios a quienes se les quitaba el dominio que tenían sobre esta ciudad[6].

Hasta finales del primer tercio del siglo XVII, durante un siglo entonces, hemos visto multiplicarse los textos que describen y explican lo que fue la capital de los incas en la época de sus antiguos dueños. En esta abundante literatura, muy influenciada por los debates suscitados acerca de la instalación de la sociedad colonial, hay verdaderas minas para las investigaciones efectuadas por los arqueólogos y etnohistoriadores. En cambio, a pesar de todo el interés de las anotaciones de un Pedro Pizarro, por ejemplo, no hay en el Perú testimonios de la llegada de los españoles a Cusco comparables a los que han dejado sobre su ingreso a Tenochtitlan-México un Hernán Cortés, casi en vivo, o un Bernal Diaz del Castillo, con varias décadas de distancia. Se conoce muy poco sobre sus sentimientos, sus reacciones frente a tanta belleza, tanta riqueza y tantas novedades de todo tipo.

Indudablemente, Tenochtitlán era una capital mucho más impresionante que Cusco, aunque sólo sea por su situación lacustre y en razón del esplendor de

[6] Para los testimonios sobre el ingreso de los españoles en Cusco o los relatos que se hicieron de ello, véanse Garcilaso de la Vega, *Historia general del Perú, op. cit.,* lib. II, cap. VII; Pedro Cieza de León, *Descubrimiento y conquista del Perú, op. cit.,* cap. LXIX; Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú, op. cit.,* cap. XIV-XVI; Pedro Sancho de la Hoz, *Relación de la conquista del Perú,* Madrid, 1962, cap. XI., Diego de Trujillo, *Relación del descubrimiento del reino del Perú,* Sevilla, 1948, pp. 63-65; Agustín de Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista del Perú, op. cit.,* lib. II, cap. VIII.

sus múltiples monumentos civiles y sobre todo religiosos. Tampoco hay que olvidar un hecho evidente, entre los conquistadores del Perú no habían plumas ni sensibilidades para decir estas cosas, lo que es la base de todo. Por añadidura, la experiencia de Cajamarca y de los largos meses de peripecias en tierra peruana habría embotado, o agotado, su capacidad de maravillarse. Para terminar, mientras que el ingreso a la capital azteca marcó para los conquistadores, al menos eso creían, la consagración de sus esfuerzos y el fin de sus penas, el establecimiento de Pizarro y de sus hombres en lo que había sido el corazón del Imperio de los incas parece haberse llevado a cabo en un contexto mucho más tenso, hasta cargado de amenazas y de incertidumbre. Sobre la inmensidad de los Andes, solamente dos ciudades —San Miguel y Cusco—, a casi dos mil kilómetros una de otra a través de valles vertiginosos, interminables desfiladeros y tierras altas glaciales de la cordillera. En las inmediaciones mismas de la antigua capital de los incas, la inseguridad que hacía reinar Quizquiz y sus tropas. En el norte, Cajamarca atacada, Rumi Ñahui, el general *yana*, seguía siendo dueño de Quito. Finalmente, en el seno mismo del grupo conquistador, la rivalidad con Almagro, las dudosas iniciativas de Benalcázar, la falta de confiabilidad de Hernando de Soto y, como si fuese poco, el anuncio del desembarco, por Quito, de un nuevo competidor español que venía a la encarna.

Francisco Pizarro
Biografía de una conquista

Francisco Pizarro no permaneció mucho tiempo en Cusco. A pesar del éxito clamoroso que significaba el ingreso en la capital, ahora le era necesario dar consistencia a su conquista, reforzar su poder e imponerse definitivamente sobre sus capitanes rivales.

9
El año de todas las esperanzas (abril de 1534-julio de 1535)

A fines del mes de marzo, algunos días después de haber procedido a la atribución de los repartimientos de indios a los soldados, Francisco Pizarro decidió alejarse de Cusco y regresar a Jauja dejando en la ciudad a unos cuarenta hombres para hacer frente a cualquier eventualidad, pues la paz no había vuelto todavía completamente a las provincias aledañas a la antigua capital del Tahuantinsuyu. Se hizo acompañar por el nuevo Inca, Manco Inca Yupanqui, quien tomó la cabeza de un ejército de dos mil guerreros indios destinados a combatir a Quizquiz quien se dirigía hacia el norte con cerca de mil soldados. Se anunciaba además la llegada de tropas procedentes de Quito y comandadas por un hijo de Atahualpa. Como de costumbre, Hernando de Soto había sido despachado por delante, misión que cumplió perfectamente con el ímpetu —y la parte de inconciencia— que ya había demostrado tantas veces.

La situación en el Perú central seguía siendo también muy incierta. Quizquiz había marchado sobre Jauja con la intención de destruir la guarnición que Pizarro había dejado allí. Al borde del Yacusmayo, un afluente del Mantaro, se produjo una batalla decisiva en la que hubo muchos muertos indígenas. Los españoles gozaron del beneficio de la alianza de los indios de la región, los huancas, enemigos tradicionales de los incas, y de los errores tácticos de Quizquiz, quien sin embargo pudo escapar de la derrota abandonando precipitadamente el valle y refugiándose con sus hombres en las alturas de la cordillera donde los

caballos de los españoles no pudieron seguirlos. Pizarro le había encargado a Almagro conducir las operaciones que buscaban eliminar la amenaza que hacía pesar el ejército de Quizquiz quien, en realidad, retrocedía incesantemente con la esperanza de poder reunirse con los ejércitos indios procedentes del norte pero que nunca llegaron.

La fundación de Jauja

El gobernador y su séquito llegaron al valle del Mantaro aproximadamente un mes después de haber partido de la antigua capital de los incas. Fueron recibidos por el tesorero Riquelme a quien Pizarro había dejado a la cabeza de la guarnición mientras se dirigía a Cusco. Para este encuentro, Manco Inca Yupanqui hizo organizar una gigantesca cacería en la que participaron varios miles de ojeadores indios y que impresionó mucho a los participantes españoles por su importancia, su organización y sus resultados.

Sin embargo, no era objetivo del gobernador dedicarse a semejantes placeres. Además, al parecer, de que esto no iba con su carácter, la situación general distaba mucho de permitirlo. El objetivo era fundar en Jauja una ciudad llamada a desempeñar un papel particularmente importante dentro del dispositivo del nuevo Perú colonial. En ese entonces solo se contaba en el país con tres asentamientos españoles, San Miguel de Piura, Cajamarca y Cusco, sobre una extensión de dos mil kilómetros a través de los Andes. A *grosso modo* equidistante de Cajamarca y Cusco, Jauja era una etapa esencial de este camino, el único conocido y utilizado entonces por los españoles. Menos descentrada por el sur y menos adentrada en la cordillera que Cusco, ocupaba además un lugar excepcional en el centro de un rico y grande valle longitudinal que hacía de ella un lugar agradable, por su altitud moderada, y lleno de perspectivas económicas alentadoras, por la riqueza de su agricultura y el número de sus habitantes, garantía de jugosas encomiendas. Un detalle de vocabulario dará una idea de ella: en castellano, Jauja, es un país imaginario donde se supone reina la felicidad, la prosperidad y la abundancia, por eso se dice *la tierra de Jauja*.

Finalmente, aunque situada en la cordillera, los contactos de la nueva ciudad con la costa eran relativamente fáciles. Existían ya caminos bien mantenidos. Éste era un punto esencial para el futuro. Tumbes, a donde llegaron los españoles, y Paita, el puerto de Piura, eran las únicas puertas de ingreso al Perú. El desarrollo de la conquista hacia el sur las alejaba ahora del probable futuro centro de gravedad de la colonia. Este nuevo equilibrio hacía necesaria la instalación de un puerto más central. Todo concurría pues a hacer de Jauja la piedra angular del dispositivo que los españoles, con algunos titubeos, se empeñaban en implementar.

Pizarro decidió entonces establecer ahí la capital. Seguramente se le ocurrió esta idea cuando vino por primera vez, pero apurado como estaba por ingresar en Cusco y por terminar con aquello en el plano militar, que se presentaba todavía muy incierto, no había tenido tiempo de dedicarse a ello. Esta vez, el gobernador lo hizo muy oficialmente algunos días después de su llegada, el 25 de abril de 1534. Por cierto, fue la primera ciudad verdaderamente creada por Pizarro en el Perú. Es verdad que existían San Miguel, Cajamarca y Cusco, pero en la primera en donde solo estuvieron de paso, el gobernador y sus hombres no tuvieron tiempo de establecerse. En cuanto a las otras dos ciudades, en vista de la urgencia, los españoles se instalaron por decirlo así en casa de los incas.

Por el contrario, Jauja fue fundada con todo el ceremonial a la usanza en semejante caso. Primero se dibujó una plaza grande en cuyo centro se erigió una picota, símbolo de la justicia del Rey a la que todo debía estar subordinado. En los costados se destinaron terrenos para la iglesia, el concejo municipal y la residencia del representante de la autoridad real, lugares de los tres poderes de la Colonia. De las cuatro esquinas de la plaza, en ángulo recto, partían calles que dibujaban un damero dentro del cual se atribuyeron solares, a unos cincuenta soldados que habían solicitado constituir el núcleo fundador de la ciudad, los pobladores. Se comprometieron, bajo pena de perder todas sus ventajas, en no dejar la nueva ciudad y en comenzar en un plazo razonable la construcción de sus futuras viviendas. A continuación, y hasta fines del siglo XVIII, la misma operación debía repetirse en la misma forma centenares de veces, puesto que los españoles concibieron siempre su penetración, y sobre todo su instalación colonial, a partir de núcleos urbanos desde donde irradiaban su poder, su religión y sus modos de vida, en una palabra su cultura.

Una ciudad sin el trabajo de los indios no valía nada. En todo caso, era así como los pobladores de Jauja veían las cosas. Pizarro, por su parte, era más circunspecto, no porque estuviese en desacuerdo con el deseo de los conquistadores, muy por el contrario, sino que no estaba seguro que las capitulaciones de Toledo lo autorizaban expresamente a repartir a los indios, sobre todo de manera definitiva, tal como sus hombres lo incitaban a hacerlo de manera evidentemente muy apremiante. Este escrúpulo lo había asaltado ya en Cusco. Para no disgustar a los pobladores, y con las precauciones usuales en cuanto a la decisión final de la Corona, en el mes de agosto el gobernador hizo proceder a las primeras atribuciones de indios destinadas a los fundadores más meritorios de Jauja. De esta manera pudieron comenzar a beneficiarse de las prestaciones y del tributo a los cuales fueron sometidos los indios designados desde ese momento.

Por la misma época, Pizarro emprendió la bajada a la costa. Visitó la región situada al sur del oasis en donde se hallaría más tarde la ciudad de Lima. Pasó por Pachacamac, Lurín, Mala, Lunahuaná las que por un camino indígena se unían

con el valle del Mantaro. Después, fue a Chincha de la que los indios le habían hablado tanto durante su primer viaje al Perú, y que primero había constituido el punto extremo, por el sur, de los territorios que la Corona le había confiado gobernar. Un correo recién llegado de España acababa de informarle que este límite había sido desplazado en unas veinticinco leguas. En la solicitud presentada a este efecto ante la Corona, Pizarro había pedido que sean cincuenta. No recibió entera satisfacción, pero, sin embargo, la decisión real era conveniente para su clan. Faltaba saber de qué manera su socio Almagro tomaría este asunto, el día en que sería informado de ello, porque los territorios puestos bajo su autoridad en virtud de las capitulaciones de Toledo comenzaban al sur de aquellos que estaban atribuidos a Pizarro. Para señalar bien la importancia que otorgaba a la región de Chincha, Pizarro tomó la decisión de confiarla en su totalidad en tanto que encomienda a su hermano Hernando, a la sazón en España, para entregar al soberano el quinto real y, más secretamente renegociar —o por lo menos hacer precisar— dichas capitulaciones, que eran ya obsoletas en varios puntos por el desarrollo y el éxito de la Conquista.

La estancia de Pizarro en la costa se interrumpió brutalmente. Un correo de Gabriel de Rojas, a quien el gobernador había investido con sus poderes en Jauja en espera de su regreso, le proporcionó informaciones confidenciales que daban cuenta de una posible sublevación de los huancas del Mantaro. Hasta ese momento, éstos habían sido aliados eficaces y fieles de los españoles, por lo menos mientras se había tratado para ellos de deshacerse del pesado yugo de los incas. Sin embargo, las exacciones de los recién llegados no tardaron en convencerlos de su error, en demostrarles que no gozarían de ningún privilegio y no volverían a encontrar su independencia, más bien todo lo contrario. En definitiva, la continuación inmediata de los acontecimientos mostró que se trataba de una falsa alarma, y Pizarro pudo pues dedicarse en las tierras altas a implementar la organización del país según las nuevas reglas de la explotación colonial.

Pronto se les presentó a todos otro problema. Algunos españoles de Jauja habían recibido en encomienda a indios de la costa. Ellos tenían que vivir cerca de sus tributarios porque no se podía obligar a estos últimos a efectuar constantes idas y venidas entre las tierras bajas y el valle del Mantaro. Además de la distancia, los cambios de clima debidos a los rigores de la altura les eran a menudo fatales. Pizarro parece haber comprendido, al término de su viaje por la costa, que le sería necesario fundar allí una ciudad-puerto destinada a desempeñar un papel capital en todos los sentidos del término. Las discusiones entre los conquistadores fueron largas y profundas. En fin de cuentas, a últimos del mes de noviembre el concejo municipal de Jauja, reunido en la iglesia, por entonces el único edificio público ya construido —aunque en partes solamente y de manera provisional—, decidió mudar la ciudad y trasladarla a la costa.

Los primeros años de la colonización española, tanto en el Perú como en otros lugares de América ofrecen muchos ejemplos de una migración urbana semejante. La ignorancia en la que se encontraban a su llegada los conquistadores frente a un ambiente tan diferente del suyo y de tan fuerte imposición lo explica fácilmente, así como la evolución muy rápida de la geopolítica colonial que se estaba construyendo. En cuestión de meses, ésta podía hacer necesaria la construcción de una ciudad nueva o mostrar la obsolescencia de aquella que se acababa de fundar[1].

El nacimiento de doña Francisca

Es conveniente interesarse aquí por un episodio de la biografía de Pizarro que tuvo lugar en el transcurso de los meses de que acabamos de hablar. Aunque tenga relación con su vida privada, su significado va mucho más allá. A fines del año 1534, en diciembre, la nueva ciudad de Jauja conoció un día de júbilo particularmente notable. La plaza central fue teatro de festividades públicas, en la que los conquistadores a caballo se ejercitaron particularmente en el juego de las cañas en ese entonces muy apreciado en España por la aristocracia. ¿Qué era lo que sucedía?

Aquel día se festejaba con gran pompa el bautizo de una niñita que acababa de nacer y a quien se llamó Francisca. Su padre, es fácil adivinarlo, no era otro que Francisco Pizarro. En cuanto a la madre, se la conocía entonces con el nombre de doña Inés Yupanqui, pero antes se había llamado Quispe Sisa. Era la hija del antiguo Inca Huayna Capac y de una joven noble cuyo padre era uno de los jefes tradicionales de la región de Huaylas. A la muerte de Huayna Capac, ella se había retirado con su madre, luego había ido a vivir a Cusco de donde salió cuando Atahualpa, su hermano, cayó preso y mandó venir a una parte de su entorno y de su corte.

Ahí, Atahualpa se la había «dado» a Pizarro. Para los incas era una práctica corriente ofrecer o intercambiar mujeres de su entorno inmediato con los jefes de las etnias antes enemigas para sellar su nueva amistad. Quispe Sisa, Inés por bautizo, tenía entonces quince o dieciséis años pues había nacido en 1516 o 1517. Pizarro tenía más de 55. No se dispone de información sobre lo que uno no se atreve a llamar su relación, o su vida en común, a no ser el nacimiento, a finales de 1534, de la pequeña Francisca y al año siguiente de un hijo, Gonzalo, que murió a la edad de once años. Francisca, de la que hablaremos más adelante, vivió, ella, hasta fines de siglo. Sea como fuere, la solemnidad de las festividades que marcaron el bautizo de doña Francisca muestra bien el rango que tenía en la

[1] Alain Musset, *Villes nomades du Nouveau Monde,* París, 2002.

joven sociedad colonial, y el lugar que le daba su padre. Fruto de la unión del jefe de los españoles y de una hija del último de los grandes Incas, a ojos de todos, de los conquistadores pero también quizás más aún de los indios, ella era un símbolo vivo, la prueba de una suerte de alianza en la cúspide entre las dos naciones.

En los primeros años que siguieron a la Conquista, cuando se establece poco a poco el dominio español en los Andes, este ejemplo se fue repitiendo muy a menudo en diversos niveles. El más conocido es el del cronista mestizo de los incas, el célebre Garcilaso de la Vega a quien hemos recurrido. Fueron numerosos los conquistadores que se aliaron de esta manera con los altos linajes incásicos, particularmente cuando estos últimos habían sido jefes étnicos de las regiones en las que los nuevos dueños del Perú tenían encomiendas. Todos salieron ganando: los caciques —curacas en el Perú—, una alianza que reforzaba su prestigio frente a sus súbditos y les daba además garantías ante las nuevas autoridades españolas; los conquistadores se beneficiaban con aliados interesados por el mantenimiento de sus privilegios en la implementación del sistema de explotación de los indígenas. Casi siempre, la historia terminaba de la misma manera. Una vez ricos, los españoles se casaban con compatriotas y, sin olvidar, sin embargo, en general, a su progenitura mestiza, casaban a sus concubinas indias con soldados de menor rango, muy felices de conseguir mediante ello elevarse en la jerarquía de la nueva sociedad, cosa que no hubieran podido lograr de otra manera.

Las cosas sucedieron así en el caso de doña Inés. Desde 1538 ella estaba oficialmente casada con un tal Francisco de Ampuero, que llegó al Perú en el séquito de Hernando Pizarro cuando regresó de sus negociaciones en España. El joven había servido en calidad de paje en la misma casa del gobernador. Como, después de su matrimonio este lo gratificó con una buena encomienda en la parte sur del oasis de Lima, todo hace pensar que hubo algún arreglo en todo esto, y no, como han escrito algunos historiadores, una trivial historia de amores paralelos. Cabe precisar que en ese momento Pizarro tenía otra amante india con título, la *ñusta* (princesa de sangre real) doña Angelina, antes Cuxirimay Ocllo, de alta alcurnia y destinada primero a ser una de las numerosas esposas de Atahualpa. En Cusco Pizarro tuvo con ella dos hijos: Francisco que murió poco antes de sus veinte años, y Juan, fallecido a corta edad[2].

La irrupción de Pedro de Alvarado

Encontrándose aún en Cusco, Pizarro fue informado de una noticia muy preocupante. Una expedición rival estaba en camino hacia el norte del Perú.

[2] Véase María Rostworowski de Díez Canseco, *Doña Francisca Pizarro, una ilustre mestiza, 1534-1598,* Lima, 1989, en particular el cap. I y Alvaro Vargas Llosa, *la mestiza de Pizarro,* Madrid, 2003, cap. I.

Cuando se conoce en qué contexto de rivalidad se desarrollaba la conquista, no es necesario precisar el efecto que tuvo este anuncio para el gobernador, sus asociados y sus hombres. Además, el jefe que venía a disputarles una parte de lo que consideraban como su feudo era uno de los personajes más prestigiosos y más poderoso de la nueva América.

Se trataba de Pedro de Alvarado, una vez más un hombre de Extremadura puesto que era oriundo de Badajoz donde nació en 1485. Pedro de Alvarado llegó a Cuba en 1510 y desempeñó un papel protagónico desde 1518 en la expedición a Yucatán comandada por Juan de Grijalva y, un año más tarde, en la que condujo Hernán Cortés. En esta última, Alvarado fue uno de los capitanes más fieles a su jefe, entre los más eficaces y los más temibles porque destacaba a menudo por su particular crueldad. Durante las batallas decisivas para el control de Tenochtitlán, de mayo a agosto de 1520, él comandaba con Cristóbal de Olid y Gonzalo de Sandoval, uno de los tres destacamentos del ejército de Cortés. Cuando éste dejó México para ir a sofocar la rebelión de Narváez, le confió el comando de la ciudad. Pedro de Alvarado fue entonces responsable directo de la sublevación india que habría podido convertirse en una catástrofe durante el episodio conocido bajo el nombre de la *noche triste*, cuando hizo masacrar, entre otros, a los principales dignatarios *mexica* en el Gran Templo. Cortés no le guardó rencor. Lo envió después a establecer la autoridad española en el istmo de Tehuantepec, y sobre todo le confió, en 1523, la conquista de Guatemala de la que pasó a ser gobernador y le aseguró su fortuna[3].

En 1532, Alvarado había recibido una cédula real que lo autorizaba a hacer la conquista de las islas de las especies, en el Pacífico. Empero, influenciado indudablemente por las noticias de lo que acontecía entonces en el Perú, cambió de opinión y decidió él solo modificar su destino. Partió para América del Sur. Informada de este cambio, la Corona, se lo había formalmente prohibido, pero Alvarado ya estaba en camino. No era la primera vez que un conquistador audaz infringía así las órdenes reales.

Esta expedición partió de la costa del Pacífico de Nicaragua en enero de 1534. Nunca se había organizado expedición más imponente para ir al Perú. Era una verdadera flota compuesta de una docena de navíos que transportaban, según se decía, a unos cuatrocientos cincuenta soldados españoles, dos mil auxiliares indios y un buen número de negros de guerra. Luego de una navegación particularmente penosa durante la cual llegó a faltar el agua, en la que se tuvo que enfrentar tempestades que obligaron a echar por la borda una parte de la caballería no obstante tan valiosa, Alvarado desembarcó al mes siguiente en la

[3] Véase Bartolomé Bennassar, *Cortés, le conquérant de l'impossible,* París, 2001, *passim.*

bahía de Caraques, al norte del actual Ecuador. Parece que después de haber dudado en cuanto a la ruta a seguir y el objetivo a alcanzar, decidió marchar hacia la región donde se encuentra actualmente Quito, pues sabía que Pizarro y sus hombres estaban ocupados en Cusco, allá en el sur. La progresión hacia las altas tierras fue particularmente penosa y mortífera para los españoles y aún más para los cargadores indígenas.

Mientras tanto, procedente del sur, Benalcázar trataba de abrirse un camino pese a la resistencia encarnizada del ejército del general *yana* Rumi Ñahui, siempre fiel a Atahualpa y, por cierto, acompañado de varios hijos del Inca difunto. Una vez más, la alianza de etnias locales opuestas a los incas, en este caso los cañaris, fue decisiva para los españoles. Al precio de duras batallas, en particular en Soropalta y en Teocaxas, Benalcázar logró tomar la capital regional de los incas, Tomebamba y luego Riobamba y Ambato, en mayo, casi en el momento en el que el gran volcán que domina la región, el Tungurahua comenzaba a erupcionar. El 22 de junio, la columna de Benalcázar ingresó en Quito, la misma que a continuación Rumi Ñahui intentó retomar.

Mientras que Benalcázar se encontraba más al norte, en Cayambe, buscando infructuosamente el tesoro destinado al rescate de Atahualpa que Rumi Nahui habría escondido, recibió la noticia de la llegada de Almagro y de su tropa, reforzada de paso con soldados reclutados en San Miguel de Tangarará y despachados con toda urgencia por Pizarro para cerrarle el camino a Alvarado.

Almagro y Benalcázar, a la cabeza de ciento ochenta españoles fueron en búsqueda del intruso pero tuvieron que enfrentar en el camino a una revuelta india. Por no conocer el país, Alvarado había tomado el camino más largo y que pasaba además por las tierras más altas. En el transcurso de un terrible periplo, su tropa fue azotada por tempestades de nieve y diezmada por el frío, en especial los cargadores indios acostumbrados a un clima tropical. Cieza de León cuenta entre los muertos a unos veinte españoles, tres mil indios y «numerosos negros». Almagro terminó encontrando la huella de Alvarado y de sus hombres al norte de Ambato. Los primeros contactos fueron muy tensos. Alvarado hizo detener a los exploradores que Almagro le había enviado. Por otro lado, en el propio campo de Almagro, algunos, entre los más jóvenes que tenían la sangre caliente, dice Cieza de León, eran de opinión de tentar su propia suerte en esa nueva región y romper el vínculo que los unía a Pizarro. Almagro terminó yendo a encontrarse con Alvarado que acampaba más al sur, en Riobamba. Hay un detalle que es significativo del ambiente que se vivía en aquellos momentos: Almagro fue acompañado de una escolta que, además de sus armas visibles, escondía otras para poder enfrentar cualquier eventualidad.

Almagro y su séquito testimoniaron gran deferencia al mariscal Alvarado, en ese entonces uno de los hombres de mayor prestigio en América. Los dos

jefes parlamentaron en una atmósfera de gran tensión. Almagro demostró un agudo sentido de la negociación, solicitó, en vano, ver los documentos reales que autorizaban al gobernador de Guatemala a venir a tierra peruana. Alvarado rechazó la idea de tener que combatir contra otros españoles. Durante los escasos días que duraron las discusiones de los dos jefes, sucedieron muchas cosas bajo mano. El intérprete Felipillo, fiel a su costumbre, trató de enfrentar a los hombres de ambos jefes con la esperanza de que los indios pudiesen sacar partido de ello. Según algunas fuentes, en general poco favorables al asociado de Pizarro, éste habría propuesto primero a Alvarado aliarse con él para partir a la conquista del sur que le había sido prometida. Después, habría cambiado de opinión después de haberse convencido de la naturaleza muy discutible de las autorizaciones oficiales del Mariscal. Entre los soldados de Alvarado las deserciones no eran pocas, y algunos no dudaban en reclamar a voz en cuello la paz entre los dos ejércitos.

Finalmente, el 26 de agosto de 1534, gracias a la intervención del licenciado Hernando de Caldera, en particular, los dos hombres llegaron a una transacción cuya paternidad se atribuyó Almagro después: comprar a Alvarado sus navíos, sus caballos y sus hombres por la impresionante cantidad de cien mil ducados. Indudablemente, el precio estaba muy sobrevaluado, pero en el plano político la operación era excelente. Sería pagada por Pizarro, pero entretanto el mariscal abandonaba toda autoridad sobre sus hombres. Algunos refunfuñaron, por cierto, de solo pensar que habían sido vendidos «como negros». Según Cieza de León, después del acuerdo, Alvarado habría mostrado un poco de despecho ante una salida muy poco conforme con su imagen. La perspectiva de una riqueza asegurada en el Perú calmó sin embargo los ánimos de sus hombres.

Los dos jefes partieron al sur a encontrarse con Pizarro. Este había sido informado del desenlace cuando se encontraba en Jauja y decidió pagar la cantidad prevista sin chistar. Aumentaban de golpe y de manera considerable los medios de acción de los que iba a disponer en un momento en el que, precisamente, dada la nueva importancia de la conquista del Perú, tenía la imperiosa necesidad de refuerzos. Sin embargo, su alegría se quebrantó cuando unas personas le susurraron que en realidad Almagro y Alvarado se habían aliado contra él y venían a derribarlo. No estuvo convencido de ello y las acciones futuras demostraron que tenía razón.

Los tres hombres se encontraron a finales de diciembre de 1534 o en los primeros días de 1535 en Pachacamac, y fueron alojados en el Gran Templo. Según testigos, su encuentro dio lugar a una escena de intensa emoción, así como a grandes fiestas que al parecer provocaron excesos. Pizarro prometió tratar a los recién llegados como a hermanos. Les anunció que les reservaría buenas encomiendas y aseguraría su fortuna con las conquistas venideras. Por otro lado, preocupado porque Alvarado retorne lo más pronto a sus tierras guatemaltecas, el gobernador

despachó a Hernando de Soto a Cusco para reunir el dinero convenido, aunque sea sacando de los fondos que pertenecían a los conquistadores fallecidos y en espera de destinatarios. Le aconsejó también a Almagro partir a la antigua capital de los incas con los hombres de la expedición de Alvarado, pues su futuro se situaba allá en el sur. Por su parte, el gobernador de Guatemala se reembarcó hacia América Central el 5 de enero, a partir de un fondeadero en aguas profundas descubierto poco tiempo antes, ligeramente más al norte y que se bautizó El Callao porque el suelo que conducía hasta allí estaba casi exclusivamente hecho de guijarros de todos los tamaños.

No por ello había terminado la aventura americana de Pedro de Alvarado. Retornó a España para firmar con la Corona en 1538 las nuevas capitulaciones que lo autorizaban a partir a la conquista de las islas de las Especies en el Océano Pacífico. En algunos meses, esta operación gastó trescientos mil pesos, en particular en la construcción, el año siguiente en El Salvador, de la flota necesaria, cuyo material fue transportado a hombros con las peores dificultades desde Vera Cruz en el golfo de México. Pedro de Alvarado nunca fue de la partida porque la muerte lo sorprendió en 1541.

Este intermedio que tuvo de protagonista a Alvarado en el norte de Quito también tuvo otra consecuencia imprevista. Benalcázar había ido a fundar la ciudad de Quito tal como se le ordenó pero el desenlace de la suerte de crisis provocada por la irrupción del mariscal había demostrado que en el Perú, Pizarro y Almagro tenían bien sujetas las riendas. Más que nunca, seguían siendo los dueños del juego y nada podría hacerse sin su aval. Sin duda, cansado de desempeñar papeles segundarios y deseoso de trabajar finalmente por su cuenta, Benalcázar se decidió a dar el salto. Reunió a sus hombres y partió hacia el norte, a la conquista de la provincia de Popayán, hoy en día en el sur de Colombia, y situada fuera de los territorios asignados a Pizarro por la Corona[4].

Lima, una nueva capital para el Perú

La llegada de Almagro y de Alvarado a Pachacamac había sido también una suerte de descanso en la acción de Pizarro ocupado en encontrar un lugar de implantación para la nueva capital. El 6 de enero de 1535, tres jinetes a quienes había comisionado, Ruy Díaz, Juan Tello de Guzmán y Alonso Martín de Don Benito partieron en busca de un lugar adecuado. Lo descubrieron un poco al

[4] Para mayores detalles sobre la irrupción de Alvarado y sus consecuencias, véanse particularmente, Pedro Cieza de León, *Descubrimiento y conquista del Perú, op. cit.,* cap. LXXII-LXXVIII; Agustín de Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista de la provincia del Perú, op. cit.,* lib. II; Juan de Herrera, *Historia general de los hechos de los castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano, op. cit.,* Década V, lib. VI., y Juan José Vega, *Los Incas frente a España op. cit.,* cap. VI.

norte donde se encontraba el mayor oasis costero de la región que se beneficiaba con las aguas de tres ríos, el Rímac, el más importante, al centro, el Chillón al norte, y el Lurín al sur, y ya entonces con una sustancial población india. Les pareció que la margen izquierda del Rímac ofrecía todas las ventajas requeridas. Además, a dos leguas apenas, dos islas cortando el oleaje y el viento de alta mar ofrecían una protección importante para el puerto que requeriría la ciudad. Pizarro aceptó la propuesta. Juan José Vega —siemprer muy adverso a Pizarro— señala, contrariamente a una tradición bien establecida, que quien en realidad guió la selección fue Almagro. El feliz final de la aventura de Alvarado negociada gracias a sus esfuerzos lo investía de un prestigio del que nunca había gozado hasta ahora. Por primera vez en el Perú, había actuado independientemente de Pizarro y con el éxito que se le conoce.

Sea como fuere, la ciudad fue oficialmente fundada el 18 de enero de 1535. Se la puso bajo la invocación de los Reyes magos, pues los tres jinetes habían partido el día de la Epifanía y se la llamó entonces la Ciudad de los Reyes. Durante toda la época colonial conservó este nombre, preferentemente al de Lima, bajo el cual se la conoce hoy en día. El origen, al parecer, es una deformación del nombre de su río, el Rímac —en quechua «el que habla»—, alusión al ruido de sus aguas en el momento de las crecidas suscitadas por el derretimiento de las nieves andinas.

Pizarro presidió una ceremonia semejante a la de Jauja. El 22 de enero nombró al nuevo concejo municipal y dio sus instrucciones para que la ciudad tome forma rápidamente. No se decepcionó. Los vecinos de Jauja, convencidos de las ventajas del lugar, vinieron a instalarse sin dificultades. Lima, convertida de hecho en la capital del Perú español, vio confluir todo hacia ella, tanto más porque su puerto, El Callao, la ponía directamente en relación con Panamá y, más allá, con España, desde donde venía todo aquello que ella necesitaba.

A continuación, el gobernador prosiguió con su política de fundación de ciudades, y por ende de consolidación colonial, todavía muy floja, del espacio peruano. A finales del mes de enero, partió por la costa norte a varios centenares de kilómetros. Allí, en el corazón de un gran conjunto de ricos oasis drenados por los ríos Chicama, Moche y Virú que, antes de la llegada de los incas habían visto el desarrollo particularmente brillante de la civilización Chimú, fundó el 5 de marzo una nueva ciudad bautizada Trujillo, en recuerdo de su ciudad natal. Situada casi a medio camino entre San Miguel de Tangarará y Lima —de allí su interés— fue instalada como esta última, apenas a algunos kilómetros del mar, muy cerca de lo que había sido la capital todavía visible de los Chimú, Chanchán. El gobernador no tuvo tiempo de quedarse porque unos problemas muy importantes lo requerían más al sur.

Si la estatura de Almagro había tomado envergadura como es sabido, la posición de Pizarro también salía reforzada en esta nueva fase de su aventura común.

Él había presidido la organización del Perú central, fundado ciudades y una capital llamadas a convertirse en los puntos fuertes del Perú futuro, apartado de su camino las ambiciones rivales de Benalcázar y Alvarado, y mejorado sus relaciones con Almagro, quien había aprovechado felizmente la autonomía de la que había podido gozar. Sólo quedaba en suspenso el futuro de Hernando de Soto. A inicios del año 1535, Pizarro, su familia y sus fieles seguidores, su clan, reinaban más que nunca como dueños en el Perú.

Se apaciguan las rivalidades entre conquistadores

Recordemos que Hernando Pizarro había partido a España, oficialmente para entregar muy respetuosamente al soberano la parte del botín que correspondía al Tesoro real, en realidad para ganar sus favores y tratar así de hacer precisar el contenido de las capitulaciones de Toledo, en una palabra para obtener nuevas ventajas en vista del extraordinario éxito de la expedición. El anuncio de su llegada a Sevilla con el cargamento de vajilla, joyas, estatuillas y objetos diversos, todo en oro macizo, en cantidades aún nunca vistas y apenas creíbles, había producido una verdadera conmoción. No se hablaba más que del Perú —dice Cieza de León—, y eran muchos los que buscaban partir allá. El emperador fue informado de la noticia en Calatayud cuando regresaba de las Cortes de Aragón reunidas poco antes en Monzón. Él ya había recibido algunas informaciones del Perú, vía Nicaragua, pero quiso ser informado directamente y ordenó a Hernando Pizarro que viniese a verlo en Toledo. Allí, admiró las piezas más bellas que se trajeron, preguntó por el país, sus habitantes, los adelantos de la evangelización, y dio a conocer todo lo bien que pensaba de Francisco Pizarro, y de Almagro su socio, quienes habían hecho tanto por el esplendor de la Corona y la expansión de la fe cristiana.

En realidad una lucha sorda se tramaba tras bastidores. Ante el soberano y sus consejeros, Hernando Pizarro buscaba resaltar la figura de Francisco, y la suya. Para ello, no dudaba en disminuir, hasta en denigrar el papel que había cumplido Almagro. Sin embargo, este último tenía también ardientes defensores en la Corte. Se trataba de Cristóbal de Mena y de Juan de Sosa, quienes volvieron a España después de Cajamarca y estaban muy enfadados con el clan de Pizarro a quienes acusaban personalmente de haberlos marginado y de querer monopolizarlo todo. Cuando Hernando logró saber que el monarca pensaba dar al socio de su hermano una gobernación de doscientas leguas de norte a sur, más allá de aquella atribuida a Francisco Pizarro, se apresuró en modificar su comportamiento. Volando por decirlo así ante la victoria, se hizo desde entonces el abogado de Almagro. Precisemos que éste le había prometido, antes de la partida a España, una buena gratificación si lograba para él esta gobernación a la que aspiraba con tanta fuerza y desde tanto tiempo atrás.

Dicha gobernación fue llamada Nueva Toledo. La Corona trató con Hernando el contenido de las capitulaciones firmadas en semejante caso. El 21 de mayo de 1534, Almagro fue también nombrado adelantado, es decir jefe militar de los territorios que le eran asignados. Se designó a los funcionarios del Tesoro encargados de velar por la buena marcha de las operaciones fiscales que tendrían lugar durante la futura conquista. Como la caridad comienza por casa, Hernando Pizarro hizo también precisar que la gobernación atribuida a su hermano, cuyo límite, en principio, se encontraba al sur de Chincha, sería prolongada en setenta leguas. El objetivo era, desde luego, englobar Cusco y su región. Por otro lado, se hizo atribuir un hábito de la orden militar de Santiago, una de las distinciones más altas de España en esa época, reservada en general a los miembros de la nobleza.

Entretanto la Corte se había desplazado de Toledo a Valladolid, pues España no tenía aún en esa época una capital fija. Desde ahí, Hernando Pizarro se fue a Trujillo para ver a su familia, y luego a Sevilla para regresar a América. Iba acompañado de un largo séquito de jóvenes, a veces de buenas familias, deseosos de ir ellos también a probar suerte en el fabuloso Perú. Se embarcaron en Sanlúcar de Barrameda, sobre el Guadalquivir, río abajo de Sevilla, pero el viaje fue particularmente movido desde el inicio. Los barcos soportaron varias tempestades que los obligaron a capear por el lado de Gibraltar, y después llegaron por fin al Istmo, a Nombre de Dios. Allí, el espejismo del Perú ya había actuado. Gente proveniente de todos los horizontes afluía para ir allá y participar en la arrebatiña. Todo estaba muy caro, se instalaba la escasez. El clima hacía talas masivas entre los recién llegados cuyos organismos debilitados no resistían el calor unido a la humedad del clima de la región.

Después de haber tocado tierra en Portoviejo, Hernando cruzó el Istmo y llegó al norte del Perú y, de ahí, partió a caballo hacia Lima, que acababa de ser fundada por su hermano. Un mensajero lo precedió trayendo la noticia del nombramiento de Almagro mientras que Francisco Pizarro se encontraba en Trujillo. Inmediatamente, Diego de Agüero, a quien sin embargo se le conocían hasta ese momento sus simpatías por el clan del gobernador, partió a rienda suelta a informar al feliz beneficiario quien, a la usanza de la época, le ofreció una buena recompensa. Almagro, recordemos, se encontraba a la sazón en Cusco en donde Pizarro lo había hecho oficialmente uno de sus tenientes en la ciudad. Sin dudar, el gobernador consideró que el nuevo estatuto de su socio cambiaba muchas cosas. Él envió también, con toda premura, a un mensajero hacia la antigua capital inca, Melchor Verdugo, portando cartas que revocaban las disposiciones hechas a favor de Almagro, y nombraban en su lugar a su hermano Juan.

Los españoles de Cusco vivieron varios días de gran incertidumbre. Sucesivamente, festejaron el nombramiento de Almagro, y recibieron el mensaje de Pizarro a través del cual no fue difícil notar el gran descontento y la desconfianza de éste

respecto de su socio, indudablemente sospechoso de albergar malas intenciones. El problema no provenía del nombramiento en sí, sino más bien de la vaguedad de las demarcaciones de los territorios que le eran concedidos, es decir el estatuto de Cusco y de sus riquezas. La ciudad se dividió en dos bloques muy marcados, los partidarios de Pizarro y los de Almagro, que llevaron a cabo conciliábulos en casa de sus respectivos jefes, sobre la conducta a seguir. Los veteranos de Guatemala que vinieron con Alvarado y pasaron al servicio de Almagro con la perspectiva de ir a la conquista de Nueva Toledo no eran los menos excitados. Llenos de soberbia, seguros de su brillante futuro y de su fuerza, empujaban a su jefe a no ceder nada, en particular en un punto preciso pero esencial: Cusco estaba comprendido en los territorios que le habían sido atribuidos, y la repartición de sus riquezas le incumbía en adelante. Alvarado les había dicho siempre que la autoridad de Francisco Pizarro se detenía al sur de Chincha y excluía la capital inca.

Hernando de Soto trató de razonar a los pizarristas. Le fue muy mal. Consideraron su comportamiento como una verdadera traición hacia el gobernador y quisieron jugarle una mala pasada. Los dos hermanos de Francisco Pizarro que se encontraban en Cusco, Juan y Gonzalo, se pusieron a la cabeza de sus partidarios. Se parapetaron en uno de sus palacios fortificado a toda prisa para resistir un verdadero cerco, mientras que los soldados de Almagro desfilaban por la ciudad.

La tensión recayó con el anuncio de la llegada de Francisco Pizarro cuya estatura e historia personal se imponían a todos y cuyo sentido de la justicia era muy conocido. Hasta Almagro fue a su encuentro. Una vez más, estaríamos tentados de decirlo, los dos hombres se abrazaron como viejos amigos y trataron indudablemente de su diferendo. A continuación se llevaron a cabo negociaciones. Resultado de ello —y fue aceptado por ambos campos—, Cusco correspondía claramente a la autoridad de Pizarro. A cambio, este dio todas las facilidades a su socio para preparar la expedición destinada a la conquista de la Nueva Toledo. El 12 de junio de 1535, como varias veces en el pasado, sellaron su acuerdo durante una misa solemne en la que se juraron fidelidad y, al comulgar, compartieron una hostia.

A continuación las cosas sucedieron muy rápido. Dos semanas más tarde, los primeros contingentes de jinetes, una centena, partieron hacia su nueva conquista, seguidos el 3 de julio por Almagro y cincuenta hombres a caballo. Iban acompañados, como de costumbre, por un gran número de cargadores indios pero también de Villac Umu, el gran sacerdote cusqueño del culto solar y por el príncipe Paullu, hermano del nuevo Inca entronizado por los españoles. Ellos iban a ser, por decirlo así, los garantes de la legitimidad de los intrusos ante las poblaciones que iban a encontrar.

El final feliz de la crisis fue sin duda de gran satisfacción para Francisco Pizarro. Una vez más, supo evitar que se cristalicen las oposiciones y pudo, sin choques, calmar los ánimos. Por otro lado, no había cedido en lo referente a Cusco, que era esencial para él. Finalmente, Almagro había partido hacia un destino que le sería propio, vaciando además al país de los soldados de Alvarado, cuya impaciencia y arrogancia —sin duda también cuya decepción— constituían el primer ejemplo de lo que sería más tarde en el Perú, y por largo tiempo, un mal crónico y un grave factor de desestabilización, los soldados sin empleo.

Pizarro tuvo pronto otro motivo de satisfacción. Hernando de Soto había esperado integrar la expedición de Almagro. Este, al parecer, lo había pensado en un primer tiempo, por cierto, pero luego había cambiado de opinión. Sin duda, con este aliado molesto, no tenía ganas de volver a vivir la situación ambigua que había soportado durante años con Pizarro. Hernando de Soto tuvo mucha pesadumbre. Veía alejarse la última oportunidad para él de realizar su destino en América del Sur. El clan de los Pizarro siempre había sospechado de él y, más recientemente aún, había podido medir el odio que en el fondo le tenían. Para ellos, él sólo era bueno para ir de explorador con sus hombres, para adelantarse a lo desconocido y al peligro, hasta para enderezar las situaciones más comprometidas. Para nada más. Desde su llegada inopinada a la costa actualmente ecuatoriana, en realidad nunca pudo imponerse como un verdadero socio. A la hora del reparto de los despojos, tanto en Cajamarca como en Cusco, le pareció, y con razón, que su porción era de poco valor y no estaba a la medida de todo lo que había hecho y arriesgado.

Puesto que Benalcázar, que llegó al mismo tiempo que él, intentaba la aventura por su lado y por su cuenta en el norte en donde sus talentos podían ejercerse libremente, Hernando de Soto tomó una decisión más radical. Dejó el Perú, indudablemente para gran alivio de la familia Pizarro. No por ello su aventura americana había terminado, al contrario. A su regreso a España se casó con una hija del antiguo gobernador del Istmo, Pedrarias Dávila, aprovechó las relaciones que tenía su suegro —y su propia hoja de servicios que no era escasa— para hacerse nombrar gobernador de Cuba. Ya en la isla, imaginó un proyecto gigantesco: la conquista de América del Norte, el equivalente de lo que Pizarro y Almagro habían hecho en el sur. El único intento emprendido hasta entonces, el que fue conducido por Pánfilo de Narváez en 1528, que terminó con un estruendoso desastre. De él, sólo lograron escapar un puñado de sobrevivientes de los cuales uno, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, nos ha dejado el relato de su extraordinario periplo desde Tampa, Florida, hasta México adonde llegaron varios años más tarde.

A la cabeza de seiscientos hombres, Hernando de Soto emprendió en la primavera de 1539 un viaje también fuera de lo común. Partió de Florida, atravesó los actuales estados de Georgia, Carolina del Sur y del Norte, Tennessee, Alabama, Mississippi, Arkansas e incluso parte de Texas. Descubrió el gran río Mississippi,

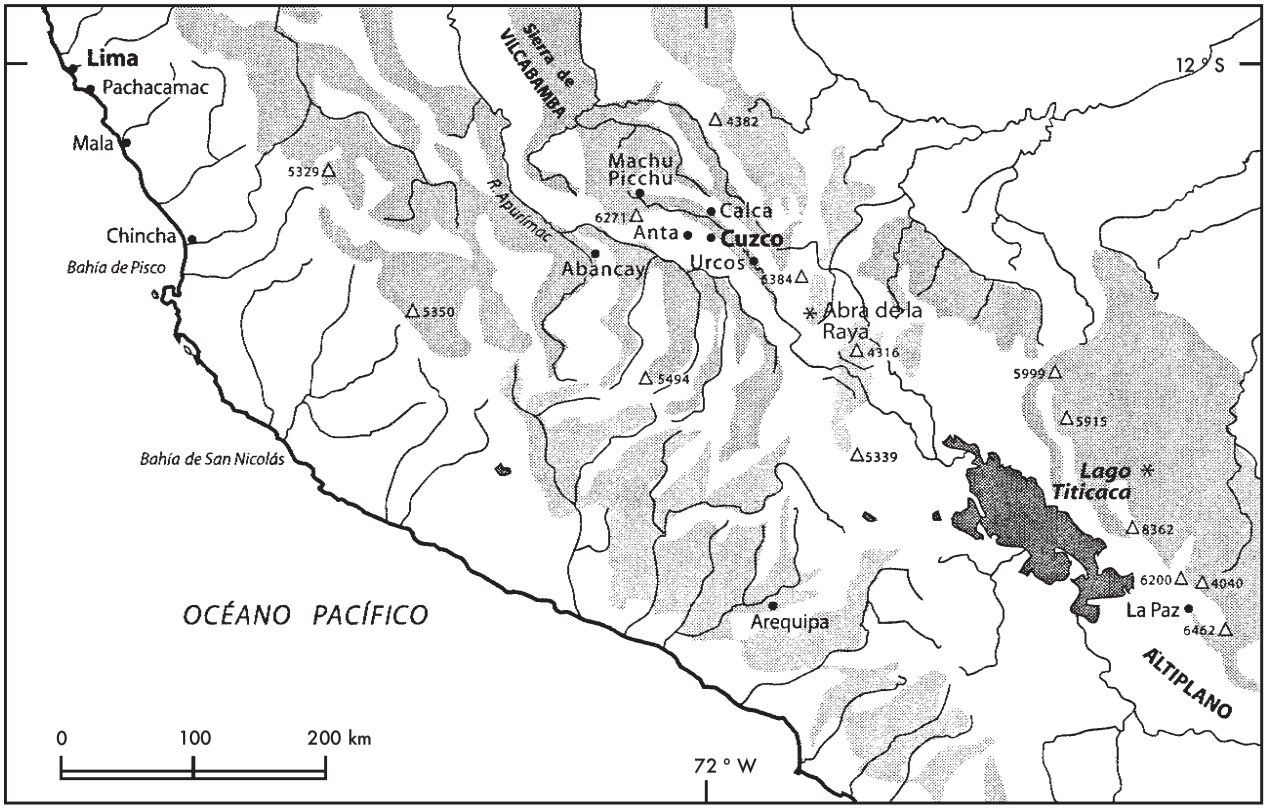
lo atravesó y llegó a las grandes llanuras, dejando a su paso por todo lado un reguero de sangre y de muerte. Algunos testigos han relatado, por ejemplo, que se le había hecho una especialidad hacer monterías de indios. La expedición provocó también su lote de epidemias, que acabaron por diezmar a las poblaciones encontradas y además se expandieron mucho más allá de las regiones atravesadas, todo en vano, porque no había ni oro ni plata en estas vastas regiones.

En mayo de 1542, a orillas del Mississippi, Hernando de Soto cayó enfermo y murió. Sus compañeros lo hicieron desaparecer en el gran río, haciendo creer a los indios que no había fallecido sino que había subido al cielo, pues era inmortal. Ante la inutilidad de sus esfuerzos y de sus crímenes el resto de la expedición, comandada por Luis de Moscoso, optó al año siguiente por descender hacia la desembocadura en balsas improvisadas. Cuando llegaron, los sobrevivientes continuaron su viaje por mar y tocaron finalmente México en setiembre de 1543.

Regresemos a Pizarro. En esta segunda mitad del año 1535 su situación parecía andar mejor que nunca. Sus rivales potenciales y reales habían salido del escenario peruano con el menor costo para él. Nadie podía disputarle ya nada. El país comenzaba a estructurarse según la nueva lógica colonial y los ingresos que sacaba de él junto con sus fieles seguidores superaban ampliamente sus esperanzas. La *pax hispanica* se extendía por los Andes. Quizquiz, el valeroso general *yana*, la pesadilla de los conquistadores, había acabado desapareciendo en las montañas del Perú central. Fue sin duda asesinado por uno de sus capitanes, lo que provocó casi de inmediato la dispersión de su ejército y alivió a los españoles de una amenaza constante. En el norte, Rumi Ñahui había sido derrotado y con él desaparecía la última resistencia organizada de los partidarios quiteños de Atahualpa. ¿Se podía considerar sin embargo que todo estaba solucionado y que la conquista había terminado?

Cuarta parte

La carrera hacia el abismo


Lima
Pachacamac
Mala
Chincha
Bahía de Pisco
Bahía de San Nicolás
OCÉANO PACÍFICO
Sierra de VILCABAMBA
R. Apurímac
Machu Picchu
Calca
Anta
Cuzco
Urco
Abancay
Abra de la Raya
Arequipa
Lago Titicaca
La Paz
ALTIPLANO
5329
6271
4382
5384
5350
4316
5494
5999
5915
5339
8362
6200
4040
6462
0
100
200 km
72 ° W
12 ° S

10
El año de todos los peligros (abril de 1536-abril de 1537)

Los cronistas cercanos a Pizarro, en su conjunto dan cuenta bastante bien del optimismo en que vivían él y sus hermanos a comienzos del año 1536. Todo parecía sonreírles, ya nada se oponía a su poder en este nuevo Perú español cuya geografía, centro de gravedad, equilibrios internos, organización y perspectivas económicas habían sufrido en el espacio de dos años profundas mutaciones, a la vez convergentes y benéficas en provecho de los conquistadores.

Aunque estos testigos no lo digan —en la medida en que, sin duda, no eran conscientes de ello—, semejante actitud por parte de los hermanos Pizarro y de sus partidarios no era una garantía muy positiva para el futuro. En particular, los dos hermanos del gobernador que permanecieron en Cusco, manifestaban una arrogancia, una voluntad de gozo y una codicia que sus hombres imitaban a menudo, seguros del aval sin restricciones de sus jefes. Allí estaban, en potencia, los gérmenes de nuevas tensiones en el seno del grupo español y la posibilidad de ver resurgir dificultades impensables, algunos meses atrás, con los vencidos de la Conquista, los indios.

Hernando Pizarro y Manco Inca

Cusco había estado a punto de ser el teatro de un sangriento enfrentamiento entre los partidarios de Pizarro y los de Almagro. Cuando este último partió hacia el sur con sus hombres, a la conquista de la gobernación que la Corona le había atribuido, no por ello la dejó de estar menos sometida a una situación bastante tensa, pero por otras razones.

La paz no había regresado verdaderamente a lo que había sido la capital de los antiguos emperadores incas. La inseguridad reinaba aún en ciertas comarcas aledañas. Con el objetivo de afirmar y de consolidar la autoridad española, unas columnas de jinetes comandadas en general por Gonzalo y Juan Pizarro vigilaban los alrededores. En realidad, ellos no se aventuraban fuera de los valles, y las zonas montañosas, de acceso mucho más difícil, continuaban escapando a su control. Para convencer a las poblaciones que encontraban del carácter a la vez definitivo e indiscutible del establecimiento de los nuevos dueños, los españoles, fieles a su costumbre, utilizaban sin moderación alguna el último argumento de todos los conquistadores, el terror.

Por otro lado, al momento de su partida a Jauja y después a la costa, Francisco Pizarro, como hacía cada vez que dejaba un lugartenientes a cargo de una ciudad, les había solicitado expresamente velar por el buen trato a los indios. ¿Hay que ver en esta actitud, como han hecho algunos historiadores, la manifestación de una preocupación real del gobernador por la suerte de los vencidos? Es sin duda excesivo. Había sido una tradición proceder así con las poblaciones locales a lo largo de la Reconquista en España. Además en América, las instrucciones reales obligaban expresamente a ello a los jefes de expediciones. Para Pizarro era pues una manera de cubrirse frente a la Corona en caso en que, en su ausencia, los subordinados cometiesen algún exceso, como era altamente probable dadas las costumbres de la época. Finalmente, no es imposible tampoco que Francisco Pizarro estuviese convencido de una evidencia que, sin embargo, iba a tardar en imponerse en la mente de los conquistadores: la riqueza del Perú como de las otras regiones americanas no eran nada sin la fuerza de trabajo de la población indígena. Había pues que cuidarla, aunque solo por esta razón.

No obstante, a diario se cometían numerosos abusos en Cusco. Éstos eran obra tanto de soldados rasos persuadidos que su estatuto de vencedores les daba derecho a actuar a su antojo siempre y en todo lugar, como también de los nuevos encomenderos nombrados por el gobernador. La misma imprecisión de sus atribuciones parecía abrir la vía a todas las posibilidades denunciadas en otros lugares de América, desde hacía varias décadas, por Bartolomé de las Casas. No se debe excluir tampoco la hipótesis según la cual el carácter ante todo precario de las encomiendas concedidas por Pizarro había llevado a los beneficiarios a obtener rápidamente el mayor provecho de ellas, en caso —poco verosímil pero siempre posible— de que se vieran obligados a deshacerse de ellas.

Este ambiente de extorsiones y violencias sin límites provocó muy pronto reacciones exasperadas de la población india. Es verdad que estaba acostumbrada por los Incas a una sumisión sin falla y a rudas servidumbres, pero dentro de un marco bien establecido, que obedecía a una lógica y presentaba las ventajas de cierta reciprocidad. No fue más el caso con los nuevos dueños. En el transcurso

de estos primeros meses, se citan los casos de encomenderos asesinados, de otros que, de regreso a la ciudad y basándose en la mala voluntad o incluso el odio que habían podido constatar, predecían muy graves acontecimientos, es decir una rebelión de los indios.

En el mismo Cusco, se le infligió un trato totalmente escandaloso a Manco Inca, el nuevo emperador entronizado por los españoles, después de que vino a ponerse a su servicio poco antes de su ingreso a la ciudad. Aunque Francisco Pizarro haya insistido muy especialmente para que se le reserve una suerte digna de su rango, Manco Inca se encontró pronto detenido en uno de los palacios de Cusco donde vivió un verdadero calvario, amarrado a la pared con una cadena y un collar de hierro, desprovisto de casi todo, incluso sin cama. Sus guardianes lo sometían además a los peores vejámenes. Juan y Gonzalo Pizarro, pero también su entorno, llegaban hasta a abusar de sus mujeres en su presencia. A menudo y por cualquier motivo se lo golpeaba dándole patadas. Un día, durante una especie de bacanal, por juego y por burla, Manco fue regado con orina por sus carceleros en estado de ebriedad.

En su ciudad, Manco Inca no era de ninguna manera un Inca usurpador, aunque su avasallamiento a los españoles que lo habían entronizado pudiese plantear problemas a ciertas elites indígenas en cuanto a su legitimidad. Estas no podían no conocer la suerte que le reservaban los vencedores. Recordemos, por un lado, el extraordinario fasto y sobre todo la veneración, en todos los sentidos del término, que rodeaban a la persona del Inca en el Tahuantinsuyu y, por otro, la apuesta política que habían hecho sobre los españoles numerosos linajes incásicos. Entonces, no es difícil suponer los sentimientos de los jefes étnicos frente a la suerte reservada a Manco Inca, en todo caso a las conclusiones que debían sacar de para sí mismos y para el futuro.

Cuando Hernando Pizarro llegó a Cusco en calidad de lugarteniente de su hermano, se encontró con una situación muy tensa. Aureolado por el éxito de Francisco y por el de su misión en España, de un carácter muy autoritario, hasta imperioso, se había ganado una reputación justificada de jefe de guerra en el transcurso de las campañas precedentes. Ante los peligros que se anunciaban en Cusco, él podía ser pues el hombre de la situación. Una de sus primeras medidas fue liberar al Inca de sus grilletes y suavizar, sin suprimirlo, su cautiverio. No actuó así movido por algún sentimiento de humanidad, de lo que carecía. Sin duda comprendió que el trato inflingido a Manco Inca hacía correr el riesgo de conducir a una ruptura entre los españoles y la aristocracia indígena. Él la necesitaba para asentar el control de los vencedores sobre las poblaciones indias, pero también para llevar a buen término la búsqueda de estatuillas, objetos y joyas de oro que habían escapado a los españoles cuando llegaron a la antigua

capital y que los indios habían enterrado a toda prisa para sustraerlos a la avidez de los conquistadores.

Hernando Pizarro iba pues a conversar de manera regular con el prisionero. En particular, buscó obtener informaciones sobre los alarmantes rumores que circulaban en Cusco. Se decía que Villac Umu, el gran sacerdote, y Paullu, el pariente del Inca, que acompañaban a Almagro en su marcha hacia el sur, habían desertado y se escondían en Cusco mismo, y con malas intenciones. También corría el rumor de que las poblaciones del altiplano situado allende el lago Titicaca se habían sublevado, exasperadas por el comportamiento de los hombres de Almagro. Una voz insistente propagaba incluso que la expedición, de la que se estaba sin noticias, había sido aniquilada y su jefe muerto.

El Inca desmintió esas informaciones y anunció simplemente el retorno del gran sacerdote quien vino a ver a Hernando Pizarro para testimoniarle su sumisión. Algunos días más tarde, Manco pidió hablar con Hernando. Le hizo saber la existencia de una estatua de oro que había sido enterrada. El hermano del gobernador le dio autorización para ir a buscarla. Al cabo de una semana, el Inca estaba de regreso con dicha estatua, que medía unos ochenta centímetros de alto. Poco después, Manco ofreció renovar la operación, esta vez en Yucay, una gran aldea situada a apenas unos cuarenta kilómetros en el valle del Vilcanota, llamado actualmente «valle sagrado de los incas», que conduce a Machu Picchu. Hernando Pizarro, sin duda seducido por las promesas de Manco, decidió dejarlo libre de sus movimientos con la condición de volver de Yucay con la famosa estatua. ¿Acaso no había regresado sin problemas la vez anterior? Además, Hernando había llegado a Cusco con refuerzos que permitían seguir siendo optimistas en cuanto a las capacidades de defensa de los españoles.

Era una apuesta que no dejaba de ser arriesgada. Juan y Gonzalo Pizarro le recordaron a su hermano que si, antes de su llegada, Manco había estado encadenado en su prisión, había sido porque había querido abandonar el campo de los vencedores. Justo después de la partida de Almagro, cuando ya no había sino pocos españoles en la ciudad —porque, además, la mayoría de los restantes se habían marchado a visitar su encomienda—, Manco había huido una noche. Había sido necesario que Juan Pizarro parta en su búsqueda junto con cincuenta jinetes y lo detenga en el camino al altiplano. La dirección de su fuga había dado forma al rumor según el cual los indios se habían sublevado después del paso de Almagro.

De manera general, la noticia de la liberación del Inca y de su partida a Yucay fue muy mal recibida por los españoles de Cusco, pero no se pudo hacer nada. Seguro de sí, como de costumbre, Hernando se negó a escuchar los consejos. Sin embargo el cronista Pedro Pizarro recuerda la preocupación que asaltó a todos

sus compatriotas en aquel entonces presentes en la ciudad. Regresando sobre el intento de evasión de Manco Inca, no duda en escribir que su éxito hubiese significado de seguro la muerte de todos los conquistadores.

El Inca partió hacia Yucay a mediados del mes de abril de 1536, con su séquito en el que se encontraba el gran sacerdote, pero sin escolta española pues había logrado convencer a Hernando Pizarro de que este asunto había de resolverse entre indios. Manco debería haber retornado al cabo de algunos días. No fue así. Como Yucay se sitúa a una cabalgata apenas de Cusco, Hernando despachó a unos mensajeros. A pesar de todos sus esfuerzos, no pudieron localizar al Inca ni al gran sacerdote. Tuvieron que rendirse ante la evidencia, Manco se había marchado a otro lado dejando a los españoles. En realidad, en un lugar mantenido en secreto, no en el valle sino en el corazón de la cordillera, ahí adonde no podían llegar los caballos, el Inca deliberaba con los jefes de la región para constituir un ejército y retomar su capital a los conquistadores.

Ante el peligro ya evidente, Hernando Pizarro reaccionó inmediatamente. Envió a su hermano Juan hacia Yucay a la cabeza de sesenta jinetes. Los indios sublevados, en número de diez mil según Pedro Pizarro quien participaba en la operación, esperaban sobre la otra orilla del Vilcanota, un río de montaña de aguas bastante turbulentas. Estaban seguros de que los españoles, con sus caballos y su pesado armamento, no se atreverían ni podrían cruzarlo. Sin embargo, sí lo hicieron. Juan Pizarro y sus hombres, con la ayuda de fieles auxiliares indígenas sin duda, algo que no precisan las crónicas, lo atravesaron a nado con sus monturas y libraron batalla. Obligaron a los indios a retroceder y a refugiarse sobre las abruptas laderas de la margen derecha del Vilcanota que los ponía al abrigo de la caballería. Esta situación incierta duró tres o cuatro días, hasta que un mensajero procedente de Cusco y enviado por Hernando Pizarro dio la orden de volver a la ciudad a toda prisa.

Cusco sitiado (abril-mayo de 1536)

Cuando los jinetes tuvieron la ciudad a la vista, encontraron las inmediaciones de la ciudad ocupadas por una multitud de campamentos indios. A media legua a la redonda, se habría pensado que la llanura estaba cubierta de un inmenso manto oscuro, alusión al color de los ponchos. En la oscuridad de la noche, el resplandor de los fuegos de campamento parecía un cielo estrellado. Siempre según Pedro Pizarro, los gritos, los alaridos, el eco de los instrumentos de música guerrera eran tales que los españoles se quedaron como petrificados. Semejante multitud no había podido reunirse espontáneamente. Es probable que Manco Inca, en su cárcel, y cierto número de aristócratas incas habrían preparado esta revuelta desde mucho tiempo atrás.

Algunos días después, comenzando el mes de mayo, una mañana, cuando todas las fuerzas estuvieron reunidas, los indígenas se lanzaron sobre Cusco. Primero intentaron incendiar la ciudad con la ayuda de flechas encendidas y de piedras quemantes lanzadas con sus hondas sobre los techos de paja que se incendiaban sin que los sitiados comprendan lo que les estaba sucediendo. Entre los proyectiles recibidos, los españoles encontraron incluso las cabezas de algunos de sus compañeros hechos prisioneros o muertos en combate. Según los testigos, el aire se tornó irrespirable, un calor insoportable reinaba en la ciudad y, por momentos, el humo era tal que era difícil ver. Al mismo tiempo, los indios levantaban barricadas y empalizadas en las calles para impedir la intervención de la caballería.

Unos doscientos cincuenta españoles se parapetaron en el centro, alrededor de las principales plazas y en los palacios. Se improvisaron tiendas para albergar a la tropa auxiliar. La situación era tanto más desesperada cuanto que los indios ocupaban la fortaleza de Sacsayhuamán que precisamente domina el corazón de la ciudad inca. Infiltrándose por senderos y luego por callejuelas, los guerreros indios alcanzaban las posiciones españolas con sus hondas y les causaban mucho daño sin que los sitiados pudieran defenderse. En medio de esta confusión, Hernando Pizarro dividió a sus hombres en tres grupos comandados por su hermano Gonzalo, Gabriel de Rojas y Hernán Ponce de León respectivamente. Mientras que él se encargaría en la ciudad de la defensa de las posiciones españolas con los peones, decidió, para salir de esta situación atenazada, que lo más urgente era retomar Sacsayhuamán y hacer uso de la caballería, aproximadamente setenta hombres, los únicos que, en estas circunstancias, eran de alguna utilidad. Para derribar las empalizadas y permitir el paso de los caballos, envió a los indios que le seguían siendo fieles. Se trataba en su mayor parte de cañaris oriundos del actual Ecuador y de indios de etnias del norte peruano que llegaron a Cusco con el ejército de Francisco Pizarro. En cuanto a los terribles «negros de guerra», se los concentró alrededor de la plaza central formando el último reducto defensivo, en caso en que se llegue hasta tal extremo.

Entonces se pudo dar el asalto. Antes de llegar al pie de la fortaleza, los españoles se toparon con las más grandes dificultades. El camino de acceso era estrecho, interrumpido por zanjas destinadas a impedir el paso de los caballos, y constantemente expuesto a las flechas indias lanzadas desde las alturas. Pese a todo, la hueste española llegó hasta la fortaleza. En medio de la noche, porque los indios en general solo combatían de día, Juan Pizarro hizo desmontar a la mitad de los efectivos españoles, y el ataque tuvo lugar como en la mejor tradición de las guerras de sitio medievales, hasta con escaleras. Juan Pizarro demostró gran valentía. Para poner en acción a sus hombres, dio el ejemplo y fue el primero en abalanzarse. El combate fue rudo. Desde las torres de bloques ciclópeos,

caían copiosamente las flechas y los guijarros y causaban importantes daños a los asaltantes. Lo peor para ellos fue cuando Juan Pizarro, que no podía ponerse casco porque había sido herido la víspera en la mandíbula, no vio venir una enorme piedra que le rompió el cráneo. Se lo transportó con suma urgencia al centro de la ciudad pero las curaciones se revelaron ineficaces. Murió después de haber agonizado durante dos semanas.

Informado inmediatamente, Hernando Pizarro acudió en la madrugada para tomar la dirección de las operaciones. El asalto duró varios días, porque Sacsayhuamán ofrece en realidad tres líneas de defensa, con imponentes muros y torres adelantadas que hubo que ganar una por una. Los sitiados terminaron por ceder. Vencidos también por el hambre, la sed y el desaliento, algunos trataron de huir o se rindieron, otros prefirieron lanzarse de lo alto de las torres. Eso fue lo que hizo Cahuide, el orejón que comandaba el último punto de defensa india, y pasó así a la Historia. Lacónicamente, Pedro Pizarro nos dice que cuando Hernando Pizarro fue informado del fin de Cahuide, lamentó mucho no haberlo agarrado vivo...

La recuperación de Sacsayhuamán no significó sin embargo el fin de las angustias españolas. Pedro Pizarro recuerda que los indios resistieron en realidad dos meses, y que hubo que esperar todavía otros tantos para que la situación retorne más o menos a la normalidad. Cuenta varios episodios durante los cuales sus compañeros y él mismo estuvieron a veces en gran peligro, particularmente cuando se encontraron aislados en los cultivos de los andenes situados en el flanco de la montaña en las inmediaciones de la ciudad donde, al contrario de los indios, no estaban acostumbrados a combatir. Grupos de jinetes peinaban permanentemente los campos para prevenir cualquier ataque sorpresivo y encontrar alimentos.

Como todos los cronistas, Pedro Pizarro exalta los grandes hechos de sus compañeros, pero se olvida de insistir sobre la ayuda decisiva que aportaron siempre a los españoles los auxiliares indios sin los cuales no habría sido posible nada. Olvida también el cambio de posición en favor de los españoles de una parte de la aristocracia de Cusco, cuidadosa de sus intereses y conservando en la memoria viejos rencores clánicos. En el ejército del Inca hubo incluso defecciones espectaculares, algunos jefes se pasaron al lado español junto con sus hombres. ¿Sin esto, qué habría logrado apenas un puñado de conquistadores, a pesar de su arrojo reforzado indudablemente por la energía de la desesperación?

Hernando Pizarro decidió advertir a su hermano el gobernador de lo que había sucedido en Cusco y de los riesgos que seguían corriendo sus hombres. Para esta misión quiso enviar a Lima a quince de sus mejores jinetes pero sus consejeros supieron disuadirlo. Le hicieron ver el riesgo que esta partida haría correr a la ya

muy mermada defensa de la ciudad, y las escasas posibilidades que tenían estos cuantos hombres de llegar sanos y salvos a Lima, pues tendrían que cabalgar buen tiempo en territorio hostil.

Por su lado, Francisco Pizarro, muy preocupado por no tener noticias de lo que sucedía allá, a cientos de leguas en las montañas, intentó reanudar el contacto con la antigua capital. Envió sucesivamente a varios grupos de jinetes. En mayo, los primeros en partir, setenta hombres al mando de Gonzalo de Tapia, fueron sorprendidos en un desfiladero por los indios quienes los aplastaron bajo las piedras y remataron a los sobrevivientes. Una nueva expedición, bajo las órdenes de Diego Pizarro de Carvajal, pariente lejano del gobernador, corrió la misma suerte un poco más tarde pero más lejos, en el valle del Mantaro. Intentando por tercera vez restablecer las relaciones, Juan Mogrovejo de Quiñónez siguió las huellas de sus predecesores y terminó como ellos. En el mes de junio, le tocó el turno de partir a Cusco a Alonso de Gaete. Estaba acompañado de un nuevo Inca, Cusi Rímac, que Francisco Pizarro había coronado en esta ciudad poco antes, una vez más con la esperanza muy ilusoria de reforzar su posición y su legitimidad ante las poblaciones indias. El resultado de esta expedición fue el mismo que para las precedentes. Por cierto, parece que el nuevo «Inca», pese a haber sido escogido por su fidelidad a la causa española, entró en contacto con el enemigo y lo hizo saber el plan de marcha español. La batalla tuvo lugar cerca de Jauja. Otra vez fue un desastre, pero hubo algunos sobrevivientes españoles. En su retorno desenfrenado hacia la capital de la costa, se encontraron en agosto con una quinta expedición a las órdenes de Francisco de Godoy. Después de haber escuchado su relato y ante su espanto, éste juzgó más prudente volver atrás.

Cuatro capitanes, cerca de doscientos españoles y sus valiosas monturas habían perdido la vida en estos intentos. Se contaba que las cabezas de los soldados y los cueros de los caballos muertos en combate adornaban las fortalezas en manos del Inca, en particular la de Ollantaytambo, su cuartel general, pueblo situado sobre el Vilcanota río abajo de Yucay. Ya no cabía duda alguna, no solo Cusco sino todo el país se encontraba ahora en gran peligro, el de una sublevación general de los indios. Manco Inca había enviado al centro, por Jauja, un ejército mandado por uno de sus parientes, Titu Yupanqui, conocido por su valor militar. Esta tropa fue la que infligió los desastres ya mencionados a las columnas de socorro[1].

Entretanto, Cusco continuaba soportando ataques episódicos, incluso nuevos asaltos en regla, como a comienzos del mes de junio, otras veces los españoles

[1] Véanse Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista del Perú, op. cit.,* cap. XIX-XX y, de un encendido partidario anónimo de los Pizarro, la *Relación del sitio del Cuzco y principio de las guerras civiles del Perú hasta la muerte de Diego de Almagro,* Lima, 1934. Sobre Manco Inca, véase más particularmente a Juan José Vega, *Manco Inca el gran rebelde,* Lima, 1995.

iban al encuentro de las tropas indias para tratar de sacar partido de ventajas puntuales.

El sitio de Cusco fue para los españoles un verdadero traumatismo. Aunque tienen tendencia a exagerar en sus crónicas, como siempre, el desequilibrio de las fuerzas en presencia, evidentemente distaba mucho de serles favorable, y sus desventajas tácticas también eran manifiestas. El tratamiento historiográfico al que han sometido este episodio y el sentido que han querido dar posteriormente a su victoria son reveladores y significativos. Durante el ataque indio, el 23 de mayo, Pedro Pizarro, testigo ocular, indica que el techo del edificio entonces utilizado como iglesia había comenzado a arder, pero que el inicio del incendio se había detenido de manera inexplicable. Emplea incluso la palabra milagro, pero sin más detalles, y de manera aparentemente desprovista de connotación verdaderamente religiosa. Sin embargo, desde comienzos de la segunda mitad del siglo, esto es unos quince años después, cuando gente como Juan de Betanzos, y tras él muchos otros, retomaron la narración de esos sucesos, insisten sobre el hecho de que fue la Virgen la que apareció súbitamente sobre el techo del edificio, que apagó las llamas y echó arena, o cenizas, a los ojos de los asaltantes indígenas para enceguecerlos. En cuanto al asalto de Sacsayhuamán, la victoria española había sido posible gracias a la aparición en el cielo, sobre su caballo blanco y blandiendo su espada de fuego, del apóstol Santiago, patrón secular de los ejércitos castellanos. Una vez más, derrotó a los enemigos de España. ¿Quién en ese entonces, podía dudar de que Dios estaba del lado español y que la empresa americana no era más que la continuación de la Reconquista peninsular sobre los moros[2]?

El ataque a Lima (agosto de 1536)

Las comunicaciones entre Lima y Cusco estaban cortadas desde hacía meses, las preocupaciones de Francisco Pizarro y las angustias de los españoles de Lima no cesaban de aumentar. Pronto se concretaron. Como medida de precaución, Pizarro había enviado por la costa hacia el sur, jinetes y auxiliares indios con Pedro de Lerma a la cabeza para peinar la zona y ver lo que pasaba, con la orden de no alejarse demasiado de la ciudad y de no correr riesgos inútiles. Estos exploradores supieron rápidamente lo que pasaba. A dos leguas apenas, entraron en contacto con un gran número de indios en armas que estimaron, indudablemente y como siempre, de manera muy exagerada, en cincuenta mil. Según parecía, llegarían a Lima al día siguiente. Los combates duraron varias horas, pero los exploradores

[2] Para la elaboración de estos milagros en las crónicas, véase Monique Alaperrine, *La Vierge guerrière, symbolique indentitaire et représentations du pouvoir au Pérou (XVIe et XVIIe siècles),* París, Universidad de París III, Travaux et documents du CRAEC, n° 1, 1999.

tuvieron que retirarse y regresaron a rienda suelta con el fin de prevenir a Francisco Pizarro y a sus conciudadanos sobre lo que les esperaba.

La muy joven ciudad se puso en estado de defensa. Los indios, divididos en tres cuerpos, la rodearon casi inmediatamente. Fieles a su nueva táctica, tomaron los cerros de los alrededores a donde los caballos no podían subir. Ocuparon en particular el cerro llamado por los españoles San Cristóbal, muy cerca de la Plaza de Armas, corazón de la nueva ciudad. Se repetía casi el mismo guión que en Cusco. No obstante, el ejército indio cometió dos errores. El primero fue dejar tiempo a los sitiados quienes se organizaron y comenzaron a retomar confianza. En realidad, parece ser que para dar el asalto final, los indios esperaron la llegada de su jefe, el príncipe Titu Yupanqui. Mientras tanto, los españoles estaban particularmente enardecidos por las arengas y el ejemplo de Francisco Pizarro. Se lo veía por todas partes sobre su caballo, espada en mano. Hubo una serie de escaramuzas pero no un asalto general. Pensando primero ir a las alturas para desalojar a los indios, al gobernador se le ocurrió usar unos grandes escudos de madera, para proteger a sus hombres de las piedras y de las flechas, pero su peso los hizo inutilizables. Finalmente, el sexto día, Titu Yupanqui decidió finalmente atacar. Segundo error, lo hizo en el orden de batalla tradicional en los incas. Sus tropas, que dirigía de pie sobre su litera, descendieron del cerro San Cristóbal, vadearon el Rímac, y una vez en la orilla izquierda, entraron a Lima aparentemente muy confiados.

Pizarro los esperaba. Los jinetes españoles, escondidos en las primeras casas de la ciudad y divididos en tres grupos de asalto, uno de los cuales era comandado por el gobernador en persona, se lanzaron entonces sobre el enemigo, los sorprendieron, sembraron el desorden en sus filas y efectuaron una verdadera masacre. Los jinetes españoles, como hicieron en Cajamarca, buscaron decapitar al ejército enemigo. En la pelea, un tal Pedro Martín de Sicilia atravesó de un lanzazo a Titu Yupanqui. Nuevamente, en cuanto se vieron privadas de sus jefes, las tropas indias se desbandaron, atravesaron el Rímac casi corriendo y regresaron a lo alto del cerro San Cristóbal. Allí esperaron refuerzos, en vano, porque las poblaciones de la costa estuvieron lejos de hacer causa común con ese ejército al mando de orejones incas. Los costeños recordaban muy bien que sus ancestros habían sido sometidos sin piedad por la gente de Cusco. Por cierto, las filas españolas estuvieron reforzadas, una vez más, por numerosos auxiliares indígenas, en este caso por huancas de la sierra central y sobre todo por yungas, es decir indios de los valles costeros, cuyos jefes tradicionales se habían negado a responder al llamado de Titu Yupanqui porque no tenían ganas de que se reconstituya el imperio de Cusco. Al no ver venir nada, los soldados de Titu Yupanqui comenzaron a regresar a sus regiones de origen. El hecho duró en total unos doce días largos.

Aprovechando el desbande y buscando aumentar su ventaja, Pizarro lanzó dos columnas en persecución del ejército indio. Una, dirigida por Hernando de Montenegro, hizo retroceder a los fugitivos hacia las montañas al este de Lima, la otra, bajo las órdenes de Diego de Agüero, persiguió a los otros por el sur, en la costa. Los españoles recibieron también ayuda exterior, primero de Alonso de Alvarado a quien Pizarro hizo volver a toda prisa de la región de Chachapoyas. Se lo envió a la sierra para perseguir al ejército indio, y en la región de Jauja perpetró terribles represalias contra las poblaciones sospechosas de haber aportado ayuda a Titu Yupanqui durante su paso por ahí. Poco después, Gonzalo de Olmos vino de mucho más lejos, de Porto Viejo. Como el gobernador había mandado escribir a Panamá y a Nicaragua para informar de la extremada gravedad de la situación en el Perú, enseguida afluyeron nuevos refuerzos del Istmo, de América Central e incluso de las Antillas. El peligro había pasado, pero como otros se perfilaban en el horizonte todas esas tropas frescas habían de ser muy útiles a Francisco Pizarro[3].

El retorno de Almagro a la escena peruana (febrero de 1537)

Mientras tanto, en Cusco, Hernando Pizarro esperaba desesperadamente una ayuda que no llegaba. Todas las semanas enviaba a un grupo de jinetes por los alrededores de la ciudad para recoger información, realizar una suerte de gira de inspección y asegurar el aprovisionamiento, porque la región conocía una severa hambruna. Esta última, debida a una gran sequía pero también a las brutales rupturas provocadas en el mundo indígena por la irrupción de los españoles y por la guerra, había tenido, además, como consecuencia aflojar sensiblemente la presión sobre Cusco. Aparentemente, Manco Inca había decidido suspender las operaciones. Considerando el momento favorable, Hernando Pizarro no perdía la esperanza de acabar con él. Intentó incluso, en enero de 1537, un golpe de mano sobre Ollantaytambo con la idea de capturar a Manco, pero fue un desastre, en particular para los auxiliares indios lanzados al asalto de las posiciones defendidas por los hombres del Inca.

Un día, unos exploradores comandados por Gonzalo Pizarro detuvieron a dos indios quienes les anunciaron una noticia que produjo estupefacción en todos. Diego de Almagro retornaba del sur y se aprestaba a ingresar en Cusco. Hacía más de año y medio que había dejado la capital de los incas. Estábamos en febrero de 1537, y su expedición, dividida primero en dos columnas de las cuales él dirigía la segunda, había dejado la ciudad en julio de 1535. Se trataba de una

[3] Véase la *Relación* anónima citada en la nota 1.

de las expediciones más poderosas nunca organizadas en tierras sudamericanas: cerca de seiscientos españoles, la mayor parte veteranos de América Central que vinieron con Alvarado, varios miles de auxiliares indios, multitudes de llamas para el transporte y la alimentación.

En un primer tiempo, Almagro había pensado ir a la conquista de lo que hoy es el este de Bolivia, el país de los chiriguanos que los incas no habían logrado dominar nunca. Luego, por consejo de antiguos altos funcionarios del imperio destituido, había cambiado de opinión y optado por Chile. Los cusqueños conocían esa región a la que habían sometido hasta su parte central, pero de manera menos clara y sistemática que las demás, dada su lejanía. Convencido por las maravillas que le habían hablado, y considerando seguramente que la implantación inca en Chile le sería de gran utilidad, Almagro había partido pues al extremo sur del antiguo imperio, sin imaginar evidentemente, hasta qué punto éste estaba alejado de las bases cusqueñas.

Después de haber remontado el valle del Vilcanota, desembocado sobre el altiplano, y luego bordeado la orilla occidental del lago Titicaca siguiendo el antiguo camino inca, Diego de Almagro y sus hombres prosiguieron hacia el sur. El camino tomado ofrecía, en cuanto al relieve, menos dificultades que otros ya utilizados por los conquistadores. No obstante, la altura —en general cerca de los 3 700 metros sobre el nivel del mar, a veces cerca de 4 000— y sobre todo el momento escogido —pues la expedición había partido en pleno invierno austral y pronto había tenido que aguantar temperaturas muy bajas y vientos helados— no tardaron en hacer particularmente penosa la progresión. Además, las poblaciones que encontraban estaban mucho más diseminadas que las del sur peruano. Su colaboración no era en nada evidente. En cuanto a los recursos del país sobre los que había que vivir, se revelaron mucho más escasos de lo que se pensaba.

Luego de una marcha particularmente agotadora de más de 1 000 kilómetros en la que murieron muchos auxiliares indios, Almagro y sus hombres llegaron al actual noroeste argentino, a la región en donde se encuentra hoy en día la ciudad de Salta. Ahí acamparon dos meses, tanto para descasar como para esperar una estación más clemente. Como las regiones por las que atravesaban no ofrecían nada que respondiese a las esperanzas de los españoles y pueda retenerlos, la única solución era en efecto continuar hacia el oeste. Había que ir a ver detrás de aquella enorme barrera montañosa que la expedición bordeaba y tenía a su derecha desde su llegada al altiplano, pero cuyas cumbres imponentes y nevadas, así como la ausencia de pasos por los cuales se podría atravesarla, eran desalentadoras. Los consejeros indígenas aseguraban que más allá se encontraban las ricas comarcas que los incas habían conquistad poco antes y donde, les aseguraban, los españoles encontrarían lo que buscaban.

La travesía de la cordillera fue uno de los episodios más terribles de la conquista sudamericana. Como dice en el *Canto General* el primer verso del poema de Pablo Neruda dedicado a la llegada de los españoles, «primero resistió la tierra». La altura extrema (las abras superan los 4 300 metros en esa parte de los Andes), el frío glacial, los precipicios, las distancias interminables por recorrer (centenares de kilómetros) en condiciones tan peligrosas, y el hambre, diezmaron a la expedición. Cientos de cargadores indios y de esclavos negros murieron, los caballos igualmente, pero la carne de sus cadáveres congelados permitió la supervivencia de los hombres. Los españoles mejor alimentados, mejor cubiertos, menos agobiados por las cargas de transporte, tuvieron más suerte. La mayoría de ellos pudo llegar finalmente a tierras menos inóspitas cuando las columnas desembocaron, a la altura de Copiapó —es decir a unos 800 kilómetros al norte de la actual ciudad de Santiago—, en las tierras bajas que corren por el centro de Chile sobre cientos de kilómetros. Ahí encontraron un clima más clemente que les recordó por cierto el de España, paisajes que contrastaban con la áspera desolación de la cordillera y cultivos con los que la tropa podía vivir sin problemas.

Sin embargo, los primeros testimonios que han llegado hasta nosotros distan de corresponder con esta impresión positiva. Muy al contrario, dan una imagen claramente negativa del país. Sucede que nada respondía a lo que esperaban los españoles y a la lógica de su acción. Había pocos indios a los que, además, la huella de los incas no había marcado mucho. Aparentemente no estaban dispuestos a servir sin pestañar a los nuevos dueños y los jefes étnicos parecían poco inclinados a menudo a entrar en el juego de éstos. Por el sur y el río Maule, se encontraban temibles etnias —que los españoles denominarían más tarde, de manera genérica, los araucanos—, para los cuales la guerra era el elemento central de la organización colectiva. En conclusión, no se encontró ahí más que una mano de obra reducida y de difícil utilización. Para terminar, y sobre todo, no había o no había casi nada, de oro!

En este sur lejano, de un lado como de otro de la cordillera, se estaba pues en las antípodas de todo aquello que podía ofrecer el Perú que se había dejado algunos meses atrás. Diego de Almagro, hombre de decisiones, y sin duda también bajo el efecto de un rencor tenaz suscitado por el diferendo a propósito de los límites de su gobernación, decidió no perder más tiempo, volver a partir hacia el norte y hacerse reconocer finalmente —o tomar por la fuerza si fuese necesario— lo que debía constituir el corazón de lo suyo, esto es Cusco.

Para el retorno la expedición escogió otra vía, la de la costa, que tenía el mérito de evitar el interminable calvario de la travesía de los Andes que habían vivido algunos meses antes. El cálculo se reveló arriesgado. Esta vez hubo que hacer frente, y sobre más de 2 000 kilómetros, al desierto de la costa durante el verano

austral, es decir, otra vez, en el peor momento. De todas maneras, la expedición tuvo después que ascender por los Andes para llegar a Cusco, pasando por las regiones de Arica, Tacna y Arequipa, periplo durante el cual Almagro y sus hombres volvieron a encontrar, durante largos días, las alturas extremas, el frío glacial, y la nieve que provocó espectaculares casos de ceguera entre los soldados.

La toma de Cusco (abril de 1537)

Regresemos al anuncio del retorno a Cusco de Diego de Almagro. Algunos días después del encuentro fortuito de los dos indios y de los exploradores comandados por Gonzalo Pizarro, la noticia llegó oficialmente a la antigua capital de los incas. Almagro y sus hombres acababan de llegar al pueblo de Urcos, situado a algunas decenas de kilómetros solamente. No es dudoso que el antiguo socio de Francisco Pizarro haya tratado de actuar por cuenta propia en el enfrentamiento entre Manco Inca, con quien tenía buenas relaciones, y los sitiados de Cusco, como si no se tratara de una guerra entre indios y españoles sino de un simple enfrentamiento de facciones rivales, en virtud de ese antiguo principio según el cual los enemigos de nuestros enemigos son nuestros amigos. Cabe decir que los cronistas favorables al clan Pizarro no han dejado de recalcar esta suerte de traición a la causa española. Diego de Almagro envió dos mensajeros a Manco en su cuartel general de Ollantaytambo, Pedro de Oñate y Juan Rodrigo de Malaver, pero no se pudo llegar a un acuerdo, en particular porque Hernando Pizarro, por su lado, hizo saber al Inca que Diego de Almagro quería manipularlo. Evidentemente, Manco no tenía la intención de ser, una vez más, un mero peón entre las manos de los españoles, sino de expulsar fuera de los Andes a los invasores europeos. Finalmente, se decidió que tendría lugar una entrevista en Yucay gracias a la intervención de un nuevo emisario de Almagro, Ruy Díaz, pero las cosas se complicaron. Hernando Pizarro intervino de nuevo ante Manco para disuadirlo. Un indio del séquito de Ruy Díaz le confirmó al Inca las malas intenciones que tenía con respecto a él el clan de Almagro. Los planes cambiaron precipitadamente y los proyectos de alianza entre Almagro y el Inca no prosperaron. Incluso llegaron a producirse escaramuzas entre las tropas de los dos bandos.

Mientras tanto, informado de la llegada de Almagro, Hernando Pizarro se dirigió a su encuentro para saludarlo y para tratar de entender sus proyectos. Almagro, a la sazón en Yucay, no estaba ahí para recibirlo, pero el comportamiento de sus hombres no dejó ninguna duda, si acaso los hermanos Pizarro tenían alguna. Hernando y su escolta se volvieron por cierto sin esperar, temiendo que Diego de Almagro, desde Yucay los hubiese precedido en Cusco.

No ocurrió así. Solamente al día siguiente, Almagro y el conjunto de sus hombres, los que lo habían acompañado a Yucay y los que llegaban de Urcos, se presentaron en la ciudad. Acamparon sobre lo que entonces eran sus inmediaciones, sobre unos andenes situados en el lugar en que se encuentra hoy el convento de San Francisco. Hernando Pizarro, que habría podido apoderarse de los soldados que permanecieron en Urcos, y lamentó sin duda no haberlo hecho, trató de negociar. Al antiguo socio de su hermano le propuso una cita. Este se negó. Le ofreció dejarle la mitad de la ciudad, estando ocupada la otra mitad por sus propios soldados. Almagro respondió de nuevo negativamente. A todas las propuestas dio la misma respuesta: quería que se le entregue Cusco.

Hernando Pizarro le indicó que enviaba mensajeros a su hermano Francisco para tener su opinión sobre un tema de la mayor importancia y que le concernía en primer lugar. Entretanto, se tomó la decisión de hacer una tregua. En medio de ella, una noche de la primera mitad del mes de abril de 1537, con tambores y pífanos la hueste de Almagro ingresó en Cusco por tres lugares diferentes. Más vale decir que ocupaba la antigua capital inca. Un fuerte escuadrón se dirigió hacia el lugar donde vivía Hernando Pizarro. Junto con los veinte hombres que se encontraban con él, este último se negó a rendirse. Si algunos de sus amigos desertaron inmediatamente, la mayoría desenvainaron la espada y combatieron valientemente con su jefe. Viendo que no llegaría a sus fines, Almagro ordenó entonces incendiar el techo de paja. En el momento en que todo iba a hundirse y a quemar vivos a sus hombres, Hernando Pizarro acabó entregando las armas.

Rápidamente Diego de Almagro hizo transformar en prisión una torre del palacio de Huayna Capac, que en Cusco era la residencia del gobernador, y allí hizo encerrar a Hernando. Al día siguiente, por orden de su jefe, los soldados de Almagro recorrieron la ciudad para desarmar a los hombres conocidos por su fidelidad al clan Pizarro y para detener a los más allegados a Hernando y a Gonzalo.

Mientras tanto, se le informó a Almagro que una nueva columna de auxilio, doscientos cincuenta hombres de los cuales unos cien a caballo, se encaminaba a Cusco enviada desde Lima por el gobernador. Se trataba del sexto intento. Estaba al mando de Alonso de Alvarado y había tardado mucho en su avance porque, si bien toda la sierra no se había sublevado, habían por todas partes bandas armadas muy decididas a hacerles la vida imposible a los españoles. Alonso de Alvarado había partido de Lima a inicios del mes de noviembre del año anterior —estábamos entonces en julio de 1537—, y en el camino tuvo que combatir duramente contra los indios en repetidas oportunidades y se había entregado sin ninguna moderación a una brutal represión. Tuvo conocimiento de lo que estaba pasando en Cusco cuando llegó a Abancay, es decir ya bastante cerca de esa ciudad. Al enterarse de que los hombres de Diego de Almagro iban a marchar

sobre él, Alvarado hizo proteger el paso obligado sobre el río Apurímac y esperó la llegada del adversario. Éste trató de tomar el puente pero no se produjo la gran batalla que se esperaba. Uno de los capitanes de Alonso de Alvarado, Pedro de Lerma, que había defendido Lima y desde entonces no ocultaba mucho su rencor por no haber sido designado jefe de la expedición, se pasó del lado del enemigo y, el 12 de julio, en Cochacaxas, permitió a los españoles que venían de Cusco tomar la columna, sus hombres y todos sus pertrechos. El jefe de la expedición terminó en prisión junto a los dos hermanos Pizarro.

Diego de Almagro tenía dominada la situación en la región. Para estar completamente tranquilo en la perspectiva de la continuación de los acontecimientos, es decir el enfrentamiento directo que no dejaría de producirse con el gobernador, lo único que le faltaba era acabar con Manco Inca pues éste había rechazado sus insinuaciones. Envió a verlo a su capitán Rodrigo Orgóñez, con parte de los hombres que regresaron de Chile pero también con la mayoría de los de Alonso de Alvarado, obligados a ponerse al servicio del nuevo poder. El Inca estaba en Tambo. Conminado a someterse de buena voluntad, prefirió internarse en las montañas sabiendo que eran inexpugnables para los españoles, pero gran parte de su séquito fue tomada por los hombres que se lanzaron en su persecución. Sus equipajes habían frenado su marcha, y en ellos se encontró mucho del botín tomado por los indios a los conquistadores desde que se habían rebelado, pero también a dos soldados españoles que se habían pasado al campo del Inca. Diego de Almagro quiso ahorcar inmediatamente, pero dejó para más adelante su decisión a solicitud de sus hombres. Tal reacción de la tropa es sin ninguna duda muy significativa.

Muy decidido a terminar con Manco, Almagro lanzó una nueva ofensiva contra él y se la encargó a su fiel lugarteniente Orgóñez. Este, en un lugar llamado Vitcos por los cronistas, sin duda cerca de Machu Picchu, y con la ayuda de un gran número de indios fieles, derrotó a las tropas del Inca. Los españoles aprovecharon una gran fiesta religiosa para atacar por sorpresa y masacrar al séquito del Inca quien estuvo a punto de ser hecho prisionero junto con el gran sacerdote del sol. Según Juan José Vega, esta batalla puede ser considerada como la última del ejército inca, tanto más porque poco después, Manco y el gran sacerdote, opuestos en cuanto a las acciones futuras de su lucha, terminaron separándose. Dentro del botín, los españoles tomaron momias de los ancestros que Manco llevaba consigo en sus peregrinaciones, y sobre todo a Titu Cusi Yupanqui, el propio hijo del «soberano». En un último esfuerzo por apoderarse del Inca, los conquistadores peinaron toda la comarca y estuvieron incluso a punto de capturarlo. En una ocasión, Manco pudo escapar gracias a la alerta dada a último momento por una de sus hermanas Ccori Occllo. Se cuenta que en su huída habría mandado tirar a un río el último gran ídolo que le quedaba, impidiendo así que caiga en

manos impías. En el camino de vuelta a Cusco la soldadesca española se ensañó reiterativamente con el entorno del Inca. Los nobles fueron hechos prisioneros, los allegados de Manco en su mayoría fueron muertos y sus cuerpos quemados. Solamente se libró Titu Cusi Yupanqui. Fue conducido a la antigua capital y se lo entregó junto con su madre a una familia española encargada de educarlo a la europea y como buen cristiano. Algún tiempo después, fue raptado por unos indios y lo llevaron cerca de su padre.

Para mostrar que la época de Manco había terminado, Almagro tuvo la idea de entronizar oficialmente como Inca al príncipe Paullu que lo había acompañado fielmente a Chile y, al regreso, había tomado parte decisiva en todas las operaciones efectuadas tanto contra Alonso de Alvarado en la región del Apurímac como contra el ejército de su propio hermano Manco.

Este último terminó retirándose al noroeste de Cusco, a las montañas de la región de Vilcabamba, en los confines de los Andes y de la selva amazónica, una zona de muy difícil acceso para los españoles cuyos intentos de penetración, todos, se saldaron en fracasos. Allí Manco se creó una suerte de pequeño Estado incásico inexpugnable, que vivía al margen de la sociedad colonial que se estaba instalando. Este reducto de Vilcabamba no representó nunca una amenaza real para los españoles, pero los exasperaba en razón misma de su incapacidad para destruirlo, por su significado simbólico, por la legitimidad de que podía gozar a los ojos de los indios, pero también por la inseguridad que hacía pesar sobre el eje Jauja-Cusco en razón de los golpes de mano que venían de él de manera esporádica. Durante más de treinta y cinco años se sucedieron ahí cuatro Incas hasta que, utilizando la astucia, a comienzos de los años 1570 el virrey don Francisco de Toledo logró convencer mediante intermediarios al Inca de entonces, el joven Túpac Amaru, de venir a Cusco para verse. Allí, gracias a una emboscada, cuyo guión hace recordar en muchos puntos al de Cajamarca, fue detenido y algunos días más tarde ejecutado. Este procedimiento expeditivo permitió entonces al virrey poner punto final a la dinastía cusqueña pero sobre todo cerrar definitivamente el debate que algunos religiosos españoles, imbuidos de las ideas de Bartolomé de las Casas, habían promovido en cuanto a los «justos títulos» de la posesión del Perú por el rey de España y a los «derechos naturales» sobre el país que podían invocar los incas.

Si el año de 1535 había sido para Pizarro y su clan el año de todas las esperanzas, los meses que corrieron de abril de 1536 a abril de 1537 fueron los de todos los peligros.

La sierra se había incendiado. Manco, el antiguo Inca fantoche que regresó a Cusco con los conquistadores, había logrado federar alrededor de su proyecto una voluntad y una capacidad de resistencia de los que los españoles indudablemente

no habían sospechado hasta ese momento. Eran la prueba de la decepción, más aún de la desesperación, de un parte de la elite incásica y de su pueblo sobre el que conservaba toda su influencia. La amplitud y la duración, por ende la gravedad, de la sublevación mostraban también que el mundo indígena había perdido mucho de ese miedo reverencial que le habían inspirado primero los conquistadores, hasta el punto de inhibir, por lo menos en parte, sus capacidades de reacción. Los indios se habían sentido lo suficientemente fuertes como para combatir hasta en el corazón mismo de la nueva instalación española, Lima y Cusco. Cortaron las líneas de comunicación de los conquistadores y les demostraron, durante largos meses que los caminos de los Andes les estaban prohibidos.

Cuando habían pasado los peores momentos, el retorno de Almagro vino de nuevo a oscurecer el horizonte. El grupo español estaba ahora profundamente dividido. Las rivalidades, los rencores y las frustraciones tantas veces visibles en el pasado, pero al fin de cuentas siempre desactivados, se habían convertido en desgarradura y en fractura después del fracaso de la experiencia chilena. Ahora, Diego de Almagro no quería ser más el segundo a quién se le hace esperar indefinidamente. Al rechazar toda discusión con Hernando Pizarro, al tomar Cusco, al detener a los dos hermanos del gobernador y a sus allegados, al humillar a Alonso de Alvarado, él había, por decirlo así, pasado su Rubicón.

¿Volveríamos a ver de nuevo la escena, tantas veces representada, del reencuentro de dos antiguos compadres unidos por tantas cosas, abrazándose, olvidando sus diferendos en la puerta de la iglesia y jurándose eterna fidelidad sobre una hostia compartida? Era poco probable. Demasiadas humillaciones silenciadas durante tanto tiempo, demasiados odios viscerales guardados durante años, demasiados intereses en juego, enormes, radicalmente opuestos, por ende rivales. Demasiado evidente también el deseo de pelear. Ahora, para terminar con esta vieja querella, sólo un enfrentamiento generalizado parecía capaz de decidir el futuro. El Perú español, recién nacido apenas, estaba en el umbral de la guerra civil.

11
Del espectro de la guerra civil a sus tragedias

Desde el punto de vista geopolítico, el Perú estaba en realidad partido en dos. Para el uno, Lima, la costa, los Andes del norte y del centro, bajo la tutela de Francisco Pizarro, cuya autoridad gozaba de una segura legitimidad sobre esos territorios, pues estaba reconocida desde los orígenes por el soberano, y estaba fuera de toda discusión. Para el otro, en el sur, el de Diego de Almagro, por el contrario, todo estaba por definir. Sean cuales fueren sus razones, había tenido que recurrir a la fuerza para afirmarse contra los representantes del gobernador nombrado por el Rey. Hacía falta probar que estaba en su derecho. En este asunto muy complicado, dada la carencia de medios para esclarecerlo, con toda seguridad, tarde o temprano la cúspide del Estado sería llevada a tranzar en última instancia. ¿En qué sentido lo haría? Los Pizarro eran ahora poderosos en España. Sus argumentos tendrían el apoyo decisivo de todo lo que habían aportado, en todos los sentidos del término, a la Corona.

Además, Cusco, es verdad, era y con mucho la ciudad más rica, pero el antiguo «ombligo del mundo» ya no era la capital del Tahuantinsuyu. En la nueva configuración colonial, el Perú que controlaba Almagro, en realidad bastante reducido, se hallaba descentrado, clavado en el corazón de la cordillera, pero más que nada sin la posibilidad de vínculos directos con la Península y sus centros de

decisión, una ventaja que su adversario sí podía aprovechar plenamente. Diego de Almagro estaba pues, por decirlo así, obligado a no contentarse con su nuevo dominio. Estaba condenado a ir hacia delante, sabiendo que al final se perfilaba inevitablemente un conflicto.

Hacia el punto de no retorno (julio-octubre de 1537)

Hernando y Gonzalo Pizarro, junto con sus tenientes, estaban pues prisioneros en Cusco. Todos los españoles sospechosos de alguna amistad con ellos fueron desarmados. Injuria suprema, sus adversarios los forzaron incluso a ir a pie quitándoles sus caballos. En las calles de la antigua capital inca, los partidarios de Almagro no tenían en la boca sino la palabra «traidores» cuando se encontraban con los del bando de Pizarro. Para aumentar la confusión, y sin duda para instalar en el campo opuesto el veneno de la discordia, o de la sospecha, Diego de Almagro liberaba temporalmente a tal o cual, y después lo hacía detener de nuevo. Los únicos en permanecer, a pesar de ellos, fuera de este juego bastante perverso fueron Hernando y Gonzalo, juego en el que Almagro se cuidó mucho de no incluirlos, aunque sea por un solo día.

El Inca Manco estaba fugitivo, Alonso de Alvarado había sido derrotado, Cusco se encontraba en manos de «los de Chile» —así llamaban entonces a los hombres que regresaron de la expedición al sur— de tal modo que ya más nada parecía tener que oponerse a los designios de Almagro. Se negó a dar satisfacción a Francisco Pizarro quien le hizo pedir la liberación de sus hermanos en una carta confiada a su antiguo compañero Nicolás de Ribera. Almagro respondió que la suerte de Hernando y de su séquito no tenía nada que ver con el problema que los dividía, pues en realidad se estaban bajo arresto por delitos de derecho común.

En Lima, a medida que le llegaban noticias de Cusco, Francisco Pizarro parecía muy afectado por el giro que habían tomado los acontecimientos. Cieza de León le presta en esta ocasión reflexiones desprovistas de ilusión, aunque determinadas, respecto de las acciones futuras. El gobernador era bastante parco en palabras, en particular cuando se trataba de expresar sus sentimientos. Se puede pensar pues, con todo derecho, que las palabras referidas por Cieza son más reveladoras del estado de ánimo en que se encontraba el entorno de Pizarro que fiel a los eventuales desahogos afectivos de éste.

Después de haber deliberado, Pizarro terminó aceptando la idea de enviar a Cusco una delegación de amigos seguros encargados de encontrar una solución conforme a sus intereses y a los de sus hermanos. Sus emisarios partieron a fines de julio de 1537. En el camino se cruzaron con Nicolás de Ribera quien, después de su intervención, regresaba con las manos vacías, lo cual no era buena señal.

Seguramente bajo la influencia de consejeros partidarios de soluciones extremas, en particular Diego Orgóñez, Almagro se mantuvo firme. Pensó en someter su diferendo con Pizarro al obispo Tomás de Berlanga enviado por la Corona para inspeccionar la nueva administración que se estaba implementando. Después, dio a conocer sus exigencias en materia de límites para los territorios de su gobernación. Hernando Pizarro, consultado en su prisión por los enviados de su hermano, insistió para que acepten, esperando que aquello significaría para él recobrar su libertad. Los emisarios del gobernador fueron más circunspectos. No querían comprometerse para el futuro de manera definitiva en un asunto que era el centro del debate entre los dos jefes, y sobre el cual solamente Francisco Pizarro podía decidir. A últimos del mes de agosto, se llegó finalmente a un acuerdo. Este preveía un estudio topográfico de la costa para determinar con precisión los límites de las dos gobernaciones. De esta manera, los emisarios de Pizarro no se habían comprometido sino sobre un principio cuyas modalidades y sobre todo cuyo contenido, en realidad, quedaban por determinar.

La muerte del principal negociador de Pizarro, Gaspar de Espinosa, atrasó el retorno a Lima adonde terminaron llegando a inicios del mes de octubre. Por su parte, Diego de Almagro tomó la decisión de ir al encuentro de Francisco Pizarro, trayendo consigo a Hernando. No queriendo, o no pudiendo, cargar con los otros prisioneros, los dejó al cuidado de Gabriel de Rojas, su teniente en su ausencia. El cálculo se reveló rápidamente arriesgado. A pesar de todas las precauciones, los pizarristas tenían todavía partidarios decididos en Cusco. Numerosos soldados de Alonso de Alvarado, enrolados a la fuerza por Almagro, habían desertado. Cuando este último partió, un tal Lorenzo de Aldana, un veterano de Chile que se sentía gravemente injuriado por una observación desagradable de su jefe, decidió vengarse. Reunió a amigos fieles a los Pizarro, aprovechó complicidades y, una noche, organizó la evasión de los reclusos por una de las ventanas de su prisión. Se apoderaron también de su carcelero, Gabriel de Rojas, y se lo llevaron consigo. Evidentemente los fugitivos se dieron prisa en abandonar la ciudad. Habiéndose informado respecto al camino tomado por Almagro y sus hombres, Gonzalo Pizarro y sus amigos escogieron otro. A rienda suelta, prosiguieron por los Andes hasta Jauja, y de allí se fueron a Lima, a reunirse con el gobernador.

Acompañado de unos trescientos veteranos de Chile, de sus partidarios de Cusco y de una parte de la hueste de Alonso de Alvarado, Diego de Almagro había descendido rápidamente hacia la costa por Nazca. Indudablemente era para evitar los inconvenientes, e incluso los peligros, de un largo viaje por la cordillera, pero también tenía sin duda otra idea: fundar en los territorios que dependían de su autoridad un puerto que le permitiese, de ahora en adelante, estar en relación directa con las bases del Istmo y más allá con España, sin tener que pasar por Lima controlada por su rival. Esa era la condición *sine qua non*

de su independencia futura. Por cierto, Almagro puso su proyecto en ejecución. Durante su paso por el valle de Chincha —lugar altamente simbólico en la querella de esos momentos —, según el ceremonial vigente del cual ya se ha hablado, fundó una ciudad. La bautizó Almagro, modestia aparte, pero de manera muy reveladora. En cuanto se conoció en Lima, esta noticia acentuó más, si todavía fuera posible, el resentimiento de los limeños respecto de Almagro. Ellos consideraban que en este valle, por estar situado en ese entonces dentro de la jurisdicción de la nueva capital, les correspondía por derecho el servicio de sus indios, lo que evidentemente impugnarían los futuros habitantes de la nueva ciudad.

Cuando se le informó de la naturaleza del acuerdo pactado en su nombre por sus representantes, Francisco Pizarro no manifestó ningún entusiasmo ante la solución escogida: el estudio del tema y la decisión final confiada a una comisión compuesta de dos delegados debidamente calificados por cada campo, ayudados por especialistas en navegación conocedores de las costas. Para no envenenar la situación —y sobre todo no hacer nada que pudiese dañar a sus hermanos—, el gobernador no lo demostró al otro bando. La ejecución del plan previsto duró cierto tiempo, todo el mes de octubre, tanto más cuanto que una serie de enredos vino a complicar las cosas. En efecto, los mensajeros de las dos partes enviados al lugar encontraron dificultades en hacerse reconocer por la tropa adversa, que no estaba todavía al corriente de la decisión de su respectivo jefe.

Finalmente, la intervención del hermano mercedario Francisco de Bobadilla fue decisiva para llegar a una solución. Este superior de la orden en el Perú tenía una larga experiencia americana. Por cierto, era un viejo conocido de los dos adversarios, de los tiempos de su época panameña. Hasta se dice que había bendecido uno de los barcos de la primera expedición hacia un Perú aún mítico. Según los términos del acuerdo, Almagro y Pizarro se encontrarían en Mala, un valle situado a unas quince leguas al sur de Lima, en consecuencia a medio camino entre la capital y Chincha. Irían acompañados de una reducida escolta, doce jinetes, cuatro pajes, un capellán, un secretario y un maestresala, el resto de su tropa se mantendría fuera del valle, para evitar cualquier provocación y las emboscadas siempre posibles.

La entrevista de la última oportunidad (Mala, 13 de noviembre de 1537)

Por su parte, Francisco Pizarro tomó el camino del sur en dirección de Mala, acompañado de setecientos hombres armados de pies a cabeza. Probablemente, temía que la parte adversa juegue sucio con él. No obstante, para cumplir con la palabra empeñada, hizo detener su tropa en Chilca, en el valle precedente al

de Mala, y la dejó bajo las órdenes de su hermano Gonzalo, cuyo rencor hacia Almagro no es difícil de imaginar.

Cuando, el 13 de noviembre, el gobernador partió al encuentro de éste con la escolta reducida prevista por los acuerdos, Gonzalo se desplazó hasta Mala con los soldados. Los escondió bajo unos árboles situados en una altura que domina el valle al norte, y emboscó a cincuenta arcabuceros prestos para cualquier eventualidad. Estaba previsto que Almagro, viniendo de arriba, desembocaría en este lugar para dirigirse al lugar de la cita. ¿Estaba Francisco Pizarro al corriente de la maniobra de su hermano? Los cronistas que le son favorables, como Pedro Pizarro, afirman que no. Dudar de ello, no significa tampoco desconfiar del gobernador, tanto más cuanto que Almagro había hecho lo mismo. El grueso de su tropa estaba escondido también detrás de una colina muy cercana.

Cuando por fin apareció con los doce miembros de su escolta, se asistió a una escena que, si no fuera por su anacronismo, parecería salida directamente de una película del Oeste. Almagro hizo beber sus caballos en el río, al alcance de los arcabuceros escondidos por Gonzalo Pizarro. Éste tuvo entonces que hacer uso de toda su autoridad para que sus hombres no disparen y terminen con el adversario sin otra forma de proceso.

La entrevista entre ambos jefes había sido fijada en un tambo incásico que estaba por allí y donde Pizarro esperaba a su viejo amigo, abiertamente su rival en ese momento. Los dos hombres se saludaron, se hablaron, pero lejos quedaron las efusiones —hasta las lágrimas— que siempre habían caracterizado sus reencuentros después de largas separaciones, incluso después de las tensiones que ya se conocen. Como escribe Pedro Pizarro, ahora tenían veneno en el corazón. Según la usanza mediaval en este tipo de cita cara a cara, Francisco de Bobadilla les pidió a los dos capitanes que le entreguen su espada.

No se poseen testimonios directos sobre las palabras intercambiadas por los jefes. Cieza de León da cuenta, mucho más tarde, de discusiones bastante encendidas. De ambos lados habría habido recriminaciones y pretextos. Informado de lo que podía hacer Gonzalo con sus arcabuceros, Francisco Pizarro le habría instado que no se moviese para ser fiel a sus compromisos y sobre todo, quizás, porque Hernando seguía en manos del adversario. Parecería, que Pizarro y Almagro se separaron algo precipitadamente, pues los adjuntos del segundo habrían descubierto la presencia de Gonzalo y de sus emboscados.

Francisco de Bobadilla, que presidía la comisión encargada de decidir los límites de ambas gobernaciones, trabajaba por su lado. Después de haber escuchado las opiniones de los especialistas presentados por las dos partes, el mercedario entregó su dictamen dos días más tarde. Primero, declaró que hacía falta esclarecer algunos

detalles técnicos importantes, en particular problemas de latitud de los cuales todo dependía en definitiva. En lo esencial, sin dar expresamente la razón a Pizarro, todas sus indicaciones iban en el sentido deseado por el gobernador: Cusco tendría que serle entregado, los prisioneros serían liberados y Almagro abandonaría el valle de Chincha situado dentro de la jurisdicción de Lima. En cuanto al fondo, si más tarde resultase que Cusco le correspondía a Almagro, Pizarro tenía que comprometerse a entregarle la ciudad. En el fondo, nada estaba pues solucionado, y no se hubiese podido hacer mejor para disgustar a todo el mundo.

Almagro regresó a Chincha. Pasando por encima de las decisiones de Francisco de Bobadilla, Pizarro le hizo nuevas propuestas a través de terceras personas. Según Pedro Pizarro, él le dejaba el sur del Perú, incluida Arequipa, abandonaba todo el altiplano del Collao y la actual Bolivia andina, donde se descubrirían, pero más tarde, los fabulosos yacimientos de plata de Potosí. Almagro no daba su brazo a torcer, él quería Cusco, algo sobre lo que Pizarro persistía en no ceder. El gobernador insistió también mucho para que Hernando sea finalmente puesto en libertad, pero su adversario hacía oídos sordos.

A finales del mes de noviembre, Almagro dio a conocer sus últimas propuestas las que finalmente fueron aceptadas, desde el día siguiente, por Pizarro quien había avanzado hacia el sur para acercarse sin duda a la otra parte, y se encontraba a la sazón instalado en Lunahuaná. Diego de Almagro podría permanecer en Cusco mientras la Corona no haya decidido a quién correspondía la ciudad. El gobernador le proporcionaría un navío para que pueda entrar en contacto con el soberano. Chincha, recién fundada, sería trasladada un poco más al sur, y sus habitantes estarían obligados a respetar el derecho de los limeños sobre los indios de los alrededores. Incluso se previeron penalidades, si acaso uno u otro no respetara su palabra.

De transacción en transacción, Diego de Almagro terminó aceptando la idea de liberar a Hernando Pizarro, un punto de sumo interés para el gobernador, por razones de amor fraterno que había demostrado ya en numerosas ocasiones, pero también por motivos mucho más prácticos. Mientras Hernando estuviese en manos de su adversario, Francisco Pizarro se encontraba atado de pies y manos. No obstante, Almagro aceptó dejar partir a Hernando a cambio de un buen rescate en oro y de un homenaje público que le rendiría su prisionero. En el campo de «los de Chile», semejante perspectiva fue muy mal recibida. Rodrigo Orgóñez, en particular, comprendió inmediatamente hasta qué punto la liberación de Hernando era sinónimo de un debilitamiento considerable y quizás fatal. El teniente de Diego de Almagro habría vaticinado incluso, con un ademán, que él perdería la cabeza con esto.

Esa misma tarde, Hernando, liberado de sus hierros, manifestó públicamente su gratitud hacia Diego de Almagro, cenó con él y después se dirigió al campamento de su hermano en Lunahuaná. De conformidad con los acuerdos, Almagro y los suyos dejaron el valle de Chincha. En vez de partir a España como al parecer lo había prometido, Hernando Pizarro permaneció cerca de Francisco. Se convirtió incluso en el más ardiente partidario de una actitud sin complacencia, con todo lo que aquello podía significar, hacia «los de Chile» y hacia su jefe, a riesgo de olvidar los compromisos solemnes de un pasado reciente.

Se asistió entonces a una situación cargada de amenazas y que habría podido degenerar al menor incidente. Mientras que Diego de Almagro, con su hueste, retomaba el camino de la antigua capital de los incas, Hernando Pizarro y una parte de los soldados de su hermano decidieron seguirlo a distancia. Se sabe incluso que hubo incidentes entre los exploradores de ambos ejércitos que se internaron en la cordillera. Una noche, un poco antes de Huaitará, los dos bandos acamparon uno frente a otro, dice Pedro Pizarro. Según otras fuentes, habría habido entonces refriegas en las que los partidarios de Pizarro habrían salido con ventaja. Una violenta tempestad de nieve y un frío intenso modificaron de manera imprevista el curso de los acontecimientos.

Ahora, para ambos ejércitos el objetivo estaba claro y consistía en ser el primero en ingresar en Cusco, incluso en hacerlo solo, por ende después de haber aplastado al contrario. Francisco Pizarro, que entre tanto había llegado con el resto de su tropa, consideró que no estaba preparado para un trayecto tan largo y sobre todo para las dificultades que lo esperaban en camino, dada su edad y el cansancio acumulado. Decidió no ir a Cusco, cesar personalmente la persecución de Almagro y partir hacia Ica, en la costa.

¿El gobernador, muy enconado con Almagro, abandonaba el juego? ¿Estaba cansado y disminuido hasta tal punto que no podía seguir a sus hombres por las tierras altas hasta la antigua capital del Tahuantinsuyu? Lo que sigue en su biografía permite ponerlo en duda. La opción más verosímil es que, convencido del carácter inevitable y necesario del futuro enfrentamiento con Almagro, prefirió no participar en él y dejar que sus hermanos den el golpe decisivo. Eso es lo que ellos querían, por cierto. Su desventura cusqueña había acrecentado —y desde ya justificaba abiertamente— el odio tenaz que Gonzalo, y más aún Hernando, sentían desde mucho tiempo atrás pero tuvieron que controlar, respecto del antiguo socio de su hermano. Además de las rivalidades de interés siempre vivas, su inmenso orgullo no soportaba el recuerdo de las humillaciones infligidas, de la prisión y de las cadenas.

La batalla de las Salinas (6 de abril de 1538)

En Ica, el gobernador equipó a sus hombres, mejoró su armamento, mandó venir refuerzos y nombró a Gonzalo capitán general. Luego, después de haber discutido con sus consejeros —que comprendieron bastante bien sus razones de no participar en persona en esta nueva campaña—, delegó su poder a Hernando para la reconquista de la región y de la ciudad de Cusco. Según un término revelador empleado por Cieza de León, Hernando debería tomar posesión de ella y gobernarla como tenía costumbre de hacerlo. La irrupción de Almagro y de sus hombres no habría sido, en suma, sino un intermedio lamentable.

Mientras que Francisco Pizarro regresaba a Lima, Hernando y sus hombres subieron hacia los Andes siguiendo el valle de Nazca, actualmente célebre por las inmensas y enigmáticas líneas dibujadas por antiguos habitantes en el suelo de su pampa. Atravesando regiones casi deshabitadas y siguiendo caminos peligrosos, la expedición avanzó lentamente hacia Cusco. La marcha duró más de tres meses. Con el afán de dejar al enemigo —ahora se puede emplear este término— en la ignorancia de su cercanía y de sus intenciones, con el fin también de no ser sorprendido, Hernando Pizarro tenía mucho cuidado en no revelar nada sobre su trayecto futuro. Desconfiaba hasta de sus soldados. Cuando anunciaba un camino para el día siguiente, al final seguía otro. Temía por último que los partidarios de Almagro corten los escasos puentes de cuerdas de los indios, aún utilizables después de las destrucciones de la sublevación de Manco.

Gracias a un audaz golpe de mano, Gonzalo Pizarro, a la cabeza de sus jinetes, pudo apoderarse del puente de Cacha que permitía atravesar el Apurímac, distante de unas diez e leguas de Cusco, y toda la tropa pudo pasar sin dificultad. Almagro, es obvio, fue prevenido inmediatamente y se preparó para la batalla. Reuniendo todas sus fuerzas, partió al encuentro de Hernando Pizarro y lo esperó toda la noche a media legua de la ciudad, al pie de una colina que bordea el camino inca hacia el Collao, es decir hacia el sureste. Allí el terreno era plano, propicio para las maniobras de las tropas en combate, en particular de la caballería. El lugar era llamado Cachipampa por los indios, es decir las Salinas. Desde tiempos inmemoriales, los salineros habían habilitado manantiales salados que brotaban muy cerca de allí. En realidad ambos ejércitos pasaron la noche uno frente a otro, apenas separados por un pequeño río.

Hernando Pizarro traía aproximadamente setecientos hombres, «los de Pachacamac» como se les llamaba en el otro campo. Su fuerza residía en sus arcabuceros, unos ochenta, su cuerpo de lanceros y su artillería. La tropa de Almagro era sensiblemente menos numerosa, cuatrocientos cincuenta a quinientos soldados, y se apoyaba en una caballería muy importante de unos doscientos cincuenta caballos.

La batalla tuvo lugar en la tarde del seis de abril de 1538 y duró un buen momento, dice Pedro Pizarro, sin duda aproximadamente dos horas. Los cronistas se han complacido en describir detalladamente el desarrollo del combate. Digamos, para simplificar, que a la señal de Hernando Pizarro, los ejércitos se abalanzaron uno hacia otro, lanzando los gritos de guerra tradicionales de los castellanos de la Reconquista. Desde un inicio, las descargas de arcabuces bien ajustadas causaron estragos en las filas almagristas. La caballería entró en acción enseguida, y muy pronto reinó la mayor confusión a pesar de los planes de batalla preparados por y de los cuales hablan los cronistas. Lejos de dirigir las operaciones desde un lugar apartado, Hernando, como solía, tomó parte en los combates valientemente, lo que galvanizó el ardor de sus tropas. En particular, se lo vio enfrascado en un singular y terrible combate de lanza contra Pedro de Lerma con quien tenía viejas cuentas personales que ajustar. El hermano del gobernador llegó incluso a ser herido en el vientre. Gonzalo Pizarro, comandante de la infantería, no se quedó atrás. Garcilaso de la Vega lo describe en primera línea, dando valor a sus soldados y dirigiendo la maniobra con el maestre de campo Pedro de Valdivia.

Inferiores en número, «los de Chile» comenzaron a doblegarse, tanto más cuanto que uno de sus puntos fuertes sobre el que fundaban grandes esperanzas, su cuerpo de piqueros, vio la mayoría de sus armas hechas añicos como consecuencia de dos nutridas descargas de balas especiales llamadas «pelotas de alambre». Se trataba de proyectiles disparados de dos en dos y retenidos por un alambre que, al estirarse, les daba un amplio impacto: destrozaban todo a su paso. Dos hechos acabaron desmoralizando a los hombres de Almagro y les dieron la señal de la desbandada. Primero, su alférez, un tal Francisco Hurtado, se pasó al campo adverso con el estandarte, siendo pronto imitado por muchos otros desertores. En un esfuerzo desesperado, la caballería de Almagro, con Rodrigo Orgóñez a la cabeza, se lanzó sobre el escuadrón en que combatía Hernando Pizarro, con la esperanza de matar al jefe enemigo. Sucedió lo contrario. Orgóñez recibió en plena frente una esquirla de bala que le nubló la vista y lo dejo sin fuerzas. Rodeado y derribado de su caballo, pidió rendirse ante una persona de su rango. Por toda respuesta, un soldado se le acercó y le cortó el cuello. Cuando, bastante después, Hernando Pizarro, blanco privilegiado del campo adverso, tuvo que rendir cuentas en España sobre lo que sucedió durante la batalla, un testigo relató que aquel día él había mandado que un hombre de su séquito se vistiese de manera vistosa igual que él para que sirva de señuelo. En este punto, Garcilaso de la Vega, por su parte, cree que se trata de una calumnia, y a lo sumo de una mera coincidencia.

Numerosos almagristas derrotados quisieron regresar a Cusco, siempre según Garcilaso de la Vega, quien dedica a la batalla largas y muy precisas páginas, y describe que al término de ella numerosos soldados del bando vencido fueron fríamente ejecutados cuando huían desarmados.

Esta vez, los indios no fueron solamente los auxiliares olvidados por la Historia de uno u otro campo. Cieza de León relata que muchos de ellos, de toda condición, acudieron de Cusco y de los alrededores, vinieron, como si fuese un espectáculo, para asistir desde las alturas a la batalla fratricida de los españoles, un cambio de situación inesperado por ellos. Cuando todo terminó y cuando los dos bandos avanzaron o retrocedieron, según el caso, hacia la ciudad, los indios se precipitaron para despojar a los muertos, hasta de su ropa, y se llevaron todo lo que pudieron. Retrospectivamente, Francisco López de Gómara destacó el riesgo que semejante situación había hecho correr a todos los españoles, independientemente de su partido. ¿Qué habría sucedido si los indígenas hubiesen aprovechado la confusión, los muertos, la fuga desenfrenada de los vencidos y la preocupación de los vencedores, por ajustar cuentas con cada uno de manera separada? Parece ser que algunos de ellos lo pensaron. En opinión de Garcilaso, los españoles tuvieron la suerte que sus servidores permanezcan fieles, pero sobre todo que en ese momento ningún curaca se haya lanzado entre los indios para ponerse a la cabeza de la revuelta.

¿Y qué fue de Diego de Almagro en todo esto? Cansado, enfermo, minado por la sífilis que arrastraba desde sus inicios americanos y que lo había torturado tantas veces en su carne, había asistido de lejos a los enfrentamientos, desde la colina de que hemos hablado. Al constatar el desastre, y parece ser sorprendido que no haya habido, a su juicio, una verdadera batalla, decidió dejar su observatorio. Sostenido por cuatro fieles servidores que lo ayudaron a montar a caballo, partió precipitadamente a refugiarse en una torre de la fortaleza de Sacsyhuamán hasta la que tuvieron que izarlo. Los partidarios de Pizarro no tardaron en descubrirlo. Estuvo a punto de ser ejecutado ahí mismo después que lo bajaron en brazos. Afortunadamente, Alonso de Alvarado se interpuso, pese al odio tenaz que le tenía desde su derrota en el Apurímac.

Almagro fue conducido a Cusco. Hernando Pizarro lo recibió en las inmediaciones de la ciudad. Nos imaginamos su júbilo, que no se cuidó de esconder. De manera eminentemente significativa, hizo encerrar al vencido, bien vigilado, en la misma prisión donde él había estado detenido el año anterior y en la que todavía en la víspera de la batalla se podrían unos treinta seguidores del gobernador.

Aunque Pedro Pizarro diga que Hernando se tomó el cuidado de hacer saber que ningún hombre de Almagro podría ser injustamente despojado ni maltratado, es difícil creerlo. Como siempre, los vencedores manifestaron su alegría sin moderación. El estandarte de Almagro fue arrastrado en el fango y pisoteado. Cuando el degollador de Rodrigo Orgóñez entró a la ciudad, enarbolaba la cabeza de aquél sujetándola por la barba y hacía molinetes con ella. Los otros soldados recorrían las calles de Cusco gritando: «¡Viva el Rey, mueran los traidores!» Inútil decir que los partidarios de Almagro se escondían. Tenían muchas razones para

hacerlo. Garcilaso de la Vega relata cómo murió Pedro de Lerma. Herido varias veces durante la batalla, en particular por un golpe que recibió de Hernando Pizarro, se curaba de sus heridas en una casa amiga. Un soldado, llamado Juan de Samaniego, con quien había tenido un problema de honor, partió en su búsqueda y lo encontró en cama. Después de haber tenido un encendido intercambio verbal con el herido, lo mató de varias puñaladas y regresó a la ciudad vanagloriándose por su hazaña. Como escribe Francisco de Gómara, los partidarios de Pizarro ingresaron en Cusco sin resistencia pero su comportamiento dejó, a escondidas, mucho que desear.

Aunque el comienzo de la campaña parecía prefigurar escenas de western, su fin se parecía sin duda a las guerras citadinas de facciones rivales en las repúblicas italianas del siglo precedente.

La ejecución de Almagro (8 de julio de 1538)

El vencido en la batalla de las Salinas tuvo que permanecer encarcelado durante varios meses. Su vencedor, Hernando Pizarro, lo visitaba con bastante regularidad en su prisión. Según algunos cronistas, hasta le animaba para soportar sus penas y le aseguraba que el gobernador no tardaría en llegar. Esta perspectiva era muy alentadora para el cautivo. Si, en última instancia, correspondiese a Francisco Pizarro decidir sobre su suerte, Diego de Almagro no podía imaginar que éste, por el hecho de su larga amistad y pese a todo lo que había podido separarlos, sobre todo durante los últimos meses, aceptaría decidir lo irreparable en su contra. Además, es muy probable que el derrotado jefe de «los de Chile» tuviese algunas inquietudes respecto de las demostraciones y de las palabras de Hernando Pizarro. Había tenido todo el tiempo de conocer los resortes de su carácter, la fuerza, por no decir la violencia, de su ambición y de sus sentimientos, su falta de escrúpulos a la hora de las decisiones. No podía dudar del deseo de venganza que movía al hermano del gobernador, cuyo orgullo había sido herido profundamente por sus desventuras cusqueñas acaecidas el año anterior. Para Diego de Almagro, la salvación no podía venir, por lo menos esa era su convicción, sino de Francisco Pizarro. Desde este punto de vista, le había dado tranquilidad que su hijo, que se llamaba Diego como él, fuese enviado a Lima. Hernando Pizarro había alejado al joven por temor a verlo algún día servir de jefe a los amigos de su padre.

Las acusaciones imputadas al prisionero no eran pocas. El arresto de Hernando Pizarro, a la sazón lugarteniente del gobernador nombrado por el Rey, venía a ser una rebelión contra la Corona. La captura de Alonso de Alvarado y el enrolamiento forzado de sus soldados en un ejército particular equivalían a una traición, pues Francisco Pizarro los había enviado a Cusco para combatir a Manco

y para aliviar a los españoles del sitio a los que eran sometidos. Desde que tomó el poder en la antigua capital de los incas, bajo la presión de sus hombres, Almagro había privado de sus indios a los encomenderos nombrados por el gobernador y los había atribuido a sus leales. Como escribe sentenciosamente Francisco López de Gómara, con esta guerra del día a la mañana unos se encontraban ricos y otros pobres. Este era el primero de una larga lista de altibajos de la fortuna en el Perú que salía de la Conquista. En el transcurso de las décadas muy agitadas que iba a conocer el Perú , aquello se repitió varias veces según la victoria de las armas. Sin embargo, la decisión de Almagro había invadido el campo reservado al soberano, el único habilitado en la materia. Recordemos los escrúpulos de Francisco Pizarro sobre este tema. Por precaución, él nombraba primero a los encomenderos a título provisional en espera de la confirmación del Rey. En base a estos tres puntos al menos, porque había otros, se podía inculpar, juzgar y condenar a Diego de Almagro por el delito más grave: el de atentar contra la autoridad real.

Mientras más pasaba el tiempo, más atenciones le prodigaba Hernando Pizarro a su prisionero. La mayoría de las crónicas, inspirándose a veces una de otra de manera manifiesta, destacan este comportamiento. Uno puede interrogarse también y preguntarse qué fue lo que pasó verdaderamente. ¿El origen de esta insistencia no estará en la voluntad de ensombrecer el retrato de Hernando, presentado en general bajo un aspecto bastante negativo, de mostrarlo gozando secretamente, como el gato con el ratón, de las angustias y de las falsas esperanzas dadas al antiguo amigo de su hermano?

Un acontecimiento exterior precipitó el fin de este juego perverso. Con el afán de reducir la presión reinante en Cusco, de dar alguna esperanza a los excluidos, en su mayoría partidarios de Almagro, y en consecuencia de alejar a probables, o posibles, promotores de disturbios, Hernando Pizarro habría recurrido a una técnica utilizada muchas veces en semejantes circunstancias en la América de entonces: organizar, o dejar hacer, una expedición de conquista de varios centenares de hombres. Ésta tenía por objetivo una zona particularmente difícil por su clima y por su escarpado relieve, la vertiente amazónica de los Andes al sureste de Cusco. Se puso la columna bajo las órdenes de un capitán seguro, Pedro de Candia, antiguo jefe de artillería del gobernador durante sus viajes en busca del Perú. Resultó un rotundo fracaso. Terminó estallando una rebelión entre los hombres agobiados y una vez más decepcionados. Hernando Pizarro vio en esto la mano de los partidarios de Almagro. Como no quería dejar Cusco para ir en persona a poner orden, pues el proceso de Diego de Almagro no había llegado a su fin, habría hecho apresurar su conclusión.

Este guión tiene todas las apariencias de ser lógico. No obstante, Pedro Pizarro, testigo directo y actor de los acontecimientos, sitúa la organización de

la expedición, y en consecuencia la rebelión, después de la muerte de Diego de Almagro. La presenta incluso, de manera muy explícita, como una de sus consecuencias directas. Por su parte, López de Gómara indica que, en el momento de la partida, Almagro aún no había sido ejecutado. El jefe de los facciosos, un mulato apellidado de Mesa (de nombre Pedro o Gonzalo según las fuentes), no había sido, por cierto, partidario de Almagro. Se trataba de un veterano de las guerras de Italia, traído al Perú por Hernando quien le había encargado el mando de su artillería durante la batalla de las Salinas. Según López de Gómara, de Mesa, considerándose mal recompensado por sus servicios, como tantos otros, habría hablado mal de la familia Pizarro y habría pensado, junto con sus hombres sublevados, ir a liberar a Almagro si, como se creía entonces, éste era trasladado a Lima.

La cronología de Pedro Pizarro parece ser la más plausible. Todo lleva a creer que la revuelta tuvo como motivo principal la decepción frente al fracaso más que la rivalidad entre clanes. Según este cronista, Hernando no había dudado en partir hacia el lugar de rebelión de la tropa. La había encontrado y luego de haberla sometido, había hecho proceder inmediatamente a la ejecución de Mesa y de sus principales cómplices. En cuanto a Pedro de Candia, acusado solamente de desidia, y teniendo en cuenta su hoja de servicios, el hermano del gobernador se contentó con degradarlo y enviarlo a ocuparse de su encomienda de Cusco. Inútil añadir que el viejo compañero de Francisco Pizarro sintió un terrible despecho por ello. Se esforzó empero por ocultarlo, pero este episodio tuvo por efecto de acercarlo definitivamente a los partidarios de Almagro. Hernando nombró en su lugar a uno de sus fieles, conocido por la energía que había demostrado también en un pasado reciente, Peranzúrez de Camporredondo. A la cabeza de los soldados que le quedaban, partió con éxito a la conquista del Collao, con admirable prontitud nos dice López de Gómara, pero con el costo de un sinnúmero de muertos, sin precisar además si se trataba de españoles o de indios, siendo la segunda opción la más probable. Después, López de Gómara demuestra que en este caso comete un error de cronología. En efecto, afirma que a su retorno, Hernando se habría reunido con el gobernador, que como se sabe llegó a Cusco después de la ejecución de Almagro.

Diego de Almagro fue pues condenado a muerte. Se le anunció al mismo tiempo y de manera brutal su condena y su próxima ejecución, cuando sus carceleros lo invitaron a aliviar sin demora su conciencia. Para postergar el desenlace, el condenado rechazó confesarse. No pudiendo creer lo que le sucedía, Almagro quiso ver a Hernando Pizarro. Éste accedió a su deseo pero cuando el viejo capitán, en llanto, le pidió perdón, el hermano del gobernador, saboreando sin duda una venganza sazonada por la ruina de su enemigo, le hizo saber que la muerte era algo muy natural. Él no era el primero ni sería el último en tener que pasar por aquello, y tenía pues que conformarse.

Según los cronistas, Almagro se esmeró en recordar a Hernando todo lo que su familia le debía, todo lo que había hecho y arriesgado por ella, insistiendo para ser enviado ante Francisco, representante del Rey, y por ende autoridad suprema en su calidad de gobernador. Hasta sugirió que había que enviarlo a España, pues únicamente el soberano podía decidir de su vida o de su muerte. Pero no logró nada. Por el contrario, gozando evidentemente del espectáculo bastante lamentable que ofrecía Almagro, Hernando le recordó sus deberes y le hizo saber, antes de dejarlo, que un hombre como él debía morir bien, en particular sin jeremiquear.

Puesto que no había otra salida y que cualquier apelación le estaba prohibida, Diego de Almagro se confesó con un religioso mercedario, orden de la cual él estaba muy cercano y puso en orden su sucesión. Transmitió sus títulos, particularmente el más valioso, el de gobernador de Nueva Toledo, a su hijo Diego, habido con una india de Panamá, y legó sus bienes al soberano para evitar que sus enemigos se apoderen de ellos bajo pretextos jurídicos.

La ejecución tuvo lugar el 8 de julio de 1538. Hernando Pizarro había tomado sus precauciones para el caso, poco probable, de que «los de Chile» intentasen algo por desesperación. La ciudad de Cusco estaba vigilada por tropas fieles. Un escuadrón de soldados ocupaba la plaza mayor. Almagro fue sometido en su celda al suplicio del garrote reservado a la gente del pueblo. Enseguida, por orden de Hernando su cuerpo fue transportado en una manta hasta el centro de la plaza donde se encontraba, según la tradición castellana, la picota. En caso de necesidad, allí se levantaban el patíbulo y la horca. El pregonero leyó la sentencia que acababa de ser ejecutada. Luego, como era costumbre, el verdugo que había oficiado en la celda cortó la cabeza de Almagro y la colgó en la picota, sin que nadie intervenga. No obstante, cuando comenzó a desvestir el cuerpo del ajusticiado cuya vestimenta le correspondía, hubo gente que hizo detener este procedimiento. A la inversa, se cita igualmente el caso de un pizarrista que aprovechó la casi desnudez del cuerpo para tratar de verificar si Almagro era sodomita, porque sus enemigos, evidentemente sin otro objeto que el de dañar su reputación, hacían correr ese rumor desde que estaba encarcelado.

Cuando caía la tarde, un negro que había sido esclavo de Almagro vino trayendo una sábana para cubrir el cadáver. Unos indios que también habían estado a su servicio, llegaron luego para llevarse el cuerpo y lo transportaron a la casa de Hernán Ponce de León, un hidalgo sevillano muy respetado, vinculado al muerto por una vieja amistad que había nacido mucho antes de la conquista del Perú. Allí amortajaron a Almagro y luego lo llevaron donde los frailes de la Merced quienes le dieron sepultura en su iglesia en construcción.

En la ciudad nadie se movió. Los partidarios de Almagro estaban demasiado debilitados por su derrota y por el poderío sin límites de los vencedores, demasiado

desmoralizados por los desfiles que hacían en la ciudad los partidarios de Pizarro y las medidas de retorsión tomadas contra ellos desde hacía varios meses, quizás incluso abrumados por el desenlace, inesperado en su brutalidad, de la aventura de su jefe.

¿Qué pensaba de todo aquello Francisco Pizarro? El gobernador supo en Lima de la victoria de las Salinas e inmediatamente se puso en camino hacia Cusco. Él anunció alrededor suyo, nos dice Cieza de León, que quería velar por la vida de Almagro, prueba de sus temores en este sentido, a menos que el cronista quiera disculparlo así de la ejecución. Pizarro siguió el camino principal, por Jauja y los Andes centrales. Al llegar a la región de Abancay, recibió un mensajero de su hermano Hernando que venía trayéndole la noticia de la ejecución. Abandonando al resto de su séquito, se apresuró en ir hacia Cusco donde fue recibido con honores por la municipalidad, en ausencia de su hermano, a la sazón en el sur, por el Collao.

El gobernador, como siempre, permaneció silencioso, se negó a compartir la alegría de los vencedores. Manifestó incluso un mal humor contrario a su costumbre y no buscó esconderlo de manera alguna. Las «víctimas» de dicho descontento eran tanto los amigos de sus hermanos como los indios que vinieron a pedir su protección o los partidarios del difunto Almagro con los cuales tuvo que tratar. José Antonio del Busto Duthurburu ve ahí la prueba de un inicio de estado depresivo causado por el traumatismo que significó, sin ninguna duda, para el gobernador las condiciones particulares del fin de su antiguo socio.

Sea como haya sido exactamente, Pizarro, evidentemente, estaba profundamente afectado sin que se sepa hoy por cuál aspecto de la tragedia de Cusco. ¿La ruptura de un vínculo afectivo indiscutible, muy fuerte, existente durante décadas, forjado en la duda, el sufrimiento y el fracaso? ¿La conciencia de que esta muerte era también un problema político mayor, una hipoteca sobre el futuro, quizás incluso sobre las relaciones con la Corona? ¿Una profunda desazón, que no podía expresarse, ante una decisión de Hernando que el gobernador no aprobaba? ¿Un poco de todo esto?

Además, ninguno de los otros problemas pendientes estaba resuelto. Aunque retirado en su reducto de la montaña, Manco había vuelto a hacer hablar de él. Sus hombres lanzaban golpes de mano sangrientos en el camino de Lima a Cusco, se sentía de nuevo la amenaza de la inseguridad del año precedente. Había que reaccionar, y rápido, tanto más cuanto que a lo largo de los meses de guerra civil y después, la suerte de los indios se había deteriorado notablemente, como hace notar particularmente Cieza de León. En la medida en que no había ya autoridad segura, la población india había sido, a la merced de la fortuna de las armas, uno de los intereses esenciales y el botín principal de la guerra entre

clanes ávidos de gozar. Dadas las circunstancias, lo habían hecho con muchos menos escrúpulos que antes.

Pizarro envió hacia el Apurímac a Illán Suárez de Carvajal a la cabeza de un fuerte destacamento para hacer entrar en razón al Inca. Illán Suárez conocía mal el tipo de guerra al que iba a tener que enfrentarse y además no tuvo suerte. Su vanguardia compuesta por unos treinta peones encargados de apoderarse del Inca por sorpresa cayó en una emboscada y casi todos fueron muertos. Francisco Pizarro decidió entonces tomar personalmente la dirección de las operaciones. Partió con setenta hombres hacia el reducto de Vilcabamba pero, una vez más, se les escapó Manco, o más bien permaneció fuera de su alcance un poco más adentro en la cordillera. Finalmente, Pizarro decidió regresar a Cusco, dejando a Manco, y más tarde a sus sucesores, en ese reino en miniatura, lejos del mundo colonial que se iba instalando[1].

La crisis abierta durante la toma de Cusco por parte de los hombres de Diego de Almagro, y que terminó después con la batalla de las Salinas y sus dolorosas consecuencias, llamó la atención, desde muy temprano, de los comentaristas de aquel tiempo. En general ellos expresan directamente sus sentimientos respecto de ambos jefes. Sus apreciaciones son sin complacencia frente a Hernando, pero impregnadas de una verdadera compasión por Almagro. En el plano de las trayectorias personales, no pueden callar el encadenamiento trágico, en el sentido más fuerte de este término, de un enfrentamiento que puso fin a varias décadas de una amistad muy estrecha, de una solidaridad sin falla a lo largo de las más duras pruebas. Sin embargo, todo aquello se concluyó por el libre curso que se dio a las peores pasiones, con la sangre de uno de los protagonistas, el envilecimiento de la víctima como de su verdugo.

Dentro de una perspectiva forzosamente más distanciada, y por deber mismo empeñado en no tener en cuenta las interferencias de todo tipo del discurso de entonces, hoy en día el analista se ve obligado a ver en la muerte de Diego de Almagro el final sin duda inevitable, y la lógica cínica, de una competencia cuya evolución, durante años, había sido escondida por la necesidad cómplice de hacer frente juntos a enemigos, o a rivales comunes. Únicamente el descubrimiento de un Chile que hubiese sido un nuevo Perú podía haber evitado este final

[1] Los acontecimientos analizados en este capítulo llamaron muy tempranamente la atención de los cronistas. Véanse en particular Pedro Cieza de León, *Crónica del Perú, cuarta parte*, vol. I; *Guerra de Las Salinas*, Lima, 1991; Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista del Perú, op. cit.*, cap. XXII-XXV; Agustín de Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista del Perú, op. cit.*, lib. III, cap. VIII-XII; Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias, op. cit.*, 1ª parte, cap. CXXXIX-CXLI: Antonio de Herrera, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano, op. cit.*, Década VI, lib. III-V; Garcilaso de la Vega, *Historia General del Perú, op. cit.*, lib. II, cap. XXXVI-XXXIX; Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias, op. cit.*, 3ª parte, lib. IX, cap. XVII-XIX.

trágico. Pero no fue así. Por un lado, las numerosas decepciones guardadas, las frustraciones de todo tipo, las esperanzas sin cesar postergadas de todos esos largos años. Por el otro, cierta espiral en la que se enloquecieron la ambición del poder y del oro, la voluntad de no ceder nada, pues se había ganado todo. La conjunción de todo esto desencadenó las pasiones y condujo a lo ineludible: un ajuste de cuentas entre jefes de bandos.

Dentro de la perspectiva a más largo plazo de la nueva historia de esos países que se ponía en camino, la batalla de las Salinas fue el primer ejemplo de una larga serie que la historiografía denomina comúnmente «las guerras civiles del Perú». Durante décadas, los Andes iban a estar desgarrados por reiterados enfrentamientos, de variable gravedad. Ellos iban a oponer el poder central que buscaba afirmarse definitivamente, reducir en lo esencial toda competencia, incluso hasta eliminarla de manera radical, y a los excluidos, a los frustrados del sueño americano. En otros términos, se encontrarían frente a frente los hombres fuertes del momento —o el Rey representado por sus funcionarios— y los desafortunados, los rezagados, convencidos de que se les había robado la oportunidad, y que denunciaban haber sido estafados en cuanto a su parte de los despojos.

12
El reinado exclusivo del clan Pizarro (abril de 1538-junio de 1541)

La «guerra de las Salinas» tiene algo de tragedia en el plano de la vieja amistad y del largo entendimiento que habían unido a Francisco Pizarro con Diego de Almagro durante varias décadas, desde sus oscuros inicios panameños. Se ha hablado en las páginas precedentes del significado político de la batalla, si se piensa en la difícil instalación de un orden colonial y en el juego de las relaciones de poder en el seno de la joven América española prometida en los Andes, y por largo tiempo más, a trágicos sobresaltos.

En un plano más personal, la derrota infligida por Hernando Pizarro a «los de Chile» abrió a Francisco nuevas perspectivas. Por primera vez desde que se había lanzado en la empresa, su poder —y el de sus hermanos— era exclusivo. Parecía no tener ya que negociar con tal o cual, no tener que preocuparse por rivalidades latentes, ni por tener consideraciones con quien fuera. El dominio del clan Pizarro en la conquista del Perú, ya muy visible en el pasado en momentos claves —y que a fin de cuentas había conducido en parte al enfrentamiento de las Salinas — podía ahora ejercerse aparentemente sin límites. Después de haber ganado la guerra, le faltaba construir la paz, su paz, una tarea todavía inmensa, de todas maneras compleja y, a pesar de la euforia de la victoria, llena de obstáculos.

La nueva dinámica de la Conquista

De hecho, la conquista del Perú acababa de vivir una larga pausa. Habían ocurrido numerosos hechos, la sublevación de Manco, su duración, en particular con el sitio de Cusco, luego el asalto a Lima con la interrupción en todos los Andes centrales de las comunicaciones entre las dos plazas fuertes de la presencia española. Para colmo, la guerra civil había estallado entre los conquistadores al retorno de Chile de Diego de Almagro. En muchas regiones, la consecuencia directa de esta grave coyuntura había sido una verdadera regresión de la presencia de los españoles, obligados a abandonar a toda prisa posiciones consideradas como adquiridas. Desde la victoria de las Salinas y el establecimiento definitivo de su autoridad sobre la antigua capital de los incas, los hermanos Pizarro habían pensado pues en volver a dar un impulso indispensable a su empresa.

Recordemos que muy rápidamente Hernando había mandado a Pedro de Candia a la cabeza de 300 hombres, almagristas en su mayoría, al sureste de Cusco. Igualmente, Francisco Pizarro y su hermano decidieron sin demora el envío de los capitanes más conocidos para conquistar y ocupar las regiones que se creían más prometedoras en el plano económico y más importantes en el plano geoestratégico. La opción de los hermanos Pizarro obedecía también a otras consideraciones. Una vez más, se trataba para ellos tanto de satisfacer la solicitaciones urgentes de los amigos que los habían secundado durante la última campaña, como de alejar, dándoles algún hueso que roer, a los adversarios, o supuestos como tales, cuya amenaza seguía siendo obsesiva. Como escribe de manera muy perspicaz Garcilaso de la Vega, estas conquistas tuvieron primero por objetivo tanto de deshacerse de amigos inoportunos como de sospechas y temores inspirados por los enemigos.

Así, en el espacio de algunos meses, se puso en pie una nueva expedición hacia Chile. A pesar del fracaso rotundo de Diego de Almagro, los españoles seguían convencidos de las potencialidades de ese lejano país. Esta vez, partieron bajo las órdenes de Pedro de Valdivia —el maestre de campo de Hernando Pizarro durante la batalla de las Salinas, así recompensado— secundado por Alonso de Monroy y Francisco de Villagra, quienes se ilustraron después con diversas fortunas. Francisco de Olmos fue enviado al otro extremo del país, hacia el norte, a la región hoy ecuatoriana de la bahía de San Mateo. Se otorgó una atención muy particular a la parte andina situada al norte de Lima, prácticamente abandonada desde que el descubrimiento de Cusco había desplazado hacia el sur el centro de gravedad del país. Francisco de Chaves se fue para someter a la región de los conchucos, situada en las montañas al sureste de Trujillo, quienes periódicamente amenazaban con sus ataques. Más al norte, en plena cordillera, Pedro de Vergara emprendió someter a los bracamoros, Juan Pérez de Vergara a los chachapoyas y Alonso de Mercadillo por la vertiente ya amazónica de la cordillera, se introdujo hasta Moyobamba.

Algunos de esos jefes de expedición eran partidarios notorios de Almagro. Tal era el caso de García de Alvarado. A él se le atribuyó la región de Huánuco. Esta opción, nos dice Cieza de León, le fue dictada a Francisco Pizarro por la esperanza de ganar así si no su amistad por lo menos su reconocimiento, y procurar que «los de Chile» que lo acompañarían pierdan el odio que tenían contra él a causa de sus rivalidades pasadas[1].

Por aquella época, Hernando desapareció voluntariamente del escenario peruano en condiciones que veremos más adelante. Desde entonces, según la fórmula de Garcilaso de la Vega, todo el peso de la conquista y del gobierno del Perú descansó solamente en los hombros del mayor de los Pizarro. Digamos también que el clan familiar tenía ahora las manos totalmente libres para conducir a su gusto, en función de sus únicos intereses y de los de sus fieles, la continuación de las operaciones. En un primer momento Francisco quiso terminar con Manco Inca. Puso a Gonzalo a la cabeza de trescientos hombres que partieron en busca del escondite del Inca. El cronista Pedro Pizarro, miembro de la expedición, ha dejado un relato breve pero muy expresivo de esta campaña. Manco se había refugiado en una zona de montañas muy accidentadas, en una región de los Andes donde se hacen sentir claramente las influencias amazónicas, un mundo de un calor pesado, de densa vegetación en la que los escasos caminos, llenos de obstáculos y de dificultades, pasaban a menudo por abismos impresionantes, propicios para los ataques sorpresivos. Los caballos ya no eran utilidad alguna. El avance se efectuó entonces a pie. En este medio en el que la ventaja de los indios era evidente, Gonzalo no consiguió resultado alguno y hasta sufrió incluso reveses. Su hermano tuvo que enviarle urgentemente refuerzos. Después de haber peinado en vano las montañas durante más de dos meses, Gonzalo se resolvió a regresar a Cusco porque, nos dice Pedro Pizarro, los heridos eran muy numerosos, tantos como los que habían perdido la valentía.

Francisco se encontraba a la sazón en la región de Arequipa con el objetivo de fundar allí una ciudad. Unos mensajeros le informaron que Manco Inca había manifestado la intención de reunirse con él en Yucay. Detuvo lo que estaba haciendo y regresó a Cusco, organizó su viaje, con una docena de compañeros, como le había pedido el Inca, y la esposa favorita de éste a la sazón en manos de los españoles. Parece que el objeto de la entrevista sólo era simulado, pues Manco le había pedido a Pizarro que venga a verlo con una escolta reducida con el propósito de asesinarlo. Según Pedro Pizarro, la trampa —que los españoles

[1] Véanse Garcilaso de la Vega, *Historia general del Perú, op. cit.,* lib. II, cap. XL, y lib. III, cap. I y II; Francisco López de Gómara; *Historia general de las Indias, op. cit.,* cap. CXLIII; Pedro Pizarro, *Relación del descubrimiento y conquista del Perú, op. cit.,* cap. XXV; y Miguel León Gómez, *Encomenderos y sociedad colonial en Huanuco,* Lima, 2002, cap. III.

temían— fue descubierta gracias a la precipitación de los hombres de Manco quienes mataron a los portadores de regalos enviados por Pizarro al encuentro del Inca. Unos indios amigos corrieron a prevenir a los españoles quienes regresaron precipitadamente a Cusco, no sin antes haber masacrado en el lugar mismo a la esposa de Manco quien murió demostrando gran valor.

Habiéndose revelado vana la búsqueda de Manco, tanto como la esperanza de llegar a la paz con él, Francisco Pizarro puso en pie un gran proyecto de conquista que confió igualmente a su hermano. Esta vez los objetivos eran los territorios actualmente bolivianos. Gonzalo partió acompañado de hombres que en su mayoría habían llegado al Perú con Pedro de Alvarado, y que hasta ese momento no habían podido ser retribuidos tan bien como los conquistadores de las primeras horas. Los inicios de la campaña fueron fáciles y prometedores. Los indios opusieron poca resistencia. Sin embargo, a medida que los españoles se alejaban de sus bases cusqueñas —al cabo de algunas semanas se encontraban a más de setecientos kilómetros—, las cosas se hicieron cada vez más complicadas. Igual que sus vecinos del norte algunos años atrás, los indios se enardecieron, mataron un gran número de caballos. Sobre este tema y estos episodios, Garcilaso de la Vega recuerda que todos los conquistadores del nuevo mundo sufrían más por las heridas hechas a sus monturas que por las suyas propias. En cada enfrentamiento, la victoria era más onerosa y difícil para los conquistadores.

Al llegar a las cercanías de Chuquisaca (hoy Sucre), la resistencia india fue particularmente pertinaz. Los españoles tuvieron que librar batalla varias veces a la semana. Garcilaso es particularmente prolijo sobre esta campaña. Reprocha a López de Gómara y a Agustín de Zárate no serlo bastante, sin duda en la medida en que su padre participó en ella y estuvo a la cabeza de una operación de auxilio. Gonzalo terminó pidiendo ayuda a su hermano. Los cronistas relatan en este sentido que Pizarro dio mucha publicidad a su partida hacia el altiplano. En realidad, apenas hizo dos jornadas de marcha, para impresionar, se dice, a los espías indios que no iban a dejar de comunicar la «terrible» noticia a sus compatriotas. La razón de este cambio táctico radica quizás también en que Pizarro no estaba muy seguro de los que quedaban en Cusco, aún no muy repuestos de la muerte de Almagro. Los refuerzos enviados por delante no llegaron a tiempo, pero siempre según Garcilaso, Gonzalo y sus hombres pudieron salvarse, cuando estaban completamente acorralados, gracias a la aparición del apóstol Santiago quien combatió en persona a su lado como lo había hecho en Cusco.

Una vez que la campaña terminó, el gobernador procedió a la atribución tan esperada de las encomiendas. Recompensó según sus méritos —o según su opinión— a los hombres de la expedición. Así, dotó generosamente a su hermano Gonzalo quien efectivamente había desempeñado un papel esencial en ella. De paso, y de manera significativa, tampoco olvidó a Hernando quien

ya había partido a España. Estos repartimientos o encomiendas eran entonces considerados como mucho menos interesantes que los del Perú central, aunque estaban provistos de numerosos indios y se encontraban en regiones ricas desde el punto de vista agrícola. Su lejanía de Cusco, y más aún de Lima, tenía algo que ver con el relativo desdén que se les tenía. Nadie podía imaginar que el descubrimiento de las ricas vetas argentíferas de Potosí, algunos años más tarde, haría cambiar completamente el juego, haciendo de estas tierras altas, y durante siglos, el motor de la economía de todo el virreinato.

Gonzalo hacia el país de la canela

Otra gran idea flotaba en el aire en aquellos tiempos. Entre los conquistadores corrían sin cesar rumores sobre las riquezas reales o en general supuestas, de tal o cual comarca que no estaba todavía bajo la autoridad española, susceptible en consecuencia de asegurar por fin la fortuna de aquellos que tendrían los medios, y sobre todo la valentía, de atreverse a ello. A menudo se trataban de rumores sin fundamento, nacidos de la imaginación, de la codicia, de la frustración de los excluidos, algunas veces de mitos indígenas reinterpretados por los conquistadores. A veces, muy sencillamente, eran producto del cálculo de los indios que esperaban así enviar a otra parte a estos conquistadores y su pesada presencia. Durante todo el siglo XVI, se vio surgir periódicamente semejantes fantasmas en muchas regiones de América, y fueron numerosos aquellos que persiguiendo esas quimeras, perdieron su dinero e incluso con frecuencia hasta la vida.

A finales de los años 1530, se contaba en particular que, en el norte del antiguo imperio, al este de Quito —pero más allá de las regiones sometidas poco tiempo atrás por los incas y por ende desconocidas hasta ese momento—, se encontraba una vasta comarca dotada de todas las riquezas, y donde en especial crecía a profusión el árbol de la canela. Este producto exótico y bastante raro, en consecuencia muy buscado y caro, ¿no sería para los descubridores el equivalente de lo que habían sido las especies para los portugueses en su búsqueda asiática? Cabe añadir otro elemento que tuvo sin duda su incidencia en la decisión de Francisco Pizarro. Desde su llegada al país, los españoles sentían una verdadera fascinación por la selva amazónica y sus franjas andinas. El miedo y el atractivo que ejercía sobre ellos estaba por supuesto a la medida de su ignorancia de este mundo extraño. Tal actitud también provenía de los indios de la cordillera que nunca habían podido penetrar en ella, mucho menos instalarse, ni siquiera en los mejores tiempos de los incas, y habían transmitido a los conquistadores españoles sus propios fantasmas deformados y amplificados.

Siempre empeñados en asentar la autoridad de su clan y no dejar nada a otros en lo referente a la consolidación de su fortuna, el gobernador decidió montar

una expedición hacia ese país del que se esperaba tanto, y confiar, una vez más, la dirección de la empresa a Gonzalo. Para asegurarle la autoridad necesaria así como la ayuda que podrían —y deberían— aportarle los españoles de la región, Francisco Pizarro lo nombró gobernador de Quito. Más de doscientos soldados, entre los cuales un centenar de jinetes, dejaron Cusco para ir al norte, a dos mil quinientos kilómetros. Garcilaso estima el costo inicial de la operación en sesenta mil pesos. En el camino, en particular en Huánuco, la columna fue atacada y puesta en peligro, al punto que Gonzalo Pizarro tuvo que solicitar a su hermano refuerzos comandados por el capitán Francisco de Chaves.

Ya en Quito, un centenar de soldados se unieron a los recién llegados y, en Navidad de 1539, la expedición se puso en movimiento hacia el este acompañada de cuatro mil cargadores indios, de los equipajes habituales en semejantes circunstancias y del ganado que se llevaba para alimentar a todo el mundo. Habiendo dejado a Pedro Puelles en calidad de teniente en la ciudad, Gonzalo se dirigió a la región conocida con el nombre de provincia de los quijos. Todo se unió contra los españoles. A las ya muy conocidas dificultades de este tipo de incursión, se agregó la resistencia de los indios determinados a hacer retroceder a los invasores, como lo habían hecho otrora exitosamente con los incas. Un terremoto particularmente fuerte sacudió la región acompañado de impresionantes tempestades que aterrorizaron a los hombres y a los animales. Antes de entrar en la selva, tuvieron que enfrentar la cordillera oriental, su frío y sus nieves. Luego, durante más de dos meses, la columna avanzó bajo un diluvio que no cesaba nunca. El ganado de consumo, los cargadores indios y numerosos españoles no resistieron. Las provisiones y las vestimentas se pudrían, y era imposible encontrar en el lugar con qué reemplazarlos.

Gonzalo tomó la decisión de hacer acampar al grueso de su columna, que ya casi no avanzaba, y partió por delante con los hombres más decididos y más válidos. Terminaron por llegar a un río, el más imponente que ninguno de ellos había visto jamás. Sin saberlo acababan de descubrir la cuenca del Amazonas, llamada más tarde por los españoles el Marañón. Cuando el resto de la expedición llegó, después de dos meses, Gonzalo y su vanguardia, bajo la amenaza constante de los indios, sin otro alimento que las raíces, las hierbas y los retoños de árbol emprendieron el descenso del río sobre más de doscientos kilómetros, hasta que decidieron construir un bergantín improvisado, utilizando sus camisas como estopa para la impermeabilidad.

Francisco de Orellana (nacido en Trujillo y amigo de infancia de Francisco Pizarro) fue nombrado capitán con la misión de ir a explorar río abajo. En vez de esperar, como acordado, a Gonzalo y a sus hombres que permanecieron en tierra, Orellana habría tomado la decisión de ir hasta la desembocadura y de allí, retornar a España para dar a conocer su hazaña y llevar el oro de la expedición que

había puesto a bordo. Cabe precisar que esta versión, complacientemente hecha por Garcilaso y sus predecesores, es desmentida por uno de los participantes de la expedición, Gaspar de Carvajal, que ha dejado una versión diferente de los hechos y exonera a Orellana de toda culpa. Sea cual fuere la verdad, esta loca empresa tuvo éxito. Orellana desembocó en el Océano, compró un barco en la isla de Trinidad al sur del arco de las pequeñas Antillas, consiguió toda la gloria en España ocultando por supuesto su «traición». La Corona lo autorizó a volver encabezando una gran expedición, esta vez de conquista. Se embarcó en el puerto de Sanlúcar de Barrameda con quinientos hombres, pero murió durante la travesía de retorno y su expedición se dispersó.

Mientras tanto, solo les quedó a Gonzalo y a los sobrevivientes —apenas el tercio de los efectivos de la partida—, pobres, enfermos y agotados, regresar a pie a Quito, distante de centenares de leguas, lo que no obstante lograron hacer con el costo de las peores dificultades y después de varios meses de caminata[2].

La fortuna de los Pizarro

En todos los repartos entre vencedores, el gobernador y sus hermanos habían recibido —más exactamente se habían atribuido— siempre las mejores partes. Recordemos que en diversas oportunidades esta constante había causado en su entorno si no fricciones por lo menos un sentimiento de frustración y hasta rencores tenaces.

En realidad, según Rafael Varón, especialista de este tema, el enriquecimiento de Francisco Pizarro y de sus allegados no parece haber obedecido a ninguna planificación previa maduramente reflexionada. Se realizó por efecto acumulativo, a medida de las etapas de la Conquista, como algo natural, producto del estatuto del gobernador y del lugar privilegiado que correspondía a sus hermanos, en razón de sus vínculos familiares y del papel que, por este hecho, habían desempeñado en la empresa.

Si dejamos de lado el inicio de la primera fase de la Conquista durante la cual la ganancia de los conquistadores provenía casi exclusivamente del metal precioso robado o exigido como tributo a los vencidos, su fortuna se basó primero en las famosas encomiendas de las que se ha hablado varias veces. En principio, las atribuciones de los encomenderos solo concernían la percepción bianual de un tributo en especies y/o en dinero cuando la moneda comenzó a circular, así como el usufructo de ciertas prestaciones impuestas a los indios. En la práctica, la realidad fue mucho menos clara. La ausencia de control de un Estado todavía

[2] Véase Garcilaso de la Vega, *Historia general del Perú, op. cit.,* lib. III, cap. III y IV.

en el limbo en América, el poderío de los vencedores, la ignorancia y el terror de los vencidos, permitieron a numerosos encomenderos, incluso antes de la confirmación real de las concesiones, apoderarse también de las tierras que pertenecían a «sus» indios, desviar en su beneficio, a veces de manera definitiva, una parte de la mano de obra de las comunidades indígenas, sin contar los graves abusos, señalados en el Perú como en otros lugares de América, en las desmesuradas exigencias tributarias de los encomenderos.

Rafael Varón ha podido establecer la lista de los bienes de Francisco Pizarro, en particular gracias a la herencia dejada a sus hijos. Por supuesto, su enumeración no puede, ella sola, dar una idea exacta, es decir completa, de todo lo que había podido acumular en muy poco tiempo. Digamos, sin embargo, que el gobernador se había otorgado nada menos que nueve encomiendas en el Perú (en la costa norte, en los alrededores de Trujillo, en el Callejón de Huaylas, en Lima y en la cordillera vecina, en Cusco, desde luego, en particular en el fértil valle del Urubamba, en Yucay) pero también en las tierras altas de la actual Bolivia cerca de La Paz). En 1540, éstas estaban dotadas de casi treinta mil tributarios. Hay que añadir terrenos en Lima y en su oasis, palacios en Cusco, rebaños en Jauja, en la sierra de Lima y el Callejón de Huaylas, en el altiplano, y con frecuencia, la producción de textiles que podía obtenerse de ellos.

Otro sector de actividad muy codiciado por los conquistadores era constituido por las actividades mineras proveedoras del metal tan buscado, sobre todo la plata, porque pronto el oro comenzó a faltar y el metal blanco resultó siendo un sustituto irremplazable. Se sabe a través de contemporáneos que Francisco Pizarro estuvo siempre muy atento a ellas. No tiene por qué asombrar entonces que se apodere en Porco, actualmente en Bolivia, de yacimientos ya explotados por los indios, que invierta en ellos, en sociedad, fuertes cantidades para desarrollarlos, aunque nos faltan elementos para decir con precisión cuál fue el resultado.

Pizarro, cuya experiencia en la materia se remontaba a sus años panameños, intervino muy temprano en un gran número de operaciones comerciales, solo o con socios: importación de ropa procedente de España, una compañía para fabricar y vender azúcar en el valle de Nazca, en la costa al sur de Lima, otros negocios solamente conocidos por el nombre de sus asociados, barcos de diferentes tamaños, en particular un galeón y una «nave grande» que navegaba entre el Istmo y el Perú.

No es posible hacer una evaluación, ni siquiera aproximada, del valor de tal patrimonio, tampoco de sus rentas, pero no se puede dudar de que los contemporáneos no exageraban de manera alguna cuando coincidían en hacer de Francisco el hombre más rico de su tiempo en el Perú.

Su hermano Hernando, cuya codicia era bien conocida, no se quedaba atrás. Rafael Varón ha identificado propiedades o encomiendas que le pertenecieron.

Estas últimas, situadas en una decena de localidades en la costa, en la región de Cusco y en el altiplano, reunían entre siete y nueve mil tributarios, pero también tenía minas, plantaciones de coca (igual que Francisco) en los valles calientes, al oriente de Cusco. Gonzalo poseía un poco menos, tierras y encomiendas en el actual Ecuador, en la cercanías de Cusco y en el altiplano que había conquistado. Tenía más de ocho mil tributarios.

Para terminar, Juan Pizarro no fue olvidado tampoco por su hermano mayor, pero su muerte prematura, a los veinticinco años, durante el asalto que se dio en Sacsayhumán, no le permitió seguir el camino de su clan. Francisco Martín de Alcántara, hermano uterino del gobernador, fue dotado también con ricas encomiendas en Jauja, Lima y Huánuco. Si siempre tuvo una actuación más discreta que los precedentes, su presencia en los negocios de la familia es significativa del papel que desempeñaba en ella y de su rango. En menor grado, pero no insignificante, los parientes y los fieles que permanecieron en Trujillo de Extremadura, como los conventos de la tierra natal, fueron también objeto de la generosidad reveladora del éxito de los hijos del país que partieron acompañando a Pizarro y de su voluntad de hacerlo saber en su tierra.

Rafael Varón, quien lamenta no poder cifrar con más precisión el patrimonio de los Pizarro, concluyó que se trataba de un conjunto que, en el futuro, no iba a tener equivalente en el Perú, ni en extensión territorial, ni por el número de sus tributarios, ni por la diversidad de las actividades comerciales que ofrecía, ni por su peso relativo en la sociedad hispano-peruana. Los avatares de la política y de la Historia no permitieron a sus beneficiarios aprovecharlo durante mucho tiempo. Sus herederos se vieron incluso obligados a efectuar largas y duras batallas jurídicas para hacerse reconocer el usufructo de por lo menos una parte de este patrimonio.

Los Pizarro no fueron una excepción. Hay que pensar en la codicia y en la habilidad financiera de un Cortés en México en la misma época. En ambos casos, la rapidez de su ascenso y la explosión de su fortuna, en todos los sentidos de esta palabra, son conformes a la lógica de la Conquista, a sus egoísmos, a su brutalidad, a su dinámica de grupo. Sus problemas ulteriores también, aunque de origen diferente, son reveladores, por un lado, de los excesos, de las envidias de sus semejantes, y por el otro, de los temores del Estado que este éxito inaudito había hecho nacer. Los comentaristas de la época encontraron aquí, en muchas oportunidades, materia para profundas reflexiones sobre la fortuna y el movimiento ciego de su rueda[3].

[3] Rafael Varón Gabai, *La ilusión del poder, apogeo y decadencia de los Pizarro en la conquista del Perú, op. cit.,* en particular cap. VI, VIII y IX. Para el impacto de la Conquista sobre la economía y la sociedad de Trujillo, véase la tesis, aún inédita de Gregorio Salinero, *Trujillo, une ville entre deux mondes 1529-1631, les relations des familles de la ville avec les Indes,* París, EHESS, 2000.

Francisco organiza el sur

La estancia en Cusco de Francisco Pizarro fue de desbordante actividad, conforme a sus hábitos. Los problemas por resolver, ya se ha hablado de ellos, no le impidieron continuar pensando en la consolidación de la presencia española. Los sucesos ligados a la revuelta de Manco Inca habían demostrado la gran fragilidad de un eje esencial para los españoles, la ruta andina que une Lima con Cusco. Su interrupción significaba cortar en dos al Perú colonial, aislar las importantes provincias del sur. A largo plazo, esta situación corría el riesgo de estrangular el desarrollo futuro del país, y hacía pesar sobre él una amenaza que podría serle fatal. Había pues que actuar para que esta ruta sea más segura y para ello dar un punto de apoyo a la presencia española entre Jauja, última etapa española viniendo de Lima, y la antigua capital de los incas, distante aún de varios centenares de kilómetros.

A finales de enero de 1539 Pizarro tomó pues la decisión de fundar una ciudad situada entre Jauja y Cusco. Ésta sería a la vez una etapa en el largo camino que las unía, y un foco de donde irradiaría la presencia española en los Andes centrales aún mal conocidos, cuya sumisión y puesta en valor, según la lógica colonial, faltaban por hacer en lo esencial. La nueva ciudad fue llamada San Juan de la Frontera de Huamanga. La palabra «frontera» dentro de este nombre es reveladora. En sus inicios fue bastante modesta, como todas las ciudades creadas por los conquistadores: unos veinte vecinos más unos cuarenta españoles de estatuto más precario. Huamanga, por su situación, fue llamada a continuación a desempeñar un papel importante en el ámbito económico, administrativo y religioso. Un poco más tarde, se iban a descubrir, a cierta distancia, pero dentro de su órbita económica, en Huancavelica, ricos yacimientos de mercurio indispensables para la transformación del mineral de plata entonces trabajado según la técnica de la amalgama. Las minas de Huancavelica hicieron posible el fantástico auge de Potosí. Huamanga, por su proximidad y su función de capital regional, se aprovechó por supuesto. Significó para ella una suerte excepcional, y para los indios una tragedia, porque fueron enviados, según el sistema de la mita, por miles en los socavones de las minas donde muchos perecieron por las inhumanas condiciones de trabajo, agravadas en este caso por el contacto con el mercurio cuyos efectos son bien conocidos hoy en día, y que acababa destruyendo el sistema nervioso.

Hemos visto anteriormente que, por persona interpuesta, Pizarro había hecho proceder también a la creación de una ciudad lejos en el sur, en La Plata, durante el año 1540, con el fin de consolidar las posiciones españolas en esa región conquistada recientemente, después de muchas dificultades, por su hermano Gonzalo.

Durante su estancia en Cusco, Francisco Pizarro emprendió gualmente también un largo periplo de varios meses hacia el Collao, cuyos amplios espacios poblados y cuyas ricas potencialidades agrícolas comenzaban a atraer a los españoles. Caminó Vilcanota arriba, atravesó el abra de la Raya y desembocó en el altiplano, camino que los conquistadores ya conocían bien. Llegó a la orilla oeste del lago Titicaca y, bordeándola, a la región en donde sería instalada algunos años más tarde la ciudad de La Paz. Permaneció allí varias semanas, sin duda en los valles adyacentes cuya altura más moderada hace mucho más soportable la estancia.

Estando ahí, Pizarro pudo percatarse, sin duda, del enclave de estas tierras altas, situadas en una zona donde la cordillera es más amplia, a varios centenares de kilómetros del mar, y cuyo único vínculo con el resto de los establecimientos españoles era el interminable camino a través de los Andes que llegaba de Lima por Jauja, Huamanga y Cusco. Pensó entonces en fundar otra ciudad, en una zona de menor altitud, y sobre todo a media distancia de la costa y del gran lago del altiplano. A largo plazo, la idea parece haber sido de abrir una vía alternativa desde Lima, utilizando o bien la ruta de la costa, o bien también la vía marítima. También es posible que Pizarro haya querido marcar de esta manera con su huella esas comarcas llamadas a ser vecinas de la gobernación de Nueva Toledo, que de todas maneras no dependía de su jurisdicción. Para este efecto, partió con su séquito hacia la región donde se encuentra hoy en día la capital del sur peruano, Arequipa.

Cuando comenzaba a ocuparse allí de la realización de su proyecto, unos mensajeros vinieron a anunciarle que el Inca Manco, como dijimos antes, parecía manifestar la voluntad de entrar en contacto con él, según toda verosimilitud para establecer los términos de una paz definitiva. El gobernador consideró el hecho suficientemente importante como para cambiar inmediatamente de programa e ir en persona a ver de qué se trataba exactamente. Ya sabemos lo que pasó. Pizarro encargó entonces a uno de sus lugartenientes, Garci Manuel de Carvajal, la fundación de la ciudad que él había proyectado en el majestuoso paisaje dominado por el volcán Misti.

El asesinato del Marqués

Esta política de fundación de ciudades y de ocupación del espacio distaba mucho de solucionar, por sí sola, todos los problemas del joven Perú colonial. Durante largos meses, en Cusco y en el sur del país, Pizarro había tratado de volver a tejer entre las facciones españolas los vínculos que la muerte de Diego de Almagro había roto. También había tratado de perfeccionar la instalación colonial y solucionar, en vano, el problema que planteaba Manco. Todo aquello había apartado al gobernador de otras preocupaciones que concernían, ellas, al Perú

en su conjunto. Era necesario, pues, regresar a su nueva capital, Lima. Antes de volver, en febrero de 1539, una noticia importante en lo personal le llegó a Cusco. En octubre de 1537, la Corona le había concedido el título de Marqués, como había hecho ocho años atrás con la otra gran figura de la conquista americana, Hernán Cortés. Los dos hombres, por cierto, iban a ser los únicos jefes de la Conquista en recibir semejante distinción. Cortés fue hecho marqués del valle de Oaxaca. Carlos V permitió a Francisco Pizarro escoger la comarca con la que, a partir de ese momento, él deseaba asociar el título con que había sido honrado.

El nuevo Marqués no parece haberse apresurado en la materia. Tal vez dudaba en cuanto a la mejor solución posible pues dieciséis mil vasallos tenían que estar unidos al nuevo marquesado. Según Pedro Pizarro, él habría puesto primero la mira en zonas ya atribuidas en encomiendas, que exigían pues trámites particulares y transacciones aunque no complicadas pero sí delicadas con los primeros adjudicatarios a los que hubiese sido necesario trasladar. Finalmente, Pizarro puso la mira en la provincia de los atabillos, unos indios que vivían en los Andes en una vasta comarca al noreste de Lima, entre las actuales ciudades de Canta, Tarma y Huánuco. En verdad, esta opción ha dejado siempre un poco dubitativos a sus biógrafos. Esta región no era aún bien conocida. Se la decía rica en potencialidades mineras, pero faltaba demostrarlo. No había nada seguro, y Pizarro tomó algunos riesgos al escogerla. El futuro iba a demostrarlo. En 1540 los indios se rebelaron allí y fue necesaria una dura represión conducida por Francisco de Chaves para hacerlos entrar en razón. De todas maneras, Francisco Pizarro no iba a tener tiempo de gozar por mucho tiempo de su marquesado.

Era evidente y para todos, que Francisco Pizarro no era el responsable directo de la muerte de Diego de Almagro. Cabía la duda en cuanto a cuál habría sido su decisión en la materia si él hubiese sido el vencedor de la batalla de las Salinas. No obstante, los vínculos que mantenía con su hermano Hernando, la manera cómo había cubierto su comportamiento en esta crisis, los intereses en juego entre las facciones y el hecho de que él era el jefe supremo de una de ellas, no tardaron en concentrar sobre su persona los odios y las frustraciones del partido adverso. Todo parece indicar que Francisco, a diferencia de Hernando, era partidario de la calma, lo hemos visto, pero los rencores eran tan tenaces que le fue muy difícil cambiar el curso de las cosas. Además, la partida de su hermano a España tuvo por efecto de focalizar en su persona todos los deseos inconfesables de venganza.

En Cusco, ya, unas buenas personas le habían prevenido respecto de los partidarios de Almagro que querían atentar contra su vida. Este riesgo, como se ha dicho, fue tal vez el que originó en un primer momento su reticencia en dejar la antigua capital de los incas. Según Cieza de León, antes de partir, Hernando había pedido a su hermano mayor tener una gran desconfianza. Más tarde, cuando Francisco se encontraba a orillas del lago Titicaca, siempre según la misma fuente,

habría recibido informaciones muy precisas de Hernando de Bachicao sobre los funestos proyectos elaborados contra él por «los de Chile». Dio la impresión de no prestarle atención y no cambió nada en sus costumbres. ¿Pensaba él que no se debía mostrar al adversario los eventuales temores? ¿Se imaginaba que éste no se atrevería a hacer nada contra él? ¿Una indudable valentía, hasta un fatalismo templado por largos años de dificultades, lo llevaban a proseguir su camino sin ocuparse de riesgos considerados por él menores comparados con aquellos ya vividos?

Aunque el Marqués buscaba de manera manifiesta calmar el juego, apaciguar los rencores en suma legítimos de los vencidos en la batalla de las Salinas, su entorno no hacía lo mismo. Había gente a quien la victoria y la seguridad de estar del lado vencedor —y esta vez aparentemente de manera definitiva—, empujaban a adoptar una actitud despreciativa e hiriente con «los de Chile». A ello hay que añadirle la codicia insoportable de los pizarristas. Los antiguos soldados de Almagro a menudo reducidos a la miseria no aguantaban ver a sus adversarios repartirse sin vergüenza, a menudo hasta con ostentación, un botín que ellos consideraban que les correspondía y del cual habían gozado apenas algunos meses.

Según la tradición, Pizarro regresó a Lima justo en el momento en que tenía lugar un entierro. Las campanas tocaban a muerto por lo que algunos testigos las habrían juzgado de muy mal augurio. A pesar de la distancia que le separaba ahora de la antigua capital de los incas, no por ello el Marqués dejó de estar confrontado a las consecuencias del conflicto pasado y de las graves decisiones tomadas por su hermano Hernando. Éste había enviado bien escoltado a la nueva capital al hijo de Diego de Almagro, Diego de Almagro el Mozo. No era propiamente hablando un prisionero, digamos más bien que tenía arresto domiciliario. Lo esencial era tenerlo alejado de Cusco donde los partidarios de su padre eran aún numerosos, y sobre todo estaban muy exasperados. Pese a estas precauciones, Diego de Almagro el Mozo no tardó en ver reconstituirse alrededor suyo a un grupo de partidarios. Más que el fruto de un oscuro cálculo político, aquello fue el efecto de una solidaridad normal de parte del hijo de un jefe vencido, preocupado por no dejar en la miseria a los hombres de su padre. En efecto, Diego disponía para vivir de las rentas de una buena encomienda que había heredado. Las utilizaba para subvenir, malo que bueno, a las necesidades de un grupo de soldados que habían dejado Cusco para no seguir padeciendo las vejaciones de los vencedores o, por lo menos, para no presenciar sus fanfarronadas.

En Lima, se les hizo una cuestión de honor, a diferencia de un buen número de sus antiguos compañeros, no aceptar nada de Pizarro y de los suyos, y no habían vuelto a partir, como otros tantos, hacia nuevas campañas por las provincias. Se dice que su miseria era tal que tenían una sola capa para todos. Preocupados por

su imagen en la ciudad, y por no dejar trasparentar sus dificultades del momento, salían por turno, escondiendo de esta manera su estrechez y con la esperanza de aparentar lo que ya no eran. Para su subsistencia, ponían también en común sus ganancias en el juego, y encargaban a un tal Juan de Rada el cuidado de preparar una magra comida.

Viendo que nada los haría doblegarse, el entorno de Pizarro le sugirió privar de su repartimiento a Diego de Almagro el Mozo. Esa es por lo menos la versión dada por Garcilaso. Tal decisión suscitó la indignación de los partidarios de Almagro. Vieron en ello, y no les faltaba razón, un ensañamiento en su contra. Por cierto, por una suerte de tropismo, su número iba aumentando en Lima. La nueva capital, alejada de Cusco de siniestra memoria para ellos, estaba en condiciones, así creían, de ofrecerles una oportunidad de mejorar su suerte actual, pero también había otra razón. Por una suerte de solidaridad natural entre excluidos, vieron acercárseles un buen número de españoles recién llegados al Perú, y que, por esto mismo, no habían podido encontrar empleo, no podían invocar ningún servicio pasado y habían sido excluidos de los repartos. Tenían pues numerosos puntos en común con los vencidos de la batalla de las Salinas, para comenzar su odio por los privilegiados, y la esperanza de contribuir, de una manera u otra, a un cambio total de la situación.

Pronto fueron unos doscientos. Su número creciente les hizo retomar valor. Los consejeros de Pizarro se alarmaron con razón del nuevo giro de las cosas. Fiel a su conducta, el marqués se negó a compartir los temores de su entorno. Según Agustín de Zárate, se compadecía incluso de los antiguos soldados de Almagro, e insistía en que no quería aumentar su miseria, su vergüenza y su frustración. Lejos de calmar el resentimiento de «los de Chile», tal actitud, si es conforme con el testimonio de los cronistas, no hizo más que enardecerlos. Una noche, intentaron un golpe de audacia y lo lograron. Amarraron a la horca, levantada en el centro de la plaza mayor, tres largas cuerdas cuyas extremidades fueron anudadas sobre las fachadas de las casas de Juan Velásquez, el alcalde mayor, de Antonio Picado, el secretario del Marqués y, sobre todo, del mismo Francisco Pizarro. No se podía ser más claro en cuanto al fin deseado para los tres hombres.

La decisión de atentar contra la vida de Pizarro parece haber sido tomada desde esa época. No obstante, además de la dificultad y de los riesgos de la operación, algo retenía aún a los conjurados. Corría el rumor en Lima de que la Corona, informada de los trágicos sucesos de Cusco, había decidido enviar al Perú a un juez apellidado Vaca de Castro. Este anuncio volvió a dar alguna esperanza a los amigos de Diego de Almagro. Su decepción estuvo a la medida de sus esperanzas cuando supieron que dicho juez venía solamente para hacer una investigación, no aplicaría ninguna sanción y se contentaría con transmitir el expediente al Consejo de Indias, para que se tome una decisión a nivel político. A algunos conjurados les

pareció que había que esperar la venida de Vaca de Castro, de matarlo también si no mostraba, como se temía, todo el rigor que se esperaba de él.

A pesar de las advertencias cada vez más apremiantes y alarmistas, Pizarro seguía sin emprender nada contra «los de Chile». Dedicado a sus ocupaciones en la ciudad o en los alrededores acompañado de un solo paje, rechazaba una guardia especial para su residencia. No quería, decía él, que la gente pueda creer que tenía miedo por la venida del juez investigador enviado por el Emperador. Un día, en una huerta, tuvo lugar una entrevista entre Pizarro y Juan de Rada, una de las figuras centrales del partido almagrista. Los dos hombres se juraron mutuamente que ni ellos personalmente ni sus amigos abrigaban malas intenciones. Juan de Rada evocó la perspectiva de la partida del Perú de Diego de Almagro y de sus amigos. Mientras tanto, en la ciudad, los partidarios de Almagro hacían correr el rumor de que Vaca de Castro había muerto en camino, esperando que de esta manera Pizarro bajaría la guardia.

Los partidarios del Marqués por su parte, tampoco permanecían inactivos. Entre los más exaltados figuraba Antonio Picado, su secretario, al que los conjurados le habían prometido la horca. Fuera de las advertencias que no cesaba de hacerle a su jefe, un día se mostró en la ciudad con el sombrero ornado con una gruesa medalla de oro en la que estaba esmaltado un gesto obsceno con la inscripción: «para los de Chile». Ante la insistencia de sus consejeros, Pizarro terminó tomando precauciones, a regañadientes. Para la fiesta de San Juan de 1541, no fue a misa. Se supo más tarde que sus enemigos habían pensado precipitadamente en esta ocasión para asesinarle. El domingo siguiente, 26 de junio, tampoco lo hizo. Un sacerdote, utilizando informaciones obtenidas en confesión, previno a Picado de la inminencia del atentado. Pizarro pretextó una indisposición para permanecer en casa. Después de la misa, la gente más conspicua fue a informarse de su estado. Los recibió y platicó con ellos. Al ver esa afluencia y cuánto duraban las conversaciones, «los de Chile» creyeron haber sido descubiertos, imaginaron que el Marqués reunía a sus amigos y hablaba con ellos para eliminarlos. Decidieron pues adelantársele y pasar a la acción.

A la hora en que Pizarro terminaba de comer, un grupo de conjurados salió de la casa de Almagro. Eran unos doce, cuyos nombres precisa Francisco López de Gómara. Su jefe era Juan de Rada. Cruzaron la plaza mayor en diagonal, con la espada en la mano y gritando: «Muerte al tirano, al traidor que ha hecho matar al Juez enviado por el Emperador para castigarlo»! Llama la atención que los agresores no hayan tratado de acercarse sin ruido a la residencia de Pizarro. Garcilaso de la Vega piensa que actuaron así para hacer creer que eran muy numerosos y disuadir a los limeños de auxiliar al Marqués. Pedro Pizarro da otra explicación. Uno de los confabulados, cuya valentía no era sin embargo la virtud principal, un tal Pedro de San Millán, se habría puesto de repente a dar alaridos

y a partir corriendo hacia el domicilio del Marqués, obligando de esta manera a sus compañeros a imitarlo y a seguirlo.

Alertados por el ruido, los servidores indios de Pizarro corrieron a advertirle de lo que pasaba. Él platicaba con el Alcalde mayor, el doctor Velázquez, el capitán Francisco de Chaves, en ese entonces su adjunto más cercano, y su hermano uterino Francisco Martín de Alcántara. Su casa solo contaba con doce servidores. Pizarro ordenó inmediatamente cerrar la puerta de la sala en la que se encontraban en el piso superior, cosa que no se hizo. Según Garcilaso, Francisco de Chaves, creyendo simplemente encontrarse en presencia de algunos soldados exaltados que habían venido a manifestar su descontento, como sucedía con frecuencia en la época, fue al encuentro de los conjurados, se adelantó, y les preguntó la razón de todo este barullo. Por toda respuesta recibió una estocada y luego una puñalada que le cortó prácticamente el cuello. Pedro Pizarro da otra explicación. Él sospecha de la doblez de Francisco de Chaves, de haber querido parlamentar con los conjurados, tal vez de haber deseado incluso secretamente la muerte del Marqués, porque este, en un testamento, lo nombraba gobernador si acaso moría en ausencia de Gonzalo.

Los criados del Marqués, asustados, saltaron al jardín por las ventanas, así como también el doctor Velásquez. No se le olvidó llevar su bastón de justicia, insignia de su función y última protección en caso de necesidad, porque mientras lo tuviese consigo estaba investido de la autoridad real. En el momento del salto, para tener las manos libres y no perder su valioso bastón, haciendo poco caso de la dignidad de su cargo, el doctor Velásquez consideró más prudente sujetarlo entre sus mandíbulas.

Francisco Pizarro no había tenido tiempo de armarse completamente, no había podido anudar los pasadores de su coraza. Con la espada en una mano y una rodela —un pequeño escudo redondo— en la otra, se enfrentó a los asaltantes, acompañado tan sólo de su hermano y de dos pajes, Juan de Vargas y Alonso Escandón quienes tampoco habían tenido tiempo de acorazarse. Pizarro y Martín de Alcántara defendieron la puerta con gran valentía y de manera muy eficaz. El Marqués les daba ánimos a los suyos gritándoles: «¡Maten a estos traidores!» El hermano de Pizarro, desprovisto de protección corporal, fue el primero en caer. Uno de los pajes lo reemplazó inmediatamente. Temiendo no poder terminar con ellos rápidamente, Juan de Rada y sus seguidores hicieron uso entonces de un método horrible. Agarrando a uno de sus compañeros, un tal Narváez, lo lanzaron en el marco de la puerta sobre el marqués. Pizarro, por el golpe, vaciló y recibió inmediatamente varias estocadas. Los pajes fueron muertos, no sin haber peleado valientemente hasta el final. Cuatro asaltantes también perdieron la vida.

Rodeado por sus enemigos, Pizarro continuó defendiéndose, pero las fuerzas comenzaron a faltarle, aprovechándose de esto, uno de los conjurados para herirle en la garganta. Se desplomó, pidió un sacerdote a gritos, luego, con el pulgar y el índice doblado formó una cruz, la besó y expiró.

Juan de Rada y sus hombres salieron a la calle con sus espadas ensangrentadas en la mano. La noticia se conoció inmediatamente en la ciudad, que a la época era apenas un poco más que una aldea. A los pocos instantes, todos los partidarios de Diego de Almagro el Mozo confluyeron a la plaza. Luego se esparcieron por Lima, detuvieron, hasta asesinaron, a los partidarios conocidos de Pizarro. Su casa y las de sus allegados fueron saqueadas. Felizmente, los hijos del Marqués pudieron ser escondidos en casas de amigos. Juan de Rada ordenó montar a caballo a Diego de Almagro y lo paseó por las calles, gritando a quien quisiera escucharlo que no había en el Perú nadie por encima de él, ni gobernador, ni siquiera el Rey. Poco después, respetando las formas, Rada ordenó reunir el cabildo. Arguyendo las capitulaciones otrora otorgadas a Diego de Almagro el Viejo, hizo organizar una ceremonia de investidura sin valor alguno, y tampoco sin razón, pero destinada a asegurar al menos la neutralidad de los cuerpos constituidos.

Mientras tanto, varios esclavos negros llevaron a la iglesia el cuerpo de Pizarro, casi arrastrándolo, nos dice Zárate. Nadie se atrevía a encargarse de su entierro hasta que Juan de Barbarán, un antiguo paje del marqués, y su esposa, le dieron, así como a su hermano, sepultura, después de haber pedido autorización para ello a Diego de Almagro. Todo se hizo de prisa. Apenas tuvieron tiempo de envolverlo con su hábito de caballero de la orden de Santiago, pero no de calzarle con sus espuelas como era de regla en la orden. Barbarán apuró la inhumación porque corría el rumor de que los partidarios más exaltados de Diego de Almagro iban a venir a cortarle la cabeza a Pizarro para exponerla en la picota como la de un vulgar tirano destituido[4].

Francisco Pizarro estaba muerto, Diego de Almagro el Viejo había sido vengado, la vergüenza y el dolor de la derrota de las Salinas desaparecían. Una nueva era se abría para los vencedores del momento, muy ocupados en sustituir a aquellos que los habían precedido, y en perseguirlos. En suma, este nuevo giro que dio la rueda de la fortuna se inscribía en una suerte de lógica ahora bien establecida. Pese a la enormidad de los beneficios que generaba, la Conquista parecía excluir todo reparto. Las luchas de interés y de poder de aquellos que la habían conducido no podían cesar hasta que una autoridad superior y exterior venga a poner orden en ella.

[4] Sobre la muerte de Pizarro véase el relato de Garcilaso de la Vega, *Historia general del Perú, op. cit.,* lib. III, cap. VI y VII, que sigue en lo esencial a los de Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias, op. cit.,* cap. CXLV y Agustín de Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista del Perú, op. cit.,* lib. IV, cap. VI-IX. Véase también el análisis del desarrollo hecho por Salvatore Munda, *El asesinato de Francisco Pizarro,* Lima, 1985.

En un plano más personal, el asesinato de Pizarro proporciona a los cronistas la ocasión de hacer su retrato, de disertar sobre el sentido del destino de un hombre que salió de la nada, que atravesó las peores pruebas, que llegó a la cumbre de la gloria y de la riqueza y cayó por los golpes de una venganza de la que quizás no era responsable. Recurren a Plutarco para establecer paralelos entre su vida y la de Almagro, hasta para compararlo con los capitanes más grandes, a él que había dado un nuevo imperio a la corona de España y a la fe cristiana.

Empero, la historia de Francisco Pizarro no había terminado. Después de su muerte, el sistema que había querido instalar permanecía de pie. Sus partidarios, aunque perseguidos, eran aún numerosos. Gonzalo, que había partido hacia las tierras míticas de la canela no podía dejar de reaparecer en la escena peruana y de tratar de restablecer el orden pizarrista. En cuanto a la Corona, legítimamente preocupada por el giro de los acontecimientos, también tendría un papel que desempeñar, y de manera creciente, en el futuro de un país hasta entonces entregado a las pasiones rivales de aquellos que lo habían conquistado y lo consideraban como el campo cerrado de sus intereses personales.

13
El fin de los conquistadores

Con la ejecución de Diego de Almagro, y luego, por contragolpe, el asesinato de Francisco Pizarro, el Perú parecía haber entrado definitivamente en el trágico engranaje de las venganzas y de las guerras civiles. Éstas corrían el riesgo de no cesar muy pronto. Menos de diez años después de la llegada de los españoles, ya nada parecía capaz de detener el círculo vicioso de las rivalidades originadas por la organización misma de la conquista y por la voluntad de sus jefes de gozar de ella exclusivamente. Sólo, quizás, la Corona hasta entonces casi ausente de la escena peruana, pero a la que esos sucesos no podían dejar indiferente, podría si no poner orden, porque parecía distar mucho de tener los medios de hacerlo, por lo menos trazar una línea política. Así orientaría el futuro y haría entrar al Perú en una época nueva en la que los conquistadores no tendrían más el papel esencial que había sido el suyo hasta entonces.

El interregno de Diego de Almagro el Mozo (junio de 1541- setiembre de 1542)

La atmósfera de venganza y de violencia que siguió la muerte de Francisco Pizarro tomó mucho tiempo en disiparse. Antonio Picado, el secretario aborrecido del M<arqués, terminó por ser descubierto. Después de haberlo sometido a horribles torturas, se expuso su cabeza en la picota de Lima. En su fuga desenfrenada, otros partidarios de Pizarro tuvieron la mala suerte de ser muertos por los indios, como el doctor Juan Velázquez en la isla de la Puná.

Juan de Rada, el alma de los conjurados durante meses y cuya actuación había sido capital durante el asesinato de Pizarro, fue nombrado Capitán General por Diego de Almagro. No tardaron en engrosarse sus filas. Pedro Pizarro habla de quinientos hombres, Garcilaso de ochocientos entre los cuales «los de Chile» pronto fueron minoría. La mayor parte estaba constituida de vagabundos y hombres perdidos, dice Garcilaso. En realidad, se trataba de individuos que, no habiendo encontrado aún su lugar en la sociedad peruana, consideraban buena la ocasión de participar en el reparto de los despojos que se anunciaba y que tuvo efectivamente lugar.

Almagro despachó emisarios a las principales ciudades con la misión de hacerlo reconocer como gobernador. Como cada uno llegaba a la cabeza de unos cincuenta jinetes, los cabildos se sometían más por miedo que por verdadera adhesión. En las provincias también fueron numerosos los ajustes de cuentas y las venganzas. En el norte, el enviado de Almagro, García de Alvarado, dimitió a las autoridades de Trujillo. En San Miguel de Piura y en Huánuco, mandó degollar a las personalidades locales conocidas por sus vínculos con Pizarro. En el otro extremo del país, en Charcas, cuando Diego Méndez entró para establecer el nuevo orden almagrista, encontró a la ciudad fundada por partidarios de Pizarro abandonada por sus habitantes. La llegada de los hombres de Almagro a cada ciudad iba acompañada también de atropellos financieros. Las cantidades destinadas al Rey, provenientes en su mayor parte del derecho de quinto tomado sobre el oro y la plata, eran confiscadas. Sucedió lo mismo con los bienes dejados por los difuntos y las personas ausentes. Los personajes más ricos, en general pizarristas, eran detenidos y, en el mejor de los casos, se veían en la obligación de entregar mucho dinero para recuperar la libertad. En Porco, en el Alto Perú —la actual Bolivia—, donde el Marqués, pero también algunos de sus allegados, poseían grandes intereses en las minas, Diego Méndez lo confiscó todo y puso a nombre de Diego de Almagro, indios, minas y haciendas.

La violencia reinaba también entre los vencedores. Diego de Almagro, un jovencito, pues había nacido en 1520, no parece haber tenido, por lo menos todavía, la fibra de un verdadero líder que la situación requería. En su campo, la dirección de las operaciones correspondía a los hombres que habían combatido con su padre y conservaban una gran autonomía frente a ese heredero considerado sin duda muy tierno. Juan de Rada era, de hecho, el verdadero jefe, y no compartía nada de su poder. Su omnipresencia fue muy rápidamente mal aceptada por algunos soldados bien decididos a continuar actuando según su parecer. Hasta comenzó a tramarse un complot destinado a eliminarlo. En el ambiente de rivalidades exacerbadas y de traiciones que reinaba entonces, se lo descubrió y su inspirador murió en el garrote.

Sin embargo, lograron manifestarse oposiciones al partido de Almagro. Así, en Chachapoyas donde estaba ocupado en «pacificar», Alonso de Alvarado se negó a

obedecer las órdenes escritas por Almagro y las presiones de su emisario. Organizó incluso la defensa de la región, con la esperanza de darse la mano con otras resistencias del mismo tipo. El nuevo poder encontró sus mayores dificultades en Cusco. Por cierto, sus partidarios eran numerosos allí, pero los de Pizarro aún más, y además con una diferencia muy clara. Los segundos eran en general gente importante y rica, los primeros soldados pobres, con poco tiempo en el Perú y deseosos de semejantes disturbios, dice Garcilaso, para abrirse camino ellos también. Presionado para manifestarse en favor de Almagro, el cabildo trató de ganar tiempo. Los ediles no querían avasallarse a un gobernador evidentemente privado de toda legitimidad. Para no dar tampoco a los hombres de éste razones para ejercer sus represalias, consideraron que los documentos enviados por Diego de Almagro no eran suficientemente explícitos, y debían ser respaldados en el plano jurídico. En vista de la duración del viaje de ida y vuelta entre Cusco y Lima, aquello les dejaba por delante varios meses de espera.

Los partidarios del Rey, es decir los pizarristas, lo aprovecharon para organizarse. Pronto, uno de ellos, Pedro Álvarez Holguín, tomó la decisión de levantar el estandarte de la revuelta contra Almagro. Varios centenares de hombres confluyeron de todo el sur peruano, Arequipa y Charcas. Unos cincuenta partidarios de Almagro consideraron más prudente dejar Cusco de noche para ir a unirse al grueso de su tropa en Lima, pero fueron detenidos y llevados bien escoltados a la antigua capital de los incas.

El Perú había entrado de nuevo en guerra civil. Al enterarse de la resistencia opuesta en Chachapoyas y en Cusco, Diego de Almagro decidió ir a sofocarla, y sobre todo a evitar que los dos focos «rebeldes» logren unir sus fuerzas. Hizo regresar a García de Alvarado que se encontraba en el norte, en Trujillo, y pensaba ir a atacar Chachapoyas. Reunió una imponente expedición de más de seiscientos soldados con él a la cabeza y partió a Cusco.

Entretanto, ocurrió un hecho nuevo y de extrema importancia. El nuevo gobernador enviado por el Rey, el licenciado Vaca de Castro de quien se hablaba desde hacía meses, se acercaba por fin a la capital. Su viaje se había retrasado en diversas oportunidades, pero en esa época aquello no era nada excepcional. En cuanto llegó a los territorios que dependían de su autoridad, es decir al norte de Quito, nombró nuevos jueces e informó los cabildos sobre las instrucciones que le habían dado. En Lima, se recibió la noticia apenas algunos días después de la partida de Diego de Almagro. Temiendo la reacción de los partidarios de don Diego, incluso el retorno de éste, el cabildo sesionó una noche, aceptó todas las decisiones de Vaca de Castro y fugó inmediatamente hacia Trujillo para escapar de una eventual venganza de Almagro.

Francisco López de Gómara, Agustín de Zárate y luego Garcilaso de la Vega, son muy prolijos en detalles sobre las peripecias de esa época, los preparativos

de un lado y otro, las traiciones, los asesinatos, las tretas de guerra que se usaron, los combates y la evolución general de la situación. Pasando el tiempo, el gobernador Vaca de Castro controlaba mejor las cosas. Las adhesiones se sucedían, lo que significaba reforzar la causa real. Por su lado, Diego de Almagro había perdido a su capitán más fiel, y principal consejero, Juan de Rada, muerto a inicios de la campaña como consecuencia de una herida contraída en la pierna durante el asalto dado a la casa de Francisco Pizarro. Almagro hizo su ingreso en Cusco. Aprovechó la situación para reforzarse, particularmente en lo referente a artillería. En efecto, Pedro de Candia, experto en la materia, se había pasado a su campo, a raiz de las vejaciones que le había infligido Hernando Pizarro durante la expedición fracasada de la cual ya hemos hablado.

Sin embargo, no todo iba de lo mejor. La discordia reinaba en el campo de Almagro que tenía dificultades en imponerse en medio de los viejos soldados de su entorno. Dos de sus capitanes más cercanos, García de Alvarado y Cristóbal de Sotelo, terminaron peleando y el primero mató al segundo. La venganza de los amigos de éste no tardó en llegar. Algún tiempo después, en presencia de don Diego, tendieron una celada a García de Alvarado y le tocó morir. A pesar de estas peripecias, en suma normales en aquella época, el campo de Almagro estaba lleno de esperanzas en cuanto al resultado de la campaña. Incluso un refuerzo inesperado se había presentado. Manco Inca había sido puesto al corriente de lo que se preparaba. Desde su reducto andino de Vilcabamba, en recuerdo de su amistad con el padre de don Diego, le hizo entregar a éste una buena cantidad de lanzas, espadas, corazas y sillas de montar que los indios habían tomado a los españoles durante sus pasados enfrentamientos. Inútil precisar que esta generosidad fue considerada por los adversarios de don Diego como una verdadera colusión con el enemigo, y por ende una prueba de traición a la causa española.

En el otro bando, un nuevo elemento debe ser señalado también. Por fin, Gonzalo Pizarro había regresado de su expedición al país de la canela. Desde Quito, había informado a Vaca de Castro que se ponía a su entera disposición para sacar del poder al asesino de su hermano. Pese a la ayuda que aquello significaba, el nuevo gobernador no aceptó la oferta. La presencia de Gonzalo a su lado cortaría toda posibilidad de negociación con Almagro, se corría el riesgo, además, de transformar en lucha de facciones movidas por viejas rivalidades un enfrentamiento que oponía en realidad las armas del Rey y las de un «tirano».

Se llevaron a cabo transacciones. Vaca de Castro envió a sus emisarios hasta don Diego. Éste, persuadido de la superioridad de sus fuerzas, convencido por allegados que el Rey no se oponía a él verdaderamente, respondió con altivez que aceptaba someterse. Ponía una condición: el perdón general para todos sus hombres. Don Diego quería también que le sea reconocido el gobierno de la Nueva Toledo —Chile—, otrora atribuido a su padre y la confirmación de

todas las encomiendas que había otorgado el viejo conquistador. Todo aquello, desde luego, era inaceptable para Vaca de Castro. El enviado real probó entonces otro método. Mandó al campo contrario, por otras vías, un soldado disfrazado de indio, un tal Alonso García, provisto de documentos que prometían a los capitanes de don Diego una amnistía y buenos repartimientos de indios si sabían, en el momento oportuno, encontrar de nuevo la vía de la legalidad real, elegante manera de sugerirles una traición. El mensajero fue descubierto, ahorcado sin otra forma de proceso, y don Diego hizo saber al gobernador que todos los puentes estaban rotos, en adelante solo las armas decidirían la suerte.

La batalla tuvo lugar a mediados de setiembre de 1542, en Chupas, aldea distante unas leguas de la ciudad de Huamanga. Puso frente a frente a más de mil quinientos españoles. Fue la batalla más grande desde la llegada de los conquistadores al Perú. Los cronistas disfrutan contando en detalle, aún más que para la batalla de las Salinas, las peripecias del combate. No se guardan nada, las órdenes de los jefes, las señales rojas de reconocimiento de las tropas realistas o blancas de las de Almagro, el movimiento de los escuadrones, las acciones brillantes o las crueldades de tal o cual, la lista de los muertos, de los que dieron pruebas en un bando u en otro de gran valentía o de despiadada crueldad. Los vencedores, los hombres de Vaca de Castro, tuvieron más de trescientos muertos. Fueron un poco menos numerosos en las filas de Almagro. Se contó entre ellos al célebre Pedro de Candia. Según algunas fuentes, él habría participado a Vaca de Castro, la víspera de la batalla, que la artillería que él comandaba no haría ningún daño a sus tropas. Unos cuatrocientos heridos de ambos lados perecieron en la noche por el frío, porque los indios aprovecharon la oscuridad para ir a despojarlos hasta de su vestimenta. En los caminos mataron también a numerosos fugitivos, aislados y que habían cambiado precipitadamente sus insignias blancas por las rojas que arrancaron de los cadáveres de los hombres de Vaca de Castro.

Al día siguiente, en Huamanga, los principales prisioneros almagristas fueron degollados, o bien antes de la llegada del gobernador Vaca de Castro, o bien más tarde por orden suya. Los más suertudos y los menos conocidos fueron dispersados y exilados. Por su lado, en vista del giro de la batalla, Diego de Almagro había tomado la decisión de abandonar el combate. Acompañado de solo seis de sus allegados, había partido a rienda suelta a Cusco pensando encontrar allí un refugio. Pero le fue mal. En cuanto llegó fue detenido. Se sabía en la antigua capital de los incas que la víspera de la batalla se había instruido un proceso sumario contra él que lo había condenado a muerte. Vaca de Castro se dirigió a Cusco. Considerando que no había tiempo que perder y basándose en la sentencia ya pronunciada, el gobernador mandó decapitar a don Diego en el mismo lugar en que su padre había sido ejecutado y por obra del mismo verdugo. Temiendo que su cuerpo desnudo sea ofrecido a la vergüenza pública,

unas buenas personas pagaron al verdugo el precio de las escasas ropas que llevaba el ajusticiado. Para que el castigo fuera para todos manifiesto, el cadáver permaneció expuesto durante un día entero. Se lo llevaron después a la iglesia de la Merced donde fue enterrado a lado de su padre. Así terminaba aquel que Garcilaso considera como el mejor mestizo de todo el Nuevo Mundo si hubiese obedecido al ministro de su Rey.

En los siguientes días una diez partidarios de don Diego fueron también ahorcados en la plaza de Cusco. Otros conocieron la prisión. Cinco de ellos lograron escapar y consideraron más prudente, en vista de los ejemplos anteriores, huir a territorios controlados por los indios de Manco Inca. Éste los recibió amablemente, les hizo regalos, dado que habían combatido al lado de su amigo Diego de Almagro el Viejo. Más adelante, tendremos la ocasión de volver a hablar de este extraño retiro. En otra región, más cerca del campo de batalla, otros vencidos de la batalla de Chupas también se habrían refugiado en aislados pueblos indios de la cordillera. Allí habrían marcado con su huella duradera la etnia de los por mucho tiempo feroces morochucos quienes recuerdan aún hoy en día con orgullo a estos ancestros quizás míticos[1].

La Corona reafirma su poder

En cuanto hubo mandado ejecutar a los jefes y exilado a los rebeldes de menor envergadura, Vaca de Castro tomó una serie de medidas muy parecidas, y por las mismas razones, a las de Pizarro después de la batalla de las Salinas. Hizo organizar expediciones hacia regiones aún no controladas para dar un nuevo empuje a la Conquista, pero también para ocupar a los soldados de las campañas precedentes y a los últimos recién llegados siempre en busca de la oportunidad de su vida. Pedro de Vergara, Diego de Rojas, Nicolás de Herrera, Felipe Gutiérrez y Juan Pérez de Guevara partieron con sus hombres hacia diversas comarcas de la vertiente amazónica de los Andes, o al oriente de la actual Bolivia. Alonso de Monroy fue enviado a Chile para prestar ayuda a Pedro de Valdivia que la estaba necesitando. Por otro lado, el gobierno practicó nuevas atribuciones de encomiendas. Los hombres que lo habían servido recibieron otras mejores que las que ya tenían, porque estaban provistas de un mayor número de indios o situadas en zonas más ricas. En cuanto a Gonzalo Pizarro, que permanecía en Quito después del rechazo de Vaca de Castro de hacerlo participar en la campaña contra Diego de Almagro, el gobernador lo llamó al Perú. Le rindió repetidos

[1] Véanse Agustín de Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista del Perú, op. cit.,* lib. IV, cap. XIV-XIX; Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias, op. cit.,* cap. CXLIX-CLX; Garcilaso de la Vega, *Historia general del Perú, op. cit.,* lib. III, cap. XI-XVIII.

homenajes por su larga hoja de servicios, en particular por sus esfuerzos infelices durante la última expedición, luego le aconsejó ir a descansar y a ocuparse de sus lejanas propiedades en el Alto Perú. No había manera más elegante de separarlo de la escena peruana.

La venida el gobernador Vaca de Castro no tenía solamente por objetivo restablecer el orden en un país desgarrado, y poner término a las pasiones rivales de aquellos que lo habían conquistado. Su nombramiento se inscribía dentro de un marco mucho más vasto y de un alcance político a largo plazo. Hacía ahora medio siglo que los españoles habían puesto el pie en América, más de veinte años que habían comenzado a invadir los imperios continentales. La Conquista se había efectuado casi exclusivamente por empresas privadas, la del Perú era un perfecto ejemplo. Esto no significaba sin embargo que la Corona se desinteresaba de ello, muy por el contrario, y el sistema de las capitulaciones estaba ahí para recordar con precisión los papeles, los intereses y los límites de la acción de las partes presentes. Desde los orígenes, los conquistadores habían corrido con la mayor parte de los gastos y de los infortunios. Consideraban pues que la legitimidad de sus derechos sobre los territorios que ellos sometieron, luego organizaron y pusieron en valor, era por lo menos igual a la del Rey en nombre de quien supuestamente habían actuado. En consecuencia, habían visto con cierta reticencia que la Corona les envíe directivas, funcionarios para aplicarlas, y les quite poco a poco y de muchas maneras la total libertad de acción que había sido la suya. Estas discrepancias habían aparecido desde la fase antillana de la Conquista. Las nuevas dimensiones de la empresa en el continente no las habían hecho sino más tensas aún.

A estas sospechas recíprocas había venido a añadirse un hecho nuevo. Desde hacía muchos años, Bartolomé de las Casas luchaba en España por una colonización más justa, que tomase mejor en cuenta el derecho de los indios y quería la supresión de los sistemas inicuos de opresión y de explotación de los que eran víctimas, en particular de la encomienda, fuente de abusos a menudo vergonzosos. Este no es el lugar de recordar las campañas efectuadas por el famoso dominico. Él se basaba en argumentos jurídico-teológicos del derecho natural desarrollados en sus conventos por sus hermanos de orden, en una compasión cristiana de la mejor calidad. Esto no le impedía tener un sentido agudo de cómo actuar ante las personas más encumbradas del Estado. Desde este último punto de vista, el inicio de los años 1540 marca su mejor momento. Había logrado convencer al entorno inmediato del Emperador, y al mismo Carlos V, quien gozaba a la sazón en España de uno de los escasos descansos que le permitían los asuntos europeos.

El 20 de noviembre de 1542, es decir dos meses después de la batalla de Chupas, el Emperador firmó en Barcelona un conjunto de leyes destinadas a América. El objetivo era a la vez armonizar las disposiciones relativas a las diversas regiones

americanas, poner al día la legislación que en su mayoría databa de las leyes de Burgos dadas veinte años atrás, y tomar en cuenta las reflexiones de cualquier tipo aportadas por el increíble desarrollo de la aventura americana. Estas «Leyes nuevas », nombre bajo el cual han permanecido en la Historia, eran varias decenas y se referían a los campos más variados, como el trabajo en las minas, el transporte por los indios o las limitaciones del tributo pagado por los indígenas en las encomiendas. No obstante, dos de ellas, directamente inspiradas por Bartolomé de las Casas retuvieron particularmente la atención y no tardaron en suscitar la polémica. La primera preveía la supresión de las encomiendas a los miembros del clero, a los conventos, a los hospitales y a los funcionarios coloniales. A pesar del mal humor de las personas, o de las instituciones concernidas, esta medida pareció sin embargo impregnada de lógica pues las encomiendas en principio estaban hechas para recompensar a los veteranos de la Conquista. La segunda pareció inmediatamente más problemática. Estipulaba que las encomiendas eran concedidas solamente a título vitalicio. A la muerte de sus titulares, los indios corresponderían al soberano y pasarían por la regla común.

Esta decisión tuvo el efecto de una bomba. Aún cuando no se había precisado nada en cuanto a la duración de las encomiendas, los beneficiarios no tenían duda alguna de que habían sido concedidas a título perpetuo, como se decía entonces. ¿Después de todo, no tenían el mismo origen que lo señoríos creados durante la Reconquista en España, y no era la aventura americana, en muchos aspectos, continuación de esta última? Más allá de ese aspecto de principio, muy importante, se perfilaba otra cosa. En aquella época, las encomiendas eran frecuentemente la única o la principal fuente de ingresos de los veteranos de la Conquista. Seguros de esa renta, llevaban en general una vida de pequeños señores feudales, a menudo no habían buscado diversificar sus actividades y habían dejado a otros, que llegaron tarde y no tenían encomiendas, el comercio, las minas, los talleres textiles. En otros términos, el carácter en adelante vitalicio de las encomiendas iba a provocar en la próxima generación, por ende muy rápidamente, trastornos en la sociedad colonial y significaría sobre todo a corto plazo la desaparición de los hijos de conquistadores en la joven aristocracia americana.

Era más de lo que podían aceptar los veteranos, altamente conscientes de que su lugar, adquirido a muy alto precio, solo se lo debían a ellos mismos. Se supo después que los miembros del Consejo de Indias, la más alta autoridad que se ocupaba de América en materia de justicia y de administración, había distado bastante también de ser mayoritariamente favorable a semejante medida, pero no logró nada. La decisión del Emperador era definitiva.

Por la misma época, Carlos V había tomado una serie de medidas muy reveladoras de la orientación que pensaba dar en adelante a la relación entre el poder central

peninsular y los lejanos reinos americanos. Tal como se había hecho para Nueva España, esto es Méjico, nombró a un virrey para el Perú. El título dice bien que él representaría en el lugar al soberano, y estaría investido de la casi totalidad de sus atribuciones. Carlos V decidió también que habría una Audiencia en Lima, tomando como modelo las Chancillerías existentes en España. Siguiendo el principio de la confusión de poderes tan propia del Antiguo Régimen, esta Audiencia, presidida por el virrey, tendría autoridad en materia administrativa, judicial y legislativa. En otras palabras, venía a ser en el Perú el órgano central – que faltaba hasta ahora – del gobierno colonial. En paralelo, Agustín de Zárate fue nombrado para dirigir los servicios fiscales de la colonia, con el mandato de ordenarlos correctamente y de hacerlos realmente eficaces, en unión con la Audiencia.

El Virrey designado fue Blasco Núñez Vela, a la sazón inspector general de las guardias de Castilla. Es significativo que esa elección haya recaído en una persona que había ocupado altas funciones militares después de haber tenido una larga experiencia administrativa en calidad de corregidor de Cuenca y de Málaga. En cuanto a los oidores, cuyo número era entonces de cuatro, habían tenido igualmente en España una larga práctica del funcionamiento del Estado. La voluntad de retomar las cosas en manos era evidente. El Virrey y los oidores partieron de Sanlúcar de Barrameda en noviembre de 1543, en compañía de un Visitador General, una especie de Inspector General de la administración, designado para Nueva España, Francisco Tello de Sandoval.

No tiene por qué asombrar que las primeras reacciones a las «Leyes nuevas» hayan tenido lugar en México. Los cabildos de las ciudades españolas del virreinato le mostraron al Visitador General su estupefacción ante las decisiones tomadas en España. Hubo incluso que encarcelar a algunos cabezas calientes de quienes se temía alguna locura. Tello de Sandoval, el Virrey y la Audiencia de México hilaron fino. Sin ceder en lo esencial, escucharon las quejas, prometieron transmitirlas y aceptaron que una delegación constituida por religiosos y representantes de las municipalidades pueda ir a Europa con el fin de defender su causa ante el Emperador. Los emisarios fueron hasta Alemania en donde se encontraba Carlos V. En la primera flota para México, prescribió a su Virrey una serie de medidas necesarias para poner un poco de bálsamo sobre las heridas en carne viva de los colonos. No obstante, el soberano no cedió en nada sobre el fondo, el fin programado de las encomiendas. Los rencores permanecieron fuertes. Aunque no llegaron nunca a desaparecer, terminaron por atenuarse y dejaron de constituir el centro de los discursos y de las preocupaciones.

En el Perú las cosas fueron muy diferentes. Aunque Blasco Núñez Vela no fue siempre tan cortante y altivo como algunos cronistas se complacen en decirlo, no tuvo la habilidad política de su colega de México o de Tello de Sandoval.

Respondía a las quejas de sus administrados, dice Garcilaso, de mala gana y con rudeza. Se debe, empero, tener en cuenta dos otros factores. El Perú se levantaba apenas de la grave conmoción de la batalla de Chupas y de sus consecuencias. Por otro lado, la relación colonial, con todas sus implicancias, había sido en él siempre más tensa, más áspera que en Nueva España. Aquello debía haberlo obligado a ser más prudente. Pero no fue así.

Después de haber tocado Tumbes el 4 de marzo de 1543, el Virrey decidió dirigirse a Lima por tierra sin esperar a los oidores. En camino, en Piura, en Trujillo, no admitió ninguna súplica, despachó emisarios a Lima y a Cusco, todo a la vez para encaminar las reformas y solicitar a Vaca de Castro que desaparezca. La situación del Gobernador era difícil porque los enviados de las dos principales municipalidades de la Colonia le pedían que no reciba al Virrey, y que suplique insistentemente al Emperador para que dé marcha atrás en sus decisiones. Vaca de Castro consideró más prudente, e inevitable, retirarse, no antes sin haber atribuido una nueva hornada de encomiendas a aquellos que lo habían servido bien.

El ambiente era cada vez más tenso entre los españoles. Cuando Vaca de Castro partió hacia la costa norte para ir al encuentro del Virrey, hubo manifestaciones de mal humor respecto de él por su negativa en seguir los consejos que se le prodigaba. Hasta ocurrió algo más grave. En el camino de retorno hacia Cusco, en Huamanga, algunos delegados de la antigua capital inca se llevaron la artillería dejada por Diego de Almagro durante la batalla de Chupas. En Trujillo, el Gobernador fue atacado por los encomenderos. El tono había subido. Algunos anunciaban que iban a abandonar al país dejando a sus esposas allí, otros querían el reembolso del precio de sus esclavos indios quienes no debían ya trabajar en las minas. Todos se quejaban amargamente de haber sido engañados y de encontrarse sin nada en el umbral de la vejez. Para probar lo que decían, algunos mostraban a Vaca de Castro sus encías ya sin dientes a causa de las privaciones, otros unas espantosas mordidas de caimán, y todos sus impresionantes heridas.

Entre los españoles del país se escuchaban encendidos discursos. Los rencores se expresaban directamente, tanto más porque, según un rumor, todos aquellos que habían participado en las pasadas guerras civiles, sea cual fuese su partido, serían privados de sus indios. En Lima, el cabildo se negó primero a recibir al Virrey. Fue necesaria toda la fuerza de convencimiento de Diego de Agüero y de Illán Suárez de Carvajal para que, en definitiva, ello no ocurra.

La recepción oficial se llevó a cabo como tenía que ser. Al día siguiente, informado de los diversos movimientos provocados por las «Leyes nuevas», y en particular de la actitud de los delegados de Cusco, Blasco Núñez Vela responsabilizó a su predecesor que había estado al mando del país durante año y medio. Los oidores que llegaron poco después estaban lejos de compartir y de querer avalar las decisiones del Virrey. Pronto sus disensiones no fueron un secreto para nadie.

En Cusco, los ánimos estaban por lo menos tan caldeados como en Lima. Se llevaron a cabo debates de extrema vivacidad particularmente en el seno del cabildo. Un elemento imprevisto vino a complicar aún más la situación. Los partidarios de Diego de Almagro, que habían huido de prisión para ir a buscar refugio donde Manco en su reducto montañés, supieron convencer al Inca para que escriba al Virrey, proponiéndole entrar dentro de la legalidad colonial, si acaso el representante real tenía a bien otorgarle su perdón, cosa que hizo. No se conocerá nunca el desenlace que hubiera podido tener este cambio, ni el alcance de este inesperado acercamiento. Durante un juego de bolas, uno de los españoles refugiados en Vilcabamba y muy conocido por su irritabilidad se peleó con Manco por un motivo fútil. Le propinó un golpe en la cabeza con una de sus bolas y el Inca falleció poco después a consecuencia de ello[2].

Gonzalo Pizarro contra el Virrey (1544-1548)

La inquietud de los colonos no cesaba de aumentar. Los rumores más fantasiosos se propagaban de ciudad en ciudad. En la población española sometida a presiones contradictorias eran visibles los signos de nerviosismo. A pesar de la lentitud y de las dificultades de las comunicaciones, los cabildos de las tres principales ciudades del sur, Huamanga, Charcas (entonces llamada La Plata) y sobre todo Cusco, decidieron hacer frente común y nombrar a un Procurador general encargado de representarlas ante el Virrey. En apariencia, nadie mejor que Gonzalo Pizarro podía ser encargado de esta temible y difícil misión. Su nombre, su papel eminente durante la Conquista, le daban toda la legitimidad para semejante acción.

En verdad, esta opción no era tal vez tan juiciosa como parecía. Además, entre los rumores, se contaba que el Virrey había venido al Perú con la expresa misión de matar a Gonzalo y de castigar a todos aquellos que habían apoyado a los Pizarro durante la batalla de las Salinas. Gonzalo, evidentemente, estaba al corriente. Después de haber aceptado el ofrecimiento de las municipalidades, su primera medida fue llamar a sus partidarios, constituir un cuerpo de cuatrocientos soldados poderosamente equipados con lo que había sido recuperado después de la batalla de Chupas, y sacar dinero de las arcas reales para subvenir a las necesidades de su pequeño ejército.

Varios regidores de Cusco no tardaron en lamentar su actitud, sin llegar, no obstante, hasta retirarle su poder a Gonzalo. Para ellos, se trataba de obtener la anulación de las «Leyes nuevas», nada más, sobre todo no entrar en conflicto

[2] Véase los capítulos siguientes a aquellos que están indicados en la nota precedente.

con los representantes del soberano. Terminaron por hablar al interesado sobre la suerte de malentendido que comenzaba a instalarse tanto más cuanto que Gonzalo hablaba ahora de ir a negociar acompañado de una escolta de doscientos hombres armados. Se justificó arguyendo amenazas que, según los rumores, pesaban sobre su persona y la actitud notoriamente amenazante de Blasco Núñez Vela. En su propio campo se comenzó a murmurar que en realidad Gonzalo quería recuperar, primero que nada, el título de Gobernador. Francisco Pizarro, con todo su derecho, se lo había transmitido mediante acta notarial, para el caso en el que él falleciera. Aquello no se había producido pues, el día fatídico, Gonzalo aún no había regresado del país de la canela. Luego, Vaca de Castro, nombrado gobernador por la Corona, se había empeñado siempre en tenerlo apartado, aunque con deferencia.

En Lima y en Cusco los dos bandos se dedicaban a los preparativos, nombraban capitanes, almacenaban pólvora, encarcelaban a los sospechosos, a los tibios, o simplemente a aquellos que tenían una opinión menos tajante. Así, Blasco Núñez Vela hizo detener a Vaca de Castro. Puesto que tenía la misión de entrevistarse con el Virrey, Gonzalo se puso en marcha y dejó Cusco por Lima, a la cabeza de unos quinientos soldados, miles de cargadores indios —veinte mil según Agustín de Zárate—, y particularmente con una importante artillería. Por su lado, el Virrey podía contar con tropas equivalentes en número y bien remuneradas, porque se había apoderado de un barco cargado de metal precioso a punto de partir para Panamá y destinado al soberano por su predecesor.

El giro de los acontecimientos y el choque ahora sí casi inevitable con las tropas reales causaron un gran desconcierto entre los hombres de Gonzalo Pizarro. Poco después de la partida de Cusco, cierto número de soldados, e incluso de capitanes, desertaron. Regresaron a la antigua capital de los incas. La guerra que se anunciaba no era la suya. Varios de ellos pensaron en unirse a Blasco Núñez Vela por otra vía, utilizando dos navíos que Gonzalo poseía en la costa sur. Cuando llegaron a Arequipa, se enteraron de que los dos navíos ya habían partido para unirse al Virrey.

El asunto comenzaba mal para el campo pizarrista. Se dice que Gonzalo estuvo a punto de abandonarlo todo y de regresar a sus tierras del altiplano, incluso de partir a Chile, cuando supo que Pedro Puelles, teniente del Gobernador de Huánuco y enviado contra él por el Virrey, cambiaba de partido y se unía a su causa. Gonzalo regresó precipitadamente a Cusco, castigó como se puede imaginar a aquellos que lo habían abandonado, les retiró las encomiendas de que gozaban y se las atribuyó.

En el camino que unía Cusco con Lima ocurrieron muchas tragedias. Pedro Puelles y Francisco de Carvajal, el maestre de campo de Gonzalo, se señalaron por venganzas o ejecuciones sumarias de gran crueldad. El Virrey no se quedó atrás, sobre todo con la ejecución de Illán Suárez de Carvajal, un personaje muy

conocido en la capital y muy respetado, pero de cuya doblez sospechaba Blasco Núñez Vela.

Como Gonzalo y su tropa se acercaban a Lima, el Virrey decidió, pero tarde, cambiar de actitud. Anunció que suspendía por dos años la aplicación de las «leyes nuevas ». Esto no dio ningún resultado. No le quedaba más que fortificar su capital, pero dudando con razón de su capacidad de resistencia, pensó partir hacia el norte, no sin haber practicado destrucciones. Los oidores se opusieron a ello formalmente, y terminaron saliendo del impasse encontrando un capitán, Martín de Robles, que aceptó por orden suya escrita y unánime detener al Virrey. Todos los cronistas insisten sobre la confusión que reinaba entonces en los espíritus. En la capital hubo una suerte de motín, el Virrey logró partir a Trujillo. Los oidores dudaban, no sabiendo qué hacer, tanto más que se anunciaba a Pizarro ya muy cerca de Lima, y que sus soldados en número eran superiores al campo adverso. En los puestos avanzados del ejército de Pizarro, Francisco de Carvajal, «el demonio de los Andes», actuaba con una celeridad, una eficacia y una falta de escrúpulos de lo más preocupantes. Entró incluso de noche en la ciudad y comenzó a hacer ejecutar a las personas sospechosas de haber cambiado de bando.

Los oidores terminaron cediendo. Considerando que la seguridad del país y la buena marcha de la justicia así lo exigían, nombraron gobernador a Gonzalo Pizarro. Entonces, ya nada se oponía a su ingreso en la ciudad, el 28 de octubre de 1544, ingreso triunfal a la cabeza de más de mil doscientos hombres y de miles de indios. El nuevo Gobernador se alojó en el palacio del Virrey, dejó matar a algunos oponentes, otorgó su perdón a otros, mientras se desarrollaban grandes fiestas por su victoria de la que ya nadie dudaba que significaba el fin de las «Leyes nuevas» tan deshonrosas. Sin embargo, había una sombra en el escenario: Vaca de Castro logró escaparse y partió a Panamá para seguir hacia España. Mientras que dos hombres de su séquito fueron hasta Alemania a exponer al Emperador los pormenores de una situación extraordinariamente complicada, Vaca de Castro consideró más prudente esperar en las Azores que la situación se decante antes de volver a la Península.

Blasco Núñez Vela había sido puesto primero bajo arresto domiciliario en una de las islas situadas frente a El Callao, el puerto de Lima. Habiendo logrado regresar a tierra firme, gracias a algunas complicidades, consiguió fugar hacia el norte de acuerdo a su idea inicial. Hacia mediados de octubre llegó a Tumbes. Ahí, como había puesto suficientes leguas entre Gonzalo y él, declaró a este último traidor a su Rey, y exhortó a todos los españoles del Perú a ayudarlo para reducir a ese «tirano». Por su parte, seguro de su fuerza, aureolado por una victoria obtenida sin combate, beneficiándose de un muy amplio apoyo de la opinión, y porque las reticencias respecto a él se silenciaban forzosamente, Gonzalo decidió ir a

buscar al Virrey adonde se encontraba. Blasco Núñez Vela era en efecto el último obstáculo a su poder absoluto.

Cuando Gonzalo subía por la costa norte, el Virrey retrocedió y fue a buscar refugio en los Andes de Quito. Le fue muy mal. No encontrando la ayuda con que contaba, continuó aún más hacia el norte, hasta alcanzar, en el sur de la actual Colombia, la gobernación de Popayán, feudo de Benálcazar, un viejo conocido de los Pizarro. Gonzalo solucionó el problema con astucia. Evidentemente no deseaba combatir contra las fuerzas conjuntas del Virrey y de Benálcazar. Y menos aún quería tener que ver con este último. Pensaba, con razón, que además de sus vínculos de antaño, podía ser un aliado de hecho en la lucha contra las «Leyes nuevas» que también lo afectaban. Gonzalo Pizarro retrocedió cuando se encontraba a punto de alcanzar a su adversario. Hasta dejó Quito. Ante esta noticia interpretada como una confesión de debilidad, el Virrey decidió atacar, pese a los consejos de prudencia y de negociación de Benálcazar. El choque tuvo lugar al norte de la ciudad en donde Pizarro, desde el 18 de enero esperaba a pie firme en un lugar llamado Iñaquito. Sus fuerzas eran muy superiores. Blasco Núñez Vela fue completamente derrotado e incluso muerto. Herido en el combate, fue rematado por un esclavo negro que le cortó la cabeza, y la transportó a Quito en donde fue expuesta en la picota. Gonzalo Pizarro estuvo muy descontento por ello y ordenó que el cuerpo y su cabeza sean enterrados sin demora, con gran pompa y con los principales capitanes muertos en el combate. No por ello la guerra había terminado. Francisco de Carvajal fue encargado de continuar la lucha contra diversos grupos armados que permanecían fieles al Virrey, particularmente aquellos comandados por Diego Centeno, Lope de Mendoza y algunos otros. Desde Quito hasta el sur peruano, el «demonio de los Andes» dio muestras de una resistencia a toda prueba, de gracejo y de sentido de burla en la crueldad, de un valor guerrero que maravillaron pero que no ganaron muchos partidarios a su causa, aunque, cuando retornó a Lima, Gonzalo le hizo organizar una recepción multitudinaria.

Mientras tanto, el emisario de Gonzalo Pizarro, por una parte, y el del Virrey por la otra, habían llegado a España para presentar cada cual al soberano su versión de los acontecimientos. El poder estaba entonces entre las manos del príncipe Felipe —el futuro Felipe II— quien, desde Valladolid, se ocupaba de los asuntos del reino, porque su padre el Emperador estaba, otra vez, fuera del país. La Corona fue de opinión de enviar un nuevo presidente para la audiencia de Lima. Escogió para ello a un sacerdote, Pedro de La Gasca, un hombre conocido por su firmeza, su experiencia y su sentido de lo político, cualidades todas que no podían dejar de ser útiles en el Perú.

Salió de España a fines de mayo de 1546, y en la escala de Santa Marta La Gasca se enteró de la muerte del Virrey. Esto cambiaba muchas cosas. Desde

Panamá escribió a Gonzalo para hacerlo entrar en razón y decirle que retorne a la legalidad. Al mismo tiempo recibió una ayuda providencial. Unos emisarios del jefe de los insurgentes le entregaron la flota que éste había enviado al Istmo. En secreto se comenzó a discutir eventuales amnistías, acuerdos a los que se podría llegar en caso de oportunas adhesiones a la causa real. En los Andes, seguía habiendo combates esporádicos, prueba de que los partidarios de la Corona no se habían desarmado. El anuncio de la llegada del presidente La Gasca a Tumbes acentuó más el movimiento de las deserciones. Hasta fue recibido de manera muy reverenciosa por Hernán Mejía y el almirante Hinojosa enviados por Gonzalo para impedir su desembarco. En Lima, el viento también había cambiado de sentido. Los ediles, y con ellos buena parte de los habitantes, se declararon oficialmente en favor del nuevo presidente.

Sólo le quedaba a Gonzalo la salida de replegarse a las tierras altas del sur, aunque el pequeño ejército de Diego Centeno continuaba por allí peinando los campos. Gonzalo Pizarro partió a enfrentarlo y lo derrotó el 26 de octubre de 1547 en Huarina, a orillas del lago Titicaca. Por su parte, La Gasca se tomaba su tiempo. No tenía demasiada confianza en sus capitanes y prefería esperar que la situación de su adversario continúe degradándose. Así, en diciembre, a la salida de Jauja, recibió el refuerzo inesperado de hombres reclutados para ir a Chile a reforzar la conquista de Valdivia. La Gasca podía contar ahora con 900 soldados.

Después de varios meses de aproximación de una y otra parte durante los cuales La Gasca reiteró sus promesas de perdón a Gonzalo si se rendía, el choque frontal tuvo lugar en Jaquijaguana, cerca de Cusco, el 9 de abril de 1548. En realidad, el presidente La Gasca no se precipitó, sabiendo que el tiempo jugaba en su favor, que las defecciones se multiplicaban. Durante la batalla varios capitanes cambiaron bruscamente de campo, imitados por cuadrillas de arcabuceros. La tropa de Gonzalo se desbandó precisamente cuando éste dio la orden de perseguirlos. Algunos se pasaron al enemigo, otros partieron a Cusco. No le quedaba sino rendirse. Lo hizo con cierta nobleza, prefiriendo aquello al deshonor de la fuga. Dos días más tarde era condenado a muerte y decapitado así como sus principales capitanes, particularmente «el demonio de los Andes» fiel a su leyenda hasta en la muerte[3].

Esta «rebelión» bastante complicada en su desarrollo y de la que hemos relatado apenas las grandes líneas va mucho más allá de peripecias que hacen pensar con

[3] Fuera de los tres autores ya indicados y a quienes se puede referir para lo esencial, estos acontecimientos han sido narrados con lujo de detalles por Diego Fernández (*el Palentino*), *Historia del Perú,* lib. I y II, Madrid, 1963; Pedro Gutiérrez de Santa Clara, *Quinquenarios o historia de las guerras civiles del Perú (1544-1548),* lib. I-V, Madrid, 1963; y Juan Cristóbal Calvete de Estrella, *Rebelión de Pizarro en el Perú y vida de don Pedro Gasca,* Madrid, 1963.

frecuencia en las luchas de facciones de la Italia del siglo precedente. En realidad, el enfrentamiento entre los encomenderos, dirigidos por el más prestigioso de ellos, y los representantes de la Corona, tenía como objetivo, a través de las «Leyes nuevas», el futuro mismo del Perú. ¿Impondrían los colonos su ley, su lógica de ganancia, su voluntad sin límites en una sociedad colonial moldeada según sus deseos? Desde España, ¿lograría la Corona realizar su política de recuperación del poder, siguiendo un proyecto que forzosamente tenía en cuenta otros muchos intereses y otra concepción del hecho colonial? Tampoco hay que olvidar que algunos allegados de Gonzalo, en particular Francisco de Carvajal, le aconsejaron proclamarse rey del Perú, para mostrar bien la ruptura y el sentido de su acción. Además, unas manos amigas le habían bordado estandartes encima de cuya G del monograma estaba una corona real.

La segunda opción prevaleció —después de cuatro años de luchas e incertidumbres—, apoyada por los arrepentimientos y el temor tardíos de muchos colonos ante la idea de una ruptura con el Rey para la cual no estaban preparados. Se comprende por qué, en análisis luminosamente perspicaces, Marcel Bataillon ha demostrado en este conflicto el fin de una época, la de los conquistadores, y el nacimiento de una nueva América, lo que él denomina la Edad Media colonial. En adelante, la aristocracia nacida de la Conquista, y después sus descendientes, tendrían que seguir los caminos trazados en la Península. Conservarían para siempre la nostalgia de una América que les había pertenecido, y a ellos solos, antes de que la Corona los prive de ella, de manera vergonzosa a su parecer. Es inútil decir que semejantes sucesos dejarían una huella profunda en la memoria de los colonos, de sus descendientes y de la Corona[4].

El retorno de Hernando Pizarro a España

Cuando por fin llegó a Cusco después de la muerte de Almagro el Viejo, Francisco Pizarro tuvo largas discusiones con Hernando sobre la nueva situación del Perú, pero también sobre las justificaciones que se iban a dar al soberano respecto a lo que había sucedido. Persuadidos de que sus adversarios no dejarían de recurrir a la Corona, los dos hombres fueron de opinión que el segundo debía ir a España para entrevistarse con Carlos V y exponerle los motivos de las decisiones tomadas contra el partido de Almagro. Los dos hermanos contaban con que Hernando,

[4] Marcel Bataillon, "La rébellion pizarriste enfantement de l'Amérique espagnole", *Diogène,* n° 43, julio-setiembre. 1963, pp. 47-63, y "Les colons du Pérou contre Charles Quint, analyse du mouvement pizarriste (1544-1548)", *Annales E.S.C.*, mayo-junio 1967, pp. 479-494. Para un buen estudio del transfondo ideológico de la rebelión, véase Guillermo Lohmann Villena, *Las ideas jurídico-políticas de Gonzalo Pizarro,* Valladolid, 1977.

cuya habilidad era real, tenía ya experiencia en negociaciones con la Corona. Además, se presentaba ante el Emperador con argumentos de peso, a saber todas las conquistas efectuadas por la familia Pizarro, y con una cantidad muy fuerte correspondiente al quinto real tomado sobre el oro y la plata encontrados en el Perú. No todos los allegados de Hernando estaban convencidos de la necesidad que tenía de ir él a España, y aconsejaban incluso no hacerlo. No se tenía ninguna garantía en cuanto a la decisión real. El riesgo era grande. No obstante, como en el Perú Hernando tenía buenas razones para temer realmente por su vida después de la ejecución de Diego de Almagro el Viejo, se decidió por lo que Garcilaso considera como un mal menor, y partió en julio de 1539.

Se presentó ante la Corte, a la sazón en Valladolid, rodeado de un fasto considerable y haciendo gala de su riqueza, una manera de mostrar su poderío, pensaba él. Defendió su causa primero con cierta eficacia pero, como era de preverse, sus enemigos, entre los cuales el más activo era Diego de Alvarado, también habían viajado. Además, la Corona, alimentaba en su contra cierto número de quejas en particular en cuanto a su extraordinario enriquecimiento, a la posesión de sus minas y al número, considerado muy excesivo, de sus indios encomendados. Respecto del tema central, la ejecución de Almagro, el procurador Villalobos encargado del asunto había subrayado, desde que había recibido los documentos del proceso instruido por Hernando, las numerosas infracciones a la legalidad y la sospechosa prisa del procedimiento.

Seguro de sí y del poder de su clan, Hernando Pizarro no comprendía sin duda que los tiempos habían cambiado desde su última misión en España. La Corona estaba ahora bien decidida a someter a los jefes de la Conquista tanto mejicana como peruana, a limitar su poder en un primer tiempo, a apartarlos después. La mayor parte de diversos procesos incoados en contra de Hernando tiene que ver con las condiciones de adquisición y de ejercicio de su fortuna. En cuanto a la muerte de Almagro, en un primer proceso Villalobos había concluido en la responsabilidad de Hernando pero había dejado a la Corona decidir de ello en última instancia, cosa que no hizo. Mucho después, en 1550, siempre el mismo Villalobos decidió abrir un nuevo procedimiento, mostrándose esta vez mucho más preciso. En efecto, hacía de Hernando uno de los principales culpables de todos los desórdenes, muertes, injurias, daños, robos y malos tratos y otros excesos cometidos en las provincias del Perú contra el servicio real.

Evidentemente, entre los dos procesos tuvo lugar la «rebelión» de Gonzalo que no solucionó ni mucho menos los problemas de la familia. Hernando había sido condenado primero por el Consejo de Indias al exilio en un presidio —una plaza fuerte— de África del norte. Luego la sentencia había sido conmutada, en el mes de mayo de 1540, en pena de prisión en una fortaleza de Madrid, y finalmente en el imponente castillo de la Mota, cerca de Medina del Campo adonde llegó a

inicios del mes de junio de 1543. Permaneció allí hasta el 21 de mayo de 1561, término pues de más de veinte años de encarcelación.

¿Encarcelación o arresto domiciliario? No se sabría decir, porque Hernando parece haber gozado sin embargo de un trato conforme con su rango. Primero vivió con una jovencita perteneciente a una familia noble arruinada de Medina del Campo, Isabel Mercado, de la que tuvo dos hijos que murieron a corta edad. Cuando llegó la noticia a la Mota de que doña Francisca, la hija de Francisco Pizarro, llegaba a España, Isabel fue llevada a un convento donde terminó sus días.

Doña Francisca tenía en ese entonces diecisiete años, Hernando cerca de cincuenta. En 1552, el tío y la sobrina se casaron en la Mota y permanecieron allí cerca de diez años. Para entonces la calma había retornado al Perú, el poder real se encontraba ahora bien establecido y sin oposición, el clan Pizarro no era más que un recuerdo. La Corona podía entonces considerar la liberación de Hernando. La pareja partió a Trujillo, a la Zarza, propiedad familiar de los Pizarro. Allí, Hernando se pasó el tiempo y gastó su dinero en implementar, por medio de muy numerosos procesos con desiguales resultados, lo que Rafael Varón, después de haberlos estudiado en detalle, llama una estrategia de reconstrucción de su patrimonio. Sus querellas judiciales referentes a sus asuntos americanos no le impidieron ocuparse también muy activamente de la administración de su fortuna española y de la, muy considerable y no discutible, de su esposa.

Para señalar bien el lugar que era ahora el suyo en el microcosmos de Trujillo, ambos esposos mandaron edificar un palacio, el más bello de la gran plaza, de estilo seudoplateresco. Se adornó uno de sus ángulos con un escudo monumental, el que Carlos V concedió a Francisco Pizarro pero que nunca fue usado por este último. Lo rodean cuatro cabezas de piedra que representan a Francisco Pizarro y a doña Inés Yupanqui por un lado, Hernando y Francisca por el otro. Para que la pareja asiente definitivamente su situación dentro de la aristocracia española de la época y haga de ella la igual de los más grandes, sólo le faltaba un título nobiliario. Mediante cédulas reales, Francisca primero, Hernando después, fueron autorizados a fundar y después a unir, en 1576, sus dos mayorazgos que , bajo Felipe IV, se convirtieron en marquesado de la Conquista. La Corona había hecho borrón y cuenta nueva pues los Pizarro, instalados ahora en sus tierras de Extremadura y muy decididos a vivir allí de sus rentas, no representaban ningún peligro para ella.

Hernando murió a fines de agosto o comienzos de setiembre de 1578. En un largo testamento cuidadosamente redactado y completado por sucesivos codicilos, repartió su fortuna entre sus hijos, sus acreedores, diversas obras piadosas y, por supuesto, su esposa quien le sobrevivió todavía veinte años[5].

La era de los conquistadores estaba definitivamente cerrada en el Perú. La Corona había sabido, o podido, eliminar —a menudo con su colaboración involuntaria— a las grandes familias nacidas del Descubrimiento y de la Conquista y que habrían podido hacerle sombra en la conducción de los asuntos americanos, los Colón, los Cortés y los Pizarro.

En los Andes, la sociedad que se instalaba, y de la cual James Lockhart ha hecho un buen análisis[6], se parecía cada día un poco menos a la que habría querido moldear la aristocracia de origen militar nacida de la Conquista. Ella estuvo lejos de perder todas sus ventajas, pero frente al ascenso de las fortunas más recientes construidas en base al comercio, la minería, la producción textil o los favores sospechosos de la administración, dichas ventajas se convirtieron más en ensignos sociales que fuentes reales de riqueza. Los «hombres nuevos» buscaron captarlas, y lo lograron con frecuencia mediante el matrimonio.

En el Perú, por toques sucesivos y a menudo titubeantes, todavía durante varias décadas, la Corona y sus representantes iban a tratar de modelar según sus puntos de vista a esta nueva sociedad. Hubo que esperar los años 1570, y la acción reformadora del virrey don Francisco de Toledo, para que la obra sea realizada, mientras que a través de todo el virreinato se multiplicaban las recriminaciones cada vez más agrias de los herederos de la Conquista, muy conscientes del fin del mundo creado por sus padres. No les dio ningún resultado. La organización que se instaló iba a durar casi sin modificación hasta el siglo XVIII e incluso, en algunos aspectos, mucho más.

[5] Rafael Varón Gabai, *La ilusión del poder, apogeo y decadencia de los Pizarro en la conquista del Perú, op. cit.,* en particular el capítulo V; María Rostworoswky de Diez Canseco, *Doña Francisca Pizarro, una ilustre mestiza (1534-1598), op. cit.,* pp. 54-73; y Alvaro Vargas Llosa, *la mestiza de Pizarro, una princesa entre dos mundos,* Madrid, 2003, cap. "El castillo de la Mota".

[6] James Lockhart, *Spanish Peru (1532-1560), a Colonial Society,* Madiseon, 1968, y en castellano *El mundo hispanoamericano (1532-1560),* México, 1982.

Conclusión

La tentación es grande, de establecer una suerte de palmarés de los conquistadores a partir de comparaciones de sus cualidades y/o de sus supuestos defectos, de sus «hazañas» americanas, de la importancia de su conquista ya sea la época en la que tuvo lugar, ya sea en función de su futuro. Algunos libros han intentado hacerlo, pero se trata de una empresa evidentemente destinada al fracaso y que no tiene sentido en una perspectiva verdaderamente histórica.

Es mejor regresar a la trayectoria de Francisco Pizarro, al retrato que se puede adivinar de él, no a través de las crónicas, casi siempre sesgadas, de sus turiferarios o de sus despreciadores del siglo XVI que le prestan tal o cual intención, sino en la filigrana de los comportamientos que fueron efectivamente los suyos en momentos claves de su vida aventurera.

Hablar de Pizarro, es hacer la historia de una voluntad inquebrantable, a la que nada detuvo nunca, ni las largas y oscuras décadas de los inicios, ni los fracasos rotundos y reiterados durante años, ni los prestamistas de Panamá, siempre al acecho de las repercusiones de sus inversiones y que se impacientaban, ni las tensiones crecientes en el seno de su pequeño ejército y de su entorno más inmediato, ni la resistencia india cuando intentó organizarse una vez que los conquistadores pusieron el pie en el Perú.

Otra dimensión parece marcar profundamente esta existencia con un sello muy particular: la economía de palabras, incluso el silencio. En Pizarro, éste parece despojar a la voluntad de los efectos a veces inoportunos, o de los afeites de la elocuencia. Ese silencio la hace destacar más en lo que tenía de más sencillo, la tensión y el esfuerzo. Analfabeto, Pizarro no nos ha dejado nada escrito, fuera

de algunos documentos de naturaleza estrictamente jurídica debidos en realidad a sus notarios. Todos los contemporáneos han recalcado este carácter y no han relatado sino en escasas ocasiones, todas excepcionales, unas tomas de palabra decisivas probando que Pizarro, en esos casos, sabía encontrar las palabras justas para tocar en lo más profundo a su auditorio, es decir a los hombres que habían ligado su destino con el suyo. Cuando hubo discusiones entre los jefes, fueron a puerta cerrada, por ende sin testigos, y lo que se relata de ellas, nos damos cuenta, es más suputación que información real y confiable. En realidad, las crónicas son a menudo más locuaces sobre lo que dijeron los allegados del gobernador que sobre sus propias palabras.

La imagen de Francisco Pizarro no sale de ellas ni más borrosa, ni engrandecida, ni rodeada de misterio. Se diría que está como grabada con una punta más seca, sin duda, en el contorno, en todo caso desprovista de sentimientos, quizás contradictorios en algunos momentos, los que, sin embargo, debieron darle ánimo a lo largo de esos años. Pizarro fue un hombre de acción, el jefe de una jauría cuyo comportamiento tenía que servir de ejemplo y llevar tras él al resto de su hueste. A menudo colocado en las condiciones más extremas, el conquistador del Perú aparece antes que nada como el hombre de su tiempo y de su proyecto.

No duda en matar, y en hacer matar, pero sin disfrutar del placer sádico que se ve transparentar en los excesos de algunos de sus colegas comprometidos como él en la América de la época. Poderosamente atraído por la riqueza que durante tanto tiempo le había huido, siempre con el afán de conseguir para él y sus hermanos la mejor parte, no manifestó la rapacidad ilimitada de algunos de sus semejantes a quienes los espejismos del oro hicieron literalmente perder la cabeza. Consciente muy pronto de los problemas de rivalidades que dividían a su entorno y hacían correr el riesgo de minar su cohesión, parece que siempre buscó si bien no minimizarlas, por lo menos calmarlas, dar tiempo al tiempo. Convencido de la necesaria alianza con algunas facciones indias y con sus elites, supo mostrarse en la práctica más que en el cálculo, un político más fino de lo que se ha dicho a veces.

Más realista que moderado, cuando las circunstancias parecían exigirlo, Francisco Pizarro, aparentemente sin estados de ánimo, ha sido tajante, es decir ha matado o hecho matar, ya que sin aquello su objetivo no podía ser alcanzado. Desde este punto de vista, sus largos años americanos, desde los inicios en La Española, en el Darién y en el Istmo, hasta sus últimas campañas peruanas, están marcados por interminables séquitos de muertos, sobre todo indios. Cierta tradición ha exaltado su gesta, su epopeya, la grandeza de su empresa. ¿La imagen resiste ante estos continuos mares de sangre que fueron su costo durante el nacimiento trágico de la nueva América? ¿Qué conquista, en la historia del mundo se ha ahorrado crímenes y tragedias? Ésta no escapa de la regla.

La decisión de la Municipalidad de Lima, de retirar la estatua ecuestre de Pizarro de un ángulo de la plaza mayor de la capital peruana no está exenta de oportunismo e incluso, tal vez, de un poco de demagogia como escribió el novelista Mario Vargas Llosa durante los debates suscitados por esta decisión. Sin embargo, es cierto que Pizarro simboliza para el Perú, y más allá para los Andes en su conjunto, un nacimiento doloroso, el inicio de una historia desgarrada y trágica entre vencedores seguros de su fuerza, de estar en su derecho sin límites, y vencidos reducidos al silencio, a una servidumbre sin piedad con todas las hipotecas que semejante desequilibrio iba a hacer pesar durante siglos sobre el futuro. A título de comparación, no se puede imaginar el centro histórico de México decorado con la estatua de Hernán Cortés.

En cuatro décadas, la biografía de Francisco Pizarro se confunde con la de la Conquista del Nuevo Mundo de que es representativa en muchos puntos casi emblemática por sus diferentes fases, sus caracteres, sus fracasos, su tropismo, el brillo de su éxito, la tragedia de su final. La imagen del jefe, del Capitán, casi perfecta en el caso de Francisco Pizarro no debe hacer olvidar el segundo plano que la sostiene. Si la Conquista nació a veces de la intuición, hasta del instinto particularmente político de un jefe, fue también y sobre todo el resultado de una dinámica, de un proceso de formación de una soldadesca iniciado en el siglo XII en Europa y que se inscribió en la continuidad secular del fenómeno de los bandos de guerra, para retomar felices expresiones de Ruggiero Romano. Francisco Pizarro no existe sin sus lugartenientes, sin sus hombres, sin sus hermanos, sin el complejo tejido de intereses y de vínculos diversos que los unía a todos en una misma empresa, pero que también podía hacerlos desgarrarse, luego matarse, como vulgares delincuentes a la hora del reparto. Desde el día en que dejó Panamá por el mítico Perú, la trayectoria de Pizarro está marcada, o puntuada, por estas tensiones, con el paso del tiempo cada vez más cruciales, y que hacia el final se embalaron, en los dos campos, hasta armar el brazo de los asesinos.

Queda una última observación. La historia de Pizarro, de la fratría de los Pizarro, es también reveladora de un punto esencial de la joven historia americana y de los sobresaltos de su futuro: la actuación de la Corona. Ésta, prudente al comienzo, siempre bien decidida a sacar el máximo beneficio de sus conquistadores a quienes no prodigaba más que hermosas palabras pero a quienes fijaba por adelantado la naturaleza y sobre todo los límites de la retribución. Ahí estaban los gérmenes de tensiones y de conflictos futuros. Cada uno a su manera y según los momentos, Francisco, Hernando y Gonzalo Pizarro han ilustrado las facetas posibles de esta relación entre la Corona y los conquistadores. Si fue ejemplar en el caso del primero de los nombrados, las desviaciones de Gonzalo empujado por los encomenderos terminaron conduciendo a la tragedia que conocemos. En cuanto

a Hernando, pagó muy caro el precio de la memoria larga de la Corona, de su rencor y de su voluntad de que la aristocracia militar nacida de la Conquista sepa que su tiempo había terminado y se abría el de los funcionarios coloniales.

Igual que en las manchas de sangre de la Conquista, había allí un legado que no sería fácil olvidar y que iba a pesar largo tiempo sobre la sociedad colonial.

Cronología

Fechas	Francisco Pizarro	Historia Europea y Española	Historia General de América
1474		Isabel reina de Castilla	
1478	Probable nacimiento de Francisco Pizarro	Creación de la Inquisición	
1482		Inicio de la guerra de Granada que pondrá fin a la Reconquista	
1483		Nacimiento de Lutero	
1485			Nacimiento de Hernán Cortés Bartolomeu Dias llega hasta el Cabo de Buena Esperanza
1491		Sitio de Granada. Nacimiento de Ignacio de Loyola	
1492		Toma de Granada y expulsión de los judíos de España	Primer viaje de Cristóbal Colón quien llegó a las Lucayas (Bahamas) el 12 de octubre
1494			Tratado de Tordesillas que divide al mundo no europeo entre España y Portugal
1495-1497	Pizarro soldado en Italia		
1497			Vasco da Gama abre a los portugueses la ruta de la India por el Cabo de Buena Esperanza
1499-1515			«Viajes andaluces» hacia las Antillas y la costa venezolana
1500		Nace en Gante Carlos de Habsburgo nieto de los Reyes Católicos	Alvares Cabral descubre el Brasil
1502	Pizarro se embarca para la Española		
1504		Muere Isabel la Católica. Regencia del cardenal Cisneros	
1509	Pizarro se embarca rumbo a Tierra Firme (fortín de San Sebastián y fundación de Santa María la Antigua del Darién).	Nacimiento de Calvino	

1511			Sermón del dominico Montesinos en la catedral de Santo Domingo denunciando los crímenes de la colonización española
1512		Anexión de Navarra a Castilla	Leyes de Burgos. Primer conjunto legislativo referente a América. Juan Ponce de León descubre la Florida
1513	Vasco Núñez de Balboa con Pizarro como lugarteniente descubre el Pacífico		
1515		Francisco 1° rey de Francia, victoria francesa en Marignan. Nacimiento de Santa Teresa de Ávila	
1516		Muerte de Fernando de Aragón, marido de Isabel la Católica. Carlos de Habsburgo (Carlos 1°) rey de Castilla y de Aragón	
1517		Publicación de las noventa y cinco tesis de Lutero	Hernández de Córdova bordea las costas de Yucatán
1519		Carlos elegido emperador de Alemania	Partida de la expedición de Magallanes. Hernán Cortés parte a la conquista de México
1520		El papa León X condena a Lutero	Los españoles son sitiados en México (Noche Triste, 30 de junio)
1520-1521	Pizarro alcalde de Panamá	Rebelión de las Comunidades de Castilla y en Germanías de Aragón	
1522			Retorno de la expedición de Magallanes
1524	Partida de la primera expedición de Pizarro hacia el sur		
1525		Victoria de las tropas imperiales sobre los franceses en Pavía. Francisco 1° prisionero	Pedro de Alvarado funda Santiago de Guatemala
1526	Segunda expedición de Pizarro hacia el sur. Episodios de las islas del Gallo y de la Gorgona (agosto de 1527). Exploración de las costas peruanas (diciembre de 1527-enero de 1528)		

1527		Saqueo de Roma por las tropas imperiales de Carlos V	
1528	Pizarro parte a España. Capitulaciones de Toledo (julio de 1529)		
1529		Protesta de los príncipes protestantes alemanes	
1531	Tercer viaje al Perú. Estancia en la isla de la Puná. Fundación de San Miguel de Tangarará (15 de agosto)		
1532	Campaña en la costa norte del Perú. Llegada a Cajamarca y captura del Inca (15-17 de noviembre)		
1533	Ejecución de Atahualpa (26 de julio). Partida hacia el sur siguiendo los Andes (agosto de 1532). Ingreso en Cusco (14 de noviembre)		
1534	Fundación de Jauja	Excomunión de Enrique VIII, rey de Inglaterra	
1535	Fundación de Lima (enero)	Sitio y toma de Túnez por Carlos Quinto	
1536	Los indios sitian Cusco y después Lima (agosto)		
1538	Batalla de las Salinas entre Almagro y Hernando Pizarro (abril)	Santa Liga contra los turcos	
1539-1540	Pizarro es hecho Marqués (febrero de 1539)	Revuelta de Gante contra Carlos Quinto	
1541	Asesinato de Pizarro (junio)	Fracaso de la expedición española contra Argel	
1542	Nuevas Leyes de las Indias que reforman el sistema de encomienda		
1544	Gonzalo Pizarro se subleva contra la Corona		
1545		Apertura del Concilio de Trento	

1546		Muerte de Martín Lutero	
1547		Mueren Enrique VIII y Francisco 1°. Victoria de Carlos Quinto sobre los protestantes de Alemania en Mülhberg. revuelta de Nápoles contra los españoles	
1548	Ejecución de Gonzalo Pizarro después de su derrota en Jaquijaguana		

Bibliografía

Biografías de Francisco Pizarro

BAUDIN, Louis, *La Vie de François Pizarre*, Paris, Gallimard, 1930.

BUSTO DUTHURBURU, José Antonio del, *Pizarro*, Lima, Ed. Copé, 2 vol., 2001.

CÚNEO VIDAL, Rómulo, *Vida del conquistador del Perú don Francisco Pizarro y de sus hermanos*, Barcelona, Maucci, 1925.

DÍAZ-TRECHUELO LÓPEZ-SPÍNOLA, María Lourdes, *Francisco Pizarro, el conquistador del fabuloso Perú*, Madrid, Amaya, 1988.

HUBER, Siegfried, *Pizarre et ses frères conquérants de l'empire des Incas*, Paris, Pygmalion, 1977.

LOHMANN VILLENA, Guillermo, *Francisco Pizarro. Testimonio*. *Documentos oficiales, cartas y escritos varios*. Madrid, CSIC, 1986.

MIRÓ QUESADA Y GARLAND, Alejandro, *La ruta de Pizarro por los Andes,* Badajoz, Institución cultural «Pedro de Valencia», 1982.

PORRAS BARRENECHEA, Raúl, *Pizarro*, Lima, Editorial Pizarro, 1978.

Crónicas

Anónimo, *Relación del sitio de Cusco*, Lima, *Col. de libros y documentos referentes a la historia del Perú*, t. X, 2ª serie, 1934.

Anónimo, *Nouvelles certaines del isles du Péru* [1534]. Gap, Amiot-Lenganey, 1992.

CABELLO DE BALBOA, Miguel, *Miscelánea antártica* [1576], Lima, UNMSM, 1951.

CALVETE DE ESTRELLA, Juan Cristóbal, *Rebelión de Pizarro en el Perú y vida de don Pedro Gasca*, Madrid, ed. Atlas, BAE, t. 167-168, 1963.

CASAS, Bartolomé de las, *Historia de las Indias*, México, 1951.

CIEZA DE LEÓN, Pedro, *Descubrimiento y conquista del Perú*, Roma, ed. Francesca Cantù, 1979.

ESTETE, Miguel de, *Noticia del Perú* [1550], Lima, 1968.

FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gonzalo, *Historia general y natural de las Indias*, Madrid, ed. Atlas, BAE, t. 117-121, 1959.

FERNÁNDEZ, Diego (el Palentino*), Historia del Perú*, Madrid, ed. Atlas, BAE, t. 163-164, 1963.

GARCILASO DE LA VEGA, el Inca, *Obras completas*, Madrid, ed. Atlas, BAE, t. 132-135, 1965.

GUTIÉRREZ DE SANTA CLARA, Diego, *Quinquenarios o historia de las guerras civiles del Perú* (1544-1548), Madrid, ed. Atlas, BAE, t. 165, 1963.

HERRERA, Antonio de, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del Mar Océano*, Buenos Aires, 1944.

JEREZ, Francisco de, *Verdadera relación de la conquista del Perú y provincia de Cuzco llamada la Nueva Castilla*, Madrid, BAE, t. 26, 1923.

LÓPEZ DE GÓMARA, Francisco, *Historia General de las Indias*, Madrid, Espasa Calpe, 1922.

MENA, Cristóbal de, *La conquista del Perú* [1534], en *Las relaciones primitivas de la conquista del Perú*, Lima, 1967.

OCAÑA, Diego de, *A través de la América del Sur*, Madrid, Historia 16, 1987.

PIZARRO, Hernando, *Carta de relación de Hernando Pizarro a los oidores de la Audiencia de Santo Domingo sobre la conquista del Perú*, [1533], Lima, UNE, 1969.

PIZARRO, Pedro, *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú* [1571], Lima, PUCP, 1978.

TRUJILLO, Diego de, *Relación del descubrimiento del Perú* [1571], Madrid, Espasa Calpe, 1964.

ZÁRATE, Agustín de, *Historia del descubrimiento y conquista e la provincia del Perú* [1555], Lima, 1968.

Estudios sobre la Conquista

BENNASSAR, Bartolomé, *Cortés, conquérant de l'impossible*, Paris, Payot, 2001.

BERNAND, Carmen, y GRUZINSKI, Serge, *Histoire du Nouveau Monde. De la Découverte à la Conquête*, Paris, Fayard, 1991.

ESPINOZA SORIANO, Valdemar, «Los huancas aliados de la Conquista», *Anales Científicos de la Universidad del Centro del Perú*, n° 1, 1972.

GÓNGORA, Mario, *Los grupos de conquistadores en Tierra Firme (1509-1530). Fisonomía histórico-social de un tipo de conquista*, Santiago de Chile, 1962.

GRUNBERG, Bernard, *L'Univers des conquistadores, les hommes et leur conquête dans le Mexique du XVI siècle,* Paris, L'Harmattan, 1993.

GUILLÉN, Edmundo, *Versión inca de la conquista*, Lima, Milla Batres, 1974.

HEMMING, John, *La conquista de los Incas*, México, FCE, 2000.

LOCKHART, James, *Los de Cajamarca, un estudio social y biográfico de los primeros conquistadores del Perú*, 2 vol., Lima, Milla Batres, 1987.

MELLAFE Rolando, y VILLALOBOS, Sergio, *Diego de Almagro*, Santiago de Chile, 1954.

NARANJO ALONSO, Clodoaldo, *Trujillo, sus hijos y monumentos*, Madrid, Espasa Calpe, 1983.

PARDO, Luis A., *El imperio de Vilcabamba, el reinado de los cuatro últimos Incas*, Cuzco, 1972.

PÄRSSINEN, Marti, *Tawantinsuyu, el Estado inca y su organización política*, Lima, IFEA-PUCP, 2003.

PORRAS BARRENECHEA, Raúl, *Cedulario del Perú*, Lima, 1944-1948.

PORRAS BARRENECHEA, Raúl, *Cartas del Perú (1524-1543)*, Lima, 1959.

PORRAS BARRENECHEA, Raúl, *Las relaciones primitivas de la conquista del Perú*, Lima, 1967.

PORRAS BARRENECHEA, Raúl, *El nombre del Perú*, Lima, P.L. Villanueva, 1968.

ROMANO, Ruggiero, *Les mécanismes de la conquête coloniale : les conquistadores*, París, Flammarion, 1972.

ROSTWOROWSKI DE DIEZ CANSECO, María, *Doña Francisca Pizarro, una ilustre mestiza*, 1534-1598, Lima, IEP, 1989.

SALAS, Alberto María, *Las armas de la Conquista*, Buenos Aires, 1950

THAYER OJEDA, Tomás, *Valdivia y sus compañeros*, Santiago de Chile, 1950

VARGAS LLOSAS, Alvaro, *La mestiza de Pizarro, una princesa entre dos mundos*, Madrid, Aguilar, 2003.

VEGA, Juan José, *Los Incas frente a España, la guerra de la resistencia* (1531-1544), Lima, PEISA, 1992.

VEGA, Juan José, *Manco Inca*, Lima, PEISA, 1995.

ZUIDEMA, Tom, *La Civilisation inca au Cuzco*, Paris, PUF, coll. « Essais du Collège de France », 1986.

Estudios sobre los inicios de la sociedad colonial

BATAILLON, Marcel, « La rébellion pizarriste enfantement de l'Amérique espagnole », *Diogène*, nº 43, 1963.

BATAILLON, Marcel, « Les colons du Pérou contre Charles Quint, analyse du mouvement pizarriste (1544-1548) », *Annales ESC*, mai-juin 1967.

CHAUNU, Pierre, *Conquête el exploitation des nouveaux mondes*, París, PUF, 1969.

DOMÍNGUEZ COMPANY, Francisco, *La vida en las pequeñas ciudades hispanoamericanas de la conquista* (1494-1549), Madrid, Ed. Cultura Hispánica, 1978.

DURÁN MONTERO, María Antonia, *Fundación de ciudades en el Perú durante el siglo XVI*, Sevilla, EEHA, 1978.

LOCKHART, James, *Spanish Peru, 1532-1560, a colonial Society*, Madison, University of Wisconsin Press, 1968.

LOHMANN VILLENA, Guillermo, *Las ideas jurídico-políticas de la rebelión de Gonzalo Pizarro*, Valladolid, Casa de Colón, 1977.

MENA GARCÍA, María del Carmen, *La sociedad de Panamá en el siglo XVI*, Sevilla, Diputación Provincial, 1984.

VARÓN GABAI, Rafael, *La ilusión del poder, apogeo y decadencia de los Pizarro en la conquista del Perú*, Lima, IEP-IFEA, 2ª éd., 1997.

WACHTEL, Nathan, *La Vision des vaincus, Les Indiens du Pérou devant la conquête espagnole (1530-1570),* París, Gallimard, 1971.